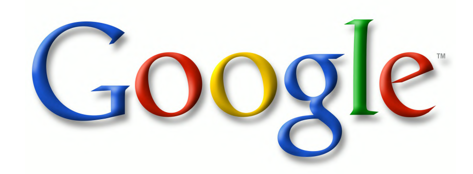
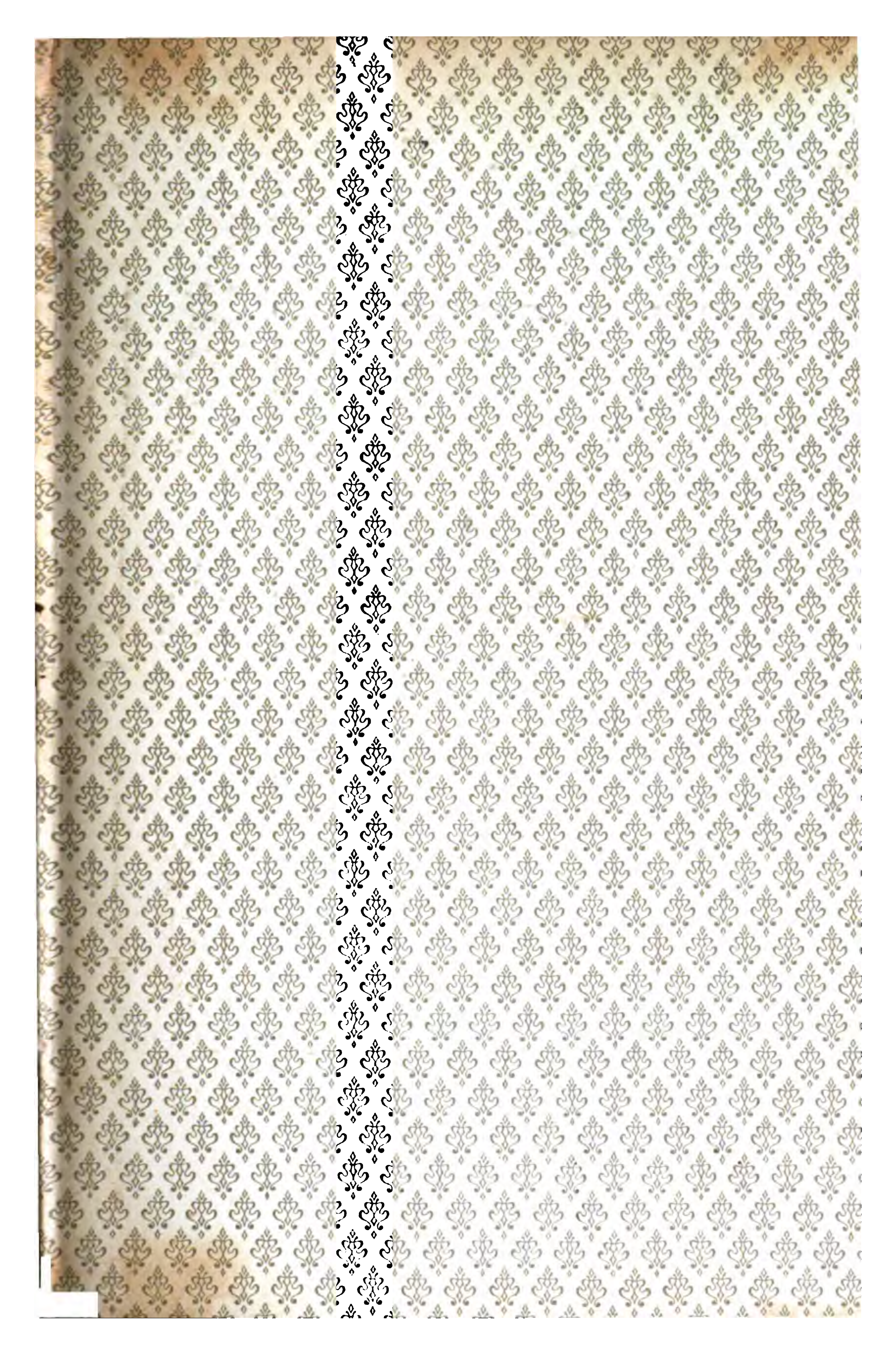




OBRAS COMPLETAS DE DON RAMÓN DE CAMPOAMOR



D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(De una fotografía hecha en 1864)

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR.—MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

REVISADAS Y COMPULSADAS CON LOS ORIGINALES AUTÓGRAFOS

BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS SEÑORES

D. U. González Serrano, V. Colorado, y M. Ordóñez

TOMO TERCERO

POLEMICAS FILOSÓFICAS Y LITERARIAS

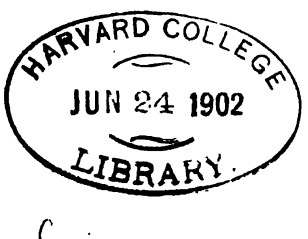
1.er millar

MADRID

CASA EDITORIAL, IMPRENTA Y LITOGRAFÍA, SAN RAFAEL, 9

TELEFONO NÚMERO 3118

1902





CAMPOAMOR POLEMISTA

CAMPOAMOR POLEMISTA

POLÍTICO *batallador, dialéctico de primera fuerza, literato con doctrina propia, Campoamor, el apacible burgués, resulta por dentro un hombre apasionado de sus propias ideas, un tanto inconsiderado con las de los demás y, si tolerante por gustos y por educación, intransigente por la fuerza de sus convicciones.*

Tal es el juicio que ha de merecer á quien haya leído sus Polémicas *políticas y á quien lea las filosóficas y literarias, que van incluídas en este tomo.*

Con cultura más sólida de lo que gustaba aparentar, con estudios serios y concienzudos, que envolvía en un impresionismo humorista, Campoamor es siempre un polemista temible, un adversario de cuidado. Rara vez dejó de salir de toda discusión de un modo brillante.

Los ribetes de sofista, que denunciaba en su amor á la paradoja, le llevaban á convertir las polémicas más graves en discreteos del ingenio y para que no le cegase la luz in-

tensa de la verdad, se acogia á juegos malabares del intelecto, en los cuales era maestro consumado.

De pasiones, si concentradas, intensas, era duro en el ataque y disimulaba lo acerado de sus golpes, tomando un aire jeremiaco y quejumbrón de las heridas que decía producirle el adversario.

Si se excedía en la polémica, nunca quedaba en situación desairada. Artista de buena cepa, recordaba en seguida al gladiador romano y elegía postura artística para darse por muerto, reviviendo gallardamente merced á los recursos inagotables de su ingenio y donaire.

Un excepticismo aparente, abroquelado después en un dogmatismo poético, de creencias macizas, obligaba á Campoamor á tomar parte en las polémicas como en un ejercicio de sport, *amando la discusión por la discusión misma.*

En vano el adversario aducirá argumentos más ó menos irrebatibles, él continuará afirmando su tesis, imponiéndola por repetirla y tratando de sugerirla al no convencido con las exageraciones y absurdos que deduce de lo dicho por el contrario. Si sale éste alguna vez mal tratado por la pasión honda y fría de Campoamor, no rehuirá consecuencia ninguna de la polémica. Con el valor pasivo que impone la reflexión, acepta un desafío con los marinos, á quienes llamó en cierta ocasión pescadores de ostras, ó va al llamado campo del honor por una bagatela.

A fuerza de querer ser impersonal, todo lo personifica en sus polémicas y sin embargo nunca deja de ocupar el puesto, que previamente elige para la discusión.

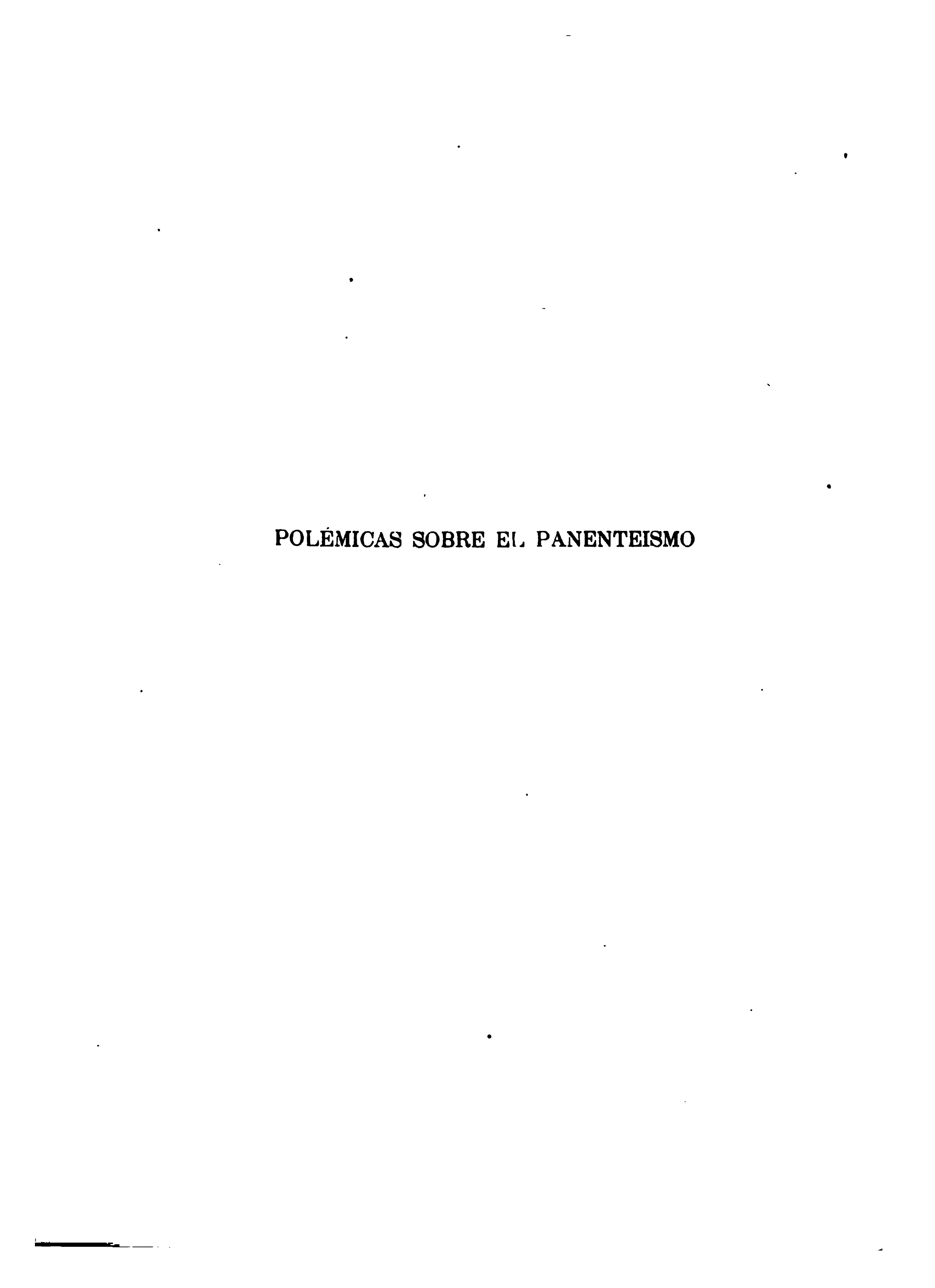
¿Creerá algún malicioso que dislocamos la frase, que buscamos eufemismos para diputar al ilustre muerto como

polemista de mala fe? Protestamos de suposición tan calumniosa y aducimos como datos que ponen fuera de duda la bondad y sinceridad del gran Campoamor dos que hablan más elocuentemente que todas las disquisiciones en pro de su buena fe. En la silueta que escribió de González Brabo (véase tomo II) se excedió, quizá por la pasión política del momento, en la crudeza del juicio. y antes que nadie le acusara de ello, ni le exigiera retractación, que tal vez por impuesta rechazara, al final de su libro Historia de las Cortes reformadoras, *confiesa espontaneamente su falta, y la pone después correctivo con la sentida* Epístola necrológica *que dedicó al mismo personaje. Discutiendo contra el krausismo y aguzando sus armas, terribles ya en cuanto esgrime el ridículo, luego que vió á algunos de sus representantes ó por tales tenidos, en la desgracia y víctimas de la arbitrariedad, selló sus labios y aun consintió que se reprodugera el célebre* Prólogo á las poesías de Revilla, *sin los ataques que dieron lugar á la ruidosa polémica.*

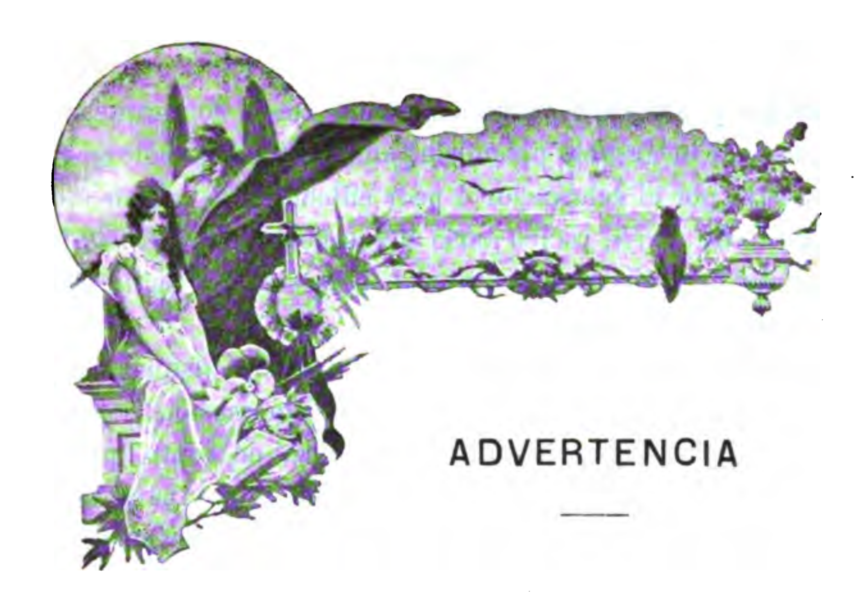
No hay, pues, mala fe, ni de ella es lícito acusar á Campoamor en sus discusiones. Si á veces por sport *le gusta agigantarlas (siempre le atrajo la grandeza de lo pequeño), si siente dentro de sí venero inagotable de gracia, que desparrama, aunque moleste al adversario, si sabe, como ninguno, tocar los polos extremos del mundo lógico, bordear el abismo del absurdo, sin caer en él, ventajas son todas de sus peregrinas dotes personales, sin que ninguna de ellas desdore la ingenua bondad que constituye el bloque primitivo de su idiosincrasia moral. Bueno y listo, las dos cualidades juntas, sin obscurecerse la una á la otra, convierten á Campoamor en lo que decíamos, en un polemista temible. Se siente*

fuerte en la discusión y es muy humano hacer ostentosa gala del propio vigor. Lo peregrino de él es que, cual artista consumado, consigue dar mayor refulgencia á la clara luz de su talento, rodeándole de sombras y penumbras con una pretendida ignorancia y con una divina pereza, que gratuitamente se atribuye.

El excedente de vida y de energía de su privilegiado talento rebasa la tupida red (artificiosamente tejida) de circunloquios, humoradas y salidas de tono, conque, burla burlando, lleva la discusión al terreno que de momento le conviene y no á donde quiere conducirle el adversario. Fuerte en su dialéctica, llega á despreciar la lógica y, vigoroso en el ataque, más se preocupa de arreciar en él que de curar las heridas que haya recibido. En todas las controversias suele prescindir de las razones del contrario, pero no olvida acumular en verdadera legión objeciones y más objeciones... Que algunas, á pesar del ingenio y de la gracia con que se formulan, acusen un verdadero infantilismo, no hay para qué negarlo, ni conduciría á nada, pues quien está siempre en la brecha ha de agotar el arsenal de sus municiones. Pero aun en tales casos, lo que falta de lógica, sobra de talento; lo que pierde de discusión seria lo gana el arte de la dialéctica, y á toda hora... Campoamor es Campoamor, el polemista incansable, el vigoroso discutidor, talentudo y á la pabueno y sincero.—U. González Serrano.—V. Colorado.—M. Ordóñez.



POLÉMICAS SOBRE EL PANENTEISMO



ADVERTENCIA

Aparece por primera vez coleccionada esta ruidosa polémica con todos los datos que hemos podido recojer. Al mediar el año 1875, publica Campoamor el Prólogo á la primera edición de las Poesías de Revilla, *Dudas y Tristezas*, Prólogo, en el cual el insigne poeta dispara bala rasa, quizá más que contra la doctrina, contra lo que hasta entonces se llamó dominio oficial de la Escuela Krausista.

Intenta Canalejas (D. F.) defender la doctrina de Krause y Campoamor acepta la polémica, y á ella va con el título llamativo y humorístico «¡A la Lenteja, á la Lenteja!» Contesta Canalejas, paladín de la escuela é interviene Revilla y contra ambos cierra duramente Campoamor, gritando: «Repito que ¡A la lenteja!» No se agota el humorismo del gran poeta, pero se contiene, estimulado generosamente á ello por Canalejas, ante la arbitraria separación por Orovio de los catedráticos apellidados krausistas.

No interrumpe este silencio, impuesto por las circuns-

tancias y aceptado voluntariamente como compromiso de honor, el incansable polemista, aun excitado á volver á la palestra por el celo mejor ó peor entendido de algunos. En Agosto de 1875, recibe carta del señor Sieiro, catedrático que fué de Oviedo, y la contesta, pero sin dar publicidad á la una ni á la otra.

Aún tiene un apéndice la accidentada historia de tan acalorada polémica. Revilla, que en esta ocasión, como en otras varias, degeneró en lo que no era, en tonto, por pasarse de listo, y que sirvió de cabeza de turco para recibir golpes de unos y de otros, solicitó en los comienzos del año 1881 de su ilustre prologuista insertar de nuevo en la segunda edición de sus poesías *Dudas y Tristezas* (1882) el célebre Prólogo sin las diatribas contra el Krausismo, que dieron margen á la polémica. ¿Accedió por exceso de bondad á ello Campoamor? ¿Lo consintió, reconociendo implícitamente que se había excedido en el ataque y que había tocado en los linderos de lo apasionado y de lo injusto? Que juzgue el lector...—*(Nota de los Coleccionadores).*

PRÓLOGO Á DUDAS Y TRISTEZAS

(POESÍAS DE REVILLA)

PRÓLOGO

Á

DUDAS Y TRISTEZAS

(Poesías de Manuel de la Revilla—1875)

No recordaba yo que hace muchísimo tiempo amenacé al señor Revilla con la desgracia de escribirle un prólogo para la primera colección de poesías que publicase. Pero el señor Revilla, sin acobardarse por la amenaza, me acaba de recordar mi propósito en una carta que concluye así: «pero no me alabe usted». Procuraré complacer al señor Revilla en todo cuanto me sea posible.

La publicación de la colección de las poesías del señor Revilla ¿es un acontecimiento literario? No. ¿Por qué? Porque el fondo filosófico de sus composiciones, mucho más determinado y más importante que el de casi todos los poetas líricos antiguos, no deja atrás, sobrepasándolos, la intencionalidad y el arte de exponer de los mejores poetas modernos. Esto no es decir que el señor Revilla no será, si se propone serlo, un poeta grande, inmenso; y los motivos que tengo para creerlo así firmemente, ya los irá deduciendo el lector de las razones que iré exponiendo en el curso de este prólogo.

No se van á llevar mal chasco los que esperaban la publicación de las poesías del señor Revilla para vengarse de las acerbas censuras que él ha sabido lanzar sobre algunos de los escritores contemporáneos. Voy á adelantarme á publicar todo lo malo que sus contradictores podrán decir del señor Revilla. Van á decirle, en primer lugar, que la preferencia que da á la razón sobre el sentimiento, le hace aparecer á veces un poeta algo frío, aunque esto, más que culpa de él, es culpa del género. En segundo lugar, añadirán que los asuntos que escoge el señor Revilla, siendo la mayor parte nuevos en el fondo, no están presentados todos ellos con el arte dramático necesario, por lo cual se obscurece mucho su verdadero mérito y parecen escasos de originalidad. Y ¿qué más podrán decir de malo de las poesías del señor Revilla? Nada más.

El señor Revilla sabe pensar con firmeza, sentir con pasión y escribir con claridad.

Veamos un ejemplo de lo primero:

EL TREN ETERNO

—¡Alto el tren!—Parar no puede.
—¿Ese tren á dónde va?
—Por el mundo caminando
En busca del ideal.
—¿Cómo se llama?—Progreso.
—¿Quién va en él?—La humanidad.
—¿Quién le dirige?—Dios mismo.
—¿Cuándo parará?—Jamás.

Esta preciosa Dolora está escrita con una precisión de forma y un golpe de vista tan seguro, que desafiamos á que se nos citen ocho versos mejores de ningún otro poeta. ¡Qué

inspiración y qué clarividencia en la expresión y en el objeto!

Y aquí es ocasión de advertir que tenían otra gran razón los émulos del señor Revilla para creer que éste no podría ser nunca poeta, y sobre todo poeta de forma intachable por lo correcta, clara y natural. Se decía, y aun se suele seguir diciendo, que el señor Revilla es partidario de una escuela filosófica que acabará por convertir la ciencia en una chifladura y las Universidades en unos tonti-comios. ¡Otro desengaño más!

En esta parte también los émulos del señor Revilla se han quedado burlados, pues, á juzgar por los asuntos de sus composiciones, el señor Revilla es un espiritualista puro, que á la materia siempre la llama «lo otro», como decía Platon.

Y que el señor Revilla no puede pertenecer á la orden que podremos llamar de «*Los caballeros de la lenteja*», en la que el caballo y el caballero no son, como para nosotros, dos cosas distintas, sino que en las constituciones de esta orden el caballo y el caballero forman una especie de sér fantástico, como el Centauro, ó más bien, como el Hipocentauro, en el cual el hombre y el animal constituyen *una misma esencia en diferentes posiciones*, es evidente: si el señor Revilla perteneciese á esta orden, que lleva el nombre de la más vulgar de las legumbres, no podría escribir con la precisión, la entereza y la claridad con que desempeña sus concepciones. La confusión en las ideas produce por necesidad el embrollo en la forma de expresarlas. De todos los sistemas filosóficos conocidos pueden salir artistas, poetas y escritores, menos del Krausismo. Todas las formas del Pan-

teísmo, así la *emanantista*, en la cual las cosas salen de las cosas, como la araña saca la tela de su propia substancia (gnosticismo); ya sea la *evolucionaria*, flujo y reflujo de una substancia ó esencia única, mar fijo con olas variables (Espinosismo-Krausismo); ya sea la *idealista*, iris aparente que refleja un color más ó menos variado y caprichoso, según es diferente el lado de donde viene ó á donde se dirige la luz (Fichte, Schelling, Hegel); todas estas formas filosóficas, repito, pueden ser propias para fecundizar la inteligencia humana, para dar relieve á las concepciones del ingenio, menos el pseudo-panteísmo, llamado el *panenteísmo*.

El *yo puro* de Fichte, orgía psicológica del pensamiento, *delirium tremens* de la razón humana, no es sólo una doctrina hepática que crea una especie de locos al aire libre, sino que en su tiempo ha dado cierta virilidad á los espíritus y producido ciudadanos que han sabido defender y morir por la patria alemana. Este mismo *yo*, convertido en lo *Absoluto* por Schelling, desde el momento en que, distendiendo divergentemente el espíritu y la materia, los disgrega de su *indiferencia absoluta*, produce naturalistas, médicos, escritores elocuentes, y hasta poetas como Gœthe. Este mismo *absoluto*, llamado *Idea* por Hegel, arrastrado por una fuerza cósmica inmanente que constituye la ley de su desarrollo, su eterno *llegar á ser*, si cuando está en sí, es confuso como todos los panteísmos, desde el momento en que *sale de sí*, parece que se ilumina con la ley del gran sistema espiritualista, y produce poetas, naturalistas, oradores, y todo cuanto en el arte y en las ciencias constituye la gloria del espíritu humano. Pero viene Krause y, para

huir de estos panteísmos sinceros, crea su hipócrita *panenteísmo*.

Y aquí preguntarán algunos de mis lectores, ¿pero qué es *panenteísmo?* Es un panteísmo avergonzado de serlo: es cambiar «el todo *es* Dios», en «todo es *en* Dios». Es un juego de rompe-cabezas metafísico, sobre todo. considerado en aquel triángulo esferoideo que representa al Sér Supremo unido con el espíritu y la naturaleza y que según Krause, en el mapa figurativo del sistema, tiene la figura de una *lenteja*. Pero, me volverá á preguntar algún lector: esta mezcla del espíritu y la materia, de lo ideal y lo real ¿es una sencilla emulsión ó es una verdadera combinación de las cosas con Dios? ¿Es una yuxtaposición ó una compenetración de las esencias parciales en la esencia general? No es posible averiguarlo. En este punto los *panenteístas* son la irrisión de los *panteístas*.

Pues decía que Krause (de quien aseguraba Schelling que no tenía más que tres cuartas partes de cabeza), para huir de los panteísmos sinceros, manufacturó su panenteísmo artificioso, robando á Espinosa la idea de substancia para llamarla *esencia*, á Descartes y á Fichte el método, á Schelling y á Hegel unas veces los medios y otras el fin, y creó su sistema cerrado, pero sistema cerrado que es una especie de madriguera de zorra con salidas á todos los puntos cardinales del horizonte. En este aparato pneumático, de donde se ha extraído el aire respirable, se pretende hacer á la unidad compatible con la promiscuidad, pues en él cada cosa tiene su esencia propia, aunque forma parte de la esencia común, esencia que se manifiesta en bien y en mal inconscientemente; embrollo intelectual digno de acreditar la

inventiva enredadora de cualquier Fígaro de la filosofía.

¡No! En este falansterio intelectual, donde cada cosa tiene su casilla y cada persona su celda, ni Bossuet hubiera podido tender el vuelo de su ingenio para acompañar á la Providencia en todo el curso de esa gran idea lógica á que obedecen los sucesos humanos, ni Hamlet hubiera tenido necesidad de examinar el pavoroso problema de *ser ó no ser*, ni Calderón sentiría la fiebre de inquirir si la *vida es sueño*; porque es condición de este sistema, en que nada se sabe, el no dudar absolutamente de nada. Lo repito: el señor Revilla es imposible que sea krausista, porque de esta escuela no pueden salir artistas, pues en filosofía es un todo-nada, un panteísmo echado á perder, en moral es el indiferentismo, en política el comunismo, en artes la indeterminación y en literatura el caos.

Afortunadamente, en desagravio de la razón, *sin saber filosofía* los hombres políticos de todas las naciones del globo, así en las que tienen tendencia al panteísmo, como en las que simpatizan con el materialismo, prescinden de todas estas pataraterías intelectuales y, ateniéndose á un Dios personal que premia á los buenos y que castiga á los malos, y, haciendo una distinción substancial y esencial entre el espíritu y la materia, desde el principio del mundo han sido y seguirán siendo por necesidad espiritualistas, pues saben instintivamente que la libertad moral ni aun temporalmente es compatible con ninguna idea común, ni de substancia, ni de esencia.

Es muy posible que alguno de los jefes de la orden de estos caballeros de la leguminosa que no quiero volver á nombrar, al leer estos renglones diga, como suelen hacerlo

en todas partes y á todas horas, que nosotros no los entendemos, en lo cual puede qué tengan alguna razón. Pero en este caso no seré yo el responsable, sino ellos mismos. No soy yo el obligado á entenderlos, sino que son ellos los que están obligados á hacer de modo que yo los entienda. Y al llegar aquí confieso que me mortifica la idea de si podrá llegar á creer alguno que, al hablar yo de la ciencia que de-precio (y adviértase que no digo *desprecio*, sino *de-precio*) y qué profesan tantas personas á quienes considero y estimo mucho, será mi objeto ¡Dios me libre! vengarme de ciertos alfilerazos anónimos que yo recibo de ellos todos los días. Puede ser que al hablar de esto me deje arrastrar, sin conocerlo, por algún resentimiento personal, por lo cual les pido perdón, borro lo escrito, y sigo diciendo: que los que han creído que el señor Revilla sería confuso en la forma y en los planes de sus poesías, porque le juzgaban krausista, se han llevado un solemne chasco.

El señor Revilla, á pesar de ser un poeta intencional, siempre intencional, acaso demasiado intencional, es claro en la exposición, preciso en los medios y decidido en los fines de sus composiciones. Como todos los escritores filosóficos, usa mucho de los contrastes de pensamiento, pero estos contrastes siempre están bien buscados para que resalte con fuerza la filosofía del asunto. Su libro parece una colección de Doloras, y Doloras, en general, tan bien concebidas y ejecutadas, que el inventor de ellas tiene bastante que aprender del señor Revilla. Esta índole de poesía se conoce que es la que mejor se aviene al carácter literario del autor de Dudas y Tristezas. Y esto es tan cierto, que el señor Revilla *adolora* hasta las composiciones en que se deja arras-

trar por su no muy justificada admiración á Quintana. Y ya que me sale al paso el nombre de este ilustre escritor, le diré al señor Revilla, que para su idiosincrasia artística, sóbria en la forma y filosófica en el fondo, Quintana es el peor de los modelos que ha podido escoger, pues es confuso, y á veces demasiado vulgar, en medio de la rimbombancia de su expresión, como lo es todo vate que, después de hincharse convencionalmente, se sube al trípode y habla una lengua que le es conocidamente indócil, y en la cual no dice lo que quiere y como quiere, sino lo que puede y como puede.

La forma de este eminente escritor es seca, estudiada, antiimaginativa y por consiguiente antipoética. Y créame el señor Revilla, á pesar de que esto lo sabe él mucho mejor que yo, todos los escritores que no tienen en su lira más que un bordón, desde Tirteo, pasando por Lucano y Herrera y acabando en Leopardi y en Quintana, ocultan en la grandilocuencia de la forma la vacuidad del fondo. Quintana tiene bastante mérito para que no se amengüe su gloria, aunque se diga de él que la mayor parte de sus asuntos, como la *propagación de la vacuna*, por ejemplo, son más propios de una Revista hebdomadaria que para ser cantados por la lira de un poeta. Los planes de sus composiciones nunca son dramáticos; están lo que se llama mal compuestos; excepto en dos ó tres composiciones, jamás saca actores á la escena para que el lector vea clara y pictóricamente lo que se propone decir ó representar. Su arranque patriótico, violentado para hacerlo aplicable á nuestras luchas políticas contemporáneas, más que patriotismo es un verdadero patrioterismo, y aunque á un poeta se le puede perdonar hasta

que falsifique la historia, como en «El Panteón del Escorial» y diga cosas tan injustas como sus diatribas contra el Papado, lo que no es disculpable es que, después de presentarse al público con dos docenas de composiciones escogidas, como si él fuese un ingenio de naturalera olimpica que no ha tenido jamás debilidades poéticas como los demás mortales, no tenga entre todas ellas dos docenas de imágenes nuevas, sencillas y pintorescas. ¿Las tiene? ¿Dónde están? Después de repasar á todo Quintana, lea el señor Revilla estos versos:

Amantes no toquéis si queréis vida,
Porque entre un labio y otro colorado,
Amor está de su veneno armado
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

y verá cómo en estos cuatro versos del poeta cordobés hierven las imágenes, mientras que en Quintana se hallan como dice él que estaban las barbas en la cara de Felipe II. Pero no quiero hablar más de esto, no sea que, como yo también soy un poco aficionado al arte, vaya á presumir alguno que no hago estas observaciones por amor á la poesía, sino que lo hago por envidia á Quintana, y como esto puede suceder sin que yo tampoco lo conozca, me vuelvo á callar, vuelvo á pedir al público perdón y continúo.

Decíamos que el señor Revilla es un poeta que al escribir sabe el *cómo* y el *por qué* del plan y la ejecución de sus poesías. El *cómo* consiste en que todas las palabras sean, como en Horacio, de absoluta necesidad, y que estas palabras, no pudiendo ser sustituídas por otras y no dejando nunca de ser poéticas, estén usadas de una manera tan corriente y tan usual, que en prosa no se puedan decir las

cosas con más precisión y naturalidad. La mejor poesía es la mejor prosa, prosa buena á la cual, para que sea buena poesía, es menester añadirla el ritmo, el sentimiento y la idea. Y además de haber explicado el *cómo*, añadiré que el *por qué* consiste en que toda poesía lírica sea un cuadro dramático en el cual se agrupen las figuras con cierta intención artística, moral ó filosófica. La prueba de lo que acabo de decir, lo son casi todas las poesías de esta colección. Y eso que, en general, en las poesías del señor Revilla sobran ideas y faltan imágenes. El estilo es demasiado sobrio, y el corte enteramente calderoniano de sus versos cortos, destituídos de las hipérboles de su modelo, tiende á prescindir de lo ameno, para hacer resaltar más lo profundo.

Hé aquí una muestra de este género:

LAS DOS VENDAS

El amor, como la fe,
Llevan en los ojos venda:
Que es fuerza, á lo que se ve,
Que el hombre su afecto dé
A todo lo que no entienda.
Y es del caso lo mejor
Que si la fe y el amor
Quieren su venda romper,
Pierden, si llegan á ver,
De la luz el resplandor.
Llegan á la humanidad,
De esas vendas al trasluz,
La ventura y la verdad:
Esa oscuridad es luz,
Y es la luz oscuridad.
Y si intenta la razón
Arrancar con mano ruda
Las vendas de la ilusión,

Sumergirá al corazón
En las nieblas de la duda.
Yo las vendas arranqué
Y el alma perdió el sosiego
Al perder amor y fe:
¡Feliz el que vive ciego!
¡Desventurado el que ve!

En sus *Dudas y Tristezas*, el talento varonil del señor Revilla tiene el valor de tratar toda clase de asuntos y de resolver todos los problemas, aunque de ellos resulten escenas escabrosas y también aunque de las exposiciones de sus cuadros el lector infiera que el autor se halla atormentado por el demonio de una incurable duda.

Veamos algunas muestras de las vacilaciones, siempre viriles, de que está plagado el libro del señor Revilla:

. . . .
Murió. Sobre su fúnebre sudario
Nadie vertió una lágrima siquiera;
Mas cierto sacerdote visionario
Que junto al triste lecho solitario
Pasó rezando la velada entera,
Afirma que de aquellas tristes salas
El silencio turbaba blandamente
Cierto rumor que pareció á su mente.
Dulce batir de misteriosas alas.

ILUSIONES PERDIDAS

¡Volando van! Del corazón marchito
Al fin huyeron;
¡Volando van por el inmenso espacio,
Lejos, muy lejos!
¡Volando van! En vano con mis ojos
Seguirlas quiero;

Es infinito el campo que recorren,
Raudo su vuelo.
¡Al cielo van! Aquella es su morada,
De allí vinieron;
¡Otra vez en el cielo serán mías
Si aquí las pierdo!

LAS BARQUERAS

—Mortal, á mi barca llega
Que al puerto te llevaré
Y mi barca no se anega.
—¿Tú guiarme, siendo ciega?
¿Quién eres?—Yo soy la fe.
—(Más que la ciega me agrada
Aquella barquera ruda
De todo adorno desnuda)
Contigo voy, prenda amada,
¿Cómo te llamas?—La duda.
—Tú me llevarás?—Quizás.
—¿No lo afirmas?—Ni lo niego,
—¿Naufragaremos?—Jamás.
—Poga, y no mires atrás.
¡Barquera ciega, hasta luego!

DOS VIRGINIDADES

Mujer que en manchado cuerpo
Conserva virgen el alma,
Del cielo es ángel caído
En el lodo de la infamia.
Quizá en día no lejano,
Limpias de cieno sus alas,
Se alzará en rápido vuelo
A su celeste morada.
Pero si en cuerpo de virgen
Un alma impura se guarda,
Y un día se rompe el freno
Que ardiente el deseo tasca,

Nunca á celestes regiones
Podrá remontarse rápida,
Porque esas almas no tienen,
Como las primeras, alas.

Lo citado, y mucho que dejo de citar, me estimula á decir que á un autor se le puede exigir que sea decoroso en la expresión de sus pensamientos, pero hacerle renunciar á la descripción de escenas escépticas ó atrevidas, que puedan ser más ó menos arriesgadas, sería desterrar del imperio del arte una de las fuentes más ricas de inspiración y de pasiones. En esta parte la mojigatería moderna, queriendo tener á una sociedad en babia, es de lo más remilgado y más hipócrita que ha habido en ninguna época del mundo. Porque hoy no se describan las Cammas, los Edipos y las Fedras, ¿dejarán de ser eternamente tipos ciertos, aunque desastrosos, de las aberraciones á que llega la humana naturaleza? Ciertamente que en la pintura de las pasiones es muy cómodo huir de las dificultades, suprimir en el alma la duda y las exageraciones y dejar de describir lo más difícil de la vida por razones de conveniencia ó de decoro. Pero, contando con el pudor, á cuyo sentimiento no se puede faltar impunemente, es menester que todo lo que es propio de nuestra naturaleza moral se cuente; que el hombre no deje de ser nunca un representante de las pasiones y de la inteligencia y no se le reduzca á un sér neutro, sin capacidad física, intelectual ni moral; término incoloro á que tienden á limitar al hombre todos los entendimientos vulgares. Además, un gran escritor siempre sabe y puede hablar de todo con decoro y conveniencia, aunque esto pueda tener el inconveniente de que los imitadores lleven el arte á un realismo demasiado empírico,

que, desempeñado con poco ingenio, llegaría á ser intolerable. Y, acabando el pensamiento, añadiremos que nosotros no encontramos la razón de que algunas artes, la escultura y la pintura, por ejemplo, deban explotar impunemente ciertas clases de representaciones plásticas, mientras que á la palabra se la condene á una mudez perpetua por juzgarla más excitante que el mármol y la pintura. Lo estamos viendo y no comprendemos cómo, al llegar á ciertos límites, la imaginación se exalta más por lo que oye que por lo que ve. Recomiendo este problema de psicología á los escritores de estética y particularmente al señor Revilla, que es más perito que yo en la materia.

Y volviendo á nuestro asunto, diré, para concluir, que en las poesías del señor Revilla el lector hallará que falta algo de lo figurativo, algo de lo escultural, que es lo que constituye el principal encanto del arte. Pero en lo preciso de la expresión y en lo intencional de los pensamientos, el señor Revilla es un poeta de primer orden.

Pero hay una cosa que vale más que todas las obras didácticas y poéticas del señor Revilla, y es su inmenso talento, que es imposible poder predecir hasta qué punto llegará con el tiempo. Sea por la fuerza de las cosas, que puede más que todos los genios del mundo; sea por efecto de la vacilación de las corrientes actuales de las ideas, el hecho es que el talento del señor Revilla se halla en una época de tanteo intelectual, en un período de orientación literaria.

¿Haciá qué lado de los cuatro vientos dirigirá esta águila su vuelo? ¿Será hacia la política ó sea al lado de las luchas sociales? ¡Horror! ¿Será hacia el horizonte de las ciencias? Lo sentiré. Si es hacia el de las letras y las artes, me ale-

graré por el señor Revilla y por la gloria de nuestro país. La política es un martirio para todo talento especulativo y soñador. Me decía hace pocos días un ilustre orador, que, á través de las vocinglerías del cuarto estado, ha podido sentir las palpitaciones de las colas del quinto; pues supongo que éste ya lo formarán las serpientes de cascabel:—«Desengáñese usted, me decía, ni con las muchedumbres ni con los ejércitos, se va á ninguna parte.»—¿Habrá en esto un poco de verdad? Pero, aun siendo cierto que toda popularidad implica bajeza y todo uniforme supone desigualdad, ¿cómo querrá hacer política el célebre tribuno sin contar con uno de los dos términos antitéticos del problema político, ó con los ejércitos, ó con las muchedumbres?

Entremos por fin en el terreno de las ciencias, y en esta palabra incluyo, no sólo las ciencias físicas, sino lo que los caballeros de aquel vegetal, que hemos nombrado con rubor, llaman hoy pretenciosamente la *ciencia*. Con esta palabra *ciencia* ellos se colocan en la región pura y superior de la teoría y reducen á los demás hombres de ciencia á la esfera de unos simples menestrales. Pero la ciencia y las ciencias se hacen, y el ingenio nace. Un metafísico que sabe mucho, y un hombre científico que ha aprendido más no pasan de ser unos pedagogos, con más ó menos aptitud para aprender ó enseñar. Y aquí me es forzoso decir que los hombres de ciencia, cuyas importantes funciones sociales somos los primeros en reconocer, se están dando en estos últimos tiempos una importancia anfictiónica, que es menester reducir á sus justos límites. Hay anticuario que cree que nada absolutamente podemos conocer, ni de lo histórico ni de lo prehistórico, si antes no nos fijamos bien en la ensambladura proba-

ble de los huesos de cualquier *gato fósil.* Yo he oído hablar de un profesor de *Historia Natural* que pretende que es indigno de comer melocotones todo aquel que no sepa que un melocotonero pertenece al reino vegetal y es del tipo vascular, de la clase de las dicotiledóneas, del orden de las caliciflоras, de la familia de las rosáceas, de la tribu de las amigdáleas, y género, especie y variedad de etc., etc., etc. Químico conozco yo que asegura que un hombre es incapaz de conocer la filosofía de las fórmulas del matrimonio civil que, entre paréntesis, son capaces de poner colorada de vergüenza á la más desvergonzada dama de las camelias, si antes no se entera bien de la tendencia monogámica de los elementos químicos, pues si una fuerza orgánica les obliga á formar combinaciones ternarias y cuaternarias, desde el momento en que les abandona la vida vuelven á su natural afición, que es la de unirse en matrimonios sencillos formando por su gusto combinaciones *binarias*. Esto en cuanto á las ciencias. Pero ¿y con respecto á los hombres de la *ciencia?* Estos aprenden una cosa más fácil todavía. Prescinden de que la ciencia es puramente ideal, y sorprendiendo á unos Directores de instrucción pública ó muy confiados ó muy distraídos, sustituyen en la enseñanza la antigua psicología con una moderna antropología y confunden el cuerpo y el alma, la naturaleza y Dios, y encerrando en una unidad convencional toda clase de variedad, dicen que ésta es una ciencia que comprende la verdad y toda la verdad, siendo así que no contiene ni una sola palabra de verdad. Y por eso estos falsos depositarios de la ciencia, estos omniscios de la clase de filosofía y letras, mistificando á los ignorantes y á los crédulos, tienen la pretensión de reducir á los demás profesores

de las ciencias á una categoría inferior de porteros ó bedeles.

Y toda esa respetuosidad que se suele conceder á méritos ficticios, debemos desear que concluya. En ciencias, como en todo, lo primero es la virtud y el ingenio, únicas cualidades á las cuales la posteridad suele dar importancia. Y el ingenio y la virtud no los da la ciencia, sino el talento y la rectitud de la buena intención. La ciencia sin ingenio es un oficio como otro cualquiera. Y un sabio de oficio, ¿qué sabe? Lo que le han enseñado. Y con saber, ¿qué inventa? Nada. Y entonces, ¿cuál es su mérito? No lo sé.

No es mi propósito rebajar funciones elevadas por una falsa opinión á un respetable magisterio, pero, por mi parte, tampoco estoy dispuesto á creer en la legitimidad de orgullos insensatos y en las impunidades y trapacerías de los sabios-tontos. Un cabo de vara puede tener más aptitud para gobernar á los hombres y más elocuencia para escribir una carta á su madre, que todos los claustros plenos de todos los cuerpos docentes de la tierra.

Y todo esto lo digo á propósito de lo mucho que me alegraría que el ingenio del señor Revilla tomase la dirección del arte. Ya sé yo que esto que le voy aconsejando, para los hombres de ciencia es poco menos que una ociosidad. Pero créame el señor Revilla, el entender está sobre el saber; el crear es una función intelectual que hace que se acerquen las criaturas á la grandeza de su Creador. Lo aprendido pasa, y lo inspirado queda. El arte es tan superior á la ciencia, como la poesía lo es á la prosa. Cervantes, que ya en su tiempo era un escritor arcaístico, es hoy para nosotros un prosista anticuado, mientras que Jorge Manrique, que le ha precedido dos siglos, ha escrito versos que se

recitan hoy con el mismo encanto que si fueran de un escritor contemporáneo.

¡Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando!

¿Y en qué consiste que las obras de arte versificadas adquieren más caracteres de perpetuidad y toman el sello de juventud eterna, sobre todo comparadas con las escritas en prosa? Esto consiste en que la poesía es la manifestación más íntima del pensamiento del hombre, pensamiento que, cuando está bien formulado, hace tan eterna como él mismo la palabra en que está expresado. La poesía, y hablo de la poesía clara, precisa y correcta, como la del señor Revilla, se apodera de los giros más rítmicos, de los matices más encantadores, de los modos de decir más gráficos, de lo que hay de más impalpable y al mismo tiempo de más real en las palabras, y los funde y los modela, los pone en relieve y hace una estatua de una idea, y reduce á una imagen pictórica el más recóndito y más fugaz de los sentimientos del corazón humano.

Deje el señor Revilla el culto exclusivo de sus ocupaciones científicas, para dedicarse, cuanto más pueda, á las obras de ingenio, porque aun en el supuesto de que, como lo hacen algunos filósofos positivistas, se ponga en duda la utilidad de todas las reglas estéticas del orden afectivo, intelectual y moral, y digan que las pasiones y las creencias, desde el amor hasta la inmortalidad del alma, son pura poe-

sía, es menester probarles que la poesía es, por lo menos, la mitad de nuestra naturaleza.

¡La poesía y la religión! Ellas son el *quid divinum* del arte y del alma humana. La poesía, manifestación la más ideal del arte y del ingenio del hombre y la religión, pan espiritual del alma y de las sociedades civiles, que hace sagrada la autoridad ungiéndola con el óleo santo y que, interviniendo en nuestro nacimiento, en nuestras uniones legítimas y en nuestra muerte, santifica con el elemento espiritual las instituciones humanas, condimentándolas con ese granito de sal divina cuajado por el sol de la justicia en los límites del Océano de la bondad infinita!

¿Habré logrado convencer al señor Revilla?

¡Cuánto me alegraría!

CAMPOAMOR.

EL PANENTEISMO

Sr. D. Ramón de Campoamor.

Mi muy querido amigo: Hace ya muchos años, allá por los de 1856 y 57, arremetió usted con brío y pujanza á la democracia, y en honra de mis convicciones, me atreví á salir y á pelear. Hoy la acometida es no menos briosa á la Filosofía racionalista, y por la misma razón, y (lo confieso) con el deseo de refrescar el espíritu recordando los juveniles empeños en que nos colocaban sus amistosas y benévolas réplicas, acudo también. Me propongo convencer á usted de que va más allá de lo justo al escribir la elocuentísima invectiva que se lee en las lozanas y rientes páginas con que encabeza las *Dudas y tristezas* de nuestro amigo Revilla.

«Yo no he censurado con acrimonia, que toca ya en mofa, á las escuelas racionalistas; antes al contrario, con alabanza recuerdo á Fichte, á Schelling y á Hegel, y sólo guardo mis iras para Krause y sus sectarios»—me replicará usted desde el primer punto.—Así es el hecho; pero es el caso que no caben aquella indulgencia y esta severidad, y una ú otra huelga en el juicio de usted. Si Krause y sus sectarios merecen los duros calificativos que se escapan hir-

viendo de la acerada pluma de usted, con mayor razón deben caer sobre Schelling y Hegel, reos de mayores delitos según el Código que da usted por vigente; y de otro lado, al aconsejar al joven poeta, de tal manera traza y sombrea usted el cuadro de la ciencia y tan esplendente es el del arte que le opone, que resultan de uno y otro boceto cargos y censuras contra la ciencia, que permiten, y aún reclaman, rectificación y rectificaciones.

Yo, á mi vez, no intento sacar á salvo de esta vehementísima impugnación todos y cada uno de los principios, teorías, postulados y consecuencias de la escuela krausista. Por fortuna, ó por desgracia, no tengo hace muchos años otro maestro que el pensamiento general humano, estudiado libérrimamente por mi razón, y no me avengo á la disciplina de ninguna escuela, confesión ó secta, ni apetezco tampoco que nadie siga ó se encariñe con mis pensamientos. Pensar es tarea individual, y sólo el propio pensamiento mata el hambre de la inteligencia.

Pero en la escuela krausista me eduqué y tuve por dicha un maestro, cuya memoria venero, y no quiero que pase, sin desagraviar su respetable nombre, la airada página que usted escribe, y que cae sobre la noble figura del que trajo á España y difundió entre nosotros las doctrinas de Krause.

Recordemos también que entre los discípulos del ilustre don Julian Sanz del Río se han declarado tendencias diversas y encontradas.—No hay ya escuela.—Van unos á un teismo racional y cristiano, propenden otros á un positivismo comedido y circunspecto; retroceden algunos, aguijoneados por la duda, á la Crítica de la Razón pura de Kant,

tomando puerto y sagrado en ella, y esta diversidad de direcciones es muy propia del solícito afán con que el doctor Sanz del Río procuraba despertar en toda inteligencia el sello característico, original é individualísimo, que acompaña al hombre.

Yo entiendo que la dirección que mejor cuadra al Krausismo es la que representa el Barón Leonhardi en Alemania; opino que esa dirección religiosa y racionalista es pura, verdadera é hija legítima de la edad presente, y miro las reacciones kantistas como miro todas las reacciones, y los embelesamientos positivistas como rasgo fugaz, hijo de rápidos meteoros, que el griterío de las aulas, no una causa real, ha hecho brillar en nuestros horizontes.

Sanz del Río tuvo principalmente en cuenta este carácter teista y religioso de la doctrina krausista para propagarlo en España. Si la doctrina se hubiera limitado á una reproducción kantiana ó un ensayo hegeliano, muy seguro estoy de que no hubiera atraído á aquella vigorosa inteligencia, y si, por desgracia, Sanz del Río hubiera sido crítico ó escéptico, no hubiera enseñado que, por ley lógica y moral, no se puede enseñar el escepticismo, y si no se puede, claro es que no debe enseñarse. Queda el alardear de escépticos para mozuelos que lloran las primeras dificultades de las aulas ó los primeros desengaños de vanidades eróticas. El pensador serio y de conciencia no enseña negaciones. Kant aplicaba su magisterio á difundir las verdades afirmadas y reconocidas en su Crítica de la Razón práctica. El escéptico varonil, ó el que, sin llegar al abismo, se ve macerado y afligido por dudas y tristezas, sale por momentos del campo de la ciencia y, como Revilla, va al de la poesía á

llorar ó á reir sus dolores y placeres, á pintar con enérgico é íntimo *verbo* el estado de su alma, á reflejar su triste, audaz, calenturienta ó desesperada personalidad.

Sea usted justo, reconozca y confiese en Sanz del Río al varón piadoso, recto, animado del afán de lo divino, de la amplitud y serenidad de criterios que resplandecen en su «Ideal de la humanidad», en su discurso de apertura de 1857 y en las notas y ampliaciones de su traducción al compendio de Weber. Repase un sencillo prospecto que escribió en 1857 sobre el racionalismo armónico, que yo publiqué en mis Estudios (1), y estoy muy seguro de que quedará usted prendado del cuadro y del pintor.

No llevo con paciencia la desatención y la injuria al ilustre profesor, y es á todas luces injusto lo que sobre su capacidad y merecimientos se ha escrito por sus detractores. Enamorado de la ciencia, como nadie; indulgente y tolerante con las opiniones ajenas, como no se ha visto ejemplar en ésta España, en que corre por nuestras venas sangre muslímica oxigenada por la inquisición; severo y metódico en el raciocinio, como el matemático más cumplido; vigoroso en el examen psicológico, de manera que comparados con él, parecen discreteos mujeriegos las observaciones de las escuelas escocesa y parisiense; analítico, con una proligidad fecunda, que no había visto antes ni he vuelto á ver después; abundante en intuiciones; original y conocedor por larga meditación de los afanes de la filosofía novísima, Sanz del Río es superior á todos los filósofos españoles y franceses

(1) *Estudios sobre Filosofía,* etc. Madrid, 1872, pág. 150.

de este siglo y marcha á la par de Rosmini y Gioberti, los grandes pensadores de la Italia.

No peca el juicio por encomiástico. El paralelo, si lo formamos, agrandará aún más la noble figura de Sanz del Río, que no tiene hoy coronas literarias y monumentos, porque en España no cuidamos de semejantes cosas, preocupados todos con el afán de rebajar y ennegrecer á los demás.

¡Es que escribía mal! He aquí la acusación; la única, la mil veces repetida en verso y prosa, en discursos académicos y en gacetillas. ¡Escribía mal! ¡Oh! ¿Quién no escribe mal? Pero en mano «El ideal de la Humanidad» y la Oración inaugural, se puede, sin cuidado ni temor, retar á que escriban mejor sobre aquellos temas, los más ó todos de los que censuraron á Sanz del Río. Pero la *Analítica* es obscura... Sí lo es, y nace esa obscuridad de que la *Analítica* no era un libro preparado para la estampa; era un programa de estudios para decorarlo y esclarecerlo con explicaciones orales. Era un mero resumen que guiaba la indagación. Los reiterados y enojosos ruegos de sus discípulos (y de ello me acuso), instancias de amigos que hubieran sido impertinentes si el propósito no los disculpara, vencieron la natural repugnancia de Sanz del Río, que autorizó aquella publicación hecha en una Revista y coleccionada después. ¡Cuántas veces me he arrepentido de haber contribuído con mis quejas y mis clamores á la publicación de la *Analítica!* ¡Cuántas veces he recordado que conocía los tiempos y los gustos el ilustre maestro, al resistir la impresión de un itinerario lógico, desnudo y árido, como una sucesión de problemas algebraicos, y que caía en el seno de una sociedad

ávida de luz, de colores y de atrevimientos fraseológicos!

He ahí la base de la acusación. ¿Es bastante? Yo apelo á su conciencia de usted y me someto al fallo.

Es que ha formado escuela, se dice, en esto de escribir obscuro y enigmáticamente. No hay en esto escuela. El que escribe mal es porque no es escritor; y el que escribe con obscuridad es porque no sabe escribir clara, correcta y gallardamente. No es justo que carguen sobre Krause ó Sanz del Río las culpas de los que no manejamos la hermosa lengua de Castilla con la tersura y propiedad que es de desear en todo escrito. ¿Qué responsabilidad cabe al maestro de la insuficiencia ó escasas dotes literarias de los discípulos y admiradores? No soy de los que creen que la lengua castellana es deficiente para los estudios filosóficos: creo tan sólo que es muy difícil dominarla y poseerla, y el propósito exige largos y pacientes afanes literarios y filológicos. Tampoco creo que la ciencia exija un lenguaje obscuro y plagado de neologismos. La precisión y la propiedad no andan reñidas con la claridad y las leyes gramaticales; creo tan sólo que el manejar el estilo didáctico requiere un profundo conocimiento del idioma.

Descartemos, como se descartan de toda discusión grave, estas trivialidades, y no discutamos si los Krausistas escriben mejor ó peor y hablan culterana ó escolásticamente. Si es cierto, lo que cumple es corregirlos, demostrando que lo que dicen en aljamiado, puede decirse en romance castizo y correcto.

¿Qué capítulos comprende la enérgica y apasionada acusación de usted? Uno muy principal campea á vueltas de muchas ingeniosidades que lo abrillantan, pero no las razo-

nan. Dejo á un lado lo de la leguminosa, porque el chiste no tiene otra gracia que la irreverencia científica, y llego á lo del *panenteismo*, que es sin duda lo que rompió los diques de su abundancia, desatándola en torrentes de calificativos y epifonemas que llenan la parte más doctoral del escrito que tengo á la vista.

Es comenzar por lo último y hacer cuestión de lo accidental, del nombre dado á la cosa. ¿No es feliz el nombre? ¿Es de mala formación? Sea; abandonemos el nombre y pensemos en la cosa que con él se designa ó pretende explicar, y se encuentra usted frente á frente del problema más pavoroso que entraña toda Teología racional, aborda usted el problema de las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre.

Concedo que Krause se inspira históricamente en Schelling, y por tanto, usted me concederá que sigue la oleada del pensamiento moderno que levanta Fichte, y mira las cuestiones como aparecían planteadas en aquellos inolvidables decenios de nuestro siglo que no tienen semejante ni parecido, sino en los que ilustraron Sócrates, Platon y Aristóteles. La inspiración panteísta con estas ó aquellas atenuaciones domina en las escuelas que se originan de Schelling, pero en cambio, un deísmo, dualista, aristotélico, dominaba en todas las escuelas que seguían rumbos distintos y encontrados.

Usted lo sabe; la ciencia es unidad, y nada queda fuera del sistema ó del delicado y finísimo engranaje que relaciona la índole y la vida de todo lo que es y de cuanto existe. No va Dios fuera y lejos del mundo, en un eterno ensimismamiento en que lo inteligible y lo conocido se reproducen ó

se iluminan en el punto en que se concentra lo posible de un futuro eterno. No rueda Dios tampoco en la palpitación dinámica que inflama la vesícula germinativa que inicia el ascendimiento de la materia. ¡Ni panteísmo ni dualismo!—exclamaba en 1820 la conciencia humana,—y ese grito resuena en la conciencia de usted como lo escucho día y noche en el seno de mi conciencia.

Acometió Krause el problema, y el esfuerzo fué gigantesco, memorable, en tanto exista el pensamiento humano.

No lo resolvió,—me replicará usted.—Entendámonos, mi querido amigo, y de paso rectifiquemos juicios y consejos que leo en su embelesador escrito.

La ciencia, de la cual procura alejar á nuestro querido Revilla, no es á los ojos de usted más que algo frío y escueto, semejante á una tabla de logaritmos. No quiero que nos disputemos el alma de Revilla, porque ha elegido usted ya el papel de Alice y no gusto del de Bertram, pero no es eso la ciencia.—Todas las facultades, todas las propiedades del espíritu, todas las cualidades y modos del sér y las variedades de la existencia, están en la ciencia como en rico panorama, inagotable por su fecundidad, infinito por su asunto, y escruta el filósofo lo consciente y lo que pasa y es en el mundo en que no vive, ó apenas se vislumbra la conciencia, y teje relaciones maravillosas entre los dinamismos que concretan la cristalización mineral, ó las sedas, terciopelos y blondas de la flora, con las sacudidas eléctricas del Océano y de la atmósfera; de la misma manera que sigue el sordo crecimiento de la pasión, ó mira extenderse las últimas y tenues ramificaciones del razonamiento que arraigan allá en lo infinito.

No es la ciencia la *Crítica de la Razón pura*, ni un mero tratado de lógica subjetiva sujeta á la voluntariedad de un espíritu vagabundo. *Rerum humanarum et divinarumque cognitio*, decía hace siglos un sabio y santo filósofo español, definiendo la Filosofía, y el conocimiento de lo divino es ardua é inacabable empresa. ¿Cree usted que, á manera de resolución de un problema geométrico ó algorítmico, opinan los Krausistas que en su doctrina está el alfa y la omega, el último término y la declaración última é inalterable de la verdad? ¿Cree usted que nadie imagina entre los Krausistas que Krause escribió la última palabra de la ciencia, y que sólo nos cumple leer y respetar la Biblia filosófica que cayó de sus manos? Ningún filósofo piensa así, y mucho menos un filósofo krausista, que sabe que el libro está en la realidad de Dios, del espíritu y del mundo, y que ese libro se hojea y se consigue volver una página al cabo de largas edades y son infinitas las que la verdad de Dios escribió en él.

No sé si Krause acertó en absoluto ni lo que en lo futuro se dirá del pensamiento de Krause. No importa por el momento el tema. Lo que importa es descubrir en la ciencia contemporánea algo más razonado y cierto que lo señalado por Krause, como fin y objeto de la ciencia, en la grave cuestión teológica de que tratamos.

El nervio de la cuestión estriba en resolver en un examen comparativo, de sistemas y doctrinas, si la tendencia y el rumbo señalado por Krause á la filosofía era seguro y racional, ó si, por el contrario, debíamos dejarnos ir por las corrientes del panteísmo ó detenernos confusos y perplejos ante la dualidad. No por las palabras, no por enseñanzas

concretas ó por rasgos parciales de Psicología ó de Lógica se juzgan los sistemas ó las escuelas, sino por los métodos generales, por la tendencia y finalidad que señalan á la vida y á la ciencia, por los derroteros que recomiendan y por las exploraciones que inician en el campo del saber. La armonía de todo, causada por la unidad que abarca todas las oposiciones y el estudio y demostración del vínculo interno que enlaza y relaciona lo vario, impidiendo que traspase la resultante de las fuerzas de unidad y variedad que actúan en todo lo que es, son cánones que no olvidará ya la ciencia, y á Krause se deben.

Es un caso de filosofía comparada, y crea usted, que el procedimiento que imaginó Mr. de Gerando, no es menos fecundo para la teología, que para las lenguas y las literaturas.

El empeño de recordar verdades cristianas, enseñanzas de San Agustín, San Clemente Alejandrino, San Anselmo, etcétera, etc., y las mejores y más puras doctrinas del *realismo* teológicas para esclarecer cómo *en Dios nos movemos, vivimos* y *somos*, y en su *esencia están todas las cosas*, no merecía los durísimos calificativos que usted estampa, mi querido amigo, en un momento de pasión política quizá y por tanto en un momento desgraciado.

Krause... ó si usted quiere, dejemos á Krause, para considerar esta verdad de que *en Dios somos* y en su esencia están todas las cosas, verdad admirable y profunda, debida, como cuantas abarca la Teología racionalista, á la inspiración del cristianismo. Bien sabe Dios, y usted también, que no por habilidad retórica, ni para impresionar á usted, recuerdo esas armonías cristianas, sino porque son las

intuiciones que iluminan la Teología del racionalismo armonico. Siempre se ha reconocido así por los Krausistas y lo expusieron en cuantas ocasiones hubo empeño en tildarlos de panteístas. Recuerde usted una muy reñida controversia (hace ya doce años) sostenida por nuestro elocuentísimo y hábil polemista Moreno Nieto (cuya ciencia y cuya palabra crecen con los años con vigor admirable), y ya entonces se señalaba este tema al estudio y á la atención de los contradictores rectos y bien intencionados.

Resulta que no se tienen por panteístas, antes bien, rechazan el dictado; resulta que huyendo del dualismo, buscan en el *In Deo sumus* del cristianismo, la luz y la inspiración para conocer el lazo, el vínculo, la relación que une á Dios, al hombre y al mundo, para poder mostrar á la razón, la Providencia y la personalidad del Sér Supremo.

Yo defiendo esta tendencia, más, la creo felicísima, salvadora, en las crisis actuales de la razón religiosa, en los tristes días que corren para el sentimiento religioso; la creo superior á las tentativas teológicas de Schelling y de Hegel, aun comprendiendo los novísimos ensayos del ilustre Vera; la juzgo potentísima, contra excépticos y neo kantistas, y por ella estoy muy dispuesto á discutir con usted, sin que me pare el bellísimo alarde de juventud, brillo y lozanía que circula por las ingeniosas frases de su aplaudido escrito.

Lleve usted entendido que no digo más ni menos que lo escrito. «Yo defiendo esa tendencia... sigo esa inspiración general.» Ahora, como siempre, reivindico la libertad de mi razón, para corregir y enmendar (quizá desluciendo y empeorando el pensamiento de la escuela) lo que no se ajuste á la misma tendencia y á la misma inspiración.

Le sorprende á usted la doctrina de que lo inteligible no es otra cosa que la verdad, y la verdad no es más que el sér? ¿Le extraña á usted que se diga que los universales, los géneros, las especies, son grados de perfección que están en Dios y son Dios mismo, mostrándose en su infinita verdad, y que al considerar lo universal, lo necesario é inmutable, consideramos inmediatamente al Sér Supremo? ¿Por qué esa excitación nerviosa contra la afirmación krausista, consistente en repetir: «Veo en Dios todas las cosas, y porque son en Dios las conozco?»

Dios es verdaderamente en sí todo lo que hay de real y positivo en los *espíritus*, todo lo que hay de real y positivo *en los cuerpos*, todo lo que hay de real y positivo en las esencias de *todas las criaturas posibles* y de las cuales no tenemos idea precisa. Es de tal manera el SÉR TODO, que en Él está el sér de cada una de sus criaturas, separando el límite que las restringe-Dios es el sér, no limitado por ninguna especie: ni es espíritu ni cuerpo, ni cuerpo ni espíritu....

No continúo: estas frases de pronunciado sabor krausista le molestan á usted sin duda, y no quiero causarle ni hoy ni nunca la menor molestia. Pero sí advierto que no son de Krause ni de ninguno de sus discípulos, sino de un sabio elocuentísimo y venerado escritor católico apostólico y romano. ¿Le parecen á usted ya mejor? ¿No saben ya á *panenteismo?* Pues dudo mucho, mi querido amigo, encuentre usted en los Krausistas enseñanzas más claras y precisas, respecto á ser las cosas en Dios, que en esas atrevidas conclusiones del Doctor católico, á quien copiaba.

Desechemos, mi buen amigo, preocupaciones, y venzamos antipatías á nombres y cosas, que en estudios, ni lo

uno ni lo otro tienen entrada. Libertad, simpática y respetuosa atención para las doctrinas, exige la ciencia; eterna juventud en el alma, es lo que pide el estudio de la filosofía; y la juventud es amor, benevolencia, entusiasmo, glorificación espontánea que sube ardiente y abrasadora del corazón, para todo lo bueno, lo verdadero y lo bello. ¿Cómo usted, que contra la edad, y á pesar de los años, ha conseguido perpetuar en su alma la frescura y lozanía de la juventud, por haber conservado vivo el sentimiento y pronto el amor, incurre en el extravío hipocondríaco de pintar la ciencia de modo que espanta y de retocar el cuadro del arte con colorines anacreónticos para seducir á Revilla? ¡Religión, ciencia, arte, no son cosas opuestas y encontradas!..., pero me canso y temo cansar á usted prosiguiendo mi carta.

Discutiremos si lo cree usted oportuno. Dispuesto estoy á dar de mano á mis Estudios platónicos para discurrir sobre la teología del Krausismo. Usted decidirá. Lo indiscutible para usted y para mí es la cariñosa amistad que nos hermana hace años, y en testimonio de la que le B. L. M.—F. DE P. CANALEJAS.

¡Á LA LENTEJA! ¡Á LA LENTEJA!

I

Es para mí el señor Canalejas el más terrible de los adversarios, pues terciando en las polémicas con una eterna serenidad de espíritu, enerva el mío de tal manera que parece que me atonta la cabeza con opio. Sólo cuando llama al Krausismo la *ciencia*, es cuando siento despertar en mí todas las intemperancias naturales de mi sistema nervioso.

Pero discutamos con calma. No era al docto señor Canalejas al caballero que yo esperaba ver presentarse á romper lanzas conmigo en favor del Krausismo, sino que yo soñaba con la ventura de tener enfrente á alguno de esos Hipocentauros de pura raza, que suelen emprenderla á estocadas contra mí, destrozando mi nombre en la sombra, porque en filosofía no quiero cometer, como ellos, la indignidad de decir que entiendo lo que no puedo entender. Esta sinceridad de mi carácter ha disgustado tanto á algunos de los afiliados en la orden de la familia de aquel vegetal teológico-krausiano, que, en venganza, me han asegurado que se proponen dedicarse al oficio de espías literarios y acusadores públicos, para probar que, además de ser yo un malísimo escritor, soy un

plagiario casi tan grande como el gran Byron, de quien se queja Chateaubriand, diciendo que copiaba de él páginas enteras sin citarlo y que embebía en sus obras poemas completos de otros autores, como el célebre soneto á Italia, etc., etc. ¡Miserias humanas! Pues aunque me pudiesen probar todo esto y mucho más, yo les volvería á repetir que ni ellos ni yo entendemos á Krause. Y puesto que de decir claridades se trata, lo más noble sería que, en vez de entretenerse en murmuraciones contra los que no tenemos contra el Krausismo más antipatía que nuestro horror á las tinieblas, dedicasen sus sublimes entendederas á sacarnos al señor Canalejas y á mí de este conflicto en que nos hallamos, y con las corrientes de electricidad y de luz propia de sus sendos cerebros, curasen esta hemiplegia krausista que las Universidades españolas están sufriendo hace más de veinte años, con mucho miedo de que este ataque parcial se convierta en una completa parálisis intelectual.

Dice el señor Canalejas «que yo no he censurado con acrimonia á las escuelas racionalistas; antes al contrario, que recuerdo con alabanza á Fichte, á Schelling y á Hegel y sólo guardo mis iras para Krause y sus sectarios, y que no se compaginan aquella indulgencia y esta severidad.»

Le explicaré al señor Canalejas por qué es mas grande mi antipatía á Krause, siendo yo en teoría tan tolerante con todas las opiniones, hasta las menos aceptables. Ya he indicado en el prólogo-Revilla, que mi antipatía á Krause era más bien artística que científica, pues no teniendo yo ningún ingenio, como lo pruebo yo mismo y acabarán por probarlo más todavía esos jóvenes pentacrósticos que se proponen atacarme como escritor, soy una pobre abeja literaria que busca

alimento en todos los jardines cultivados para la inteligencia humana, y dando menos importancia de lo que creen algunos á la originalidad, cultivo *el arte sólo por el arte,* y con el fin de agrandar los límites del imperio de la poesía, á falta de pensamientos propios, tomo los ajenos, y saqueo la historia (como en *Los relojes del Rey Carlos),* pongo en verso los sistemas filosóficos de Schelling *(Todo es uno y lo mismo),* de Cabanis *(El cafe),* de Heráclito, de Demócrito, de Sócrates y de Diógenes *(La comedia del saber),* etc., etc., etc.; pero resulta que jamás he podido hacer del sistema de Krause una sola poesía, y á pesar de que esto puede ser falta de talento mío, no veo que ninguno de los demás escritores haya podido sacar partido de sus ideas, modelándolas clara y distintamente, pues todos los pensamientos de Krause están mejor expresados en los originales de donde él los ha tomado.

No hay buzo literario que pueda sacar una perla del mar muerto de la filosofía krausista.

II

Yo me había hecho la ilusión de que era dueño de mis opiniones particulares, sin que nadie tuviese el derecho de enfadarse conmigo, ni de hacer críticas sobre mi crítica del señor Revilla. Pero el señor Canalejas, convirtiendo mi pobre personalidad en *mingo*, como suele decirse en el juego del billar, hace una carambola y defiende al señor don Julián Sanz del Río de críticas y de burlas que le han dirigido otros en prosa y verso, siendo así que yo ni siquiera le he

nombrado, respetando la memoria de un amigo tan querido en algún tiempo por mí. Pero ya que el señor Canalejas saca á plaza el nombre del señor Sanz del Río, le diré que así como el señor Canalejas tiene la suerte de verlo todo completamente *al derecho*, y yo la desgracia, para él, de verlo todo *al revés*, el señor Sanz del Río se conoce que lo veía todo *de lado*. Esta especie de *extravismo* intelectual es una herencia orgánica que el maestro ha legado á sus discípulos, discípulos que han hecho retroceder cien años por lo menos la educación filosófica en España, y no le sorprenda esta opinión al señor Canalejas. Ya en mi artículo anterior, al querer probar que el señor Revilla no podía ser krausista, dije que, así como de todos los sistemas filosóficos pueden salir artistas, en el Krausismo era imposible que se inspirase ninguno, porque era una doctrina enredada en el fondo y por consecuencia confusa en la forma. Y creo además que es una filosofía que ha aventado de este país los hombres y los sistemas de lo más original, lo más poético y lo más atractivo de la filosofía alemana, con la pedantesca aserción de que todos los demás sistemas anteriores á él son *incompletos*, siendo así que él solamente es completo en lo ininteligible de sus expositores. A esto dice el señor Canalejas que, en el Krausismo, sólo escriben mal los que escriben mal. Esto no es cierto. En el Krausismo se escribe mal porque dentro del sistema no se puede escribir bien. Porque es absolutamente imposible expresar con claridad lo que se concibe confusamente. Y no es de lo menos grave en esta filosofía que, al pretender explicar lo inexplicable de su contextura, quede el idioma patrio como San Bartolomé después del martirio, pues ese libertinaje de cambiar el sentido de las

palabras, según la opinión de César Cantú, es lo que contribuye más que nada á causar la ruina de los Estados.

III

Conque vamos á la lenteja.

Yo soy muy leal, y puesto que el señor Canalejas se propone refrescar sus estudios krausistas á costa de mi paciencia, voy á darle una base bien amplia y bien clara de argumentación, para que se bata en terreno más firme y me derrote si puede, pues yo, el único objeto que me propongo en esta polémica, es que la indiferencia que me inspira Krause se convierta en admiración.

Yo sólo he dicho en el prólogo del señor Revilla que el Krausismo es antiartístico.

Y ahora añado que el Krausismo es un sistema que está fundado en una noción de la *esencia* radicalmente falsa, y que en él la verdad no sólo es imposible de toda imposibilidad, sino que es de una *imposibilidad metafísica.*

Pero para probar esto es menester que, ya que yo no pueda nombrar la palabra *leguminosa*, pues según dice el señor Canalejas es una *irreverencia científica*, cosa que nunca me había dicho mi sabio maestro don Miguel Colmeiro en sus lecciones sobre botánica, me veré precisado á llamar frecuentemente al señor Canalejas ¡á la cuestión! es decir, ¡á la *lenteja!* pues en la forma y en el centro de esta legumbre estriba precisamente toda la dificultad del sistema de Krause.

IV

El tema planteado por mí es el siguiente:

El Krausismo ¿es una doctrina *clara* ó es un *logogrifo?*

Porque no basta que un filósofo invente un sistema que se llame armónico y cuya fórmula es: «*Unir sin confundir, y distinguir sin separar.*» Esto en la región del pensamiento se hace muy fácilmente, pero ¿responde á esta fórmula la naturaleza de las cosas? En ese famoso estanque de la *lenteja*, adonde van á confluir las tres corrientes de lo supremo, lo espiritual y lo material, ¿de qué modo esos elementos se *unen* allí *sin confundirse* y *se distinguen sin separarse?*

Después de una visión *intuitiva* del sér, viene una *Analítica,* que siendo por consecuencia inútil, es no sólo obscura, como confiesa el señor Canalejas, sino que es un verdadero calvario de la razón humana, calvario por el cual se camina, no apoyándose en análisis indiscutibles, sino en *anticipaciones racionales*, tan hipotéticas como las *ideas innatas* de Platon ó las *ideas necesarias* de Kant y se llega por fin á un punto en que se dice: «La Humanidad en el esquema del sér tiene la figura de una lenteja.» Y aquí viene la mayor dificultad del sistema. Esos dos infinitos llamados espíritu y materia, que en definitiva son los atributos *pensamiento* y *extensión* de Espinosa, ¿se limitan el uno al otro por ser de esencias diferentes? ¿Sí? Pues entonces no son infinitos y están limitados como en el *dualismo.* ¿No? Entonces son de una misma esencia y están confundidos como en el *panteísmo.* No se le olvide al señor Canalejas el contestar á este argumen-

to. «Todo es en, bajo, mediante Dios» como dice la fórmula del sistema krausista, apedreando por sus cuatro costados al idioma, así en su parte gramatical como en su construcción lógica. Todo es *en* Dios. De modo que si está *en* él *esencialmente,* es el panteísmo: si no está *en*, sino *bajo,* es decir, en categoría *inferior*, esa esencia ya es otra esencia, y en tal caso caemos en el *dualismo*. O al vado, ó á la puente. El espiritu y la materia ¿están separados de Dios, por ser de esencias diferentes? *Dualismo*. ¿No lo están, porque son de una misma esencia? *Panteísmo*. El Krausismo no puede dejar de ser, ó un dualismo vergonzante, ó un panteísmo más vergonzante todavía.

V

Y no me llame el señor Canalejas á discutir la teología krausista, que ni él, ni yo, ni nadie, podemos entender. Aquí de lo que se trata es de la noción filosófica del Krausismo que, dentro de la lenteja y fuera de la lenteja, es absolutamente falsa, y que ni aun tomando de la teología las palabras *inmanencia* y *transcendencia* puede hacerse inteligible más que como *dualismo*, ó como *panteísmo,* pero nunca como *panenteísmo*.

Krause, en opinión de algunos, era un buen señor que, teniendo poco conocimiento de la vida, no cayó en que los eclecticismos tienen su razón de ser en la esfera de las cosas tangibles, donde los hechos no son más que cabos sueltos de ideas, con los cuales se pueden hacer combinaciones más ó menos transactivas y racionales, pero el querer hacer un

eclecticismo en la región de las ideas absolutas, sólo se le podía ocurrir á una inocencia tan enorme como la de Krause. Así es que, para elaborar su eclecticismo, para fundir en lo absoluto lo espiritual y lo material, dice la escuela krausista: «Ninguna esencia en el mundo está separada de la divina: ninguna se confunde tampoco con ella.» ¿En qué quedamos? Las esencias del sér y de los séres ¿son diferentes? Pues *dualismo*. ¿Son idénticas? Pues *panteísmo*. Todos los sistemas pueden estar saturados de panteísmo ó de dualismo, menos de armonismo ni de panenteismo, porque esto en la región pura de las ideas es un imposible.

Y continúa diciendo la escuela: «La naturaleza no es Dios, el espíritu no es Dios, la humanidad no es Dios, aunque Dios contiene también la naturaleza, el espíritu y la humanidad en la simplicidad de su esencia.»

Repito que no lo entiendo, no lo entiendo y no lo entiendo.

Y pregunto yo ahora al señor Canalejas: Estas esencias parciales en relación con la esencia general, ¿son idénticas en el fondo y sólo varias en la forma? Pues de todos modos, el embrollo es inconcebible, porque es una ley inconcusa que las esencias metafísicas de las cosas son *inmutables absolutamente*, y cualquiera *mutación de estado* que se suponga en ellas destruye su concepto.

Y para apoyar estas mistificaciones no se deje inficionar el señor Canalejas por la manía del cándido Tiberghien, que cree dar fuerza á ciertas elucubraciones, más bien extáticas que filosóficas, arañando de aquí y de allí rasgos piadosos como el mismo de *en Dios vivimos, nos movemos y somos*, para apuntalar con él, despojándolo de su significación

genuína y cristiana, la falsa concepción del panenteismo. Este es un pobrísimo recurso. El amor, y sobre todo el amor místico, es esencialmente panteísta. El amor todo lo quiere juntar y embeber. Pero este panteísmo de *sentimiento* que es natural, poético y hasta divino, es menester no confundirlo con el panteísmo de las *ideas* que es siempre antipático, estéril y ateo.

VI

Una indicación me hace el señor Canalejas que no quiero dejar de contestar, porque parece una inculpación, y es que supone que, al escribir yo el prólogo de las poesías del señor Revilla y al asegurar que éste no podía ser krausista, porque veía sus asuntos con claridad y los desempeñaba con tersura, lo he hecho en un momento desgraciado, esto es, en un momento de *pasión política*. ¿Qué me quiere dar á entender con esto el señor Canalejas? ¿Que soy yo acaso un carácter que sólo digo las cosas con tiempo y con medida, atemperándolas á las circunstancias? Pues está equivocado. Precisamente yo, no sólo estoy dotado del valor, sino que, por mi desgracia, tengo la temeridad de mis opiniones. Todo lo que he escrito en el prólogo-Revilla, no son más que ligeras indicaciones de lo que he dicho pública y oficialmente ante la plana mayor del Krausismo en plena revolución.

¿Es que me quiere hacer un cargo el señor Canalejas, dando á entender que yo soy de los que creen que el ministerio Cánovas ha dado una prueba de *muy buen gusto* no permitiendo que en las Universidades se enseñe una moral

diferente de la que la justicia pública consigna en sus Códigos? Pues si el señor Canalejas me hace un cargo por esto, lo acepto. Y como consideraciones personales de un orden que está por encima de la política me impiden extenderme hoy más sobre este asunto, me concreto á decirle al señor Canalejas que, predicar eso que se llama *libertad de la ciencia*, condenando lo que se apellida *ciencia oficial*, está muy en el carácter del Krausismo. Y ¿por qué? Porque el sistema armónico es la *armonización de todas las desarmonías.* En él, todo está en su tiempo y en su lugar, y no hay salida de tono, por estrambótica que parezca, que no sea justificable, racional y necesaria.

Sinceramente confieso que al escribir el prólogo del señor Revilla, ni remotamente pude imaginar que se le pudiese atribuir la menor intención política, pero la vaga indicación del señor Canalejas me hace pensar que efectivamente es imposible ocuparse del Krausismo sin que parezca que se escribe de política, y de política socialista, pues desde el baluarte del sistema armónico siempre están preparados contra todo orden social cañones apuntados por artilleros llenos de buenas intenciones, pero buenas intenciones de aquellas de que se dice que está empedrado el infierno. Estos fieles soldados de la milicia de lo ininteligible, para hacer descargas cerradas y convertir la ciencia en una barricada contra la autoridad pública, no necesitan más que tener por norte la moral de su sistema y por excitante los estímulos de lo que ellos llaman la *propia conciencia*. ¡Moral! ¡Conciencia! ¿Cómo puede haber ni moral ni conciencia, sin verdades absolutas ontológicas, completamente independientes de la conciencia á que han de servir de guía? Cuando, como

sucede en el Krausismo, el pensamiento y la cosa pensada tienen una misma esencia, los actos de la moral y de la conciencia son meriendas de Juan Palomo, en las cuales el guisador se adereza á su gusto las cosas que han de ser guisadas y comidas.

¡Moral! ¡Conciencia! En un panteismo tan retrospectivo y tan ciego como el Krausismo, hay hombres de bien como me complazco en reconocerlo, sujetos de noble corazón á quienes quiero y admiro, pero esos hombres de bien son doblemente apreciables, porque lo son, como dicen los franceses, siendo infieles á su método, faltando á todas las reglas de la lógica. ¿Qué moral ni qué conciencia es posible en un sistema donde todo es esencialmente necesario, donde no hay bien ni mal, peor ni mejor, espíritu ni cuerpo, y donde al fin y al cabo ese espacio que tiene la forma de una *lenteja* es la gran Roma, á la cual han de confluir todos los peregrinos del universo para juntarse allí fraternalmente en una inmistión extravagante donde *todo se une sin confundirse y se distingue sin separarse?*

¡Moral! ¡Conciencia! ¡Religión! ¡Arte! Como dice el lúgubre Hamlet: «¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras!» En salvándose del naufragio general, ¿no es verdad, señor Canalejas? el panenteismo, la doctrina de Krause, el sistema armónico, ¿qué importan las ciudades abrasadas, los campos desiertos, los templos derruidos? Absolutamente nada. En último resultado, monumentos ó ruinas, todas son formas que pasan; y, de pie ó derribadas, todas esas son cosas que en el fondo tienen una *misma esencia*, aunque en *diferentes posiciones!*

VII

Yo declaro que el fuego del cielo, que dicen que descargó Dios sobre las ciudades malditas, me parecería bastante poco para arrasar esas babeles del entendimiento humano y que son focos perennes de intoxicación intelectual y moral. ¡Cómo! No es lícito á un pordiosero cambiar una moneda dudosa que ha recibido de otro inocentemente, sin caer bajo las prescripciones del Código penal, ¿y se ha de permitir que se cambien las monedas de unas doctrinas evidentemente falsas, que llevan la perturbación á todos los órdenes de ideas, al gobierno, á la familia, á la religión y al arte, convirtiendo al gobierno en una anarquía, á la familia en una asociación adventicia sin lazos con Dios, á la religión en un panteísmo sin forma y al arte en un caos sin líneas?

VIII

En fin, después de dar por borradas cuantas expresiones vivaces se me hayan escapado y que puedan herir en lo más mínimo á personas ó cosas, concluyo recordando al señor Canalejas la duda que está llamado á resolver: «¿Las esencias de las cosas limitan la esencia del Sér? Dualismo. ¿No la limitan? Panteísmo.» Repito la pregunta para que el señor Canalejas la conteste lisa y llanamente y para que el público sepa á qué atenerse, pues yo por mi parte no tengo

ninguna duda sobre el particular, pues sé que el *panenteismo*, si alguna vez es dualista, lo es sólo aparentemente, porque en el fondo es un panteísmo burdo, inintelectual y primitivo, ante el cual el panteísmo de Espinosa casi es un idealismo poético.

Me parece que la cuestión queda bien claramente planteada. Ruego al señor Canalejas que no divague con sus sabias disertaciones y me conteste al punto concreto de la *lenteja*. Pero, como al señor Canalejas le sucederá lo que al público y á mí, que no lo entenderá, le suplico que me perdone por el apuro en que he colocado su discreción, y sepa que, aunque yo doy mi primogenitura por la cosa más baladí del mundo, no doy la amistad del señor Canalejas, no digo yo por la lenteja sobre que disputamos, sino que no la cambiaría ni por un *plato de lentejas*.

CAMPOAMOR.

Señor D. Ramón de Campoamor.

Mi muy querido amigo: La réplica de usted no simplifica la controversia comenzada, antes al contrario, la extiende, pero desparramándola, gracias á incesantes explosiones, de luces y de fuegos. No podía acaecer otra cosa poniendo usted mano en ella. Su espíritu cada día más rico en nobilísimas impetuosidades, arranca en su carrera de cuanto le rodea mil y mil destellos y centellas que, si producen á primera vista algo semejante á una via láctea que pasma y marea por la fulguración rapidísima con que se suceden, dejan puntos luminosos, ó inflamados por lo menos, en el alma que cariñosamente los contempla. Mi flemática serenidad, que usted tacha de enervante y adormecedora, hubiera sido sano contrapeso á la viva, inextinguible y veleidosa espontaneidad de usted, pero usted me arrastra y corro tras sus pensamientos, perdiéndonos ambos, en el caprichoso laberinto que van figurando las idas y venidas, las vueltas y revueltas de su gentil y gallarda fantasía. Se ofenderán, y con razón, las leyes del orden y método científicos con esta manera de discurrir y de exponer, pero declino toda responsabilidad y voy donde me llevan.

Quisiera seguir punto por punto su escrito de usted para

prevenir nuevos llamamientos «á la lenteja», frase que no sé por qué cautiva y enamora á un poeta tan delicado y de gusto tan exquisito como el autor de las *Doloras*.

I

Dejemos en paz á los Hipocentauros con que usted soñaba y olvidemos á los que en la sombra maltratan su nombre de usted.—Muerden limas de acero, y su tiempo y su actividad no tienen otro empleo digno que los espionajes y denuncias de que usted habla.—¿Qué han de hacer si no hacen esto?—¡Compasión para las miserias humanas, mi querido poeta, y olvido para las bilis y las hieles que engendran en los desdichados los trabajos y los merecimientos ajenos!

Pero lo que sí rectifico desde ahora es que esas gentes sean krausistas, y lo que rechazo de todas veras es que, malhumorado, extienda usted la acusación á la escuela. No, usted conoce á los más de los krausistas (aun de los ortodoxos), yo los conozco también, y de antemano, sabedor de su nobleza y rectitud de carácter, puede afirmarse y afirmo que no es exacto, con relación á los krausistas, lo que le *aseguraron* á usted. Será cosa de los *agregados*, según la ingeniosa frase de Pedro Agüera (1). Demos de mano también

(1) Preguntado el ingeniosísimo diputado á quien cito, si un estimable hombre público, asiduo comensal de los krausistas, era también filósofo, contestó con inimitable gracejo:

—No: ese es *attaché*.

Los *agregados* son los que han incurrido en los excesos que ridiculiza Campoamor.

á la hipérbole anticientífica de la hemiplegia de veinte años que padecen las universidades y al temor de la parálisis que le inquieta, y detengámonos en el por qué de la antipatía á Krause.

Es una repugnancia artística más que científica, escribe usted. Todos los sistemas prestan vigor al espíritu y enardecen la fantasía, pero el krausismo no. Confiese usted, mi querido poeta, que el *que ha descubierto la belleza en el sistema de Cabanis,* no puede decir eso. Muy predispuesta y encolerizada debe andar contra Krause su musa de usted cuando sus teorías humanitarias cosmogónicas y metafísicas no la han inspirado. El fenómeno sirve para mostrar cómo la predisposición del ánimo influye en la fantasía artística, pero no patentiza vayan desnudas de belleza las concepciones del racionalismo armónico.

Desde Pitágoras, todas estas concepciones de armonía universal y recóndita, que donde quiera suena y luce, han embebecido á los poetas, porque el genio es esencialmente una armonía. Pero no insisto: su malhadada antipatía de usted le hace ver el hirviente Océano de la armonía universal como un mar muerto, y no se discute con el ictérico sobre la blancura de las cosas. Es indispensable una curación previa.

II

Verdad hay en decir que me brindó usted ocasión para protestar de las burlas y los desgraciados donaires de gente que presume de chistosa contra la memoria del ilustre Sanz

del Río. Confieso mi culpa, porque usted, que es hombre de entendimiento, no podía contarse en el número de los burlones, pero recojo con solicitud el testimonio de su respeto al finado y hago punto en esto, porque declaro que no penetro la miga de aquella acusación de *estrabismo* que usted dirige al eminente filósofo.

Es tan alambicada la alegoría que me quedo á oscuras. Pero importa poco á la cuestión que Sanz del Río lo viese todo de *lado* y me fijo en lo de que el krausismo es una doctrina *enredada* en el fondo y confusa en la forma. ¿Por qué es *enredada* en el fondo? Usted lo sabrá, pero no lo dice y yo no tengo el dón de adivinar. ¡Confusa en la forma! ¿De qué forma habla usted? ¿Del sistema ú ordenamiento general de las partes de la ciencia? ¿De la manera de exposición de Ahrens, Tiberghien, Leonhardi, Sanz del Río ó Krause? Yo no sé qué forma es esa de que usted habla, y por si es la primera, digo que no la hay más completa y trabada en sus diversas teorías, ni conozco concatenación que respire mayor vitalidad lógica en la filosofía moderna, sin exceptuar el Hegelianismo. Si es lo segundo, repito lo que en mi anterior: escriben mal los que escriben mal, sin que me obligue á cambiar de dictámen la afirmación de usted de que la confusión es inherente al sistema. Será verdadero ó erróneo, que de esto no tratamos ahora, pero lógico, claro, preciso y ordenadísimo, no hay modo de negarlo, sino de la manera dogmática que usted lo hace.

III Y IV

Pero vamos á la *lenteja.*

—«El Krausismo es antiartístico—escribe usted.

—»El Krausismo es un sistema fundado en una noción de la *esencia* radicalmente falsa—añade usted.

—»En el Krausismo la verdad es imposible de toda imposibilidad, y es de una imposibilidad metafísica—afirmaba usted por último».

Demos de mano la primera afirmación, porque nos llevaría muy lejos, y no es para hoy discurrir sobre el arte, sobre la belleza de la verdad, sobre la calidad de la belleza espiritual, ni sobre otros puntos que sería necesario examinar, y vamos á la tesis doctoral de las afirmaciones de usted. «El Krausismo descansa en una *falsa noción* de la esencia».

¡Oh, si me hubiera usted dado la noción verdadera de esencia, cuánto adelantaríamos y con qué seguridad podría escribir. Pero elige usted un punto de vista de negación vulgar, diciendo dogmáticamente que es falsa la noción de esencia del Krausismo.

¿Cómo quiere usted definir la *esencia?* La palabra es nueva, data de Ciceron, pero los escolásticos la emplearon de continuo y los tomistas especialmente, y corrió por la filosofía cartesiana y por los libros de Leibniz, y hoy se lee en los libros filosóficos, pero con diversas acepciones. ¿Qué es la esencia ó qué se entiende por esencia?

Yo, para evitarle á usted enojos, quiero y me propongo defender doctrinas krausistas sin acudir á Krause ni á ninguno de sus discípulos. Es un Krausismo anterior á Krause el que defiendo, y usted se convencerá (si consigo mi objeto) de que la antipatía es injusta ó debe usted extenderla á los filósofos que han hablado de sér y de esencia, que son todos los de la Edad Moderna, desde el famoso tratado de Santo Tomás de Aquino.

Esencia es lo inherente á una cosa, ó lo que la constituye en especie determinada, ó el principio de las operaciones y propiedades de alguna cosa, lo que primero se concibe en ella, lo que se expresa por la definición, lo que la cosa es, la razón primaria y fundamental relativamente á los demás predicados, etc., etc., etc. Elija usted la que guste: todas son de buen linaje y noble alcurnia y ninguna tiene sangre krausista en las venas.

La esencia no se confunde con la existencia. Son distintas y no se identifica en el orden humano y natural la esencia con la existencia. No es la existencia predicado esencial de la esencia, es un predicado accidental.

En Dios se identifican absolutamente la esencia y la existencia, y como por la soberana esencia son todas las cosas, todas viven por ella y en gracia de su acción conservatriz y presente, y como esta esencia soberana está en todo y por todo, y comprende, penetra y contiene todo lo que es, *de* ella *son* todas las cosas y *en ella* son y *por ella* son.

¿Acepta usted la definición y la distinción? Si la acepta usted, como creo, no verá inconveniente en que sea la esencia de la humanidad distinta de la existencia particular y determinada de los hombres y de Juan, Pedro y Diego, ni

verá un monstruoso panteismo en que digamos que esencialmente *somos en Dios*, y que en la existencia de Dios está la esencia de todas las cosas, ó, como dice Balmes: «La esencia de todas las cosas, abstraída de todos los seres particulares, es algo real, no en si y por separado, sino en el sér donde se halla la plenitud de todo».

Que la esencia de todas las cosas se halle en Dios, aún cuando el hombre no se acuerda de Dios, y quizá le niega, es pensamiento consolador. «El hombre tiene á Dios en su entendimiento, repito con Balmes, en sus ideas, *en todo cuanto es*, en todo cuanto piensa; *la fuerza perceptiva se la ha comunicado Dios. La verdad objetiva se funda en Dios;* no puede afirmar una verdad sin que afirme una cosa representada en Dios. Esta comunicación íntima de lo finito con lo infinito es una de las verdades más ciertas de la metafísica».

Nuestra esencia está en Dios y Dios está en nosotros, mi querido poeta, y esta verdad generadora del panenteismo, que no quiere ser ni dualista ni panteista, no sé por qué escandaliza á usted, ni mucho menos por qué se le antoja fría y prosaica.

¡Oh, si fuera poeta rompería en salmos al encontrar esta verdad que me inicia en la vida de los infinitos, y que hace vibrar en mi espíritu, como ecos melodiosos y suaves, todos los himnos de los cielos! ¡Pero usted no ve más que *lentejas!* ¡Cuánto lo deploro!

¡Pero es que Krause ha dicho que «la humanidad en el esquema del sér tiene la figura de una lenteja! ¡Qué trivialidad, mi buen amigo! El esquema es una representación plástica para la fantasía, en la que se figura geométricamente

la relación de los seres, y dada la diversidad de la naturaleza humana espiritual, corpórea, etc., con el espacio producido por intersecciones de figuras que representen el espíritu y la naturaleza, se dibuja la complejidad de la humana. ¿Quita ni pone á la verdad de la doctrina, que la figuración geométrica de estas esencias sea más ó menos bella y se preste más ó menos á ejercicios de agudeza y discreteo?

No olvido el argumento que usted me recomienda. Todo está en Dios, sí: la esencia de todas las cosas está en Dios, y por Dios es todo, mediante Dios existe y todo permanece por la inmanencia de Dios, porque todo en Dios tiene su fundamento, su razón. Luego todo es Dios... ¡oh! no: hablamos de *esencia*, no de substancia ni de existencia. Decíase en lo antiguo: *quæ, per quam et in qua sunt omnia*, lo que, no mal traducido al romance, dice: que en Dios, bajo Dios y mediante Dios, son todas las cosas, en cuya paráfrasis no veo motivo para que suponga usted lapidada cruentamente la lengua castellana.

Que las cosas sean *en* Dios, no es decir que todas las cosas son Dios, es sencillamente el *in qua sunt omnia.* Porque está en Dios *esencialmente*, no es panteista. Porque sean *por Dios* y se siga una relación de dependencia entre Dios y aquello que es mediante Dios, no brota el dualismo, que consiste en la afirmación cabalmente opuesta, consiste en negar la inmanencia de Dios en las cosas y la trascendencia de las cosas como siendo esencialmente en Dios.

Dios da la esencia á los seres, y todas las escalas y grados de seres posibles ó actuales corresponden á las escalas y grados de las esencias que están en Dios como en su fuente. Dando Dios la esencia á los seres en la diversidad infinita en

que están en él, se alejan los temores de panteismo y de dualismo que sin razón asaltan á usted.

Discurrimos en todo esto, en compañía de San Anselmo, San Clemente, Santo Tomás de Aquino, Fenelon, Gioberti, Balmes, Gratry, Hugonin, sin que ninguno de esos krausistas que exaltan el sistema nervioso de usted salga á plaza, y vista la analogía y semejanza de las conclusiones, convendrá usted conmigo en que no era *radicalmente falsa la noción de esencia* prohijada por el Krausismo, sino que por el contrario, penetró con segura mirada Krause la grandeza de la doctrina de la esencia y penetró como nadie la verdad de la distinción entre la esencia y la existencia, que creo, con el Padre Ceferino González, es uno de los mejores timbres entre los gloriosísimos de Santo Tomás de Aquino.

¿Tiene usted algo más que objetar? ¿Reconoce usted que el motivo alegado no hiere al Krausismo, sino que es una vaguedad negativa contra la ontología cristiana?

Vamos á la tercera tesis.

V

«En el Krausismo, la verdad es imposible, con imposibilidad metafísica, escribe usted.»

Parece que le mueve á usted á esta afirmación la opinión de que, en el terreno de la ciencia, las oposiciones son absolutas y los contrarios no se armonizan y que los eclecticismos quedan como de la exclusiva propiedad y uso de la práctica y de los políticos. ¿Es así?

Partiendo de esta opinión, moteja usted á Krause de

ecléctico y supone usted que funde lo material y lo espiritual en lo absoluto, sin que se diga si las esencias son las mismas ó son diferentes.

No es Krause ecléctico, según el valor y precio usuales de la palabra. No hay eclecticismo cuando se afirma una ley, un criterio. una doctrina: lo hay cuando se acepta doctrinas diversas con un criterio convencional ó de circunstancias, no con un criterio científico que es siempre una ley. Si por eclecticismo se entiende recoger y examinar todos los problemas que en su ascendimiento suscita la razón humana, y relacionarlos entre sí y con un todo, ensanchando de este modo la enciclopedia científica, entonces Krause es ecléctico, como lo fué Descartes y Santo Tomás y Platon, y en nuestros días Schelling y Hegel, que recibieron la historia de la razón humana en su plenitud, procurando colocar cada cuestión en el punto que interesa y á cada pensador en el lugar que ocupa en el imperecedero razonamiento que se prosigue al través de la historia.

El espíritu y la materia son dos datos que el conocimiento procura aisladamente y aparecen como opuestos y contrarios. Debe sin embargo, desaparecer esa oposición puramente relativa, no negando uno ú otro de los términos, no identificándolos, sino demostrando que uno y otro están subordinados á un principío superior á ambos que los genera y los explica. Esto lo ha hecho siempre la filosofía y no conozco sistema, desde el Sankhya indio, que no intente lo mismo. La unidad que es ley, y ley muy principal en todo conocimiento, lo ordena.

¿Son diversos naturaleza y espíritu? ¿Qué duda tiene que lo son á los ojos del buen sentido? ¿Son opuestos? ¿Qué duda

tiene que en oposición relativa aparecen á los ojos de la experiencia? ¿Se excluyen y absolutamente se contradicen de manera que la afirmación del uno equivale á la negación absoluta de la existencia del otro? Amigo Campoamor, ¿quién sostendrá semejante aberración? ¿Por qué olvida usted las distinciones de materia, forma y substancia de los aristotélicos, de sér, esencia y existencia, posible y actual de la escolástica, para preguntar: «¿las esencias del sér y de los seres son diferentes? Sí. Dualismo. ¿No? ¿Panteísmo?» Hablamos de esencia. En Dios la esencia es idéntica á la existencia. *Deus est sua essentia. In Deo idem est esse et essentia. Intelligere Dei est sua essentia. Voluntas Dei est sua essentia. Deus est sua vita,* escribían los escolásticos, y en este sentido no se habla propiamente al hablar de *las esencias* de Dios, dada su unidad simplicísima. Pero en el lleno infinito del *esse* divino están las esencias de las cosas, y, sin embargo, como enseñaba Fenelon, «Dios no es espíritu ni cuerpo, porque como sér absoluto no comporta determinación ó limitación alguna del sér, y en Dios están las esencias de los seres determinados espíritu y cuerpo».

Como se vé, son diferentes y no hay dualismo; están en Dios las esencias y no hay panteísmo.

No voy más allá de las dudas que usted estampa y, sin embargo, mucho más que eso y mucho más profundo y verdadero hay en Krause, en sus teorías teológicas. pero quiero convencer á usted de que no tiene razón, y me atengo á la letra de lo que tan galanamente escribe, para que no me acuse de *sabias disertaciones.* Pero esas esencias parciales, ¿son idénticas en el fondo con la esencia general y sólo varían en la forma?, pregunta usted á renglón seguido. No; si

son esencias son diversas. Esencia implica siempre determinación, límite, excepto en Dios, en que *«idem est esse et essentia»*. Luego no hay panteísmo, luego no cambian las esencias, luego son inmutables, luego la mudanza, como cambio de los seres, no significa más que serie de actos al través de los que la esencia va significándose, declarándose, expresándose según su manera y condición.

¿Ve usted cómo no tenía razón y cómo la noción de esencia es verdadera, tal como yo la explico y no confundiéndola con sér ó existencia, que es como usted quiere aplicarla para engendrar una confusión que es la atmósfera propia del sofista?

Con lo dicho va contestado lo que usted dice «del pobrí»simo recurso de acudir á teorías del amor místico y al pan»teísmo de sentimiento». No he acudido á teoría alguna mística ni sentimental, sino á doctrinas ontológicas sobre el sér, la esencia y la existencia; y crea usted que no es un rasgo de sentimiento el «en Dios somos y vivimos», sino una profunda idea, una doctrina ontológica que guía á todas las escuelas *realistas* en la Edad Media y en los tiempos modernos. Huir del panteísmo y evitar el dualismo han sido los empeños de la teología moderna, y bien puede asegurarse que estas sanas tendencias se originaron de las enseñanzas cristianas, nacidas al calor del *in Deo sumus*.

En resumen: primero, la furiosa impugnación de usted sobre el panenteísmo, tal como se lee en las dos cartas publicadas, va contra los maestros del ontologismo cristiano, á quienes pertenecen los textos y citas que he recordado en los párrafos anteriores. Pero no toca ni llega á la concepción de Krause en la aportación genial de que le es deudora la histo-

ria de la filosofía; segundo, que la doctrina de la esencia que usted estimaba *radicalmente falsa* es la doctrina común, corriente desde el famoso libro sobre el *Ente y la Esencia* hasta los novísimos tiempos.

Y, por tanto, que quedo esperando argumentos y razones que disculpen sus elocuentes filípicas de usted contra Krause y los krausistas.

No es en la doctrina de la esencia donde encontrará usted motivo para dudas y correcciones.

VI Y VII

Confieso que la frase *pasión política* envolvía en mi pensamiento la censura que usted acepta respecto á predominio de la ciencia oficial y á la prueba de *buen gusto* dada por los gobernantes en el último incidente universitario.

¡Pero qué párrafos leo con este motivo en su artículo de usted! Los he leído ya muchas veces, y el asombro aumenta. ¿Cómo contestar y contestar á un amigo queridísimo que incurre en ese lamentable extravío?

En estas dudas me veía doliéndome del caso y afligido por la extremidad en que me encontraba, cuando algunos lunares literarios, advertidos en esos trozos, me empeñaron en su examen crítico, y tras larguísimo y minucioso análisis gramatical, retórico, científico y político, suspiré satisfecho, exclamando con gozo igual al de Arquímedes: «No son de Campoamor».

Creo que los párrafos VI y VII son interpolaciones debi-

das á descuidos de imprenta ó quizá á malas artes de alguno de aquellos Hipocentauros que en la sombra conspiran contra su limpia fama de escritor discreto. Estoy seguro, muy seguro, de que. sometida la cuestión á peritos, los revisores, ayudados de la crítica interna, declararán como yo apócrifas esas páginas. ¿Cómo, dirán, un escritor tan ingenioso, desembarazado y suelto, discreto y culto como Campoamor, pudo escribir esos trozos de prosa *bourgeois* melodramática y terrorífica, capaz de conmover á la tendera más *conservadora?* «Moral diferente de lo que la justicia consigna en sus códigos», «cañones apuntados contra el orden social», moral en la que todo es esencialmente necesario, «donde no hay bien ni mal.» «Ciudades abrasadas, campos desiertos, templos derruídos, familia adventicia, anarquía, etc., etc.», ¡y todo esto, todo esto por el Krausismo!!

Lo repito, esa página es un Bouchardy en elecciones; no es de usted. ¿Cómo podía usted desconocer que no hay ni es posible que haya ciencia oficial y que ni los gobiernos, ni las instituciones fabrican ó confeccionan ciencia para su goce ó provecho, sino que se produce y declara la ciencia por la libre actividad de la razón humana que no es razón si no es libre? ¿Cómo habrá de desconocer este axioma el escritor más original de estos tiempos, y el pensador más altivo y díscolo de estos últimos decenios?

¿Cómo desconocer que la moral práctica, la deontología enseñada por los krausistas es severa, purísima y conforme con todas las prescripciones cristianas y con las de los códigos de los pueblos modernos?

¿Cómo usted podría decir que existe divergencia entre la recta conciencia moral y la doctrina del deber de la es-

cuela krausista, cuando no hay medio de señalar esa divergencia?

¿Cómo, hablando en España y no en la China, y de hechos de ayer y no de sucesos prehistóricos, podría usted imputar al Krausismo incendios de ciudades, tala de campos y demolición de templos, cuando de lo que ha dado ejemplo es de un iluminismo político que deja en mantillas á los cuákeros?

¿Cómo, por último, usted que conoce los libros del Krausismo desde los Mandamientos de la humanidad hasta el manual del distinguido profesor González Serrano, podría afirmar que todo es necesidad en su moral, que no hay Ley real y absoluta en sus enseñanzas, ni ideas de bien y mal en la doctrina?

No es de usted esa página. No es compatible con su instrucción en la materia; no cuadra con la rectitud de su carácter; es impropia del aticismo de sus pensamientos de usted y de su estilo; el sesgo declamatorio y gerundiano que sigue la frase, no es el que estudiamos con deleite los admiradores de usted, y hasta la dicción es campanuda y afectada, cosas que á usted repugnan por extremo. Por todas estas razones de *crítica interna,* sostengo que no es de usted esa página; y como sólo discuto con usted y no con *otro,* no la contesto, limitándome á negarla en redondo con la autoridad que me prestan doctrinas sabidas y hechos de todos conocidos.

Si quiero lleve entendido el que la escribió, que si gusta de frases fuertes y toques de brocha, guarde sus gustos y aficiones para mejor ocasión, que en discusiones graves y de carácter científico, á duras penas pasa la cosa como una

extravagancia. Si quiere escribir de ello, que razone y nos explane su teoría de la ciencia oficial, y por tanto, según los tiempos, democrática, radical, sagastina, unionista, moderada, neo-católica ó absolutista; que nos diga cómo de una institución ó de un programa político surgen una teoría y un sistema; de qué manera se constituye y vive ese cerebro nacional á quien los gobernantes encargarán sucesiva y contradictoriamente moral, derecho, medicina ó teología, como se encarga fusiles y cañones para el ataque ó la defensa, y todas las demás cosas recónditas que necesariamente han de saberse para enseñar ciencia ministerial, en el tono y en el ritmo que sea halagüeño y agradable á los gobernantes. ¡Oh, será de *buen gusto* decir desde el poder: «La ciencia soy Yo», pero *lo da mayor* y regocija más á los que lo escuchan!

También sería muy del caso que probara con datos, puesto que de hechos se trata, lo de las cátedras convertidas en barricadas contra la autoridad y el orden social. Nunca ningún profesor, ni krausista ni antikrausista, y la acusación no tiene otro origen que el odio desatentado y ciego que, por desgracia nuestra, constituye la única relación entre los hombres que militan en España en distintos partidos.

Pero lo más curioso seria la demostración de que, según el Krausismo, la conciencia humana está vacía de verdades reales ú ontológicas, y que la vida de la conciencia y lo que en su seno se muestra no es más que el *gusto* ó el *capricho* de un casquilucio Juan Palomo, para que reconociera que algún genio avieso y maleante se ha burlado de su candor intelectual, enseñándole todos esos dislates como joyas y preseas del Krausismo, sin advertir siquiera que á renglón

seguido le repetía que el Krausismo es un panteismo grosero, lo que se compadece con las anteriores acusaciones como la luz con las tinieblas.

Que le pregunte á su enredador maestro de Krausismo ¿en qué quedamos? ¿es el Krausismo un subjetivismo individualista en el que la *conciencia propia* pinta, figura, salta y gesticula al compás de su capricho, ó es un panteismo *tosco* en que no hay más que una *esencia*, que es la *lenteja*, en la cual todo se suma, resuelve y confunde?

Si conociera al fogoso declamador, le advertiría que no es lo mismo orden social que situación política, y que conviene precaver el error egoísta de juzgar que constituye el orden social el predominio político de los *nuestros*. ¿Qué se persigue ó qué quiere que se persiga el autor de esas frases? ¿Al Krausismo ó á la libertad de la razón? ¿Sobre qué llama el fuego qne abrasó á las ciudades malditas, en un paroxismo de ira que toca en el extravío? ¿Sobre los krausistas ó sobre los que estudian, sin otra ley que la única propia del estudio, que es la libertad? ¡Vano empeño! ¡Del cielo desciende luz y no fuego, que no hay ya para Dios ciudades malditas en el mundo santificado por el trabajo y rejuvenecido por la libertad!

Por último, le diría que no es lícito confundir á Krause con Bakunini, como hace con el mayor desenfado al hablar de anarquía y de familia adventicia el autor de ese desaguisado literario, que ha cosido trozos de paño burdo á los delicados encajes que iban mostrando la fastuosa fantasía y el agudísimo ingenio del príncipe de nuestros poetas líricos.

VIII

Pero dejemos al autor desconocido para discutir con el ingenioso de las *Doloras* y de los *Poemas*.

Otro cargo dirige usted al Krausismo no menos injusto que los nacidos de la *verdadera noción* de la *esencia*. «El krausismo *ha aventado* de este país los sistemas de lo más original poético y atractivo de la filosofía alemana, con la pedantesca aserción de que todos eran incompletos, y los discípulos de Sanz del Río hàn hecho retroceder cien años, por lo menos, la educación filosófica de España.»

Recordemos. Por los años en que comenzó en España á extenderse la noticia y el conocimiento de las doctrinas de Krause (1853-1856), no era fácil dibujar el sesgo y camino que seguían los estudios filosóficos. Dominaba en algunas universidades, por ejemplo, en Barcelona, gracias á los esfuerzos del inolvidable Marti Eixala y de su dignísimo sucesor el doctor Llorens, la escuela escocesa, y Hamilton era el maestro, la autoridad, el faro. En Sevilla, una tendencia hegeliana, debida á un nombre muy reverenciado por la juventud sevillana, se indicaba y traslucía en los discursos y estudios de la juventud democrática, y en Madrid vagaba la atención pública entre las tradiciones del espiritualista Tissot, debidas á Núñez Arenas, las exposiciones de los eclécticos de García Luna en el Ateneo, y de Uribe en la Universidad. Fuera del nombre respetable de Balmes y de las excentricidades teológico-políticas de Donoso Cortés, la cultura filosófica no recibía otro alimento.

Era imposible desconocer que aquel marasmo brindaba ocasión para encender nuevos faros y para reanimar el espíritu. Llegaban á España, como llegan las olas á las últimas arenas de dilatada playa, algunas noticias y murmurio de las escuelas alemanas, despertando los temores y los enamoramientos que siempre suscita lo que se conoce mal, y en tal coyuntura, de regreso de su viaje científico á Alemania, abrió cátedra en Madrid Sanz del Río.

Era el Maestro, tan insigne como dije en mi carta anterior; la ocasión de perlas; el afán de entrar en el movimiento europeo, general, y desde 1857 y no antes, cundió el gusto y la afición, no á la filosofía krausista, sino á la filosofía alemana. Los libros franceses de Willmn, Remusat, Bartholmess, Barchou de Penhoen, corrieron de mano, y nuestro Lemming se vió acosado por los que deseábamos conocer la lengua de Schiller y Gœthe. Como decía Sanz del Río, los más nos volvimos desde el dintel, y sólo por los años 1863 á 1867 se formó un cenáculo en torno del Maestro, que asidua y tenazmente trabajó bajo su consejo recogiendo sus últimas lecciones. Algunos ya han muerto y no quiero que pase la ocasión sin tributar un cariñoso recuerdo á la buena memoria de Tapia y Vela, nobilísima, dulce y simpática inteligencia. Después figuraron en la revolución, gracias á condiciones relevantes, algunos de los discípulos más fervorosos. La influencia política de los adeptos perjudicó á la influencia intelectual de la escuela, suscitándola antipatías y enemistades. ¡Son estos accidentes y peripecias muy propias de la vida española, que todo lo viste con los colores de la pasión que domina!

Hé aquí la historia, sencilla pero verídicamente expues-

ta. No tuvo más proporciones el caso. Hoy son muy contados los krausistas ortodoxos y pocos más son los que sólo aceptan el sentido y la tendencia del racionalismo armónico. ¡Hé aquí el mónstruo, la hidra, contra la cual esgrime usted su potente clava!

Pero no por eso amengua á los ojos de la crítica el singular beneficio de que es deudora la cultura española á Sanz del Río y á los krausistas. Sus tareas han reanimado, por no decir han creado (que sería lo más exacto), el espíritu científico en nuestra España.

¿Qué cultura ahogó el Krausismo? ¿Qué órganos filosóficos se atrofiaron? ¿Qué sistemas *aventó* de aquí? ¡Si no los había, si no germinaban, si era un erial la conciencia filosófica!

Si hubieran existido abundantes tradiciones filosóficas en nuestra historia literaria, como sucedía en Francia ó en Italia,comprendo que se suspirara por una renovación del espíritu antiguo, pero á contar desde el siglo XVII, ¿qué podíamos recordar que detuviera y dominara el ánimo solicitado por las magnificencias de la ciencia alemana?

Y entre las escuelas alemanas, ¿qué otra aventaja á la krausista para preparar y educar científicamente el espíritu de una raza meridional deseosa de síntesis y verdades universales, creyente y dogmática como lo es la española?

¡Ah! Es que Krause entiende que su pensamiento es completo y mira como incompletos todos los demás, dice usted. Toda concepción que aspira á la síntesis parte de igual juicio, y la filosofía alemana desde Kant constantemente procura llegar á la síntesis. Y digo mal desde Kant, que bien pudiera decir desde Descartes y desde Santo Tomás, Lulio ó

Alberto el Magno, Plotino, Aristóteles ó Platon. ¿Cómo no, si esa y no otra es la aspiración de la filosofía y de la razón del hombre? ¿Conocía usted acaso el sistema que apuntaba por los años 1840 á 1850 y cuyo florecimiento ha retardado en un siglo la predicación del Krausismo? ¿Dónde están los anuncios siquiera de esa maravilla?

Esta discusión, mi querido amigo, no es una verdadera discusión, y por tanto entretendrá, pero no aprovechará á los que nos lean. Es un discreteo y no una controversia científica. Para que fuera fecunda, ya bajo el aspecto histórico, ya en el teórico, hubiera sido muy del caso fijar lo que es y debe ser un sistema filosófico hoy en el siglo de Kant y Hegel; convenir en los criterios y leyes del conocimiento: descender después á la raíz y fundamento del sistema de Krause, y entonces sería llano el juicio.

De otra suerte, discreteamos, pero no filosòfamos.

Yo no hubiera podido estampar con aquiescencia de la opinión general la verdad que acabo de escribir sin la provechosa influencia del Krausismo.

Confesará siempre la crítica, que se debe al Krausismo el sentimiento de respeto á la filosofía, la convicción de que es preciso método y rigor en la indagación de la verdad, la seguridad de que el dato de conciencia ofrece luz y norte, y no pocas veces fundamento, la libertad para razonar sin mira preconcebida ni propósito interesado, la verdad de que en Dios está el principio de la ciencia y el noble empeño de que obremos, pensemos y queramos con conciencia de nuestros pensamientos y actos para no desear lo injusto y para huir del mal.

Convendrá usted conmigo en que esas excelencias, reco-

nocidas ya como una natural exigencia de la cultura general, son de precio. Pues son ya frutos del Krausismo.

Hace pocos años, nada más grato á los educados en los actos de nuestras universidades, que discusiones como ésta, en las que bastaba á los sostenedores proponer sutilmente tres ó seis silogismos, formular con agudeza unos distingos, mostrar vivacidad en la réplica, y con estos artificios se conseguían aplausos, porque no más exigía ni anhelaba la cultura general.

Hoy nos censuran á usted y á mí, los más, diciendo (con mucha razón) que no discutimos grave y científicamente. ¡Sanos efectos del Krausismo en la opinión general!

Renovado el espíritu filosófico con estas lecciones, es de esperar que en lo futuro será fecundo, que tanto crece el conocimiento de la verdad cuanto aumenta el espíritu en atención, respeto y amor para recibirla.

IX

Concluyamos. Me curaba en salud al indicar á usted que me reservaba mi libertad de pensar sobre puntos muy capitales del Krausismo. Mi previsión hasta ahora queda burlada, porque he demostrado que ni siquiera llegan á las teorías krausistas los cargos y censuras que usted formula.

¿Es que estamos todavía en el introito y no ha descubierto usted las baterías? Podrá ser y es de esperar, conocido su inagotable ingenio, pero en tanto rompe usted de nuevo el fuego, rectificada la puntería, permítame usted que recuerde ensueños de otros días. Apetecíamos hace muchos

años que resonaran en nuestra querida España las notas que expresan las propiedades fundamentales del espíritu humano, las que engendran los hechos históricos embalsamándolos con la tradición, las que vibran mirando las brumas indecisas y flotantes del porvenir, las que llegan de orillas del Rhín, de las costas de Italia ó de las universidades inglesas, y que viviendo en nuestro siglo con el espíritu abierto á todos los puntos cardinales, con inagotable tolerancia y benevolencia á todo lo que sea estudio, invento, intuición, experiencia, se educará el genio filosófico de esta raza perspicua y potentísima en el orden intelectual como sus hermanas la griega y la itálica, bajo la acción fecunda de la libertad racional. Yo sigo deseando lo que deseaba, y por ello he protestado contra sus injustas imputaciones, por más que no me alcanzaran personalmente, pero si á amigos y compañeros dignos de respeto y hoy en desgracia. ¿No es un deber la imparcialidad? Yo creo que he sido imparcial al intervenir en esta discusión entre unos y otros amigos que se iniciaba con violencias inusitadas y dañosas siempre para el estudio y para la verdad.

Abrigo la consoladora esperanza de que lo reconocerá usted así, procurando sincera satisfacción á su antiguo amigo Q. B. S. M.

F. de Paula Canalejas.

CARTA AL SEÑOR D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Mi querido amigo: No era mi intención terciar en el debate á que ha dado lugar el ya célebre prólogo de mis *Dudas y Tristezas*, aunque á ello parecieran obligarme las acusaciones de complicidad en los desaguisados que usted ha cometido en él, acusaciones completamente infundadas é improcedentes, á las que no he querido dar otra respuesta que el silencio, tanto porque no se han formulado en público, como porque no acostumbro ceder á presiones de índole semejante. Dado lo difícil de mi posición en el asunto, pensaba yo que lo más acertado era mantenerme neutral en la contienda, ya que ninguna obligación tenía de romper lanzas en favor de una escuela filosófica á la que hace algún tiempo he dejado de pertenecer. Abrigaba, además, la confianza de que usted, reconociendo lo desacertado de su conducta, procuraría dar al olvido su yerro y no insistiría en el mal camino emprendido, pero desgraciadamente, lejos de hacerlo así, ha reproducido sus ataques, no ya á la escuela precitada, sino á cosas que están por cima de ella, y lo ha hecho oon

un tono y en un terreno que, no sólo me dispensan de toda reserva, sino que me obligan á abandonar mis anteriores propósitos y terciar abiertamente en el asunto.

Una vez consentida por mí, por no ser posible otra cosa, la inserción de su prólogo al frente de mi colección de poesías, era claro que yo no tenía derecho alguno á combatir las apreciaciones en él contenidas, á menos de infringir las costumbres literarias que en estos casos rigen y faltar á todo género de consideraciones y respetos, y aun á la buena educación. Por eso he guardado silencio respecto á dicho prólogo, pero desde el momento en que usted trata la cuestión en otro terreno, desde el momento en que renueva sus afirmaciones, agravándolas, en un documento extraño á mi libro, yo poseo el perfecto derecho de romper lanzas, no ya con mi prologuista (lo cual fuera inusitado y descortés), sino con el autor del artículo titulado: *¡Á la lenteja! ¡Á la lenteja!*, lo cual varía por completo la cuestión.

Conste, pues, que en esta carta no voy á ocuparme del prólogo ni de las doctrinas en él contenidas, aunque sí haré una declaración que me importa mucho, pues con ella se desvanecen por completo las injustas acusaciones que se han formulado contra mí.

Esta declaración (que espero confirmará usted) es que *yo no he tenido conocimiento del referido prólogo hasta que se dió al público en esta Revista,* es decir, cuando ya no era posible dejar de aceptarle, sin grave escándalo y descortesía notoria; que, á haberlo yo visto á su debido tiempo, no se hubiera publicado sin que previamente desaparecieran de él, no los ataques al Krausismo, sino los ataques, más ó menos explícitos é intencionados, á las personas que entre nosotros

representan esta escuela; única cosa que yo, por razones que á usted nunca han debido ocultarse, estaba obligado á no consentir.

Y hecha esta declaración, nada más he de decir respecto al prólogo, y paso á ocuparme del artículo que ha publicado usted en contestación á la carta del señor Canalejas.

He dicho ya, y vuelvo á repetir, que no tengo para qué defender á la escuela krausista de los ataques que usted la dirige bajo el punto de vista metafísico. He sido entusiasta soldado de esa escuela; he creído hallar en ella la solución del problema filosófico; pero reflexiones posteriores me han convencido de que no le ha sido dado realizar sus generosos propósitos, y que en ella no es posible hallar la fórmula definitiva, ni aun la más perfecta, del pensamiento moderno. Reconozco sus errores y defectos; censuro, como el que más, las faltas en que han incurrido sus representantes en España; estoy al lado de usted en sus ataques á los desafueros, tan injustificados como enormes, que cometen sus expositores con la lengua castellana; pero de esto á tratarla con la injusticia, con la intemperancia, con la intencionada saña que usted revela en su polémica, hay un abismo que yo no puedo, ni debo, ni quiero salvar, porque me lo vedan altísimas consideraciones que usted ha puesto en olvido con lamentable precipitación.

Es más, debo protestar y protesto con toda la energía de mi alma contra las acusaciones que usted lanza á esa escuela y á sus representantes, acusaciones que exceden de los límites de una polémica científica para revestir un vedado carácter cuyo verdadero nombre no quiero decir. Debo protestar también, á nombre de la dignidad de la ciencia,

contra el tono que emplea usted al dirigir sus ataques, tono inconvenientísimo en asuntos que deben tratarse con seriedad y respeto, y no con chistes de dudosa ley y dudoso gusto, que son un verdadero atentado contra cosas santas. El pensamiento humano, sincera y lealmente expuesto y determinado en una construcción científica, no es cosa baladí que pueda tratarse en son de mofa y escarnio, ni semejante modo de juzgar y censurar sistemas puede admitirse jamás entre hombres serios. *Sancta sanctæ tractanda sunt*, señor Campoamor.

Todo eso de la *lenteja*, los *Hipocentauros*, las *sublimes entendederas*, los *jóvenes pentacrósticos*, el *mar muerto de la filosofía krausista,* el *estrabismo intelectual* de Sanz del Río, la *leguminosa*, el *estanque de la lenteja*, el *buen señor Krause*, la *inocencia enorme* del mismo, el *cándido Tiberghien*, las *meriendas de Juan Palomo*, el *panteísmo burdo, inintelectual* y *primitivo*, y otros *chistes* de este jaez son cosas nunca permitidas en una polémica científica, de notorio mal gusto y de gracia muy escasa, cosas que pueden soportarse en una gacetilla del *Mundo cómico*, pero que cuadran muy mal en un escrito que lleva al pie la respetable firma de don Ramón de Campoamor. Créame usted: una polémica de esta especie causará al Krausismo poquísimo daño, pero abrirá profunda herida en la reputación científica y literaria de que usted goza con tanta razón y merced á tan relevantes títulos.

Pero no es esto lo más grave del caso. Lo grave es el momento escogido para el ataque *personalísimo* que usted ha dirigido á la escuela como colectividad más bien que como doctrina. El cargo que con tal motivo le ha hecho el señor Canaleias no ha sido contestado satisfactoriamente.

Desligado de vínculos intelectuales con el Krausismo, pero unido con lazos de amistad con sus representantes, tócame á mí reproducirlo con toda energía.

Que usted, *en plena revolución*, ha dicho *pública y oficialmente ante la plana mayor del Krausismo* lo que en esta polémica sostiene, será verdad, pues que usted lo dice, pero es lo cierto que esos ataques no han aparecido en la prensa como los de ahora, ni han tenido, por tanto, la transcendencia y el eco de éstos. Usted diría esas cosas (probablemente con mejores formas) á los krausistas cuando era juez de las oposiciones á que ellos (entonces poder) le llamaban, rindiendo justo y merecido tributo á su valía, pero no escribía usted en aquella ocasión prólogos ni artículos como los de ahora, ni los delataba como enemigos del orden social y perturbadores de la pública enseñanza, ni seguramente tenía de ellos en aquella ocasión idea semejante, pues á tenerla, ni hubiera aceptado sus favores, ni diera su voto á los opositores á cátedras, que tan disolventes ideas profesaban.

Yo sé bien que usted es incapaz de hacer á sabiendas nada que no sea noble y delicado, pero su naturaleza impresionable le arrastra á realizar hechos que si los examinara á sangre fría le parecerían dignos de censura. ¿Cómo de otra suerte, habría usted esperado para lanzar contra la Escuela krausista y sus hombres tan acerados dardos, el momento en que sufre persecución? ¿Cómo hubiera, en suma, llevado su acaloramiento al punto de considerar como *prueba de buen gusto* ciertas medidas del ministerio Cánovas, que yo no puedo discutir aquí, porque probablemente me faltaría para la defensa la libertad que á usted sobra para el ataque? ¡Ah señor Campoamor! Cuando el adversario está indefenso,

cuando la desgracia y la persecución le abruman, no es justo ni caritativo denostarle, y menos excitar contra él las iras de la opinión y del poder. Esa polémica hubiera sido un acto de valentía, ya que no de buen gusto, cuando el Krausismo reinaba en las esferas oficiales; hoy es un acto que yo no quiero calificar por dos razones: la primera, porque me lo veda la amistad que á usted profeso; la segunda, porque estoy convencido de que en usted no hay pecado, porque no hay clara conciencia de lo que ha hecho. Se halla usted bajo el peso de una obsesión inexplicable; el día que vuelva en su acuerdo, le causará no poco dolor y remordimiento su actual conducta.

¿Qué espíritu malévolo se ha apoderado de usted al escribir ese artículo? ¿Cómo ha podido usted estampar con ánimo tranquilo las tremendas y no probadas acusaciones que en él se encuentran? ¿Quién le ha dado derecho para decir que el ministerio Cánovas ha obrado bien al no permitir que en las universidades se enseñe una moral diferente de la que la justicia pública consigna en sus códigos? ¿Ha oido usted que ningún krausista explique moral, ensalzando el robo, el asesinato, el adulterio, la calumnia ó la traición, que es lo prohibido en los códigos? ¿No recuerda usted que dos profesores krausistas que explican moral, y uno de los cuales ha escrito un libro de ella, con mi humilde colaboración, fueron hechos catedráticos por un tribunal de que usted formaba parte y obtuvieron de usted voto favorable? ¿Pues si no debe enseñarse esa moral en las universidades, ¿cómo hizo usted catedráticos á los que la enseñan? ¿Cómo se permite usted atacar la *libertad de la ciencia*, como lo haría el más furibundo neo-católico, y dar á entender que ese es principio exclu-

sivamente propio de los krausistas? ¿Ignora acaso que la libertad de la ciencia es dogma de toda filosofía racional, sea la que fuere, de toda política liberal y de todo gobierno culto, á tal punto que los gobiernos más conservadores, si la niegan en la esfera de la enseñanza oficial, jamás la desconocen en la enseñanza privada ó libre? ¿Tanto le ciega su furor antikrausista que le obliga á renegar de sus antecedentes liberales y á poner en olvido los más elementales principios de la ciencia?

No quiero hablar de lo que dice usted respecto á la *política socialista* del Krausismo y á los *fieles soldados de la milicia de lo ininteligible que pára hacer descargas cerradas y convertir la ciencia en una barricada contra la autoridad pública, no necesitan más que tener por norte la moral de su sistema, y por excitante los estímulos de lo que ellos llaman la propia conciencia;* á lo cual añade la peregrina afirmación de que en el Krausismo no puede haber moral, ni conciencia, afirmación que funda en una serie de errores filosóficos, que si algo prueban es que no ha leído ó no ha entendido esa doctrina. Y no quiero hablar por varias razones: la primera porque dejo intacta la cuestión filosófica para que la ventile con mayor acierto y autoridad que yo mi distinguido amigo el señor Canalejas; la segunda, porque temo no tener la libertad suficiente para tratar asuntos que se rozan muy de cerca con las disposiciones del actual gobierno; y la tercera, porque ante semejante serie de acusaciones, á las que siguen luego formidables amenazas y abiertas apelaciones al poder civil para que emplee la persecución contra esta doctrina, me faltaría la serenidad necesaria para tratar la cuestión con la calma debida, y como cum-

ple á quien desea conservar la buena amistad que con usted le une.

Por eso pongo aquí fin á esta carta, en la cual no debe usted ver otra cosa que la expresión del profundo dolor que su conducta causa á su buen amigo Q. B. S. M.—MANUEL DE LA REVILLA.

REPITO QUE ¡Á LA LENTEJA!

PRIMERA PARTE

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS

I

Vuelvo del campo, después de dos meses de ausencia, y me encuentro honrado con una réplica del señor Canalejas, á la cual no pensaba contestar, si no fuera porque razones de pundonor me imponen el deber de refutar algunas inexactitudes de una destemplada ingerencia del señor Revilla.

Los insultos no son razones. Me parece de una buena crianza, un poco disputable, el que porque un escritor califique con más ó menos dureza una doctrina, se le califique á él de *desagradecido* (¿de qué?), *sofista, díscolo*, etc., etc., y todo porque no entiende á Krause.

Pues si pudiera entenderlo, no habría cuestión.

Y no habría cuestión, si lo entendiese el señor Canalejas y nos lo explicase. Y tampoco habría cuestión, si al señor Revilla, cuya intromisión en este asunto no me la puedo explicar, le permitiese discutir *la amistad que dice que me profesa;* amistad que francamente no vale la pena de que el señor Revilla se quede con un empacho científico,

en el cual sentiré que se le indigeste la fórmula del enigma que el señor Canalejas y yo buscamos inútilmente.

¿Qué objeto se ha propuesto el señor Revilla al venir á complicar una cuestión científica con suposiciones denigrativas contra mi carácter, rebajándola á un altercado de vecindad? ¿Ha sido para enseñarme *gracia, benevolencia con nuestros semejantes y sentido moral?* Muchas gracias por la intención, pero yo ya soy muy viejo para escolar, y él muy joven para poder servirme de maestro en las dos últimas ciencias. ¿Ha sido para decirme la vulgaridad krausista de siempre,—que *si yo he leido* á Krause, no le he entendido?—Esto no será extraño, pues todos los krausistas le han estudiado y parece que *ninguno lo ha leído.*

Pero no discutamos ahora si la acción del señor Revilla es buena, pues, por de pronto, la admito como tal.

Yo creía que el señor Revilla había entrado á tomar parte en este certámen para contestar á la pregunta que he hecho inútilmente al señor Canalejas, pero, lejos de hacer esto, convierte la cuestión en puramente política, me da una lección sobre los chistes, que acepto con agradecimiento, en gracia del buen gusto de algunos de los que él nos ha dado muestras en su periódico *La Crítica* y me invita á que declare, lo que es cierto,—*que él no ha tenido conocimiento del prólogo de sus Poesías hasta que se dió al público en la* Revista Europea, es decir, *cuando ya no era posible dejar de aceptarle sin grave escándalo y descortesía notoria*—Repito que todo esto es cierto y sólo siento que la cortesía no haya continuado siendo después del prólogo tan circunspecta como lo ha sido antes del prólogo.

Nada más que una observación me permitiré hacer al

señor Revilla: ¿No conoce que era mejor que cometiese conmigo *a priori* una descortesía, que yo le hubiera perdonado, antes que hacerse cómplice *a posteriori* de ese gran crimen que se conoce que yo he cometido escribiendo el prólogo de sus bellas poesías?

Pero, en fin, los que se dicen mis amigos siempre están cumplidos conmigo y, siguiendo la polémica, me ocuparé antes en las observaciones del culto y afectuoso señor Canalejas, aunque me duela un poco la cabeza y después replicaré al señor Revilla, aunque me duela mucho el alma.

II

Dice el señor Canalejas: «Krause ha dicho que la Humanidad en el esquema del sér tiene la figura de una lenteja. ¡Qué trivialidad, amigo mío! El esquema es una representación plástica para la fantasía, en la que se figura geométricamente la relación de los seres, y dada la diversidad de la naturaleza humana, espiritual, corpórea, etc., con el espacio producido por intersecciones de figuras que representen el espíritu y la naturaleza, se dibuja la complejidad de la humana. ¿Quita ni pone á la verdad de la doctrina que la figuración geométrica de estas esencias sea más ó menos bella y se preste más ó menos á ejercicios de agudeza y discreteo?»

¡Qué ganas de embrollarlo todo! Tiene razón el señor Canalejas; todo eso es verdad, y como yo, según dice el señor Canalejas, escribo para las *tenderas conservadoras*, ya había dicho eso mismo antes que él, con más claridad y más lacónicamente: «La Humanidad, en el plan figurativo del

sistema, tiene la forma de una *lenteja.*» Y decidido á complacer al señor Canalejas, le pregunto yo ahora: ¿Cuando yo quiera nombrar ese espacio geométrico que en el esquema del sér ocupa la Humanidad, cómo lo llamo? Si le designo, como Krause, por el nombre de la variedad *lenteja,* dice el señor Canalejas «que es frase que no sabe por qué cautiva y enamora á un poeta tan delicado y de gusto tan exquisito;» y cuando le doy el nombre de familia «leguminosa», salta el señor Revilla, diciéndome altisonantemente que esa palabra es un chiste de *notorio mal gusto y de gracia muy escasa.* Pues entonces, ¿cómo la he de nombrar? ¿Quiere el señor Canalejas que la llame como aquella parte del cerebro en que Descartes fijaba el asiento del alma, nombrándola la *glándula pineal* de la masa encefálica del sistema armónico? Esto es demasiado largo, pero lo haré, si se empeña en ello, sólo por complacer al señor Canalejas.

Y añade: «Hoy nos censuran á usted y á mí, los más, diciendo (con mucha razón) que no discutimos grave y científicamente.» Lo que es escribir más científicamente lo haría yo con mucho gusto, si supiera; pero escribir con más gravedad sobre asuntos que hacen reir, como dice el señor Canalejas, á las *tenderas conservadoras* para quienes yo escribo, eso es imposible. A los que tratan con soberano desdén á ingenios como Descartes Espinosa y Kant, para deificar á un talento muy mediano, no les daré yo el gusto de discutir con ellos en tono apocalíptico, para ocuparme en cosas enredadas, *sin gracia* y *sin sentido.* ¿Acaso lo que yo digo son vaciedades? Pues entonces nuestro estilo está en carácter, porque el vacío no merece otra cosa.

Así pues, volviendo al sitio que ocupa, en metáfora, por

supuesto, lo que el señor Canalejas llama la figura geométrica de la... ¿cómo lo diré para no usar una frase de *mal gusto?* ¡Ah! sí, lo diré en botánica, para que se vea que entiendo de alguna otra cosa, aunque no entiendo á Krause, la *Ervum lens,* de Linneo. Pues como los sistemas filosóficos se juzgan por las ideas madres, y siendo el caos de la *Ervum lens* la idea madre del Krausismo, es menester que se me pruebe cómo dentro de ese espacio misterioso se efectúa el absurdo metafísico de *identificar los contrarios.*

Y note el señor Canalejas cómo, á riesgo de parecerle un escritor de *mal gusto*, vuelvo con afectación á la cuestión de la orden del día, es decir, á la... *Ervum lens;* pues, como ya soy un polemista viejo, no me dejo encantar por las sirenas de las cuestiones secundarias, y, con juicio seguro, insisto en desenmascarar la primera mentira que se me da como una primera verdad. ¡No hay misericordia! si hemos de seguir discutiendo, es menester que el señor Canalejas se asome frecuentemente al fondo tenebroso de esa simbólica legumbre, entre cuya substancia amilácea el *Sér Supremo*, el *Espíritu* y la *Materia* están *esenciándose* mútuamente en consorcio íntimo, no sé si civil ó religioso. Volvamos, pues, los ojos á la concepción de esa profundidad en la que se manipula esa esencia mística, á un tiempo ideal y material, que no tiene olor, color ni sabor; que no es ni siquiera el poético unto *sin nombre* de las brujas de Macbeth y que, amañado como las empíricas misturas de Dulcamara, es lo que entre la bohemia literaria se suele llamar «una hondura de figurón.»

En resumen, ó el señor Canalejas echa un rayo de luz dentro de la *Ervum lens*, de esa cámara obscura del sistema, ó sostengo que Krause era un *iluso*, sus discípulos unos *cré-*

dulos, y los que nos ocupamos del Krausismo con formalidad unos *cándidos.*

Fuera disfraces. Ya es tiempo de desenmascarar ese dualismo de trampolín que se introduce en las escuelas con el nombre de *Panenteismo* y que real y verdaderamente sólo es un *Panteismo*, aunque un Panteismo de contrabando. Este nuevo pastelero de Madrigal de la filosofía, que no sólo no es ningún rey don Sebastián, sino que es lo que entendía Huarte por un *agibilibus*, pero un *agibilibus* que hasta sabe mal su oficio, ya es tiempo de que nos diga con claridad si ese lugar donde están embutidos el espíritu y la naturaleza se compone de una sola pasta ó de pastas diferentes. Y si el señor Canalejas no explica esto, como no lo explicará, porque es inexplicable, el público declarará al *Panenteismo* convicto y confeso de Panteismo y de Panteismo materialista; y después de esto, relegará la doctrina de Krause á la Historia de la filosofía, sustituyéndola clara y honradamente con lo que es, con la filosofía de Espinosa, y de este modo se llamará lealmente: modos, á las cosas; atributos, á la naturaleza y al espíritu; y substancia, á la esencia; y el logogrifo de «Todo *es en*, *bajo*, *mediante* Dios,» se le sustituirá con la geométrica fórmula de Espinosa: «La substancia (Dios) se desarrolla por medio de atributos infinitos (pensamiento y extensión) infinitamente modificados (variedad de las cosas).»

¿Cree el señor Canalejas que ni el público ni yo tenemos interés en no entender á Krause? ¿No conoce que si esa *esencia* que circula como la sangre por las arterias del sistema armónico fuese, no una cosa real, sino una cosa siquiera *concebible*, no nos apresuraríamos todos á aceptar la fórmula de la solución del gran problema? ¿Cree que nadie puede

tener interés en cerrar voluntariamente los ojos por no ver la luz?

III

Pero antes de volver á entrar en la repesadísima cuestión de la *esencia*, descartemos de la discusión el incidente del modo de escribir krausista, porque después de decirme el señor Canalejas «que no deben ser míos trozos de mi anterior artículo, de prosa melodramática y terrorífica, capaz de conmover á la *tendera* más *conservadora*,» añade: «Repito lo que en mi anterior: en el Krausismo escriben mal los que escriben mal, sin que me obligue á cambiar de dictamen la afirmación de usted de que la confusión es inherente al sistema.» Y hablando de la escuela krausista, dice el señor Revilla: «Reconozco sus errores y defectos; censuro, como el que más, las faltas en que han incurrido sus representantes en España; estoy al lado de usted en sus ataques á los desafueros, tan *injustificados* como *enormes*, que cometen sus expositores *con la lengua castellana.*»

¿Lo ha entendido bien el señor Canalejas? Los expositores del Krausismo, según la autorizada opinión del señor Revilla, cometen con la lengua castellana desafueros tan *injustificados* como *enormes*. Sí, señor, sí. Desafueros tan *injustificados* como *enormes*, de los cuales no tienen ellos la culpa, sino la teoria krausista, pues la vaguedad que este sistema tiene en las ideas, quedará por mucho tiempo flotando en la atmósfera literaria, produciendo un gongorismo ininteligente é ininteligible, hasta que venga un genio que

reduzca el sistema á polvo y pase después por encima el soplo de uu huracán de filosofía que esparza las cenizas á los cuatro vientos dcl horizonte.

Y por más que el señor Canalejas insista en que en el Krausismo se escribe mal, cuando se escribe mal, le repito que en el Krausismo se escríbe mal, porque no se puede escribir bien.

Una filosofía que en la inductiva, ó sea en la *analítica*, todo lo desindividualiza, todo lo borra, para unirlo en la esencia común y que, después, en la *sintética* viene construyendo la ciencia desde un Dios abstracto, ideal y quimérico, hasta sumirlo todo en el confuso fondo de la *Ervum lens*, donde Dios, convertido en Sér Supremo, se compenetra con el Espíritu y la Naturaleza, sin que el señor Canalejas nos pueda explicar si esa compenetración es física ó química, si es de yuxtaposición ó de fusión molecular, es imposible escribir con limpieza, porque de orígenes turbios sólo pueden manar corrientes sin claridad.

Y, á propósito de esto, recuerdo que habiendo sostenido yo en mi discurso de entrada en la Academia Española «que la metafísica *limpia*, *fija y da esplendor* al lenguaje», verdad que, por lo trivial, casi es una perogrullada, nuestro ingenioso y sabio amigo el señor don Juan Valera, prescindiendo de que yo me refería á la metafísica y no á la metafisiquería, para combatir mi aserción expuso al público el siguiente trozo de elocuencia del maestro del señor Canalejas, á quien no nombro por sincero respeto á su memoria:— «La existencia como la esencia puesta es en sí un contenido de existencialidades ó modalidades, pues la existencia se distingue en sí primero como originalidad ó primordialidad,

y bajo originalidad se distingue como la eternidad (idealidad), por oposición á la efectividad (temporalidad, existencia sensible), y otra vez bajo existencia se refiere como la eternidad en la efectividad y la efectividad bajo la eternidad (la continuidad, la vida)».

Como dice aquel juego muy conocido, el desembrollador que lo desembrollare, ¡buen desembrollador será!

El señor Canalejas sostiene, sin embargo, que su maestro era un buen escritor, y aunque yo no quiero ahondar mucho en los juicios de una persona, cuyo recuerdo me es siempre querido y respetable, véase para muestra cómo describe la función psicológico-fisiológica del Sentir:—«La relación del Sentir es relación de unión esencial del objeto como todo con el sujeto, como todo en forma de totalidad, en *toque* y *penetración* de uno por otro, *entrando la cosa en parte del sujeto y el sujeto en parte de la cosa...»* *Suficit.* Cubramos con un velo la plasticidad de este incidente y démoslo por terminado.

¡Idioma de la patria en que he nacido! ¡Gloriosa túnica con que Cervantes vistió las humanas ideas de su prosa y Garcilaso los divinos pensamientos de sus versos! ¿Quién te puede reconocer en estas formas desdichadas de una ciencia mucho más desdichada todavía? ¡Es imposible, completamente imposible, que tú seas la misma lengua en que yo he oído las primeras caricias de mi madre!

IV

Y el caso es que, sin necesidad ni objeto, el señor Canalejas me da noticia de todos cuantos autores se han ocu-

pado en la esencia, desde Ciceron hasta Balmes. ¡Cuántas investigaciones inútiles! ¿La esencia es una pasta solidificada? Bien. ¿Es una pasta siruposa? Lo mismo da. ¿Es una cosa aérea? Es igual. ¿Es sólo una invención ideal? Todo es lo mismo. Lo único que nos importa saber, y es precisamente lo que el señor Canalejas no dice, es como ese vehículo universal, llamado *esencia*, sea sólida, líquida, aérea ó ideal, une al Sér y á los Seres, siendo *una* y *varia* y cómo es blanca sin dejar de ser negra, y cómo es negra sin dejar de ser blanca.

Aquí no se trata de la esencia tradicional, sino de la *quinta esencia* del sistema armónico, que *une sin confundir y distingue sin separar*.

El señor Canalejas, para salir del apuro, se arbitra una esencia monoteisto-panteística, que es una lamentable confusión. Dice:—«Dios *da* la esencia á los seres (dualismo) y todas las escalas y grados de seres posibles ó actuales corresponden á las escalas y grados de las esencias que están en Dios como *su fuente* (panteismo)».—Sería una cosa curiosa que al fin tuviese yo que enseñar el Krausismo á los krausistas. Vamos despacio. Ha de saber el señor Canalejas que ese Dios se *desarrolla*, pero no *crea*. Si *diera* la esencia, sería *creacionista*, y ese Diòs, en el sentido activo de la palabra, no puede *dar* la esencia á una materia que es tan eterna como él. La relación que existe entre el creador (que no crea) y las criaturas (que no son creadas) es un material *continuación de esencia*. El Sér absoluto tiene *comunidad de esencia* con los demás seres, cuya esencia sólo se diferencia por sus *estados*, por lo que el señor Canalejas llama *escalas y grados de las esencias que están en Dios como su*

fuente. Pero estas escalas y grados de las esencias son una *misma esencia* en *diferentes posiciones*. Dios no *da* la esencia: la esencia *emana* de él. Así como para Espinosa todas las cosas son los *modos necesarios* de los atributos de Dios las cosas, para Krause, son las *manifestaciones de la esencia divina*, son lo que, para embrollar la cuestión, inventando una esencia *panenteista*, que es ininventable, llama el señor Canalejas *escalas y grados de las esencias que están en Dios como su fuente*. En el Krausismo no hay más que una *esencia*, la de Dios. Krause, como Espinosa, no admite más que una substancia, la del *Sér*, fuera del cual, *nada es*, ni *nada se puede pensar*.—«*Dando* Dios la esencia á los seres, sigue el señor Canalejas, en la diversidad infinita que están en él, se alejan los temores de panteismo y de dualismo que sin razón asaltan á usted». ¡Cuando les digo á mis lectores que estos caballeros que han estudiado á Krause parece que *no le han leido!*

Ya he dicho al señor Canalejas que el Dios krausista no *puede dar* la esencia á los seres, porque ellos *se la toman*. Dios *no da* la esencia, porque esta *se da*. Cada cosa viene en su época, pero viene inevitablemente. Todo es de la misma esencia de Dios, todo es Dios, y no puede haber *distinción* donde hay *identidad* de *sér* ó de *esencia*. El mismo señor Canalejas, dentro de este sistema, en su vida ultra-uterina, en la presente y en la futura, ha estado, está y estará unido á ese Dios por el *cordón umbilical* de la esencia, y nunca será libre, ni siquiera como dicen los materialistas que lo es el hombre, «como el pájaro en su jaula», pues recibirá eternamente su substancia espiritual y corporal de la sangre que filtren las membranas que envuelven el interior de la miste-

riosa *Ervum lens*, ese gran claustro materno donde viven Dios, la Naturaleza y el Espíritu en *comunidad de esencia.* En Krause, como en Espinosa, «la libertad no consiste en una *resolución libre*, sino en una *libre necesidad*».

Nada, nada, tome el señor Canalejas esa cuerda, no para ahorcarse de pena, sino para salir de ese lago Asfaltites en que se ahoga y confiese sinceramente que le sucede lo que al público y á mí, que no puede entender la diferencia que hay entre el *panteismo* y el *panenteismo*. Que el borrar la frontera que los divide ha sído una aspiración tan noble como imposible. Y no se aflija por esto el señor Canalejas, pues hay un espectáculo más lastimoso todavía que el de ver á un krausista que no entiende á Krause y es el de ver á Krause, como decía Fichte que le sucedía á Kant, *que no se entiende á sí mismo.*

No, mi obcecado y querido contrincante.

Dice el *Panteismo:* el mundo es una emanación *necesaria* de Dios.

Dice el *Dualismo:* el mundo es una creación *voluntaria* de Dios.

Aquí no cabe término medio, la conciliación de estos dos términos irreconciliables es un imposible de toda imposibilidad. El armonizar la afirmación panteista con la negación dualista es echar abajo una de las bases fundamentales de la metafísica, que es el principio de contradicción, que enseña que «es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.»

Sin embargo, faltando á este principio elemental, viene Krause y asienta esta fórmula armónica: «Unir sin confundir y distinguir sin separar.» Y echando á perder la com-

pleta é incomparable fórmula de Espinosa, «la substancia se desarrolla por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados,» resume su sistema armónico en el siguiente guirigay: «Todo es *en*, *bajo*, *mediante* Dios;» embrollo en el cual lo vago del fondo compite con lo antigramatical y escabroso de la forma. Todo es *en*... ¿cómo? ¿*embebido?* Pues *panteismo;* ¿sólo *adjunto?* pues *dualismo*. *Bajo*... ¿en categoría inferior, sólo por *posición*, pero en *igualdad de esencia?* pues *panteísmo;* ¿en desigualdad de esencia y en diferencia de situación? pues *dualismo*. *Mediante*... ¿en relación de igual á igual? pues *panteismo*; ¿en relación de superior á inferior? *dualismo*. Todo esto puede ser ó *panteismo* ó *dualismo*, pero nunca *panenteismo*, porque ya he dicho que esto es un *imposible metafísico*.

Las cosas bien pensadas siempre son bien comprensibles.

Panteismo: el mundo y Dios son de una esencia misma. Comprendido.

Dualismo: el mundo y Dios son de esencias diferentes. Se comprende.

Panenteismo: el mundo y Dios, por medio de la esencia, se unen sin confundirse y se distinguen sin separarse. No lo entiendo y el señor Canalejas no nos lo sabe explicar, porque él no lo entiende tampoco.

Dice uno de los doctores más claros de la escuela krausista: «la relación de Dios y el mundo no es ni una relación de *identidad* panteística ni una relación de *dualidad*, no hay entre el mundo y Dios ni identidad ni separación.» Vuelvo á repetir que no lo entiendo.

Queriendo explicar el contenido de la *lenteja*, quiero decir de la *Ervum lens*, dice otro de los adeptos de Krause

que procura ser claro en todo lo posible: «La idea del Sér infinito absoluto no niega ni excluye la substancialidad de los seres finitos; antes *los esencia* y funda con lo que *es cada cual el propio*, pero no absoluta é infinitamente, sino *en*, *bajo*, *mediante* el Real infinito absoluto-Dios.» Me falta la paciencia para descifrar tantas charadas. ¿Cómo el Sér funda los seres y los *esencia?* Es que los *esencia*, como un cuerpo sumergido en un líquido le comunica parte de *su materia colorante?* Pues *panteismo*. ¿Es que el Sér funda los seres con una materia diferente de la suya? Pues *dualismo*.

No hay manera de huir de este dilema.

Y en definitiva, ó el señor Canalejas se apresura á explicarnos esta idea madre del Krausismo, afirmando bien esta clave de la bóveda del templo, ó éste se les derrumbará, sin que nadie conmueva las columnas y como dicen los versos vulgares:

en él morirá Sansón,
con todos sus Filisteos.

V

Y sigue la esencia. ¡Qué fatiga!

Otro de los expositores más caracterizados de Krause dice:

«Si alguna parte de la realidad, si los espíritus ó los cuerpos se hallasen fuera del principio, habría división ó *solución de continuidad* en el conjunto de las cosas, la unidad se disolvería, la unión sería imposible y el principio no sería el principio de todo lo que existe, el mundo debe, pues,

estar contenido en Dios como los colores en la luz, como la variedad en la unidad; si no, la ciencia no es un sistema, es una contradicción, porque se supone que al lado del principio que *lo es todo*, existe aún *otra cosa.*» Esto es confesar sencillamente, como Schelling, lo que es verdad en Krause «que todo es uno y lo mismo» si al lado del principio que lo es todo (que es el *panteismo)* no puede existir otra cosa diferente (pues sería *dualismo)* ¿dónde está, pues, en este sistema el *panenteismo?* ¿dónde está, ni cómo es posible, la *unión* y *distinción* entre Dios y el Universo? ¿Cómo se puede entonces obtener en el *panenteismo*, en el sistema armónico de la ciencia, la verdad entera, completando el principio del panteismo por el del dualismo, la unidad por la variedad? Si no puede existir *otra cosa* al lado del que lo *es todo*, ¿cómo puede existir la *variedad?* Si hay otras cosas *finitas* que limitan el todo infinito ¿cómo se comprende la *unidad?*

VI

Y, á propósito de la esencia *una* y *varia,* siendo varia sin dejar de ser una, y una, sin dejar de ser varia, ayer me encontré con la *tendera conservadora* que ha inventado el señor Canalejas y se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—Explíqueme usted el sistema filosófico de Krause.

—Es imposible, no lo entiendo.

—Pues ilústreme usted sobre la parte que sea más inteligible.

—En primer lugar, antes de explicar á usted la *metafí-*

sica krausista, que es una obcecación, hay un trabajo de criteriología preliminar, llamado *Analítica*, que está fundada en una pura *ilusión*. Uno de los mandamientos del Krausismo, según recuerda el señor Laverde Ruiz, es el siguiente: «no admitas nada como cierto sin propio racional conocimiento,» pero sus adeptos aceptan el itinerario trazado en la *Analítica*, como la única vía segura para llegar á la verdad, *antes de haberla recorrido*, acto de fe ciega que no tiene semejante en los anales de todas las fes autoritario-tradicionales del mundo.

Pero vamos á la primera parte de la ciencia, que es la *Analítica.* El objeto de esta criteriología es marchar desde un *punto de partida* que es la *intuición Yo*, para llegar *al principio* de todo, que es la *visión Sér*. El punto de partida *cierto* es una *ilusión intelectual*, es el yo *indeterminado* que se determina por el análisis. Este yo *en sí mismo*, sintiéndose ya hombre, en sí y fuera de sí, ve que la naturaleza humana es una y sin embargo doble, pues la unidad de esencia se manifiesta en él de dos maneras distintas, como espiritualidad y como materialidad. Analizando, analizando, el yo estudia los tres géneros de realidad que componen el universo, el mundo físico y el mundo espiritual, opuestos entre sí y colocados en antítesis el uno frente al otro, y la humanidad, que es la síntesis de la creación. Y después de mucho analizar se reducen todos los órdenes de la existencia á la *unidad de su causa.*

Esta unidad de su causa es Dios, que no se *demuestrá*, sino que se *muestra él* en todo lo que existe. No se le puede conocer de una manera *discursiva*, sino de una manera *intuitiva.*

—Y entonces, ¿para qué sirve la *Analítica?*

—Para nada. Krause dice que es para probar el acuerdo que hay entre el pensamiento y la realidad, pero lo más cierto es que le gusta repetir por pasiva lo que ya nos ha dicho por activa.

Después de partir de una hipótesis tan arbitraria como la *intuición yo*, se llega á la alucinación de la *visión del Sér* y á los conocimientos analíticos suceden los transcendentales, y entrando en la *metafísica*, que en el sistema armónico se llama *sintética*, desde esa fantástica *visión del Sér*, desde esa noción supuesta de Dios, se van sacando todos los conocimientos posibles y hasta se pretende deducir todos los imposibles.

—¿No puede usted explicarme esa metafísica tan fecunda en deducciones transcendentales?

—Es inexplicable.

El señor Canalejas dice que usted escribe para las tenderas *conservadoras*, y yo soy, aunque tendera, una *alfonsina* ilustrada.

—Pues ¿de qué entiende usted?

—De telas.

—Eso ya es algo, filósofos conozco yo que no entienden de otro tanto.

Pues figúrese usted una tela de raso, que será un vestido después, pero que ahora sólo es una tela *informe*. Supongamos que esta tela es Dios, y Dios es el Sér, es la realidad una y entera; no es una parte de las cosas, no es aún ni el vestido, ni el cuerpo, ni la falda, sino que es el todo en *inmanencia*, es todo en *unidad;* es *la* esencia, la tela entera, y no *una* esencia, no una parte de ella; la esencia *una,* pura y simple, una é indivisa.

—¿Lo entiende usted?

—Un poco.

—Pues esta tela informe, pura y simple, una é indivisa, es la primera parte de la metafísica, es el Sér considerado *en sí*. Pues vamos al Sér, la tela, considerada en su *contenido*. Dios es la unidad del Sér y de la esencia, y lo contiene todo, es la tela de raso que contiene en *inmanencia* todo el vestido con el cuerpo, falda y sobrefalda. Dios ya será después, aunque siempre de una manera indivisa, cada una de las determinaciones de cuerpo, falda y sobrefalda, pero ninguna de estas determinaciones ha de ser Dios, ha de ser la tela de raso, porque ésta es una y entera y como tal superior á todo género.

—Y ¿cómo sabe Krause todo eso?

—Porque se lo figura.

—Luego ¿todo eso es hipotético?

—Tan hipotético como la metáfora del vestido, y tan *fantástico* como otro vestido que cierto día prometí yo á una ahijadita mía, á la cual le dije: «te he de regalar un vestido claro, pero ha de ser tan claro, tan claro, que *no lo has de ver*».

Prosigamos; Dios, ó la tela de raso, es el organismo uno, infinito, absoluto, de donde saldrá el vestido; y, como la tela encierra todas las propiedades su sér, resulta que éste, siendo idéntico á sí mismo, no se opone á la *diferencia*, y por consiguiente su *esencia* contiene la *existencia*, que no es más que la esencia *determinada*.

—¿Sigue usted entendiendo?

—Así, así.

—No importa; yo tampoco lo entiendo mucho y, sin embargo, sigo.

La tela, el Dios *indeterminado*, basa á la existencia, se *determina* y se convierte en *Sér Supremo*, que supondremos que será el cuerpo del vestido.

—Pero ¿qué diferencia hay entre Dios y el Sér Supremo?

—El *Sér*, Dios, es más extenso que el *Sér Supremo*. Quien dice *Sér*, dice *el todo*, *la* esencia misma. Quien dice *Sér Supremo*, sólo dice *un todo*, *una* esencia, opuesta á otra.

—¡Ya!

—Este Dios es el mismo de Lao-Tseu, filósofo chino, Dios inmenso, silencioso, inmutable, que *sin nombre* es el principio del cielo y de la tierra y *con un nombre* es la madre del Universo.

—¡Ya, ya!

—¿Y por qué, preguntará usted, Dios pasa de la *esencia* abstracta, á la *existencia*, que es la *esencia determinada*? ¿Por qué *sin nombre* pasa á tener *nombre?* Porque sí; porque este Dios no es *como quiere*, sino que quiere *como es*. Hecho el cuerpo del vestido, pasan de la esencia á la existencia la falda, que supondremos que es la *Naturaleza*, la determinación del Sér de lo puramente cósmico, y después la sobrefalda, que será «el espíritu», la determinación del Sér en lo que tiene el carácter de *existencia libre*. El mundo no es más que un *todo colectivo*, constituído por dos términos *antitéticos*, el Espíritu y la Naturaleza, y por un término *sintético*, la Humanidad. En la unión de la falda y de la sobrefalda, de la Naturaleza y del Espíritu, supondremos, pues, á la Humanidad, como síntesis de entrambos. Este punto de nuestro plan figurativo del vestido es la *Ervum lens* del sistema armónico. La *Naturaleza*, la falda,

no abraza más que los cuerpos; el mundo *Espiritual*, los espíritus; la *Humanidad*, los hombres.

¿Lo va usted entendiendo?

—No mucho.

—Pues ¡magnífico! si entiende usted alguna cosa, ya entiende usted más que alguno de nosotros.

¿Cómo, pues, seguirá usted pensando, cada orden del mundo, cada parte del vestido es infinito en su contenido? Es infinito, porque contiene en sí una *infinidad de cosas finitas*; cuente usted las muchas formas que pueden tomar el Espíritu y la Naturaleza, los pliegues de la falda y sobrefalda del vestido y llegará usted á una *infinidad de cosas finitas*, pues el mundo es una colección de *infinitos relativos*, mientras Dios es lo infinito absoluto.

La esencia divina es la plenitud de la esencia.

Dios es *la* realidad *toda entera*.

El Sér Supremo, su plenipotenciario cerca de lo existente, es *una* realidad superior.

El Espíritu y la Naturaleza son dos fases, son dos *géneros* de la realidad, *idénticos* como todo en la *esencia*, pero contrarios en algunas *manifestaciones*. El mundo es el conjunto de seres finitos distribuídos en géneros. El Espíritu y la Naturaleza, como géneros contrarios, son expresiones diversas y equivalentes de una *realidad superior*.

La esencia se sigue comunicando siempre, pero sin *solución de continuidad*.

El mundo es solamente un todo colectivo, donde se manifiestan, bajo caracteres predominantes, las diversas determinaciones de la *esencia espiritual*, la *esencia física* y su producto común, *la esencia humana*.

Así se explica en el Krausismo la organización universal.

—¿Y cómo explica Krause esa explicación?

—De ninguna manera. Como no hay término superior á Dios, dice que no hay términos ni manera posible de explicarle. Es menester creerlo todo, porque lo dice Krause.

—Pues yo no lo creo.

—Ni yo tampoco.

—Estoy algo confundida. ¿Podría usted decirme todo el sistema en resumen?

—En resumen, el sistema tiene dos partes, la Analítica y la Sintética. La primera sube del yo á Dios. La segunda baja de Dios al yo.

Analítica. El yo *pensante*, *síntesis*, se piensa y produce el yo personal. Este piensa en sentido divergente y conoce la *antítesis,* la Naturaleza y el Espíritu. Estos que, aunque son contrarios por algunas propiedades, son idénticos por otras, se identifican y son conocidos en la *tesis*, en Dios.

Esta es la marcha del pensamiento desde el punto de partida al principio.

Después se repite, volviendo desde el principio hasta el punto de partida.

Sintética. El *Sér*, *tesis*, se desarrolla y produce el *Sér Supremo*. Este se espacia en sentido divergente y produce la *antítesis,* la *Naturaleza* y el *Espíritu*. Estos, que aunque son contrarios por algunas propiedades, son idénticos por otras, se vuelven á desarrollar en sentido convergente y producen la *síntesis,* la unión del espíritu y la materia, la *Humanidad*.

—¿Y es eso todo el sistema?

—Esto es todo el sistema. Y, para exponer esto, se escribe tanto y tan mal.

—Pero ese Dios infinito é *indeterminado* ¿dónde está después de hecho el vestido?

—Ese Dios infinito queda siempre sin *determinar*. Todo está en Dios, pero Dios está fuera de todo. El vestido está en la tela, pero el ser tela siempre es un sér *abstracto* que tiene el vestido en *inmanencia*. Todo es uno en Dios, todo se convierte en él, todo se une en él. Todas las partes del vestido se unen en el ser tela.

—Pero la esencia de Dios ¿en dónde está?

—La esencia de Dios es infinita, está en todas partes. La esencia del vestido es la tela de raso, que se halla en todas sus *determinaciones*.

—Y entonces la *esencia* ¿cómo es *una* y cómo es *varia?*

—Es una en *verdad* y varia en la *apariencia*.

—No lo entiendo.

—Pues esto es fácil de entender. ¿No ha llevado usted nunca á las máscaras caretas de diferentes colores para embromar á alguno, haciéndole creer que eran muchas personas la que en realidad no era más que una sola?

—Sí, señor.

—Pues esa es la esencia krausista, que nos está embromando á nosotros, una misma cosa con diferentes manifestaciones, con diferentes colores. Así la esencia es *una* en verdad como en el *panteismo;* pero, para huir de éste, ha sido necesario convertir las apariencias en realidad y crear la esencia *panenteista*, conciliando las opiniones de los que aseguran que no hay más que una esencia y los que creen que hay dos ó más.

—Pero en resumen, ¿cuántas esencias componen las partes del vestido?

—*Una sola*, la tela de seda, que lo mismo está en el cuerpo, *Sér Supremo*, que en la falda, *Naturaleza*, que en la sobrefalda, *Espíritu*, que en la parte en que se unen estos dos, la *Ervum lens*, que en nuestro esquema ó figura del vestido lo ocupa la *Humanidad*.

—Pues si es una sola en verdad la esencia del vestido, ¿cómo es *una* y cómo es *varia?*

—Eso se lo puede usted preguntar al señor Canalejas que dice que lo sabe y que no lo sabe decir.

Y la tendera conservadora del señor Canalejas se marchó á que éste le solventase la duda de cómo lo uno puede ser *vario* sin dejar de ser *uno*.

Á mí se me olvidó decirla que, para abarcar toda la ciencia, y partiendo de la teología del *sér*, que es la *razón* de todo, no porque lo *crea*, sino porque lo *contiene*, como la calabaza *encierra* las pepitas, no había luego más que escribir sobre las partes del vestido una filosofía del *Sér Supremo*, que no es más que una *determinación* de Dios, la misma esencia de Dios, que, *uniendo al mundo* y *siendo diferente de él*, sirve de *lazo común* á la Naturaleza y al Espíritu. Otra filosofía después de la *Naturaleza*, de lo *inconscio*, donde todo se realiza de una manera obligada y uniforme y otra del Espíritu, de lo *conscio*, donde, aunque ofrece el carácter de la espontaneidad, todo se realiza también de una manera obligada, pero *varia*. Y por fin, otra filosofía de la *Humanidad*, que es el frente de la cabecera *Sér Supremo* en la mesa del festín de la creación, pues si el Espíritu y la Naturaleza son dos infinitos relativos, en los cuales están en

comunidad de esencia los espíritus con el Espíritu y los cuerpos con la Naturaleza, después que la Naturaleza y el Espíritu están por la parte de arriba en *comunidad de esencia* con el *Sér Supremo*, del cual no son más que dos *manifestaciones;* vienen por fin ese Espíritu y esa Naturaleza á *penetrarse íntimamente*, por intermedio de la esencia común, en el hombre, síntesis de entrambos, pues posee órganos físicos para todo lo que se halla en la Naturaleza, facultades intelectuales para todo lo que existe en el Espíritu.

Con estas cuatro filosofías se obtiene la *Omnisciencia.*

Y por supuesto que suele alguno obtener esta omnisciencia sin que la pueda utilizar para otra cosa más que para ser catedrático de filosofía.

Y todavía estos cuatro ramos de la ciencia se puede reducir á uno solo; pues, si en la generación del mundo, descienden de Dios separándose de Él el Espíritu y la Naturaleza, para converger después los dos hacia la Humanidad, se simplificaría más todo el saber, escribiendo una filosofía de lo absoluto, del *Sér,* que contiene todos los seres. Si todo está penetrado de la *esencia divina, todo está en todo.* Por lo cual, debí añadir á la tendera-Canalejas, que es inútil tanta metafísica, pues si la *esencia es infinita* y *está en todas partes,* y cada sér, al determinarse, no hace más que realizar parte de la esencia que está en Dios, todo sér, en cualquiera posición, es como debe ser, pues todo es ciego, necesario, fatal, divino.

Y ya verán mis lectores cómo, para refutar esta metáfora del vestido de la tendera-Canalejas, que es evidentemente *mala*, alguno va á escribir otra, que desde luego aseguro que será muchísimo *peor*.

Y ahora que caigo en ello, ¿le parecerá á alguno de mis contradictores poco seria esta imagen de la metafísica de Krause? Aunque sea así, les responderé con la autoridad de mi amigo el señor Sanz del Río, que, en su amplio espíritu de tolerancia, me decía: «Así, así, aunque escriba usted contra algún filósofo, escriba usted de manera que la filosofía pueda hacerse popular.»

VII

Y antes de dar por terminada esta cuestión, y en prueba de la sinceridad de mis opiniones, quiero repetir lo que ya he indicado diferentes veces, y es que el *Panenteismo,* como ha dicho no recuerdo qué crítico, «sólo es el panteismo *más el absurdo,»* y, según otro escritor, el panenteismo «es el ateismo *mas la mentira.»* De estos dos juicios puede escoger el señor Canalejas el que más le agrade ó, por mejor decir, el que menos le disguste.

Considerando los sistemas filosóficos, no en su principio, ni en su método, ni en su forma, que sólo producen divisiones empíricas y arbitrarias, si no en su objeto *final* y abrazando la *totalidad de las cosas*, el entendimiento humano no puede concebir en filosofía más que dos teorías, el *Panteismo* ó el *Dualismo*, ó la substancia *una* ó las substancias *diferentes*. El panteismo puede ser ó *materialista* como el de Espinosa y el de Krause, ó *idealista* como el de los filósofos de lo *Absoluto*. Pero todos estos son *panteismos*. El *dualismo* puede ser el *materialista*, en el que Dios da forma á una materia preexistente y eterna, ó el *espiritualista*, en el

que Dios saca el mundo de la nada. Pero ambos sistemas son *dualistas*.

El eclecticismo *armónico*, el Krausismo, el término medio llamado *panenteismo* es inconcebible, es un monstruo fantástico, es el Hipocentauro, mitad hombre y mitad caballo, que inventó la mitología pagana.

Si yo, como ha observado el señor Canalejas, soy tolerante con todos los sistemas de lo absoluto, menos con el de Krause, es porque todas las escuelas emanadas de la gran filosofía crítica de Kant son francamente *panteístico idealistas* y no tienen la hipocresía de la de Krause, que se llama *panenteista,* siendo, en realidad, más bien que un sistema *panteístico-idealista* como las de Fichte, Schelling y Hegel un retroceso al panteismo materialista de Espinosa. Yo no admiro las filosofías de lo Absoluto, pero las tolero, porque las concibo. Y ciertamente que mi tolerancia raya en magnanimidad al respetar sistemas que empiezan por estar en contradicción con el mismo nombre que llevan, pues los Absolutos de Fichte, Schelling y Hegel son unos absoluto-relativos, son unos aprendices de omnisciencia, y así, el *Yo,* la *Identidad* y la *Idea*, en vez de ser lo *Absoluto* que encierra *toda perfección posible,* son unos recién nacidos que llegan con el tiempo, después de mucho estudiar, á la plenitud del saber como cada hijo de vecino. Al empezar su carrera el *yo absoluto* de Fichte, la *identidad absoluta* del yo y el no-yo de Schelling y la *Idea absoluta* de Hegel sientan plaza en la existencia como unos simples soldados rasos, como los del ejército francés, de los cuales decía Napoleón que todos llevan en la mochila el *bastón de mariscal*; lo mismo sucede con estos Absolutos, al principio son unos simples soldados,

unos absolutos en *potencia,* unos generales futuros, pero después que crecen y se desarrollan, acaban por ser los mariscales de la creación, unos Alejandros en *acto.* ¡Cuánta demencia!

En fin, estas son demencias concebibles, pero lo Absoluto de Krause no tiene punto de concepción posible; entre el *sí panteista* y el *no dualista* no hay ni siquiera el espacio de la *Ervum lens* para colocar el *qué sé yo panenteista.* Entre los intersticios de los dos sistemas no se puede colocar ni siquiera ese sueño que comienza con la *intuición del yo,* es decir, la idea de un *yo* abstracto é indeterminado, que sólo existe en la mente de Krause y que se eleva hasta la *visión del sér*, segundo cabo del sueño, principio absoluto de la ciencia, sér universal y abstracto, completamente ideal y quimérico, absolutismo transcendental, remolino vertiginoso que recuerda el estado mental de aquel personaje, un poco turbado y no por el agua, que no pudiendo tenerse en pie, y habiendo oído que el mundo daba vueltas, se sentó á esperar que su casa pasase por delante de él para meterse dentro. Pero el Absoluto de que tratamos es un turbado por partida doble, pues no sólo se sienta á esperar á que pase la casa, sino que en su sonambulismo sueña que aparece la casa y que se mete dentro, mientras él sigue echado y durmiendo lo que el vulgo llama el *sueño del justo.*

«Pues no hay forma más completa y trabada, oigo que me dice el señor Canalejas, que el Krausismo en sus diversas teorías, ni conozco *concatenación* que respire mayor vitalidad lógica en la filosofía moderna, sin exceptuar el Hegelianismo.» Cierto; en este sistema todo se *explica* después que se concede lo *inexplicable.* Véase una de las prin-

cipales partes de la armonía de este sistema. «Así como Dios es el Sér de armonía infinita y absoluta, el hombre es el sér de armonía en los límites y en las condiciones de la creación. *Dios* es al *mundo espiritual* y al *mundo físico,* lo que el *hombre* es al *espíritu* y al *cuerpc.* Como el espíritu y el cuerpo son inseparables de la humanidad, fundándose en la naturaleza humana, el mundo espiritual y el mundo físico son inseparables de Dios, hallando su fundamento en la esencia divina.» Todo esto, á la simple vista, está perfectamente *concatenado*, sólo que mirándolo despacio hay, como siempre, en esta cadena uno ó dos eslabones rotos. ¿Qué es esa *naturaleza humana* en que se fundan inseparablemente el espíritu y el cuerpo? ¿Es la *misma* esencia divina en forma *humana?* ¿Qué es esa *esencia divina* en que se fundan el mundo espiritual y el mundo físico inseparablemente? ¿Es la misma esencia humana en forma *divinizada?* Claro es que dando por supuesto que estos dos eslabones rotos no están rotos, la ciencía queda erigida en sistema. Pero, como el primero de los eslabones está roto, el sistema se cae á pedazos por todas partes. La esencia humana es la misma esencia divina, y es una arbitrariedad suponer nunca vario lo que siempre es uno, llamar *panenteismo* al *panteismo* y apellidar, como el señor Canalejas, *concatenación armónica* lo que es una confusión *caótica.* Como todos los demás sistemas, el Krausismo explica todo lo *posible*, pero es después que se concede todo lo *imposible*, y como el señor Canalejas, con sus explicaciones, no me sabe aclarar la *posibilidad* de esa *imposibilidad*, resulta que no quiero ser uno de esos pobres creyentes que, como se dice vulgarmente, están comulgando con ruedas de molino. No me acomoda ser cómplice, ni siquiera con mi silencio, de

la pereza de esos malos estudiantes que, porque echan un vistazo al conjunto de un sistema, ya creen que lo saben todo, cuando lo único que han aprendido es á no aprender ya nada con claridad. Y no es porque yo dé importancia á esa insistencia, verdaderamente tenaz, con que los partidarios de este sistema procuran ponerlo fuera del alcance del buen sentido público envolviéndolo entre las nieblas del *respeto* y la *seriedad*, pues yo espero que pronto llegará el Mesías que barra de la haz de la tierra todos esos panteismos y particularmente el panteismo de Krause. Pero consolémonos de ello, pues por más que se vuelva á oir aquella voz profética que á la caida del paganismo gritaba por los aires, «¡el gran Pan ha muerto!» siempre nos quedará, como ley moral, en el vacío que dejen ellos, ese Dios antropomórfico de las mujeres, de los niños y de los viejos, que aparece en forma de Cristo Redentor, cuando el gran Pan toma el camino de la nada, dejando en paz las conciencias, pues al género humano, lo mismo que á Descartes, le basta poseer, no una certidumbre *rigorosamente absoluta*, sino una certidumbre *rigorosamente suficiente*.

VIII

Tengo un verdadero disgusto en ver que el señor Canalejas es partidario del escéptico principio de «piensa mal y acertarás,» pues con toda franqueza me dice: «Confieso que la frase *pasión política* envolvía en mi pensamiento la censura que usted acepta respecto á predominio de la ciencia oficial y á la prueba de *buen gusto* dada por los gobernantes

en el último incidente universitario.» Y, después, en todo el curso de su artículo, habla el señor Canalejas de *ciencia oficial*, de *libertad de la ciencia*, de *tolerancia*, etc. De nada de de esto se trata, ni ahora me importa. El señor Canalejas, al preocuparse tanto de una cosa que no se discute, al ver su empeño en ligar á los catedráticos de la Universidad al Krausismo, me recuerda á uno de la de Santiago que, porque no llevábamos manteo y sombrero tricornio, exclamaba con indignación, «¿Cómo es posible que haya ciencia cuando no la *infunde el traje?*»

Y como yo, aunque parezco ligero, lo soy en mis afirmaciones mucho menos de lo que parezco, le repito al señor Canalejas que es una prueba dè *muy buen gusto* en el ministerio Cánovas el procurar saber si en las Universidades se quiere convertir en *ciencia* lo que en la calle es *motín* y si el *rumor de ciertas ideas* es fácil que se realice en un *tumulto de hechos*. Por lo demás, abandono esta cuestión para siempre, y si el señor Canalejas, después de meter la esencia á barato, ha recibido, ó se ha dado, el santo y seña de convertir un asunto *literario* en cuestión *política,* tocando llamada y tropa hacia ese lado, desde luego le dejo soplar cuanto quiera y me alejo del combate, pues odio todas las manifestaciones tumultuarias, desde que he leído, no sé dónde, que todos los ruidos van á parar al silencio.

¡Libertad, tolerancia! ¿Es que la libertad y la tolerancia sólo es un deber para nosotros y un derecho para otros? ¿Sabe el señor Conalejas, si imitando nuestra tolerancia, alguno de los que él apadrina ha votado jamás para catedrático de filosofía á ninguno que no fuese partidario de su sistema? ¿Hay alguien que responda que sí? Pues á solas con

mi conciencia, y con la mano levantada al cielo, juro que no lo creo. ¿Me asegura que sí el señor Canalejas? Pues como dice Fontenelle, «Puesto que lo dice él, lo creo; si lo viese yo, no lo creería».

IX

Y, refiriéndose á lo que yo decía en mi anterior artículo sobre la *moral* y la *conciencia,* escribe el señor Canalejas: «Estoy seguro, muy seguro, de que, sometida la cuestión á peritos, los revisores, ayudados de la crítica *interna*, declararán, como yo, apócrifas esas páginas. ¿Cómo, dirán, un escritor tan ingenioso, desembarazado y suelto, discreto y culto como Campoamor, pudo escribir esos trozos de prosa *bourgeois* melodramática y terrorifica, capaz de conmover á la tendera más *conservadora?*

¿Quiere el señor Canalejas darme á entender con esto que lo que he escrito me lo ha dictado acaso alguno de los amanuenses de mi amigo el señor marqués de Orovio? Pues se ha engañado; es verdad que me lo han dictado, pero me lo ha dictado el público por medio de un anónimo; y por cierto que por el carácter femenino de la letra, no estoy lejos de creer que ha sido de la misma tendera que conoce el señor Canalejas y que tanto se distingue por su virtud, por su curiosidad y por su hermosura. Y, por si el señor Canalejas está en el secreto, ya sabrá que he suprimido del escrito algunas expresiones como estas: ¡Guerra á las doctrinas impías! ¡Anatema á los principios expoliadores! Sí, encantadora tendera del señor Canalejas, ¡guerra á las doctrinas

impías!, que aunque afectan una moral severa, es una moral de capricho, una hija de aluvión que no tiene madre conocida! La ley moral necesita tener una base metafísica segura, y el Krausismo es un sistema filosófico sin base, que tiene los defectos de todas las escuelas, sin ninguna de sus ventajas; que es panteista á medias y dualista por casualidad, para acabar por ser *panenteista*, que es una purísima ilusión; que es ontológico y psicológico para no ser absolutamente nada. Es verdad que en este sistema se suele hablar de virtud y de vicio, de bien y de mal, de mérito y de demérito, pero esto es lo que el nominalista Roscelin llamaba meras palabras, sonidos, *flatus vocis,* pues todo es indiferente, igual y necesario ante ese Dios de cautchouc, automático y holgazán que no se mueve por nada y para nada, y para el cual el derecho es el hecho, y todo lo que sucede debe suceder. Sí, sí, ¡guerra á las doctrinas impías! y además, ¡anatema sobre los principios expoliadores! que después de haber hecho á Dios de una esencia común de la cual participan todas las cosas grandes y pequeñas, han echado el rasero de la comunidad sobre los bienes de la tierra y las conquistas del cielo, quitándoles á unos los productos de su trabajo y robándoles á otros las esperanzas de la inmortalidad! Sí, sí, ¡anatema y guerra á una filosofía desolante y perturbadora! Desolante, porque en ella la personalidad humana desaparece impersonalizada en el abismo de una esencia que no sabemos si es aérea como los gases ó de la consistencia trémula de la turba de los pantanos! y perturbadora, porque su esquematismo puramente formal que, imaginando relaciones de cosas que no existen y fatigando la imaginación con repeticiones perpetuas y con clasificaciones la mayor parte de

las veces trivialísimas, crea una sofistería digna de un bajo imperio intelectual, sofistería que no sólo mina los grandes imperios de hecho, sino que con la mala tendencia de su comunismo idiosincrático, hasta destruye sus mismas creaciones, haciendo imposibles las únicas repúblicas posibles!.....

Contínuemos:

SEGUNDA PARTE

AL SEÑOR DON MANUEL DE LA REVILLA

I

El señor Revilla, en un tono de suficiencia político-literaria-social-filosófico-cosmopolitana, con motivo del prólogo escrito por mí para insertarlo al frente de sus excelentes poesías y, aconsejándome parsimonia en el estilo, con la misma propiedad que aquel maestro de escuela andaluz, que decía:—«Niños, *sordao* se escribe con ele»,—desenvaina sus disciplinas de dómine y me flajela, con una destemplanza, tal vez propia de mis escasos merecimientos para con él. Ha hecho bien. Entre sus antiguos amigos, que al parecer se muestran irritados, y yo, que no doy ninguna importancia á las flaquezas humanas, me ha becho el honor de designarme para que pague los *vidrios rotos* de la cuestión.

Pues bien, los pagaré, aunque no valen lo que cuestan. Pero, antes de pagarlos, se me permitirá decir que yo no creía que estas cuestioues, en que todos estamos interesados, diesen lugar á la alteración de nuestras amistades. Enfadarse algunos krausistas con el señor Revilla, porque yo digo en el prólogo de sus poesías cosas que les he dicho á ellos cara á cara, es hasta una inconsecuencia científica. Todos los seres, en su sistema, realizan su esencia en la vida por una serie continua de estados determinados; esta serie es el *mudar* y cada término del mudar es un *fenómeno*. Con arreglo á este principio, ¿dónde está el estoicismo de los que opinan que toda *existencia* no es más que una *esencia realizada?* ¿Qué manera es esa de *estar en Dios*? ¿La cosa ha pasado así? pues entonces, estaba en la *esencia*, estaba en el *germen*, debió pasar. Si todo lo que sucede, debe suceder, ¿á qué es enfadarse por lo sucedido? ¿Ahora salimos con el *dualismo* de que también hay krausistas *sensibles?*

¡Cosas más raras!

II

Pero es que, con respecto á haber dicho yo en público lo que he escrito en el prólogo, parece ponerlo en duda el señor Revilla, pues asegura que habrá sido en otra forma. Yo no sé decir *pro*curador más que de una manera. Si por algo me disgusta la elocuencia es porque sabe decirlo de tres modos, y ninguno bien, *pre*curador, *per*curador y *por*curador. Tengo en mi poder todavía las papeletas que se sacan á la suerte y nos entregan en la Universidad, donde están es-

critas mis preguntas, hechas con las mismas palabras que se han publicado en el prólogo-Revilla. En esta parte el que ha informado al señor Revilla de lo contrario le ha engañado.

Y le ha engañado también el bibliógrafo qne le ha contado que entonces yo no escribía prólogos, pues precisamente por entonces se hizo una reimpresión de las «*Polémicas* con la Democracia», y allí hay un prólogo mío en el que, con algo de vanidad, procuro coger á la democracia en flagrante delito de *inconsecuencia*.

Ya ve el señor Revilla la violenta posición en que se ha colocado para dar á mi conducta un colorido siniestro, cuando, para hacerlo, hasta ha tenido que valerse de historias que no tienen nada de históricas.

He aquí las palabras en que el señor Revilla desconfía de mi veracidad:

«Usted diría esas cosas (probablemente con mejores formas) á los krausistas cuando era juez de las oposiciones á que *ellos* (entonces poder) le llamaban, rindiendo justo y merecido tributo á su valía». En primer lugar, el señor Revilla está mal enterado, pues en el jurado á que particularmente alude, yo fuí nombrado juez por un amigo mío, años antes de que ellos fuesen poder, por lo cual no he tenido que aceptar sus favores, que me hubieran honrado mucho. En esta parte están ellos más acostumbrados á mi tolerancia que yo á la suya, pues la mía es tan grande que la del señor Revilla, comparada con ella, es casi inquisitorial. En pleno moderantismo, cuando la fuerza del poder público era efectiva é incontrastable, un hombre de Estado eminente, á quien no nombro porque no estoy autorizado para ello que formaba parte conmigo de un jurado, con el instinto seguro

del hombre de experiencia, y en uno de sus arranques, algunas veces extremados, pero siempre varoniles, me dijo lo siguiente «Ni mis amigos ni yo votaremos nunca á...» (un krausista). El opositor tuvo noticia del hecho por el señor Sanz del Río; hizo una protesta contra la parcialidad del jurado, protesta que yo apoyé, porque soy de los que creen que los jueces vamos á juzgar solamente la *cantidad* del saber de los opositores, y no la *calidad*, pues con respecto á la *calidad* ya responde el Gobierno de ella, para lo cual se le remiten las ternas. Y si el señor Revilla me hace un cargo, porque yo he dado mi voto, que no le hacía falta, al que ha escrito en su compañía un precioso libro de moral (que de todo tiene menos de krausista), al señor don Urbano González Serrano, cuya virtud, elocuencia y saber soy el primero en envidiar, así como el señor Revilla debe envidiar su modestia, le ruego que si le ve antes que yo, le diga de parte mía que el haberle votado es un honor del cual yo me envaneceré toda mi vida.

Y por haber obrado siempre con esta tolerancia es por lo que los señores *Moreno Nieto, Valera, Arnau, Fernández y González* y yo, no sólo hemos adquirido el derecho, sino que tenemos el deber de discutir el Krausismo hasta con encarnizamiento, sin que los krausistas formen queja de nosotros, porque somos los que principalmente en las oposiciones hemos contribuído á dar entrada en las Cátedras con nuestros votos á algunos adeptos á esa escuela, porque creíamos, y yo por mi parte sigo creyendo, que, en vez de ahogar la doctrina en el misterio, se la debe desafiar á que salga á luchar á la luz del día y se conquiste en la ciencia la cruz laureada que merezca en juicio contradictorio.

Y á esto pregunta el señor Revilla:—«¿Y por qué se dió el voto á los opositores á Cátedras que tan disolventes ideas profesaban?»—Ya he dicho, y repito, que todos los opositores á quienes yo he dado mi voto, siendo en esto ilógicos con su sistema, todos profesan la moral más pura. Y además, y en esto estoy también en completa disidencia con varios amigos míos, de ninguna parte me sorprenderían más ciertos ataques á la moral aceptada que de los krausistas, porque desde el momento en que lógicamente dedujesen las consecuencias prácticas del principio metafísico de su sistema, desde aquel mismo momento dejarían de ser krausistas, lo que ellos llaman enfáticamente la ciencia se desvanecería, y se quedarían en la práctica, siendo lo que son en teoría, unos Espinosistas vergonzantes, y entonces el sistema armónico estaría de más y se le trataría en la historia como una superfetación filosófica.

III

Y con el tono, no muy disculpable, del que interrumpe una conversación, como diciendo: «¿Quién se atreve á hablar ahí sin mi permiso?» dice el señor Revilla, refiriéndose al conjunto del sistema: «El pensamiento humano, sincera y lealmente expuesto y determinado en una construcción científica, no es cosa baladí que pueda tratarse en son de mofa y escarnio, ni semejante modo de juzgar y censurar sistemas puede admitirse jamás entre hombres *serios*. Debo protestar también, á nombre de la dignidad de la ciencia, contra el tono que usted emplea al dirigir sus ataques, tono

inconvenientísimo en asuntos que deben tratarse con *seriedad* y *respeto* y no con chistes de dudosa ley y gusto dudoso, que son un verdadero atentado contra cosas *santas.*»

¡Respeto, seriedad! Todos los caballeros hechos de prisa tienen la misma pretensión, la de ser tratados con respeto y seriedad.

¿Quiere el señor Revilla que hablemos de los filósofos con más circunspección que ellos de sí mismos? *Fichte* decía de *Kant* su estilo es *soporífero. Heine* aseguraba de los imitadores de éste «sus imitadores *sin talento* lo han remedado en las malas cualidades extrínsecas y han difundido la preocupación de que nadie puede ser filósofo *sin escribir mal.*» *Schelling* clasificaba el sistema de *Hegel* «de una *arbitrariedad* la más *estrambótica* y la más *inconcebible,*» y de *Krause* decía: «que no tenía más que tres cuartas partes de cabeza.»

Si yo dijera de Krause que su estilo es *soporífero,* que *escribía mal,* que no tenía *talento,* que su sistema es una *arbitrariedad estrambótica,* ¿qué diría el señor Revilla de mí? ¿que escribía sin *respeto y seriedad?* Pues eso se lo puede decir á *Fichte*, á *Heine* y á *Schelling*.

¡Cosas santas!

En un sistema filosófico las cosas más santas de que se puede tratar son los dos problemas de la *vida futura* y el *destino del hombre* sobre la tierra. Pues bien; figúrese el señor Revilla la *seriedad* y el *respeto* con que le oiría, si viviera la inteligente y virtuosa imagen de aquella sombra, á quien dedica la tierna y última composición de sus poesías, y le dijera: «El Dios de los Absolutos es un Dios que *se hace.* Pero el Dios krausista existe de toda *eternidad* y todas las

cosas del mundo son *coeternas* con Él. El universo es la expresión de los atributos de la esencia divina, y como no hay más que una sola y misma esencia, todos los seres realizan en Dios la esencia divina bajo modos diversos.» Al explicar esto, el señor Revilla le hablaría como un sabio que se dirige á otros sabios pero si la oyente le preguntase: «Y eso, ¿qué quiere decir?» Entonces, el señor Revilla tendría que hablar como yo, como un hombre vulgar que habla al vulgo, y tendría que usar un tono *inconvenientísimo* y hasta valerse de chistes de *dudosa ley* y *gusto dudoso,* y echar mano, para hacerse entender, de cualquier metáfora, diciendo lo siguiente, sobre poco más ó menos: Esto quiere decir que el Dios de que he hablado es una especie de esos sumideros que existen en algunas marismas, en las cuales, primero, por medio de una succión misteriosa, se sume el cuerpo hasta la cintura, después se cuela hasta la garganta y, cubriendo por fin el occipucio, se ahoga el cuerpo, bebiendo arena. Limbo indefinible é indefinido, la suerte futura en este sistema se parece á un viaje sin éxito que hiciese el diablo de Milton por el Cáos en busca del último límite de la naturaleza creada. ¿Cree el señor Revilla que ninguna oyente oiría esto, ni aquello, más que con un estupor que seguramente no tendría nada ni de *serio* ni de *respetuoso?* Esto en cuanto al problema *de la vida futura.*

Pues vamos á la cuestión del *destino de la Humanidad* en la vida terrestre.

Dice Krause que «*el grande archipielago del Océano pacífico* es el *Edén* futuro de la Humanidad, es la parte del mundo destinada á ser un día el *paraiso terrenal.*» Compárese esta afirmación bucólica, después de un sinnúmero de

afirmaciones lo menos bucólicas del mundo, con el elogio que hace *Don Quijote* del siglo de oro, contemplando un puñado de bellotas, y véase cuánto más cuerdo aparece el caballero de la triste figura que el filósofo alemán, á quien por antítesis podemos llamar aquí el caballero de la figura triste.

¿Qué diría de este sistema, que, por antonomasia, sus partidarios le llaman *la ciencia*, un estudiante de antropología que supiese que en aquellas islas es solariega la antropofagia y que, en las que no reinan los vientos alisios constantemente, el paludismo diezma la raza blanca y que sólo pueden vivir cómodamente en aquellas regiones los que tienen la tez aceitunada y se acercan lo más posible á ese célebre y moderno progenitor del hombre llamado el mono de Darwin? ¿Es que Krause creería que la mayor felicidad del mundo consiste en navegar en piraguas de isla en isla, vestido á lo tropical, comiendo dátiles por la mañana cocos al medio día y por la noche bailando sin duda al són de algún tango armónico?

Esta última expresión de *la ciencia*, este *fin de fiesta* de la humanidad futura, ¿es una de las cosas *santas* de que quiere el señor Revilla que se hable con *respeto y seriedad*? Cuando á nuestro amigo el señor Santistevan, ó á otro poeta menos ilustre que él, se le ocurra escribir la segunda parte del Potosí Submarino con el título de «El porvenir de la Humanidad en la Polinesia» ¿qué derecho tendrá el señor Revilla para hablar de la decadencia del arte y de las extravagancias de la escena? ¿No conoce que le responderán que lo bufo tiene su lugar propio y, por consiguiente, derecho á ser tratado con respeto y seriedad, con mucho más respeto y

seriedad que una construcción científica que acaba por convertir en *Edén* de los nietos de nuestros nietos á las islas de la Polinesia?

¿Es esto lo grave que se debe tratar con formalidad? ¿Es esto lo *santo* que se nos quiere hacer tratar con respeto? ¿Qué respeto ni qué seriedad son posibles ante un sistema, que, después de tan pretenciosos principios, nos predice semejantes fines?

IV

Y luego el señor Revilla que, imitando á los caballeros antiguos, se conoce que sólo le gusta presentarse al público levantando mucho polvo. «¿Ha oido usted, pregunta, que ningún krausista explique moral, ensalzando el robo, el asesinato, el adulterio, la calumnia ó la traición, que es lo prohibido por los códigos?» Esta pregunta parece hecha por un aprendiz de actuario, que hace las inquisitivas por pura fórmula y sin venir á cuento en el caso de que se trata. Lo primero que ha de tener una pregunta para ser lícita es la pertinencia. ¿Le parece al señor Revilla pertinente suponer que, cuando yo combato una doctrina, acuso á las personas?

Jamás me ocuparía en zaherir la individualidad del mismo Krause, aunque sabemos, según refiere el señor Vidart, por el doctor Guillermo Hosaeus, que era *socialista* de pura sangre y socialista que cuidaba de la *práctica* de su doctrina, por cuya razón los representantes de la alta ciencia nunca hicieron caso de él.

Los sectarios alucinados son los que peor suelen ver las consecuencias de los pricipios que sustentan.

Todos los krausistas pueden ser unos santos. Yo lo que sostengo es que el sistema de Krause es falso, y como sabe el señor Revilla, mejor que yo, los falsos sistemas metafísicos engendran los falsos sistemas *sociales* y los falsos sistemas teológicos producen los falsos sistemas morales.

Es ley de raciocinio vulgar que á los principios hay que mirarlos como á las sirenas, á la cola. Y ya hemos visto que la cola del Krausismo, en religión, era sumir las almas en un ciego *pancosmismo;* después lleva la Humanidad á heredar á los antropófagos á las islas polinésicas, ignorando sin duda la suerte de Cook; y, para completar el cuadro, resume toda su política estableciendo el Comunismo. Ahora pregunto yo, á mi vez: ¿Concibe el señor Revilla que se pueda encerrar al género humano en el falansterio de la Comunidad, sin derogar primero todas las leyes que garantizan la dignidad y la libertad humanas? ¿Qué me importa á mí que Espinosa en la práctica merezca el dictado de santo y combata el robo y el asesinato si la teoría que proclama tiene por necesidad que decapitar al hombre para obligarle á que quepa acostado en el lecho de Procusto del Comunismo?

Ya he dicho en mi artículo anterior que, por regla general, los krausistas predican una moral que yo quisiera poder practicar, pero que hasta en esta parte son ilógicos, pues no hay bien ni mal, justo ni injusto, orden ni desorden, en un sistema donde «La diferencia que se establece entre el Sér Supremo y el mundo ó, por mejor decir, entre el mundo y Dios, es gratuíta y absurda, porque si todo es de la misma *esencia de Dios, todo* debe ser *Dios,* pues no puede

haber distinción donde hay identidad de sér ó de esencia.» Esto en cuanto á la parte metafísica, pues con respecto á la aplicación física, van á ver mis lectores, cómo la *comunidad de esencia* en el cielo se convierte en comunidad de bienes en la tierra.

«Este asiento de la tierra, dice Krause, es la herencia *común* de los que la habitan; á cada individuo, á cada familia, á cada pueblo, le corresponde en el suelo su parte *proporcionada;* todos los bienes y beneficios de la naturaleza en el continente y en los mares deben ser *repartidos entre todos* con justa medida.» Excepto en cuestiones de filosofía sofística, en las cuales era Krause un gran artífice, sobre todo, para levantar *arquitectónicas* con categorías que no tenían más fundamento que el aire; en todas las demás ciencias, era uno de los entendimientos menos sólidos y menos instruídos de cuantos se han conocido. Yo bien sé que, en su sistema, el *comunismo* es inevitable, pero eso de que «todos los *bienes y beneficios de la naturaleza* deben ser repartidos con justa medida», prueba que Krause no tenía la menor noción de lo que es esa tierra, nuestra herencia común, cuando ignoraba, como cualquir auxiliar de esos que, sin discernimiento alguno, señalan impuestos desde las oficinas de Hacienda, que el suelo nada, absolutamente nada vale, que es una máquina gratuita que no tiene más valor que una mínima parte del trabajo que se ha empleado en él, y que de *los bienes y beneficios de la naturaleza* que van embebidos en los frutos no saca partido el que trabaja en la tierra, sino que son dones *gratuitos* de que se aprovecha el que adquiere sus productos. Y no me diga el señor Revilla que Krause no podía tener ideas claras sobre Economía, pues

ya en su tiempo, estas indicaciones eran problemas resueltos, y sobre todo, en un sistema que se llama la *Ciencia*, no se debe hablar de lo que no se entiende ó en vez de ponerle más nombres fastuosos de los que suele llevar un príncipe chino, como son los de: *Sistema de la Ciencia, Arquitectónica de la Ciencia, Organismo de la Ciencia, Absolutismo Orgánico, Ciencia de la Idea, Idealismo Absoluto, Realismo, Armonismo Absoluto, Sintetismo Transcendental*, etc., etcétera, etc.; se confiesa francamente que se escribe una novela y se la titula: «Segunda parte de la ciudad del Sol,» y se rivaliza en invenciones aunque nunca se puedan obscurecer los golpes de ingenio del ilustre Campanella.

V

Concluyamos, porque, aunque yo soy incansable, el público se cansará. Y quiero concluir haciendo la protesta de que mi ánimo no ha sido ocuparme en lo que el señor Canalejas llama *la cuestión universitaria.*

¿Cómo podía yo ocuparme de la cuestión política, cuando con ella me sucede lo que á un célebre ex-ministro, que, teniendo que emigrar á causa de una revolución producida por cierto proyecto de ley de Ayuntamientos, le dijo á un amigo suyo, al perder á Cádiz de vista: «Compañero, ¿querrá usted creer que yo no he *leído* esa ley por la cual emigro?»

Dice el señor Revilla, «que sabe que yo soy incapaz de hacer á sabiendas nada que no sea noble y delicado;» y añade en otra parte: «en usted no hay pecado, porque no hay

clara conciencia de lo que ha hecho.» Si el señor Revilla fuese capaz de cometer errores, como yo, en el *camino de la inocencia*, vería lo fácil que es equivocarse en los efectos dramáticos de las escenas que dicta el más generoso sentimiento. Hoy, por ejemplo, que no he conseguido dar *gusto á los señores*, y sobre todo al señor Revilla, que, según el tono, parece ser el señor de todos, insisto en que el efecto dramático del prólogo-Revilla está mal apreciado y peor comprendido por el señor y por los señores. Y á pesar de la actitud hercúlea y protectora que toma el señor Revilla en favor de los caídos, poniéndome á mí, que soy incapaz de hacer daño á una mosca, en el lado de los persecutores, le repito que, aun escribiendo yo el prólogo con intención *política*, todavía esto, á mi parecer, podía servir de pretexto para que los que se creyesen lastimados hiciesen una reacción en la opinión, que obligase al poder público á cejar en la razón de la fuerza por no verse abrumado por la fuerza de la razón.

No, señor; no ha sido mi ánimo discutir lo que se entiende por cuestión universitaria, porque no la conozco. Pero, aunque lo hubiera sido, estaría completamente en mi deber, mucho más *perfecto* que el *perfecto derecho* que se atribuye el señor Revilla para esquivar la cuestión científica, única cosa que se ventila en esta polémica, y zaherir de paso violentamente con insinuaciones injuriosas á un compañero, como yo, que con tan poco acierto, según veo, se puso á su lado á proclamar los timbres literarios de su gloriosa fama. Además, insisto en creer que ante una persecución, buscada ó no buscada, siempre hubiera sido político y humanitario el distraer la atención pública, sacándola de la apasionada

lucha de los hechos para elevarla á la región serena de las ideas.

En las grandes crisis es donde se acrisola los grandes principios. Pese al poder de los Césares de la tierra, todo el que, desde el día del sermón de la montaña hasta el último día del Juicio, proclame un gran principio como es éste, «no hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo», tendrá de su parte á la mayoría del género humano, que se levantará en masa, batiendo palmas y gritando: «Ese tiene razón.» «Es que, nos dice el señor Revilla, no quiero hablar, porque temo no tener la libertad suficiente.» No es posible que el Gobierno del señor Cánovas fuese tan Miramamolín que se opusiese á que el señor Canalejas me contestase clara y precisamente, y no lo hace porque ni sabe ni puede, á la siguiente pregunta: «¿Cómo el mundo y Dios, teniendo una misma esencia, no son una misma cosa? Y si son una misma cosa, porque tienen una misma esencia, ¿no es esto panteismo y no *panenteismo?* Y si son cosas varias, porque tienen substancias diferentes, no es esto el dualismo y no el *panenteismo?*

Luego el *panenteismo* ¿qué es? Un imposible metafísico. La identificación de dos contrarios. Es el panteismo acompañado de una *obcecación*. Es Schelling en *inmanencia,* y Espinosa, en *transcendencia*.

¡Oh, primitiva y original creación de la *Indiferencia absoluta!* ¡Qué fea estás con esa peluca de teismo neo-platónico que se ha empeñado en encasquetarte Krause y que, como no ha sido hecha á tu medida, se te cae por todas partes, haciendo de tí lo que se llama la *estampa de la heregía!*

VI

Y figúrese el señor Revilla (para agotar todas las hipótesis posibles) que yo estuviese de acuerdo con mi antiguo compañero el *señor don Ignacio José Escobar*, director de *La Epoca* y, ayudándole en la política conservadora que con *tanto talento y tan escaso premio* está defendiendo hace treinta años, combatiendo con vigor y al mismo tiempo con templanza á los *levantados* y á los *caidos* cuando no están de acuerdo con sus ideas, supiésemos que el gobierno del señor Cánovas del Castillo, que conoce perfectamente todo el alcance de la metafísica krausista, por creer poco respetada su autoridad, ó por otra razón cualquiera que desconozco, adelantando el porvenir por medio de aquel procedimiento que el marqués de Valdegamas llamaba la *condensación de los tiempos*, soñase en mandar á alguno, ó á algunos al *paraíso terrenal*. fijado por Krause en la *Micronesia*. Esto pertenece á la ciencia, y el señor Revilla tiene el deber de oirlo *sin reirse*, esto es, *con respeto y seriedad.*

¿Qué haríamos en este caso el señor Escobar y yo? Yo probablemente le diría lo que creo, que los gobiernos hacen mal en convertir en *reos de Estado*, merézcanlo ó no, á los que lo desean y á los que no lo desean. A lo cual el señor Escobar me contestaría: — «Tienes razón: la medida que trata de tomar este Gobierno, amigo nuestro, es un procedimiento peligroso, y por consiguiente debes escribir, sobre eso que ellos y tú llamáis la *ciencia*, un artículo en tu estilo

peculiar, aunque algún escritor cualquiera lo califique luego de *inconvenientísimo,* y de esta manera haremos un servicio á los perseguidos, haciendo variar de táctica á los perseguidores».

¿Sería una mala acción en nosotros convertir por este razonamiento una cuestión de fuerza en una escaramuza de ideas? ¿No sería en nosotros un acto de humanidad y de fraternidad literaria con adversarios á quienes, á pesar de lo que para perjudicarme en la opinión indica el señor Revilla, nunca he debido á la mayor parte de ellos más que faltas de consideración, el darles ocasión de probar que su doctrina es una antorcha moral bastante clara y bastante pura para que por ella se busque la *palma del martirio?* Y además, como asegura con razón el señor Revilla,—«esta polémica poquísimo daño puede causar al Krausismo».—Pues entonces, ¿qué inconveniente hay en que yo, en nombre del público, pregunte una cosa que no entiendo?—«Es que esta polémica, dice el señor Revilla, abrirá una profunda herida en la reputación científica y literaria de que usted goza con tanta razón y merced á tan relevantes títulos».—Pues si ha de padecer mi reputación literaria porque pregunto una cosa que no entiendo, que se hunda en el abismo, que no por eso se han de levantar á protestar las cenizas del Bayardo Guipuzcoano, el valiente general don Francisco Lersundi, de gloriosa y simpática memoria, que sostenía con toda formalidad, y con infantil contentamiento mío, que yo era *el primer poeta del mundo*, exagerando la frase del señor Canalejas, que, en un rapto de adversario generoso, me llama:—«el príncipe de nuestros poetas líricos».—¡Oh, gracias, gracias, amorosos críticos míos! ¡Quién os había de

decir que, por empeñarme en sostener que el principio de la metafísica de Krause es ininteligible, había de tener qué renunciar á la más inocente de las vanidades humanas! ¡Y á mí que me gustaba tanto que me dijesen esas cosas! Pero no hay más remedio: ¡sálvese la verdad y perezca el mundo!

Sálvese la verdad; y se salvará, porque para destruir el error del Krausismo, ya tenemos de nuestra parte la autoridad del señor Revilla, que después de escaparse del presidio de la *esencia*, donde le tenía encerrado una mala inteligencia, declara con una franqueza encantadora lo siguiente:

«He sido soldado entusiasta del Krausismo; he creído hallar en él la *solución* del *problema filosófico*, pero reflexiones posteriores y detenidos estudios me han convencido de que no le ha sido dado realizar sus generosos propósitos, y que en él *no es posible* hallar la fórmula definitiva, *ni aun la más perfecta,* del pensamiento moderno». Ahora bien: hecha esta declaración en estos momentos, ¿no podría servir de pretexto para que los antiguos amigos del señor Revilla dijesen de él, como él lo dice de mí, que su intención ha sido agravar la situación política de personas que están en desgracia? Pero esta inculpación sería tan injusta dirigida á él como lo es dirigida á mí. Porque la verdad es que yo no me quiero atribuir honores de intención que no he tenido. ¿Cómo era posible que yo hubiese querido agravar la situación de algunos sabios disidentes, entre los cuales hay algunos en quienes reconozco, porque tengo el honor de tratarlos, una gran fe científica y mucha piedad sincera?

Estoy tan lejos de opinar en esta cuestión con la mayor parte de mis amigos, que yo, á esa escuela que, á pesar de su decantada tolerancia, no da en sus jurados entrada á

nadie, en vez de contribuir á disolverla, como escuela de hecho, la tendría en reserva como el ejército más seguro de todas las restauraciones. ¿No es claro, como la luz, que, en cualquier perturbación social, el día que esa escuela se ponga en su verdadera *tesis*, no faltará algún bravo general que se ponga como *antítesis* para que vengamos luego los conservadores á colocarnos como *síntesis*? Hablo en el lenguaje artificioso y velado del Krausismo para que no se crea que hago alusiones á la política de actualidad, y con el objeto de que, como le sucedía á cierto filósofo, *sólo Dios y yo nos entendamos.*

VII

Pero, en fin, puesto que hay alguna persona que cree que esa cuestión puede tener algún carácter político de actualidad, y en la cual, al parecer, yo no figuro, como siempre, siendo el eterno cortesano de los desvalidos, rompo la pluma y doy por terminada la polémica.

Y como ya he comenzado á recibir picaduras de algún primo de algún pariente de algún amigo de esos que el señor Canalejas llama con mucha gracia *agregados al Krausismo,* ruego á mis impugnadores que no vuelvan á darme ningún otro asalto *de lado*, pues no podré responder á él más que con el sentimiento que inspira el que ataca á un adversario que se desarma voluntariamente.

Mentiría si no dijese que concluyo con algún remordimiento, pues me asalta el temor de si, efectivamente, alguna vez habré dicho más de lo que debiera. En este caso cuento

con la magnanimidad de mis contradictores y con la misericordia, no del Dios *impalpable* de ellos que todo lo *esencia*, sino con la del Dios personal que todo lo premia ó lo castiga, y que, cuando ve un sincero arrepentimiento, perdona nuestras faltas por un acto de su libérrima voluntad.

Al retirarme de la arena, doy gracias al señor Canalejas por las flores que con tanta abundancia ha derramado en el circo para que cayendo sobre ellas me fuesen menos dolorosas las heridas.

En cuanto al señor Revilla *(¡tu quoque!)* le encargo á su propia conciencia que le diga lo que merece.

Y doy fin pidiendo perdón á los que se háyan creído lastimados por mí. Pero, después de pedido, me levanto inconfeso, me limpio la rodilla del pantalón, por si se me ha ensuciado al inclinarme, y les repito que yo me contentaba con que se me contestase á esta pregunta. ¿La esencia que pone en relación al sér y los seres es *una* sola ó son *varias?* El señor Canalejas no me ha querido contestar concretamente si son *varias* ó es sólo *una*. Y no me lo puede contestar ni él ni nadie, porque toda la ensambladura de la arquitectónica krausista está fundada en esa falsa noción de la esencia que tiene que ser *una* y *varia* al mismo tiempo, *una* en la esencia y *varia* en los modos.

Y como al público no se le debe defraudar en sus esperanzas y las tenía legítimas de que el señor Canalejas le probase que el *panenteismo* no es el *panteismo,* voy yo mismo á contestar en nombre de Krause á la pregunta que hice al señor Canalejas y á la cual, sin duda, le da vergüenza responder.

Pregunta mía: «¿Cómo están el Espíritu y la Naturale-

za, formando el sér armónico *Humanidad*, en ese esquema del Sér que tiene la figura de una *lenteja?*»

Respuesta de Krause: «La causa de su *unión* se halla en la *esencia* superior *única* de que son *determinaciones.*»

De lo cual resulta lo que dije al principio que el Krausismo es *panteismo* puro y no tiene nada de *panenteismo.*

Entre la esencia *única* y las dos ó más esencias *irreductibles,* no cabe el término medio de la tercera esencia *panenteista*, que *une sin confundir y distingue sin separar*. Esta noción de la esencia de Krause, en sus relaciones con el sér y los seres, no sólo es, como ya he dicho, radicalmente falsa, sino que, como dice Fichte de su yo absoluto, es más que un sueño en el mismo sueño soñado; es una fantasía más inverosímil que el poema de Ariosto; el colmo del absurdo; un desafío lanzado por una razón obcecada contra el buen sentido público; un imposible metafísico; un milagro que no podía ser admisible ni en la crónica del autor más milagrero y más místico, pues es un milagro de tal especie, que para hacerlo creible, no bastaría perturbar todo el orden de la naturaleza física; y ni el mismo Dios, con su omnipotencia, podría hacerlo *concebible* á no alterar antes las leyes del entendimiento humano.

He concluído.

CAMPOAMOR.

FIN DE POLÉMICA

SEÑOR DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Mi antiguo y cariñoso amigo:

Dudé, en vista de su último escrito, si debía recordar siquiera al público que había existido esta polémica, ó mejor dicho, el reto que usted lanzó arrogantemente y que yo quise recoger y aceptar, pero, consultado el caso, dícenme sería descortés no saludar al adversario y desear al público mejor fortuna y más enseñanza en otra ocasión.

Saludo á usted y suplico que no se me tilde ni tache por el resultado. He hecho cuanto era dable y posible para encaminar y dirigir la discusión. Si no ha habido discusión, no es culpa mía.

Verdad es que la ocasión no era propicia. El fallo singular y digno de examen que separa de sus cátedras á los señores Salmerón, Giner y Azcárate, heló las palabras en sus hidalgos labios de usted y contristó mi espíritu. ¡El día en que se conoció ese fallo fué día tristísimo para la enseñanza universitaria! ¡Es un día negro para la ciencia! No hablo movido por amistad, sino por severa justicia. Los tres

son irreemplazables; los tres figuraban en primera línea y en los primeros puestos en el profesorado de España. El señor Salmerón es la inteligencia más profunda, más perspicua, de mayor aliento de cuantas poblaban nuestros claustros. Su elocuencia didáctica no tiene rival ni semejante. Es una gloria nacional.

Giner de los Ríos es un devoto de la ciencia, noble, entusiasta; mayor pureza y elevación de miras en el estudio no las conozco. Su religiosidad científica, su amor al estudio, su desprecio á todo otro interés y propósito, avasalla y enamora á cuantos le escuchan. Su instrucción es tan vasta como precisa, enérgica y elegante su palabra.

Azcárate es un espíritu dulce y reflexivo, tolerante y discreto, cuyos progresos se notaban, no de día en día, sino de hora en hora.

¡Lo repito, no los había mejores en el profesorado español, y bien puedo escribir, con el asentimiento general, que no los hay iguales!

¡Qué obscuridad va á reinar en el claustro! Ni el brillante y fascinador Castelar, rico en intuiciones y adivinando con su genio lo que la erudición histórica apenas permite sospechar; ni Montero Ríos, nuestro único canonista; ni Figuerola, tan experto en ciencias políticas; ni Giner, ni Azcárate, ni Salmerón!

¡Lo repito, es un día de tinieblas para la ciencia!

Dice usted bien, no discutamos. No es el momento oportuno este que corre. Cuando á duras penas nos es lícito defender la santa libertad del pensamiento en lo religioso y en lo filosófico, no es fácil estimar los portentos que ha creado esa fecunda y cristiana libertad de la razón, en los últimos

períodos de la edad racionalista, en que de hecho nos encontramos, por más que se pretenda desconocerlo!

Pero importa que recapitule lo dicho por usted y por mí en esta ocasión.

Sostuvo usted que el Krausismo es un sistema fundado en una noción de la esencia radicalmente falsa.

Sostuve, por el contrario, que era verdadera la noción de la esencia. Más, que era la corriente y admitida en las escuelas cristianas. Ha sido inútil: ha insistido usted en su opinión, sin cuidar de mi réplica.

Distinguí las nociones (como usted dice) de *esencia*, *existencia*, *substancia* y *sér*, y mi tarea fué estéril, porque no ha querido usted parar mientes en la distinción, continuando sus disparos y sus vociferaciones «¡á la lenteja!» «¡á la lenteja!»

Advertí á usted que lo que tanto extrañaba sobre la doctrina de *ser en Dios el cuerpo y el alma*, era de Fenelón, de Gratry y de Hugonin, de acuerdo con las admirables enseñanzas de San Anselmo, y como si nada hubiera escrito, torna usted con una tenacidad infantil y una facundía pasmosa, á repetir las acusaciones de panteismo, y no se para usted, por mi leal advertencia de que los conceptos de que me servía eran de Fenelón ó de Gratry y de San Anselmo, de suerte que la acusación cae sobre los autores del *Monologium* y el *Tratado de la existencia de Dios!*

¿Qué hacer en esta extremidad? Aceptar la acusación y pasar por panteista, porque así le place á usted apellidar á los ilustres SS. PP. griegos y latinos, que citaba, y sufrir resignadamente lo que usted dice, por haber copiado textos

de Fenelón, tomados de las páginas 140 y 141 de su admirable y admirado *Tratado sobre la existencia de Dios* (1) que son los que usted condena con tanta severidad.

Por única réplica, rasguea usted un diálogo, á la manera de Luciano, en que lleva la voz una tendera, aguda y discreta, pero á quien no quiere usted endoctrinar previamente sobre la *esencia*, la *existencia*, el *sér* y la *substancia*, y la excelente matrona habla de ontología como yo hablaría de los artículos de su comercio de sedas, convenciendo á las marchantes de que *es lo mismo* el damasco y la sedalina, el terciopelo y el raso, porque todo ello se trama y teje con seda.

¿Qué hacer con semejante adversario? Rendirse á discreción y confesar que no se me alcanza modo y forma de discutir grave y ordenadamente. Lo confieso.

Pero usted se enoja, y repite que, al través de la forma hay mucho de grave y sesudo en sus discursos; que la vaguedad y el ingenio no son más que aparentes, que hay en sus escritos (filosóficos se entiende) algo oculto que debe desentrañarse! ¡Oh! yo no lo dudo, pero no doy con ello.

Preguntaba usted si las *esencias eran distintas*. Repliqué que en la pregunta iba la contestación, porque si no, no podría usar el *plural* y, sin embargo, usted habla de *desarrollos de Dios*, de *emanaciones de Dios*, de una *sola esencia;* compara Krause á Espinosa, y en una palabra, tal algarabía se sigue entre lo de Espinosa, lo que usted atribuye á Krause, lo que yo copiaba como de San Anselmo, que sería necesario escribir un *infolio* para analizar letra por letra aquellos

(1) Edición Charpentier, París, 1857.

conceptos y poner cada cosa en su lugar y en su puesto cada doctrina, deshaciendo la monstruosa amalgama en que todo eso se revuelve.

Lea usted con serenidad todo el párrafo IV de su último escrito y advertirá usted que no es posible crear mayores confusiones de cosas y de palabras, sirviéndose de imágenes y analogías como la de cuerpos sumergidos en materias colorantes, etc., como si fuera concebible la analogía.

Distinga usted, como distinguimos todos, entre *sér*, *esencia, existencia* y *substancia* y entenderá lo que hoy no entiende por emplear como sinónimas esas palabras. Distinga usted la unidad de la variedad; fíjese en el concepto de la una y de la otra, y reconocerá usted que corrige temeraria mente al espíritu humano desde Platon á nosotros, que siempre ha entendido la *variedad en la unidad* y lo uno sin dejar de ser vario.

Yo dije que Krause cerraba el período de la filosofía racionalista de la primera mitad de este siglo, con una construcción admirable en su fondo y bellísima en su forma.

Yo dije que el panenteismo tenía un origen cristiano y lo demostré, y usted calla sobre este punto, que era el capital, pues se trataba de dilucidar «cómo somos en Dios,» contentándose con repetir que el panenteismo es el panteismo más el absurdo ó el panteismo más la *mentira*. ¿Dónde estará la verdad, amigo mío, si la edad actual, desde Platon hasta hoy, no ha salido ni podido salir de la doctrina que enseña que «*somos en Dios* y Dios está en todo?

Se consuela usted diciendo: Si todas las filosofías pasan, «quedará el Dios antropomórfico de las mujeres, de los niños »y de los viejos, que aparece en forma de Cristo redentor.»

Yo me quedo con el Dios de la filosofía y de la religión cristiana, conocido por la razón libre, en la vida y en el meditar de veinte siglos! Ese Dios antropomórfico no es Dios, ni con él se concilia la sagrada idea del Cristo ni la de la redención. No cabe creer en el Hijo, sin adorar al Padre. No es posible ni lícito resucitar períodos de Mariaismo ó de Mesianismo, sin ver que Dios es uno, y en la unidad de Dios están asentadas las Personas divinas.

Yo combatiré siempre ese dualismo grosero que abre abismos entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura y que corta toda comunicación religiosa entre el cielo y la tierra. A estas enseñanzas impías y lúgubres para el pensar y el sentir, va la predicación dualista de usted. Yo creo que la doctrina de Krause (corregida en lo que sea de enmendar, desarrollada con la libertad propia del espíritu), fortalece y vivifica la enseñanza cristiana, que no quiere panteismos ni dualismos y que quiere que siendo yo, como individuo, distinto esencialmente de Dios y eterno como Dios, no *sea* ni *exista* fuera ni lejos de Dios.

Pero no quiero continuar una polémica que usted da por terminada. Reproduzco lo dicho y lo mantengo.

Aplaudo la noble inspiración que le obliga á usted á dejar la pluma en los momentos actuales. Vendrán días mejores para discurrir sobre las enseñanzas religiosas del Krausismo. Hoy no es oportuno, porque pesa sobre aquella escuela el anatema oficial, y no veníamos en son de defensa, sino con un espíritu crítico. No es usted de los que se gozan en aumentar aflicción al afligido.

Nada digo, por lo tanto, sobre la cuestión de enseñanza y profesorado. Me limito también á reproducir lo dicho. Lo

único que deseo es que nos acompañe usted en la noble y provechosa empresa de defender la libertad del espíritu, sin la cual la carne predomina y abruma al sér humano. La libertad del espíritu, que es la libertad religiosa, la libertad científica, la libertad de pensar y de decir lo que se piensa, se cree ó se imagina (que sea lo que fuere lo que el hombre piensa, siente ó imagina, si con sinceridad lo dice, es de valor y estima), es la única fuerza que anima á las sociedades modernas y, sin ella, todo se estanca, muere y corrompe. No hay mas vida que la que engendra el pensamiento y, convencido de ello, estoy seguro de que no nos faltará el poderoso auxilio de su pluma y de su lira para conjurar este nublado que avanza de sombras y de espectros y que se empeña en atemorizar la conciencia libre y racional de nuestra España. Muy de usted siempre afectísimo amigo, Q. B. S. M.—F. DE P. CANALEJAS.

Madrid, 28 Julio, 1875.

ÚLTIMA PALABRA

8 de Agosto de 1875.

No era mi propósito contestar al último artículo del señor Campoamor, pero habiéndolo hecho el señor Canalejas, y pudiendo darle una interpretación torcida á mi silencio, voy á cerrar el debate por mi parte con breves palabras.

Nada tengo que contestar á lo que, dirigiéndose á mí, dice el señor Campoamor respecto á la doctrina de Krause. —He dicho y repito que no ha sido mi intento terciar en la polémica sostenida sobre el valor de dicha doctrina: primero porque para defender el Krausismo de los ataques del señor Campoamor, bastaba el señor Canalejas; segundo porque no tengo para qué defender una doctrina que ya no es mía; tercero porque tampoco había de atacarla cuando se ve perseguida.

He terciado en el debate para poner en claro mi posición personal por medio de la declaración que reclamé del señor Campoamor y que éste ha hecho con una franqueza y lealtad que le agradezco infinito; declaración que prueba que *yo no tuve conocimiento á su debido tiempo del prólogo de mis poesías.*—En este punto quedo satisfecho.

Me propuse también protestar, á nombre de la dignidad de la ciencia y de la libertad del pensamiento, contra el escrito del señor Campoamor: *¡Á la lenteja! ¡Á la lenteja!*, y aunque no he conseguido que moderase el tono de la polémica y tratara en serio lo que en serio debe tratarse, he logrado al menos (y esto es lo que yo quería) que deje á salvo las personas y las intenciones, que declare que los Krausistas no son inmorales, que repruebe (siquiera sea con distingos y reservas) ciertos procedimientos gubernativos de fecha reciente; en suma, que diga todo lo contrario de cuanto dijo y, borrando la parte más lamentable de su escrito, despoje á la polémica del carácter antipático que había revestído. Es decir, he logrado que el señor Campoamor se manifieste tal como es y no como le habían hecho ser accidentalmente sus intemperantes arrebatos.

Conseguido todo esto, poco pueden importarme las lindezas que se sirve dirigirme el señor Campoamor, abusando un poco de los derechos que le dan la amistad, la autoridad y los años.

Yo lo sufro con paciencia, á trueque de haber logrado lo que deseaba: aclarar mi posición en el asunto y dejar en su debido puesto la moralidad, la dignidad, el decoro y la honradez de las personas, por todos conceptos respetables, que defienden entre nosotros la doctrina de Krause.

Y con esto doy punto á una polémica que ningún interés puede ya ofrecer al público y ningún beneficio ha reportado á la filosofía española.—M. DE LA REVILLA.

Sr. D. Ramón de Campoamor.

4 de Agosto de 1875 *(a)*.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Empiezo suplicándole dispense mi inoportunidad y salida á última hora. Siento verdadera angustia el que hayan dejado sin contestarle el punto interesante de su polémica. No parece sino que la temen ó la rehuyen; ó tal vez, y esto es lo más probable, no se dignen bajar á contender con usted sobre simples *argucias escolásticas*.

Dice usted: ¿La esencia es una ó varia? Si es una, si hay una sola esencia, Panteísmo. Si hay varias, Dualismo. Es una y varia, entonces el sí y el no es posible; lo contradictorio es lo verdadero.

El dilema seduce por el momento, pero vamos á cuentas. Primeramente, y ante todo, esta no es cuestión que usted debía proponer á los krausistas para probarles que son panteístas.—¿Y por qué? me dirá usted.—Pues es muy sencillo porque la frase de usted es precisamente lo que aquí está en cuestión, no la cuestión que usted debía proponer.—No lo entiendo, me repetirá usted.—Pues es muy sencillo, repito

(1) De fecha anterior esta carta del señor Sieiro á «Última palabra» de Revilla, queda ya sin ver la luz pública como la contestación de Campoamor, defiriendo á las indicaciones de «Fin de Polémica» de Canalejas.

yo.—Veamos. Quién duda que lo que aqui se cuestiona es lo siguiente: «¿Cómo siendo la esencia una es también varia? ¿Cómo la resuelve Krausc? ¿No la resuelve sin caer en el Panteísmo? Santo y bueno. ¿No la resuelve sin caer en el Dualismo? Conforme. ¿No la resuelve de ningún modo? También conforme. Pero asustar y levantar polvareda, porque se les hace una pregunta, amenazarles con un dilema, presentarse delante de ellos, cual la aterradora esfinge, diciéndoles: ¿Qué contestáis? ¿Decís sí ó no? Si decís sí, sois panteístas. Si decís no, sois dualistas. Si decís sí y no, decís el absurdo, estáis locos». Pero vamos á cuentas, señor de Campoamor. ¿No advierte usted que con igual derecho podrían ellos hacerle á usted la misma pregunta? ¿Qué contestaría entonces usted? ¿No contestaría que se le quería sorprender con preguntas capciosas á manera de oráculos sibilinos? ¿No ve usted, repito, que esa es la cuestión que aquí se debate, ese el problema que aquí se discute, ese el eterno enigma que viene atormentando y seguirá siempre atormentando la inteligencia humana? Krause, por lo visto, ha intentado resolverlo y no lo ha conseguido... ¿Y porque haya tenido semejante pretensión ha incurrido en algún delito de lesa majestad? ¿No es más bien laudable su propósito? Pero no que no, es preciso que quieras que no quieras sea panteísta y el pobrecillo tiene que cargar con el San Benito.

Dice el P. Ceferino González, autoridad nada sospechosa en este punto, pág. 16, tomo. II: «Cuando referimos este concepto (el corriente) á Dios, diciendo que es el sér puro y universal, queremos significar, no solamente que este sér no es una abstracción del entendimiento, sino principalmente que *encierra en sí toda la realidad* y por consiguiente *todo*

el sér real, positivo y *concreto*, que excluye por lo mismo *todo no sér*». Sin pasión, amigo mío, ¿qué diría usted si estas palabras las viera en un krausista? Fíjese usted bien en las frases *toda la realidad*, *todo sér concreto*, *todo no sér*, y confiese francamente si es posible decir más en sentido panteísta. Si un krausista dijera otro tanto, entonces ya estaba convicto y confeso.

Balmes dice en su *Filosofía fundamental*, libro 8.°, página 47: «El sér infinito no tiene *ninguna negación de sér*». Es una verdad incontestable.

¿Qué más? El Catecismo de la doctrina cristiana por el P. Astete dice: «Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia». Por esencia, calcule usted. Tal vez me conteste... y ¿qué me cuenta á mí con ese relato? Si esos señores son panteístas no por eso deja de serlo Krause. Falta ajena no excusa la propia. Convenido. Pero entonces, ¿á qué poner tanto el grito en el cielo con los filósofos krausistas?

Pero todavía quiero entrar más á fondo en la cuestión, poniendo, como suele decirse, el dedo en la llaga. Es que los krausístas no admiten la creación de la nada, y esto se opone al dogma católico. Pues se equivoca usted muy mucho, si así lo cree. Lo dogmático en la Iglesia católica es la creación del mundo por Dios, pero no la creación de la nada. ¿Duda usted? Pues consulte la obra de Teologia del jesuíta Perrone, pág. 42, y se convencerá de lo que digo. Y esto es lo verdadero, lo doctrinal, lo suficiente... «El mundo tiene su causa en Dios, pero de qué modo, ni cómo ha sido creado, nadie lo sabe ni es posible saberlo.»

Después de todo, me dirá usted, y con razón:—Nada me dice usted sobre la pregunta que con tanto afán deseaba ver

contestada.—Pues ahí va mi pobre parecer: Si se atiende á la intención que en sí envuelve su pregunta, entonces el problema es, y será siempre, insoluble. Pero si nos atenemos al rigor de las palabras que usted formula, entonces la contestación es muy sencilla y me admira que nadie sobre el particular le haya dicho nada. Veamos: ¿La esencia es una? Evidente, evidentísimo. ¿Lo duda usted? Imposible. Lo dicta así la razón y así lo han confesado todas las metafísicas habidas y por haber. Es imposible que la esencia no sea una. ¿La esencia es varia? Indudablemente, es varia en cada sér. Es, igualmente, un principio evidente, evidentísimo. ¿Duda usted de sí mismo? Creo que no. ¿Duda usted de que tiene una esencia propia suya, insustituíble por ninguna otra? Creo que no. Pues basta. Luego la esencia es una y varia. Una en sí, varia en cada sér. Yo lo veo claro. Tal vez le parezca á usted un juego de palabras. Tal vez sea así; pero, entonces, confiese conmigo que toda metafísica es una pura logomaquia. Y volvamos otra vez á la *intención*... Pero, señor, ¿y cómo se explica que una cosa sea y no sea? ¿Usted lo sabe? Pues yo tampoco, y quedamos iguales usted y yo y creo que también Krause. Pues, entonces, ¿qué género de explicación es la que me ofrecía...? ¡Ah, la explicación...! La explicación es sencillísima. Fíjese usted bien en la palabra *símil* del princípio de contradicción y comprenderá fácilmente mi explicación.

Por lo demás, termino rogándole que por ningún concepto dé publicidad á mi escrito y sobre todo *á mi persona,* no tanto por temor á los tiempos que atravesamos, cuanto porque mi nombre es muy pequeño y, sobre todo, muy pobre mi capacidad para poder continuar contestándole. No

obstante, si tiene á bien dirigirme cuatro frases, las leerá con sumo gusto el que aprovecha esta ocasión para ofrecerse á sus órdenes, atento y S. S. Q. L. B. L. M.—JUAN SIEIRO.

Sr. D. Juan Sieiro:

Muy señor mío y de mi mayor respeto:

I

He leído su carta de un solo aliento, creyendo que me contestaba usted satisfactoriamente á la pregunta de cómo la ciencia krausista es *una* y *varia* al mismo tiempo ó, en otros términos, «cómo la esencia une al espíritu y á la materia en ese espacio que en el esquema del sér tiene la figura de una *lenteja*. ¿Están unidos por intususcepción? Panteísmo. ¿Lo están por yuxtaposición? Dualismo.

Pero ¡ay! á pesar de que usted es un escritor que no se digna usar jamás ninguno de esos barbarismos gramaticales que constituyen el fondo del caló krausista, tengo el sentimiento de decirle que, entendiendo perfectamente su lenguaje, que es sencillo, preciso y transparente, por regla general no entiendo sus ideas, que, como hijas de un sistema híbrido, son incoloras ó ladeadas ó contradictorias.

Y á propósito de otras obras y de otros autores, hace usted bien en empezar por contestarse á sí mismo—«que, falta ajena, no excusa la propia».—Las razones de *mas-es-ella* que el Krausismo suele buscar, particularmente en los místicos, confundiendo el panteísmo de sentimiento con el panteísmo de idea, no son admisibles en una discusión leal.

Aquí de lo que se trata, y lo que yo sostengo, es que el Krausismo está fundado principalmente en dos *imposibilidades metafísicas*, que son las siguientes:

1.ª ¿Cómo la materia eterna é increada es nada ante el Sér increado y eterno, que lo es todo?

2.ª ¿De qué manera la esencia *panenteista* es *una* y *varia* al mismo tiempo?

Con respecto á la primera qüestión dice usted:—«Es que los krausistas no admiten la creación de la nada, y esto se opone al dogma católico». «Pues se equivoca usted muy mucho si así lo cree. Lo dogmático en la Iglesia católica es la creación del mundo por Dios, pero no la creación de la nada... Esto es lo verdadero, lo doctrinal, lo suficiente... El mundo tiene su causa en Dios, pero de qué modo ni cómo ha sido creado, nadie lo sabe ni es posible saberlo».

No quiero discutir si es ó no ortodoxa esa doctrina, pero debo decirle que, supuesta la Omnipotencia, no se opone á las leyes lógicas del pensamiento que Dios saque el mundo de la nada.

—«Pero es que, añade usted, el modo ni cómo ha sido creado nadie lo sabe ni es posible saberlo».

Eso es claro. Nunca se sabrá el modo de creación como nunca se llegará á saber qué clase de atracción bisexual se desarrolla con la presencia de un ácido y una base. Nosotros

ignoramos é ignoraremos siempre el *quid incognitum* de las cosas, pero sabremos eternamente la verdad metafísica de que es imposible todo lo que es contradictorio y de que *una cosa no puede ser y dejar de ser á un tiempo mismo.*

Dada la omnipotencia de Dios, aunque ignoremos el modo, siempre podremos concebir que haya sacado el mundo de la nada. Pero lo que nunca podrá concebir ningún entendimiento humano que no sea krausista, es cómo en el sistema armónico, en el cual Dios lo es todo y fuera del cual nada puede ser ni nada se puede pensar, puede existir una materia tan eterna como Dios y tan increada como Dios y que, sin embargo, no sea *absoluta* como él, ni ejerza ninguna *limitación* en él. ¿Cómo ante Dios, que lo es todo, existe una materia que no es nada, á pesar de ser tan eterna como él y tan increada como él?

Y aquí vuelvo á mi argumento.

Siendo la materia *coesencial*, ó lo que es lo mismo, *consubstancial* con Dios, el Krausismo no sólo es un *panteismo*, sino que es un *pancosmismo*. Y, por el contrario, si la materia es increada y eterna como Dios, pero *diferente* de Dios, entonces el Krausismo es un *dualismo materialista*. De cualquier modo que se considere la materia con relación á Dios, el sistema es *panteista* ó *dualista*, pero nunca *panenteista*.

Lo repito:

Esa materia increada como Dios y eterna como Dios, ¿es esencial, ó lo que es lo mismo, es consubstancial con él? Pues entonces esto no sólo es *panteismo*, sino que es un *pancosmismo*. Esa materia increada como Dios y coesencial con Dios, ¿es *diferente* de Dios? Pues entonces esto no sólo es dualismo, sino que es un dualismo *materialista*. El Dios que

lo es todo y fuera del cual nada puede ser ni nada se puede pensar, ¿cómo es *ilimitado* teniendo por *límite* la materia increada?

Ese Dios absoluto, ¿cómo lo es todo, si á su lado existe la materia tan eterna y, en esa parte, tan absoluta como él?

Ya lo he dicho en otra parte:

Absurdos de este tamaño no podrán ser concebibles, mientras Dios no se tome el trabajo de volver al revés las leyes lógicas por las cuales se rige el entendimiento humano.

II

Y ahora vamos al segundo, y no menos enorme, absurdo de la esencia *panenteista*, una y varia al mismo tiempo.

Esta cuestión es tan importante, que creo que haría el mayor de los servicios la Academia de Ciencias que propusiese para premio de honor el siguiente tema: «Se dará una medalla de oro y la cantidad de..... (aquí se podría consignar la mayor cantidad que se quisiese, en la seguridad de que no se había de pagar nunca) al autor de una Memoria en que se explique, de una manera que el público lo entienda, cómo Dios y el mundo pueden estar relacionados por un medio ó vehículo cualquiera, llámese substancia, *esencia*, idea ó lo que se quiera llamar, y que los *una sin confundirlos y los distinga sin separarlos*.» La Memoria se estaría esperando eternamente y no llegaría á adjudicarse el premio jamás, como no me atrevo ahora yo á adjudicárselo á usted mismo, cuando pretende explicar este *imposible metafísico* del modo siguiente: «¿La esencia es una? Evidente, evidentísimo. ¿La

esencia es varia? Indudablemente, es varia en cada sér. Luego la esencia es una y varia. Una en sí, varia en cada sér. Yo lo veo claro.»

Pues yo cada vez lo veo más turbio.

Lo que verdaderamente asombra á una inteligencia tan corta como la mía es encontrar un entendimiento tan agudo como el de usted, que comprende, ó cree comprender, que lo *uno* en sí puede ser *vario* en cada sér. Para mí, este misterio es una cosa *inconcebible*. Asegurar que hay una esencia en los cuerpos que es *común* á todos, y luego decir que esta misma esencia es *propia* de cada cuerpo, es uno de esos logogrifos que me dan dolor de cabeza y que yo, sin pensar en ellos, desde luego los declaro insolubles.

La fórmula de usted es la siguiente: «Lo que es *común* en todos los cuerpos es igual á lo que es *propio* en cada cuerpo.»

O en otros términos: «Lo que es *lo mismo* es igual á lo que es *diferente*.»

¿Es esto hablar con formalidad? ¿O es que el Krausismo sólo puede vivir metiendo á las gentes en los laberintos de la lógica de lo absurdo?

Esta esencia *panenteista*, una *en sí* y varia *fuera de sí*, me recuerda que, pasando yo por cierta capital de provincia, leí en un cartel de teatros que un autor muy truchimán iba á cantar aquella noche un *dúo* él *solo*. Fuí á presenciar esta imagen viva de la esencia *panenteista*, y el milagro se redujo á que el charlatán cantaba *solo* el *dúo*, mezclando alternativamente la voz natural con la voz de falsete, y efectivamente, de aquellas dos voces resultaba un *dúo* para el que no miraba, pero para el que veía, aquel *dúo* no era más que un

solo. Lo mismo que la esencia panenteista, que es una en sí y varia fuera de sí, aquello era un *solo* en sí y un *dúo* fuera de sí. Pero el *solo* era lo verdadero; el *dúo* era lo aparente; como sucede en la esencia panenteista, que lo uno es lo *real* y lo vario es lo *fantasmagórico*. ¿Por qué? Porque es contradictorio que una esencia pueda ser una y varia al mismo tiempo, porque lo *uniesencial* puede ser *multiforme*, pero jamás podrá ser concebido como *multiesencial*.

¿Está usted convencido? ¿No? Pues continuemos poniendo ejemplos.

La manera más leal de explicar las ideas metafísicas es hacerlas perceptibles por medio de imágenes.

El papel sobre que estoy escribiendo se compone principalmente de una substancia que se llama *celulosa*, lo mismo que aquella de que se compone un hueso de dátil, que no es más que celulosa *condensada*. Esta celulosa de que se componen el papel y el hueso de dátil, ¿es una y varia? No. Es una en *realidad*, pero varía en la *apariencia*. Si el papel y el hueso pensasen, se creerían *distintos*, pero ambos son la misma cosa, celulosa más ó menos condensada. Variedad de *determinaciones* de una *misma* esencia.

Krause dice «que la vida es la manifestación de la esencia divina, de que forman parte todas las cosas finitas, dependientes entre sí como *miembros* de órganos de *un* mismo sér.» Esto quiere decir que, efectivamente, la esencia es una y varia, pero una en *realidad* y varia en la *apariencia*, que todas las cosas son *miembros* de órganos de un *mismo sér*. La esencia divina es la faz *permanente* de las cosas; la vida no representa más que la faz *mudable*.

Por eso este *panenteismo* de ustedes no es más que el ne-

xopanteismo, renovado elocuentemente por Espinosa, cuya substancia *única* es *varia* al hacerse atributiva, y muchísimo más varia al modificarse infinitamente. Pero estas infinitas variedades se unifican en la substancia *única:* lo vario es siempre *aparente;* lo *real* es invariablemente siempre lo uno.

Esa esencia de usted, una *en sí* y varia *en cada sér,* no es más que la substancia de Espinosa, una *en sí* y *modificada* en cada sér. El *dúo* que cantaba *solo* el truchimán del teatro. La celulosa simple del papel, que en el hueso de dátil es celulosa condensada. La unidad *real* y la variedad *aparente.* Panteísmo, y panteísmo materialista puro.

No me cansaré de rogarle que considere que hace veinte años que el Krausismo se está exhibiendo en España, como la ciencia por antonomasia, siendo así que, por mi parte, creo que es el sistema filosófico que, aspirando á perfeccionar las demás filosofías de lo absoluto, ha formado de todas ellas un conjunto monstruoso por lo arbitrario y que dos de sus mayores monstruosidades son las siguientes:

1.ª La materia eterna no *limita* al sér *ilimitado* y eterno.

2.ª La esencia que une al sér y á los seres es *una* y *varia* al mismo tiempo.

Un hombre como yo, que á mi edad sólo pido hidalguía á los hombres, pudor á las mujeres y un poco de claridad á los escritores, no extrañará usted que pida, además, críticas con criterio y filosofías con sentido.

Aunque yo no aspiro á abrir ninguna tienda de crítica ni de filosofía en la acera de enfrente de las boticas en que se expenden esos artículos, tengo el derecho de que los que los anuncian á gritos, no me rompan la cabeza pregonando las excelencias de un *sánalo todo* que no cura absolutamente

nada. Y así, pues, mientras ustedes no me expliquen esas dos contradicciones, que yo creo inexplicables, seguiré creyendo que ese cetro de la razón que ustedes levantan tan alto para probar que les pertenece de derecho el imperio de la ciencia, no es el cetro de la razón, sino que es el cetro de cascabeles de la locura.

III

Cuando me proponía terminar aquí mi carta, diciéndole que me es indispensable publicar su apreciable del 4 del actual, aunque suprima, con pesar mío, su respetable nombre, porque así lo exigen el amor á la verdad y las naturales exigencias de una polémica sostenida con toda libertad, á pesar de su afectado temor á los *tiempos que atravesamos*, recibo el núm. 77 de la *Revista Europea*, y en él leo un artículo sobre el *Panenteismo*, escrito por el señor don Rafael Montoro, para hacer algunos elogios del señor Canalejas, que yo, como no soy envidioso, reconozco que son muy merecidos, y lanzarme á mí, de paso, varias acusaciones que no merezco. El señor Montoro, olvidándose de que hemos dejado aplazada, por razones de delicadeza personal, la discusión sobre la moral del Krausismo y lo que se entiende por *cuestión universitaria*, me dice que Krause ha sido modesto, sincero, laborioso, honrado, pobre y perseguido, añadiendo: «¿habrá quien no sienta que se le oprime el corazón cuando le hablan en términos destemplados é injustos de esa severa y pura moral, noblemente enseñada con la palabra y el ejemplo?»

Confieso que, al leer esta sucinta biografía de Krause, he sentido ganas de llorar, pero las lágrimas se han vuelto á secar en mis ojos al ver que el señor Montoro asegura: «Por lo demás nuestro gran poeta (gracias por la galantería, pero más quisiera que me llamase *bueno,* como á Krause) sabe perfectamente que las acusaciones apasionadas se convierten casi siempre en pedestales». Sea en buen hora. Y puesto que Krause ha sido bueno, me consuelo de mis acusaciones si han de servir para afianzar más el pedestal que sostenga su estatua. Pero confieso también que, si alguna vez he sido algo apasionado contra él, ha sido por el pueril despecho de no poder comprender sus ideas, así como el señor Montoro asegura: «Que el ilustre historiador de la filosofía, el profesor alemán Zeller, ha declarado que le cuesta tanto entender este puro lenguaje de Krause como si sus obras estuvieran escritas en *árabe* ó *sanscrito*».

Este párrafo acaba de consolarme, porque nunca he sido yo tan destemplado al juzgar el lenguaje de Krause.

Por lo demás, como dice el señor Montoro, cuando venga la ocasión en que ustedes crean que se puede tratar la cuestión universitaria, entonces le probaré yo al señor Montoro que pedir moral pura al Krausismo—y aquí hablo de la doctrina y no de los krausistas—sería lo mismo que pedir movimientos de traslación á los árboles. El Krausismo es una vegetación, y cada cosa viene en su tiempo y con su medida, con una regularidad involuntaria y fatal. Sólo existe verdadera moral en los sistemas en que se reconoce el libre albedrío, y cuando hay un tipo de perfección independiente y supremo á que referir nuestras acciones, tipo que vislumbramos, aunque nuestros ojos no lo ven, y al cual llama Schi-

ller «el polo *inmutable* enmedio de la incesante *fluctuación* de las cosas creadas».

Entonces será también ocasión de que yo defienda lo que usted llama *los tiempos que atravesamos*, probando que el Krausismo es el que menos derecho tiene para colocarse en una acción hostil á la autoridad, invocando los fueros de la razón.

En filosofía lo primero que hay que hacer es ser lógicos.

Sería lógico que apelásemos á los fueros de la razón individual contra lo que creyésemos desafueros de la razón común, representada por el poder público, los que no estamos encerrados en la *camisa de fuerza* de la esencia y que, usando de nuestra libertad moral, podemos escaparnos al campo á hacer algunas jiras con el diablo, pero es ilógico que apelen á la razón personal contra la razón colectiva los que sólo encuentran la razón por casualidad, guiados por las reverberaciones de no sé qué anticipaciones racionales al principio de la Analítica, lo mismo que se halla una perla en el fango, para que luego, en la Sintética, esa misma razón, impersonalizada, se vuelva á sedimentar en el piélago del Sér, como se deposita el fango en el fondo de un estanque.

Lógica sobre todo.

En el Krausismo no debe haber razón ni acción posibles. La razón de las cosas va contenida en ellas mismas, y el precipitar su realización con la acción es hacer abortar los gérmenes de la divina esencia. Casi todas las filosofías pueden alzar lógicamente una bandera revolucionaria y concitar las iras de todos los protestantes, de todas las autoridades religiosas, políticas y sociales, lanzando de sus altares res-

pectivos á los sacerdotes, los padres y los reyes. Pero los partidarios del Krausismo, si fuesen fieles á su sistema, que no lo son, no debían tener más misión que la de embelesarse en la contemplación de las categorías del gran Sér y esperar, tendidos boca arriba ó boca abajo, que se *realice la esencia* en su lugar, su tiempo y su medida, y viviendo, dormidos por dentro de puro extáticos, dejar que pasen las horas, en la seguridad de que después de la yema saldrá la flor, y después de la flor vendrá el fruto.

Nada hay que me parezca tan extraño como la pretensión del señor Montoro de hablar de moral pura en el Krausismo. Y hasta me han dicho que hay escritores que, dentro del sistema armónico, son capaces de ocuparse en escribir Historias, Derechos y Estéticas. Y todo esto, ¿para qué? ¿No es completamente inútil el querer explanar y mejorar un sistema filosófico, tan perfecto en su imperfección, que no admite mejora?

¡Fuera de aquí, perturbadores del nuevo germen!

Dios es la esencia una y entera que contiene también en su esencia la infinidad de las determinaciones infinitamente finitas que *afectan* los seres finitos y que forman en cada instante el estado del mundo.

¿Lo entendéis esto bien, razonógrafos hortícolas del divino germen?

Esto quiere decir que la vida está organizada como la esencia, y que nuestra Moral, nuestra Historia, nuestro Derecho y nuestra Estética, son completamente inútiles; pues el texto del sistema se sabe mejor y más pronto que los comentarios, cuál es el principio, el medio y el fin de todas las cosas. La Moral, la Historia, el Derecho y la

Estética del Krausismo se reducen á lo siguiente: «el fin ó destino de un sér es realizar sucesivamente todo lo que está contenido en su naturaleza».

Por consiguiente, ¡silencio! y no interrumpáis la evolución cósmica de ese principio esencial que, empezando en yema, será después flor y, por último, fruto, y contentáos con cruzaros de brazos y exclamar como la escuela economista: «¡Dejad pasar, dejad hacer!»

IV

Pero ya discutiremos todas estas cosas en ocasión oportuna, y, entre tanto, perdón mil veces por lo interminable de mi carta; y no se ofenda usted conmigo si en el ardor de la polémica se me ha escapado alguna palabra ó frase no del todo circunspecta; en la inteligencia que, cuando disputo, suelo ser yo solo el que recibo lesiones de remordimientos con los dardos que disparo desde mi cabeza, porque á mis contrincantes acostumbro á tenerlos resguardados de toda herida bajo las alas de mi corazón.

Le repite las expresiones de su profundo respeto, Ramón de Campoamor.

Madrid, 17 de Agosto de 1875.

SEÑOR D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Mi querido é ilustre amigo: aunque supongo que nuestro común amigo Cortezo le habrá hecho algunas indicaciones acerca del asunto que motiva esta carta, he creído, sin embargo, que debía entenderme directamente con usted, y por tal razón le escribo.

Agotada la primera edición de *Dudas y Tristezas*, he decidido publicar la segunda; y, habiendo examinado detenidamente aquella y haciéndome crítico de mí mismo, he introducido toda clase de reformas, en términos que esta edición es casi un libro nuevo. He quitado varias poesías, he puesto otras nuevas, escritas después de la aparición de la edición primera, y además he puesto traducciones de una poesía de Catulo, otra de Leopardi, otra de Víctor Hugo, otra de Beranger y la versión castellana de *La tragedia de Llivia* de Balaguer. Además he cambiado por otra la dedicatoria del tomo y he quitado varias dedicatorias, poniendo otras nuevas. Adjuntos remito la lista de las composiciones suprimidas y los borradores de las nuevas.

Dicho esto, voy á ocuparme del principal asunto de la carta.

Usted recordará que, cuando publiqué la primera edición de mis poesías, tuvo usted la bondad de honrarme con un prólogo, tan bien escrito como todo lo que sale de su ingeniosa y elegante pluma. También recordará usted las acaloradas y escandalosas polémicas á que dió lugar la feroz intoleran-

cia de los krausistas. Recuerdo que González Serrano riñó conmigo y nuestra amistad quedó interrumpida por largo tiempo.

Todo aquel conjunto de disparates é inconveniencias, en que los krausistas se luciéron tan poco, no ha sido suficiente para que yo olvide el servicio que usted me hizo y la honra que me dispensó. Lejos de eso, ahora que publico la nueva edición, estoy resuelto á cumplir los deberes que me imponen el agradecimiento y la amistad.

Ó lo que es igual: Si la primera edición de mis poesias salió honrada con un prólogo de uno de los grandes poetas españoles, es mi deseo que la segunda disfrute del mismo honor; y el objeto de esta carta no es otro que suplicarle á usted que satisfaga mi deseo, dispensándome la molestia que con mi petición pueda causarle.

Salvo el respeto que las opiniones y resoluciones de usted me merecen, yo entiendo que el prólogo de esta edición no puede ser el de la primera, sin modificaciones importantes. No llevo mi atrevimiento hasta el extremo de pedirle á usted un prólogo nuevo; pero no creo que me excedo al pedir algunas reformas.

En primer lugar, toda la parte del prólogo que se refiere al Krausismo, ya no es necesaria, por dos razones: la primera, porque esa doctrina está ya en el período de la decadencia, por no decir en la agonía; la segunda, porque hace ya tiempo que he renegado públicamente del Krausismo, ingresando en las filas del ejército positivista, ó lo que es igual, ha conseguido usted lo que quería.

En segundo lugar, no es exacto que yo tome por modelo á Quintana, como da usted á entender en su prólogo. Yo soy

admirador de Quintana; imitador no. Si usted se fija, verá que lo que hay en mi tomo que se parece al estilo de otro poeta es *campoamoriano* ó *becqueriano*, ó recuerda los poetas de la escuela escéptica y pesimista, como Byron, Leopardi, Heine, Musset, Espronceda y otros por el estilo, que son mis favoritos. Si á alguna escuela poética pertenezco, es indudablemente á ésta. El mismo título del tomo lo indica.

Estas dos modificaciones, y la supresión de una poesía titulada: *Dos virginidades*, que cita usted en su prólogo y que ha quedado suprimida en la segunda edición, son las únicas que creo necesarias.

Después de la segunda edición de las poesías, pienso publicar otros varios tomos, reuniendo los numerosos trabajos de crítica literaria y artículos sobre multitud de asuntos diversos, que están esparcidos en periódicos y revistas.

Y aquí pongo fin á esta interminable carta, dándole anticipadas gracias por el gran favor que me dispensará si honra con su firma mi humilde libro, y reiterándole las seguridades de la admiración y el cariño que le profesa su afectísimo amigo—MANUEL DE LA REVILLA.

25 de Enero de 1881.

Ignoramos si contestó Campoamor á la carta anterior; pero debió acceder á la petición de Revilla, porque al dejar preparada la segunda edición de sus *Dudas y Tristezas* en las páginas que le preceden «Al Lector», dice: «esta edición »lleva, como la primera, un prólogo del eminente poeta don

»R. de Campoamor. Este prólogo es el mismo de la edición »primera, pero notablemente modificado *de acuerdo con su »autor*, porque la exquisita delicadeza y claro entendimiento »del señor Campoamor le habían hecho ver que había algu»nos pasajes en su prólogo, cuya reproducción, por especia»les circunstancias, no era conveniente en la presente edi»ción».

A continuación se inserta el prólogo con las supresiones aceptadas por Campoamor.

PRÓLOGO

No recordaba yo que hace muchísimo tiempo amenacé al señor Revilla con la desgracia de escribirle un prólogo para la primera colección de poesias que publicase. Pero el señor Revilla, sin acobardarse por la amenaza, me acaba de recordar mi propósito en una carta que concluye así: «pero no me alabe usted». Procuraré complacer al señor Revilla en todo cuanto me sea posible.

La publicación de la colección de las poesías del señor Revilla, ¿es un acontecimiento literario? No. ¿Por qué? Porque el fondo filosófico de sus composiciones, mucho más determinado y más importante que el de casi todos los poetas líricos antiguos, no deja atrás, sobrepasándolos, la intencionalidad y el arte de exponer de los mejores poetas modernos. Esto no es decir que el señor Revilla no será, si se propone serlo, un poeta grande, inmenso; y los motivos que tengo para creerlo así, firmemente, ya los irá deduciendo el lector de las razones que iré exponiendo en el curso de este prólogo.

No se van á llevar mal chasco los que esperaban la publicación de las poesías del señor Revilla para vengarse de

las acerbas censuras que él ha solido lanzar sobre algunos de los escritores contemporáneos. Voy á adelantarme á publicar todo lo malo que sus contradictores podrán decir del señor Revilla. Van á decirle, en primer lugar, que la preferencia que da á la razón sobre el sentimiento, le hace aparecer, á veces, un poeta algo frío, aunque esto, más que culpa de él, es culpa del género. En segundo lugar, añadirán que los asuntos que escoge el señor Revilla, siendo la mayor parte nuevos en el fondo, no están presentados todos ellos con el arte dramático necesario, por lo cual se obscurece mucho su verdadero mérito y parecen escasos de originalidad. Y ¿qué más podrán decir de malo de las poesías del señor Revilla? Nada más.

El señor Revilla sabe pensar con firmeza, sentir con pasión y escribir con claridad.

Veamos un ejemplo de lo primero:

EL TREN ETERNO

—¡Alto el tren!—Parar no puede.
—¿Ese tren á dónde va?
—Por el mundo caminando
En busca del ideal.
—¿Cómo se llama?—Progreso.
—¿Quién va en él?—La humanidad.
—¿Quién le dirige?—Dios mismo.
—¿Cuándo parará?—Jamás.

Esta preciosa Dolora está escrita con una precisión de forma y un golpe de vista tan seguro, que desafiamos á que se nos citen ocho versos mejores de ningún otro poeta. ¡Qué inspiración y qué clarividencia en la expresión y en el objeto!

Y aquí es ocasión de advertir que tenían otra gran razón los émulos del señor Revilla para creer que éste no podía ser nunca poeta y, sobre todo, poeta de forma intachable por lo correcta, clara y natural. Se decía que el señor Revilla pertenecía á la escuela filosófica de Krause, de la cual no pueden salir artistas ni poetas. ¡Otro desengaño más! El señor Revilla fué krausista en su primera juventud; después ha dejado de serlo.

El señor Revilla, á pesar de ser un poeta intencional, siempre intencional, acaso demasiado intencional, es claro en la exposición, preciso en los medios y decidido en los fines de sus composiciones. Como todos los escritores filosóficos, usa mucho de los contrastes de pensamiento, pero estos contrastes siempre están bien buscados para que resalte con fuerza la filosofía del asunto. Su libro parece una colección de *Doloras*, y doloras, en general, tan bien concebidas y ejecutadas, que el inventor de ellas tiene bastante que aprender del señor Revilla. Esta índole de poesía se conoce que es la que mejor se aviene al carácter literario del autor de *Dudas y Tristezas*. Y es esto tan cierto, que el señor Revilla *adolora* hasta las composiciones en que se deja arrastrar por su admiración á Quintana.

El señor Revilla es un poeta que al escribir sabe el *cómo* y el *por qué* del plan y la ejecución de sus poesías. El *cómo* consiste en que todas las palabras sean, como en Horacio, de absoluta necesidad; y que estas palabras, no pudiendo ser sustituídas por otras y no dejando nunca de ser poéticas, estén usadas de una manera tan corriente y tan usual, que en prosa no se puedan decir las cosas con más precisión y naturalidad. La mejor poesía es la mejor prosa,

prosa buena, á la cual, para que sea buena poesía, es menester añadirla el ritmo, el sentimiento y la idea. Y, además de haber explicado el *cómo*, añadiré que el *por qué* consiste en que toda poesía lírica sea un cuadro dramático, en el cual se agrupen las figuras con cierta intención artística, moral ó filosófica. La prueba de lo que acabo de decir lo son casi todas las poesías de la colección. Y eso que, en general, en las poesías del señor Revilla sobran ideas y faltan imágenes. El estilo es demasiado sobrio, y el corte enteramente calderoniano de sus versos cortos, destituídos de las hipérboles de su modelo, tiende á prescindir de lo ameno, para que resalte más lo profundo.

Hé aquí una muestra de este género:

LAS DOS VENDAS

El amor, como la fe,
Llevan en los ojos venda:
Que es fuerza, á lo que se ve,
Que el hombre su afecto dé
A todo lo que no entienda.
Y es del caso lo mejor
Que si la fe y el amor
Quieren su venda romper,
Pierden, si llegan á ver,
De la luz el resplandor.
Llegan á la humanidad,
De esas vendas al trasluz,
La ventura y la verdad;
Esa obscuridad es luz,
Y es la luz obscuridad.
Y si intenta la razón
Arrancar con mano ruda
Las vendas de la ilusión,
Sumergirá al corazón
En las nieblas de la duda.

Yo las vendas arranqué
Y el alma perdió el sosiego
Al perder amor y fe:
¡Feliz el que vive ciego!
¡Desventurado el que ve!

En sus *Dudas y Tristezas*, el talento varonil del señor Revilla tiene el valor de tratar toda clase de asuntos y de resolver todos los problemas, aunque de ellos resulten escenas escabrosas, y también aunque de las exposiciones de sus cuadros el lector infiera que el autor se halla atormentado por el demonio de una incurable duda.

Veamos algunas muestras de las vacilaciones, siempre viriles, de que está plagado el libro del señor Revilla:

. . . .
Murió. Sobre su fúnebre sudario
Nadie vertió una lágrima siquiera;
Mas cierto sacerdote visionario
Que junto al triste lecho solitario
Pasó rezando la velada entera,
Afirma que de aquellas tristes salas
El silencio turbaba blandamente
Cierto rumor que pareció á su mente.
Dulce batir de misteriosas alas.

ILUSIONES PERDIDAS

¡Volando van! Del corazón marchito
Al fin huyeron;
¡Volando ván por el inmenso espacio,
Lejos, muy lejos!
¡Volando van! En vano con mis ojos
Seguirlas quiero;
Es infinito el campo que recorren,
Raudo su vuelo.
¡Desparecieron ya! Nada ha quedado
Donde estuvieron.
¡Sólo veo en el fondo de mi alma
Abismos negros!

LAS BARQUERAS

—Mortal, á mi barca llega
Que al puerto te llevaré
Y mi barca no se anega.
—¿Tú guiarme, siendo ciega?
¿Quién eres?—Yo soy la fe.
—(Más que la ciega me agrada
Aquella barquera ruda
De todo adorno desnuda)
Contigo voy, prenda amada,
¿Cómo te llamas?—La duda.
—¿Tú me llevarás?—Quizás.
—¿No lo afirmas?—Ni lo niego.
—¿Naufragaremos?—Jamás.
—Boga, y no mires atrás.
¡Barquera ciega, hasta luego!

Lo citado, y mucho que dejo de citar, me estimula á decir que á un autor se le puede exigir que sea decoroso en la expresión de sus pensamientos, pero hacerle renunciar á la descripción de escenas escépticas ó atrevidas, que puedan ser más ó menos arriesgadas, sería desterrar del imperio del arte una de las fuentes más ricas de inspiración y de pasiones. En esta parte la mogigatería moderna, queriendo tener á una sociedad en babia, es de lo más remilgado y más hipócrita que ha habido en ninguna época del mundo. Porque hoy no se describan las Cammas, los Edipos y las Fedras, ¿dejarán de ser eternamente tipos ciertos, aunque desastrosos, de las aberraciones á que llega la humana naturaleza? Ciertamente que en la pintura de las pasiones es muy cómodo huir de las dificultades, suprimir en el alma la duda y las exageraciones, y dejar de describir lo más difícil de la vida

por razones de conveniencia ó de decoro. Pero, contando con el pudor, á cuyo sentimiento no se puede faltar impunemente, es menester que todo lo que sea propio de nuestra naturaleza moral se cuente; que el hombre no deje de ser nunca un representante de las pasiones y de la inteligencia y no se le reduzca á un sér neutro, sin capacidad física, intelectual ni moral; término incoloro á que tienden á limitar al hombre todos los entendimientos vulgares. Además, un gran escritor siempre sabe y puede hablar de todo con decoro y conveniencia, aunque esto pueda tener el inconveniente de que los imitadores lleven el arte á un realismo demasiado empírico, que, desempeñado con poco ingenio, llegaría á ser intolerable. Y, acabando el pensamiento, añadiremos que nosotros no encontramos la razón de que algunas artes, la escultura y la pintura por ejemplo, deban explotar impunemente cierta clase de representaciones plásticas, mientras que á la palabra se la condene á una mudez perpetua, por juzgarla más excitante que el mármol y la pintura. Lo estamos viendo, y no comprendemos cómo, al llegar á ciertos límites, la imaginación se exalta más por lo que oye que por lo que ve. Recomiendo este problema de psicología á los escritores de estética, y particularmente al señor Revilla, que es más perito que yo en la materia.

Y, volviendo á nuestro asunto, diré, para concluir, que en las poesías del señor Revilla el lector hallará que falta algo de lo figurativo, algo de lo escultural, que es lo que constituye el principal encanto del arte. Pero en lo preciso de la expresión y en lo intencional de los pensamientos, el señor Revilla es un poeta de primer orden.

Pero hay una cosa que vale más que todas las obras di-

dácticas y poéticas del señor Revilla, y es su inmenso talento, que es imposible poder predecir hasta qué punto llegará con el tiempo. Sea por la fuerza de las cosas, que puede más que todos los genios del mundo, sea por efecto de la vacilación de las corrientes actuales de las ideas, el hecho es que el talento del señor Revilla se halla en una época de tanteo intelectual, en un período de orientación literaria. ¿Hacia qué lado de los cuatro vientos dirigirá este águila su vuelo? ¿Será hacia la política, ó será al lado de las luchas sociales? ¡Horror! ¿Será hacia el horizonte de las letras? Lo sentiré. Si es hacia el de las ciencias y las artes, me alegraré por el señor Revilla y por la gloria de nuestro país.

Mucho me alegraría que el ingenio del señor Revilla tomase la dirección del arte. Ya sé yo que esto que le voy aconsejando, para los hombres de ciencia es poco menos que una ociosidad. Pero, créame el señor Revilla, el entender está sobre el saber; el crear es una función intelectual que hace que se acerquen las criaturas á la superioridad de su Creador. Lo aprendido pasa, y lo inspirado queda. El arte es tan superior á la ciencia, como la poesía lo es á la prosa. Cervantes, que ya en su tiempo era un escritor arcaístico, es hoy para nosotros un prosista anticuado; mientras que Jorge Manrique, que le ha precedido dos siglos, ha escrito versos que se recitan hoy con el mismo encanto que si fueran de un escritor contemporáneo:

¡Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando!

¿Y en qué consiste que las obras de arte versificadas adquieren más caracteres de perpetuidad y toman el sello de una juventud eterna, sobre todo comparadas con las escritas en prosa? Esto consiste en que la poesía es la manifestación más íntima del pensamiento del hombre, pensamiento que, cuando está bien formulado, hace tan eterna como él mismo la palabra en que está expresado. La poesía, y hablo de la poesía clara, precisa y correcta, como la del señor Revilla, se apodera de los giros más rítmicos, de los matices más encantadores, de los modos de decir más gráficos, de lo que hay de más impalpable y al mismo tiempo de más real en las palabras, y los funde, los modela, los pone en relieve, y hace una estatua de una idea, y reduce á una imagen pictórica el más recóndito y el más fugaz de los sentimientos del corazón humano.

Deje el señor Revilla el culto exclusivo de sus ocupaciones científicas para dedicarse, cuanto más pueda, á las obras de ingenio; porque, aun en el supuesto de que, como lo hacen algunos filósofos positivistas, se ponga en duda la utilidad de todas las reglas estéticas del orden afectivo, intelectual y moral, y digan que las pasiones y las creencias, desde el amor hasta la inmortalidad del alma, son pura poesía, es menester probarles que la poesía es, por lo menos, la mitad de nuestra naturaleza.

¡La poesía y la religión! Ellas son el *quid divinum* del arte y del alma humana. La poesía, manifestación la más ideal del arte y del ingenio del hombre, y la religión, pan espiritual del alma y de las sociedades civiles, que hace sagrada la autoridad, ungiéndola con el óleo santo, y que, interviniendo en nuestro nacimiento, en nuestras uniones legí-

timas y en nuestra muerte, santifica con el elemento espiritual las instituciones humanas, condimentándolas con ese granito de sal divina cuajada por el sol de la justicia en los límites del Océano de la bondad infinita.

¿Habré logrado convencer al señor Revilla?

¡Cuánto me alegraría!

CAMPOAPOR.

FIN DE LAS *POLÉMICAS SOBRE EL PANENTEISMO*

ÍNDICE

DE LAS

POLÉMICAS SOBRE EL PANENTEISMO

LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO

(Carta al Sr. Fernández Bremón

Diciembre de 1875)

SEÑOR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON

I

Muy querido amigo mío:

No pensaba tomar parte en la polémica que se ha entablado con objeto de disminuir la *dosis* de mi originalidad artística, cuestión que me tiene sin ningún cuidado [a]. Pero habiendo recibido ese anónimo que le remito para que lo eche al fuego, y en el cual, algún amigo sin duda, con el objeto de desagraviarme, copia de un célebre autor moderno muchas ideas tomadas literalmente de mis obras, ideas que lo mismo pueden ser mías que de cualquier autor de aleluyas, me decido á tomar la pluma para consignar mis principios literarios; y como los críticos que me han zaherido son más de dos, no nombro á ninguno de ellos, no por falta de respeto, sino porque alguno, andando el tiempo, tal vez me agradezca la delicadeza de esta reserva.

Salgo también de mi estudiado silencio, porque acabo de saber que la cruzada corsa emprendida contra mí se hace

(a) La historia de la polémica, á que se refiere esta carta, se halla al comienzo de *Poética*, incluída en el presente tomo, capítulos I y II de *Poética*.

extensiva á otros muchos; y siendo esto así, necesito decir que, antes que alguno de los ingenios superiores que se trata de hostilizar se vea en la necesidad de tener que tirarnos con desprecio á la cabeza, á los que nos ocupamos de estos chismes, el candil á cuya luz siniestra se elaboran tan mezquinas concepciones literarias, se sepa que el desautorizar á nuestros mejores talentos, no será una obra de crítica, sino una acción mala, un delito de lesa nación. Que se contenten con desacreditar mi nombre. Yo soy entre todos el que menos vale, y además, como polemista viejo, estoy avezado á esta clase de mordeduras, y la costumbre de ser envenenado me ha hecho como á Mitrídates invulnerable á las intoxicaciones. Vengan, pues, sobre mí todas las abominaciones de los que quieran maldecir el bien ajeno, porque aunque yo no las mereciese, como sí las merezco, la injusticia caerá sobre *varón constante.*

II

Y por si esta carta llega algún día á ver la luz pública, empiezo por pedir perdón á la noble crítica, á la que tantos favores he debido en el curso de mi vida, por si consigno aquí algunas pedanterías inexcusables; pues el no contestar con altivez á ciertas malignidades, sería rebajar la dignidad de mi carácter.

Y entrando en materia, aseguro á usted que me creo digno de la inusitada generosidad con que ha salido usted á mi defensa, porque aunque el hecho de que se me acusa es cierto, el cargo es injusto. De algún tiempo á esta parte,

todos los amigos que me ven componer saben que, al escribir versos, suelo trasladar de la prosa á la poesía muchas ideas de los libros que leo, de las personas de talento que me favorecen con sus conversaciones, de los oradores que oigo. Le puedo asegurar á usted que, muchos de los variados pensamientos que resaltan en algunas de mis últimas obras son ideas ajenas transportadas de la prosa á la poesía. En esas obras á mí no me pertenece por completo más que la verdadera originalidad que son los cuatro factores que constituyen el arte, la *invención del asunto,* el *plan* de la composición, el designio *filosófico* y el *estilo.* Y á esto me preguntará usted: ¿pues cuántos autores han podido existir ó existen en el mundo que les pueda pertenecer otro tanto en sus obras artísticas? Pocos ó ninguno. Y si han existido ó existen, ¿en qué país están? ¿cómo se llaman? A la falta de modestia de estas preguntas espero que nos contesten, no los autores, sino los inspiradores de los tizones literarios que, más que estigmas de descrédito, son, sin saberlo ellos mismos, acrisoladores de honras. Porque, aunque como usted indica, una Dolora, ó un Pequeño poema, no fuesen más que un mosaico de pensamientos ajenos, ¿qué parte quitarían á su originalidad? Ninguna. Para mí, en una obra de arte, vuelvo á repetir, lo que hay de importante es lo original de la *invención*, lo *dramático* del asunto, la tendencia *final* y la *forma,* los cuatro elementos de mi sistema literario, lo que podríamos llamar las categorías artísticas de mi entendimiento, lo que denominaría un kantiano *mis ideas necesarias.*

Y como cuando me veo maltratado por el demonio de las malas voluntades, se despierta en mí el demonio del orgullo,

antes que esta mala pasión se enfríe en mi cerebro, diré que esos cuatro factores, que yo he planteado como condiciones indispensables de todo arte digno de serlo, confío que sean en el porvenir apreciados por muchos artistas, después que muera conmigo la antipatía que mi sistema literario inspira á ciertos compositores insubstanciales y entecos.

Pero vuelvo á pedir á usted, así como á la noble crítica, perdón por estas tontas vanidades mías, dichas sólo en el seno de la confianza, y prosigo diciéndole que, aunque lo agradezco mucho, hace usted mal en enfadarse con los azuzadores de los vivientes roedores que me echan en cara una cosa que he hecho con intento deliberado y que, además, la he dicho públicamente para que todo el mundo la supiese.

Escribía yo lealmente hace tiempo en una polémica científica que se ha hecho bastante célebre: «Soy una pobre abeja literaria que busca alimento en todos los jardines cultivados por la inteligencia humana y, dando menos importancia de lo que creen algunos á la *originalidad*, cultivo *el arte sólo por el arte*, y con el fin de *agrandar los límites del imperio* de la poesía, á falta de pensamientos propios, tomo los *ajenos*, etc., etc., etc.»

Después de esta confesión explícita, ¿es delicado hacer un misterio de lo que yo he dicho públicamente y hacerme un cargo por aquello mismo de que yo he hecho un mérito?

Pero haciendo caso omiso de esta prueba de mal gusto, y ya que no se ha querido imitar la conducta de inteligencias más perspicaces que, aunque me son hostiles, con criterio más alto han prescindido de mis insinuaciones, despreciando el hecho que yo mismo les señalaba con el dedo, se lo perdono con tanto más motivo cuanto que me dan ocasión

de decir, entre otras petulancias, la siguiente: que no los que aparece que escriben francamente contra mí, sino los que desde la sombra no dejan de estar suscitándome siempre malevolencias injustificadas, deben saber que como ninguna de las ideas principales ni accesorias de sus obras les pertenecen, el día que alguno les exija los títulos de propiedad de ellas, no les quedará *nada*. Y á mí, entre tanto, ¿qué me quedará si renuncio á todas las ideas que compongan el cuerpo de mis libros? Siempre me quedará la *idea*, es decir, me quedará *todo*.

Yo bien sé que esta explosión de mi orgullo les parecerá á algunos una cosa insoportable, pero hay intemperancias de pasiones denigradoras que les debían parecer mucho más insoportables todavía.

III

¿Con que es un crimen poner la mala prosa de algunos escritores en buenos versos? ¡Váyase por el trabajo de degradación que hacen tantos zánganos, poniendo en mala prosa las más excelentes poesías!

¿Qué poeta de un poco de conciencia lee en otro autor un pensamiento feliz y, teniendo ocasión de añadirle, aunque no sea más que un solo epíteto que pueda perfeccionarle, no se lo añade sin vacilar, entregándose por *amor al arte* á un trabajo de sublimación; al contrario de algunos prosistas que, suprimiendo de las frases poéticas la palabra típica, descaracterizan las ideas sumiéndolas en los antros de un comunismo vulgar?

Es inhabilidad escribir prosa copiándola de la prosa y trasladando las ideas de una forma igual á otra igual. Es ilícito deslustrar el verso convirtiéndolo en prosa y bajando los pensamientos del más al menos. Pero es meritorio transfigurar la prosa en verso, subiendo el tono de las letras del menos al más. La idea prosáica es un mármol informe, al cual el ritmo le añade las líneas, convirtiéndole en verdadera obra de arte, en escultura.

Resultando, pues, que mis denigradores y yo transfiguramos pensamientos ajenos, yo para sacarlos á luz y ellos para agazaparlos en las tinieblas, ¿á quién pertenece la paternidad de las ideas secundarias que tomamos unos de otros? Por regla general á nadie.

Vea usted la discreción con que se atribuye á un eminente escritor algunas de las ideas que yo, con perfecto derecho, he tenido por conveniente poner en verso:

«Ha muerto el amanecer; es la hora en que se suele morir.»

«Se pasó una mano por la frente como para apartar una nube.»

«Su boca tomó esa curvatura habitual que se observa en los condenados y en los enfermos desahuciados.»

«Sus manos se crispan y se cierran, y cogen al cerrarse la nada.» Etc.

¡Oh ceguedad de la emulación humana!

Y ahora pregunto yo: ¿estas citas se han hecho para llamar plagiario á Víctor Hugo ó á mí? Lo digo porque si Víctor Hugo, por observación propia ó por intuición de su genio, conociese estas manifestaciones hepáticas de la muerte, no sólo aparecería como un hombre de talento, sino que

sería un verdadero adivino. Estas ideas es imposible que puedan ser suyas, pues las ha tenido que copiar indefectiblemente de un fisiólogo, y de un fisiólogo moderno. Desde Hipócrates, que empezó á determinar estas y otras señales características de la muerte, sólo hoy se han podido convertir en reglas generales, y para consignarlas en las obras de ingenio ha habido necesidad de copiarlas de los hombres de la ciencia. Estas ideas, por consiguiente, no son de Víctor Hugo ni de nadie; son conquistas de la civilización convertidas en patrimonio del género humano.

Pues ¿qué diremos de los pensamientos que se refieren á la moral universal, como

«las piedras sordas de que habla la escritura»,

«la ira y la impiedad entran en el corazón del hombre desgraciado?»

De éstos sólo diré que, si yo tuviera también ¡horror! instintos de *espía* literario, podría citar lo menos veinte pasajes de los cuales se han podido copiar al pié de la letra.

Otros pensamientos

«como el ruido de la colmena espantada»,

«sonriéndose con el dedo sobre los labios»,

son tan usados y vulgares que á fuerza de repetidos, se parecen á las imágenes de la mitología, que nadie fija la atención en ellas. El último, sobre todo, que Víctor Hugo ha deslabazado en su prosa, como hace con las ideas de todos los escritores de la tierra, es una imagen pintorescamente expresada en una oda de nuestro Góngora, que termina:

«Dormid, que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.»

Este pensamiento, que tampoco es de Góngora, le pertenece exclusivamente por derecho de *mejora*.

Y una cosa parecida se puede decir de todos los demás.

¡Qué miserias! ¡qué miserias! ¡y qué miserias!

Ya sabe usted, mi querido Bremón, que he estado hace más de treinta años siendo objeto de las más implacables burlas por empeñarme en popularizar las *Doloras*, género antipático, como dice con gracia un crítico, porque son una obra de misericordia literaria *que enseña á pensar al que no sabe*. Aceptado al fin el género, me propuse probar á la escuela que más las ha combatido, que no sólo el fondo de sus obras era el vacío, sino que el lenguaje poético oficial en que escribía era convencional, artificioso y falso, y que se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo común de hablar. Para mí la mejor poesía es la prosa más pura, sin más que añadirla el ritmo y la idea, ritmo é idea que, muchas veces, como se ve en algunos de los pensamientos que yo he tomado de varios autores, ni siquiera hay que alterar en ellos una sola palabra para que sean unos excelentes versos. La cuestión ahora consiste en saber si las frases y versos que yo con afectada franqueza he tomado de los prosistas, tienen ó no tienen perfecta dicción poética. ¿Son malos? Entonces la prueba es mala. ¿Son buenos? En este caso queda probada una cosa que yo había intentado inútilmente hace mucho tiempo, y es que la prosa más sencilla es la poesía más sublime. Pero es, me dicen ahora, que la prueba de la bondad de su sistema puede perjudicar á la opinión de su originalidad. Y á mí ¿que me importa dar un poco de lo que tanto me sobra, y que á menudo conozco que me perjudica, por conseguir el triunfo de mis

ideas? ¡Que muera un mal poeta como yo y que se salve la buena poesía!

Y además que, aunque lo hecho de intento no lo fuera, el resultado siempre sería el mismo, porque el querer exigir la absoluta novedad en los pormenores de un poema es una pretensión tan absurda que raya en lo imposible.

Por ejemplo: el día que he tenido que describir á una polaca, mujeres cuya sola presencia, según la frase de un médico, *constipa*, ¿cómo lo había de hacer, sin leer primero á los fisiólogos que las describen y copiar después sus *ideas al pie de la letra,* si yo en toda mi vida me he visto, y lo siento, á los blancos pies de ninguna paisana de Sobieski?

Pero ¡Dios mío! en mis obras, donde los asuntos están tratados á millares, ¿no hay más cosas que criticar que unos pensamientos sueltos tomados con intento deliberado; pensamientos que son más difíciles de ingertar que de pensar, y que no siendo más originales que los míos, sólo sirven de cuñas para rellenar los intersticios de las piedras de construcción? ¿Qué critica es esa que niega á un autor el título de originalidad porque se aprovecha de las informaciones, los datos estadísticos, las frases aceptadas, las ideas corrientes, los refranes vulgares, todo eso, en fin, que, en el lenguaje oficial, se llama las *entrañas del expediente*, y que constituyen el fondo y caudal de toda obra humana, y que ningún autor de ideas generales puede dejar de tener presente como un legado de la tradición?

¿Qué se diría de un necio que en tiempos de Cervantes, desconociendo la parte simbólica del *Quijote* y no dando importancia á la transcendencia filosófica con que allí se da muerte á la sociedad antigua y se hace nacer la nueva, fuese

extractando todos los refranes, las ideas tomadas de los libros de caballería, las frases vulgares hechas que corrían en tiempo del autor, y nos dijese que éste era un plagiario porque no eran de él las cuatro quintas partes de su libro único? Diríamos que era un empírico en su manera de ver y un grosero en su manera de obrar.

¡A la idea! ¡A la idea!

¿Qué me importan á mí las inquisiciones hechas en pensamientos aislados, con objeto de despojarme de toda originalidad, si, después de aceptadas las denuncias, resultan que son en mí originales todas las ideas madres, el cuadro, disposición y filosofía de los asuntos? Francamente, en este espejo colocado delante de mí para mostrarme mi deformidad, me veo menos pequeño de lo que yo creía, y en esta parte tengo más que agradecer á las censuras de mis detractores que á las lisonjas de mis amigos. ¿Es posible que en el variado cúmulo de mis construcciones ideales no haya una sola que no sea más que mía, y solamente mía, sin que yo, como lo hacen los más grandes escritores, no haya imitado á nadie? Esto sería una maravilla, y, si esto fuera posible, ¡no sé cómo podría resistir mi humilde personalidad literaria el peso abrumador de tanta originalidad!

IV

Y ahora, dejando estas razones de carácter puramente personal que á nadie importan nada, incluso á mí, pasemos á consideraciones más generales y de un orden superior.

Yo sostengo con la convicción más profunda, y para que

sirva de norma de conducta á los jóvenes que me sucedan, que en poesía no hay plagio posible, que las ideas son propiedad del que mejor las expresa. Y si esto sucede de poeta á poeta, cuando las ideas se sacan de la prosa se puede decir lo que Shakspeare cuando le acusaban de plagiario: «Yo saco á una joven de la mala sociedad para introducirla en la buena».

Sostener la teoría contraria, sería lo mismo que querer impedir á un arquitecto que exteriorizase sus pensamientos con piedras recogidas del arroyo.

El capitán Matwin, que con tanto interés ha descrito algunos años de la vida de Byron, refiere varias conversaciones, y entre ellas recuerdo las siguientes ideas emitidas por éste al contestar á la frecuente inculpación de plagiario que le dirigían sus enemigos:

«No soy plagiario, decía Byron. Cuando he hallado alguna idea ó alguna frase que me ha *convenido* la he puesto en el lugar que debía. Pero sepan mis adversarios que si no las hubiese hallado ya escritas en otras obras, he tenido bastante ingenio, originalidad é *intelecto* para inventarlas. No tengo yo la culpa de que otros me hayan precedido, y ojalá que los que vengan después de mí sepan hacer con mis ideas lo que yo he hecho con las de otros: darles buena compañía y realzarlas con las mías».

Hablando sinceramente, me parece una cosa impropia de lo que Byron llamaba su *intelecto* y ajena además á la virilidad de su carácter, el dar satisfacción á nadie de sus apropiaciones literarias, poniendo casi en duda el imprescriptible derecho que tenía para hacerlo. ¡Luego se llama altivo al pobre Byron, que se rebajaba de este modo á dar explicaciones al eterno reptilismo de los Zoilos de las letras!

Hasta en nuestros días, Chateaubriand se queja del mismo Byron porque copiaba de él páginas enteras sin citarle y porque embebía en sus obras poemas completos de otros autores, como el célebre soneto á *Italia*, etc., etc. Y Chateaubriand no tenía razón ninguna. ¿De cuándo acá se puede poner en duda el derecho de un versificador como Byron para convertir en brillantes pulimentados con el ritmo los diamantes en bruto de la prosa?

Byron podía y hasta debía citar á Chateaubriand con lealtad, puesto que á éste la cita le hubiera sido agradable, pero Chateaubriand no debe quejarse porque Byron haya convertido en más excelente su muy excelente prosa, porque con el ritmo haya puesto alas para volar á su lenguaje terreno, porque con la varita mágica de la poesía sus ideas humanas las trocase Byron en pensamientos divinos. El ritmo es la espada de Alejandro, que hace propios y sagrados todos los terrenos que conquista. El caudal prosáico de la literatura, de las ciencias y de las artes, es el inmenso arsenal donde un artista, verdaderamente digno de serlo, tiene el derecho de acudir para vestirse de todas armas con el objeto de combatir por la honra de la señora de sus pensamientos, por la belleza de la dama de su ideal. El no reconocer este derecho no es querer que haya poetas, sino jimios literarios.

V

Y ¿qué se entiende por plagio? Esto se explica bien en teoría, pero es casi imposible discernirlo con exactitud en la vida práctica.

Schiller era un plagiario cuando tomaba algún asunto de los romances españoles y, en vez de mejorarlo, lo echaba á perder.

Pero ¿lo era Rossini, que cuando sus émulos le decían que había tomado lo mejor de Mozart, exclamaba con desprecio: «No, que tomaría lo peor,» y que, si alguno le señalaba los pasajes enteros de otros maestros que él había copiado, decía con orgullo: «Es verdad; ellos los han escrito, pero yo los he hecho aplaudir?»

¿Lo era Calderón de la Barca, cuando, después de tomar íntegramente el asunto de *La vida es sueño* del tan sabido cuento tradicional del borracho se inspira y copia sus mejores versos de Lope de Vega, escribiendo la obra más grande de que hacen mención los anales del espíritu humano?

¿Pueden serlo los autores que, transfigurando las ideas, convierten en poesía lo que suele entenderse por *la vil prosa?*

Yo antes no lo creía, pero ahora que veo que hay quien lo afirma, lo creo mucho menos.

Insisto en esta cuestión, porque es de una inmensa importancia literaria.

Es menester que los escritores que, como usted, son jóvenes y cultivan las letras con grande ingenio y honrada intención, hagan prevalecer la doctrina de que los poetas tienen el derecho de ilustrar con los elementos del arte divino por excelencia los pensamientos de los escritores en prosa, ya que muchos de éstos, con el velo de sus perífrasis, no hacen más que degradar pedestremente los pensamientos de los que escriben en verso.

Una idea en prosa es un expósito á quien todo poeta honra dándole su nombre.

¡Jóvenes que os dignáis seguir algunas veces mis consejos, agrandad, agrandad el imperio de la poesía, y para daros el ejemplo, yo, con el fin de vestir «mi idea,» siempre tomaré, si quiero, las ideas que necesite de la literatura prosaica, de la historia, de la filosofía, de la botánica, de la física, de la química y de cuantas ciencias he estudiado con este solo objeto! Si el ingenio no pudiese utilizar lo que sabe. ¿qué utilidad tendría el saber?

Conquistemos la libertad del pensar y del decir para esa multitud de escritores jóvenes que podrían retroceder en sus imitaciones ante las amenazas de ciertas fiscalizaciones inquisitoriales, perdiendo en este caso el idioma patrio unas ideas que pueden ser el pan del alma, el alimento de las generaciones futuras. Sin las ideas de las literaturas griega, latina é italiana, ¿cuál sería el mérito de nuestros autores clásicos? Ninguno.

La teoría de la originalidad absoluta es un callejón sin salida del arte. Los poetas más subjetivos, más originales, somos (juro á las personas modestas que digo *somos* afectando un orgullo que no tengo) los menos dignos de ser imitados. Algunos críticos, entre otros el ilustrado señor Perojo, me han hecho el honor de encontrar en mí algunas conexiones con el excéntrico Enrique Heine. Efectivamente nos parecemos, según la opinión del señor Perojo, en lo que se pueden parecer dos personas que piensan de una manera *inversa*. Heine, con su sentimiento algo intelectual, tiene que realizar fuera lo que piensa dentro; y yo con mis filosofías, no siempre necesarias, sintetizo en mi cerebro los contrastes que veo fuera. De lo cual resulta que sus sentimientos, algunas veces vagos, indeterminados y caprichosos, parecen á muchas

personas formales verdaderos desvanecimientos de cabeza; mientras que yo, imprimiendo á todas mis producciones las condiciones personales de mi carácter, suelo degenerar un poco en maniático.

Un poeta para ser bueno no necesita ni ser original siquiera. Virgilio, Horacio, Garcilaso y Lafontaine no tienen una sola idea suya que se sepa, y son los escritores más geniales y más perfectos del globo.

Hoy, sin embargo, el arte, después del paso por el mundo de Byron, Goethe, Leopardi y Enrique Heine, debe ser la síntesis á donde vengan á confluir todos los conocimientos humanos, todas las ideas esparcidas en letras, artes y ciencias; y todo lo que sea traer al idioma nacional las ideas salientes, las frases hechas y los asuntos fecundantes de los demás países, según una frase del señor Castelar, no será un robo, será una legítima conquista.

Es necesario inculcar á las generaciones que nos siguen, que en nuestros días un poeta tiene necesidad de estudiar mucho y de ser un autor casi enciclopédico, ó, de lo contrario, hay que renunciar á la esperanza de que en nuestro país haya por ahora escritores con grandeza. Un escritor, en la época actual, tiene que hacer lo que Víctor Hugo, que, en su larga y gloriosa carrera, consagrada á todos los ramos del saber humano, menos á la metafísica, ha puesto á contribución y resumido y plagiado todas las ideas antiguas y modernas, todas las ciencias, las artes y los oficios. Él es el escritor que ha puesto más ideas en movimiento, sin exceptuar á Voltaire, y la enormidad de su genio resultará precisamente de la enormidad de sus plagios. Y ¿con qué derecho lo hace? se me preguntará. Con el derecho indiscutible

del talento que legitima todas las apropiaciones, consagrando su adquisición con la magia del estilo.

Así, pues, antes que se acaben los pocos días que me quedan de vida, debo un consejo á los jóvenes que han tenido la bondad de aceptar alguno de los géneros literarios que he cultivado en mis ocios, y es que después de *inventar* una idea transcendental, que será mucho mejor cuanto sea más comprensiva, no se molesten demasiado en vestirla como hacen las arañas sacando toda la tela de su *propia substancia*. Esto los haría monótonos en el fondo y limitados en sus puntos de vista exteriores. En literatura todo es de todos. Los poetas son arbustos que una misma savia general la transforman en flores especiales. No se preocupen mucho de si tales ó cuales ideas secundarias son plagios ó coincidencias. Estas murmuraciones de escritores que, con doscientas palabras y media docena de ideas comunes, nos majan todos los días con la pesadilla de sus artículos y sus discursos, son los herederos de los inquisidores literarios que no dejaron hueso sano á Camoens y Ariosto; son las polillas españolas que aún no han concluído de contarnos los retazos de cuentos castellanos con que Lesage compuso su inmortal novela: esa es la tinta corrosiva que, por querer borrarla, ha contribuído á abrillantar más la gloria de Shakespeare. Ese género es el cultivado por los émulos del gran Molière, que para poder seguir viviendo con el fruto de su talento, se disculpaba del crimen de plagiario con que le querían reducir á la miseria, diciendo: «Yo tomo lo mío donde quiera que lo encuentro.» Esos son los falsos amigos de la verdad que, más bien por presunciones malignas que por convicciones críticas, han querido eclipsar la gloria del

poeta Homero, rebajándolo á la categoría de un miserable rapsoda.

VI

Conjuro á todos los escritores de buena voluntad que con altas miras aplican el compás de su criterio, su imparcialidad y su instrucción á las producciones del ingenio humano, á que, en esta cruzada que se ha entablado contra mí y que yo haré que dure mucho, se barra del templo del arte ese criticismo estrecho, que parece atacado de la española enfermedad de morirse de envidia de sus hermanos. Un madrigal, una dolora, y á veces hasta un soneto, pueden no necesitar para ser escritos de ninguna información exterior, pues en ellos el fondo y la forma suelen nacer al mismo tiempo como van unidas la concha y la perla. Pero pedir que en un poema se prescinda de traer al comercio de las ideas los pensamientos peregrinos de otros ingenios, que se hable de personajes históricos ó fantásticos sin copiar los rasgos que los caracterizan, que se popularice la filosofía sin consignar los principios fundamentales que determinan los sistemas, que se hable de viajes sin consultar la geografía y las crónicas locales, es pedir un imposible conociendo á sabiendas esta imposibilidad; es pretender encerrar á los poetas en la cueva de Platon, desde la cual no se veía del mundo externo nada más que la proyección de las sombras de los objetos que pasaban por cerca de ella.

El señor don Manuel Alonso Martínez, uno de los jurisconsultos de ideas más amplias y de talento más flexible, en

un prólogo á la traducción de las elegías de Tibulo dice lo siguiente: «Es inútil buscar en sus producciones el idealismo exagerado y el vuelo audaz de la poesía de nuestro tiempo. Campoamor, por ejemplo, y lo cito de propósito porque de veras le admiro, es, sin duda, un gran poeta á quien el porvenir reserva una corona, pero sus fantásticas creaciones, y casi me atrevería á decir sus sublimes extravíos, revelan cuánto abusa de su victoria el libre examen, sentado sobre las ruinas de sus rivales, hoy arrollados y escarnecidos. Su Drama universal, donde se presentan en escena en extraño consorcio lo divino y lo humano, lo sobrenatural y lo terrestre, la magia, el espiritismo, la transmigración de las almas, el principio cristiano, la superstición árabe, el pensamiento pagano y las creencias brahamánicas, parece el himno de triunfo que se entona á sí propio el espíritu del hombre, después de haber escalado el Olimpo. No envuelven mis palabras una censura para mi ilustre amigo. La poesía contemporánea no hace en esto más que pagar un tributo ineludible, obedecer á la ley natural de su desenvolvimiento, y no sería, si no, el reflejo del espíritu filosófico de su época.» etcétera.

Y ahora pregunto yo: ¿Cómo podría ocuparme de todas esas cosas de que habla mi benévolo amigo el señor Alonso Martínez sin copiar los pensamientos de Pitágoras, Mesmer, Dangis y de todos los historiadores de las civilizaciones pagana, oriental, árabe y cristiana? Si yo, ni nadie, pudiera hacer esto, no resolvería el problema pavoroso de Hamlet *ser ó no ser;* esto sería arruinar en la esfera del arte el principio de contradicción, base de la filosofía, de que *una cosa es imposible que sea y no sea al mismo tiempo.*

Nada, nada; hay que abrir á la juventud las puertas más anchas del porvenir.

Es menester prepararse á respirar el aliento europeo que trae un torbellino de ideas nuevas en forma de ciencias naturales, para que los poetas que vengan después de nosotros levanten la poesía al nivel de esas ciencias que producirán por necesidad un desborde en todas las manifestaciones del entendimiento, para cuyo trabajo de asimilación, de perfección y de grandeza no se les debe poner más cortapisa que la de *ser poetas* y *tener estilo*. ¿Qué escritor, aunque fuese tan grande como Virgilio, podría creer hoy, sin ser el escarnio del público, que las abejas nacen de las ijadas de las reses inmoladas á los dioses?

VII

En fin, amigo mío, concluyo diciéndole que, aunque yo doy poca importancia á ninguno de los honores de este mundo, le agradezco á usted mucho la doble credulidad con que asegura lo siguiente:

«Pero el poeta vive: acaso ni un gesto de desdén se descubre en sus enérgicas facciones; su pluma de oro se desliza sobre el papel sin vacilar un sólo instante; nadie tendrá, por fortuna, el remordimiento de haber hecho enmudecer á un gran poeta.»

Repito que le doy las gracias por esta esperanza y este deseo tan lisonjeros para mí. Y, con el propósito de complacerle, mañana mismo voy á empezar á escribir una nueva serie de poemas que se titularán: *La Música*, *Por dónde*

viene la muerte, Los envidiosos, El arte, Fausto, Nubes de amor, etc.; todos, por supuesto, completamente originales y completamente nuevos, en donde todas las ideas serán mías, para que vea usted que yo, en materia de versos, escribo lo que quiero y como quiero. Pero ¡qué vergüenza! ¡Otra vez vuelve á apoderarse de mí la maldita vanidad!

Mas de esta nueva serie de poemas podrá resultar una cosa triste para los editores, y es que los poemas nuevos podrán parecer peores que los antiguos, y que el público acaso halle menos atractivo en ver las princesas de la poesía con trajes de pastoras, que en contemplar las fregonas de la prosa vestidas de reinas.

Al concluir ruego á usted que no crea que he escrito esta larga carta para rechazar el estigma de plagiario. Al contrario, predique usted á los jóvenes á quienes se acuse de lo mismo, que lo acepten con mucho gusto, con tal que se les declare plagiarios *dignos de serlo.*

Las ideas no son del que las inventa, sino de quien las perfecciona.

¿Y qué es plagiario *digno de serlo?*

Por un plagiario *digno de serlo* se entiende, lo que con su buen sentido recomendaba nuestro Ventura de la Vega cuando aseguraba «que si en literatura es malo *robar,* es la primera de las virtudes la de *robar* y *matar*».

Con la mano puesta sobre el corazón, le reitera las protestas de su amistad y agradecimiento

R. de Campoamor.

POÉTICA

POLÉMICAS LITERARIAS

ADVERTENCIA

Dos *ediciones (la de Madrid 1883 y la de Valencia 1890) tuvo esta obra que compuso Campoamor coleccionando algunas de sus polémicas literarias. Confrontadas ambas ediciones y tomando como base de reimpresión la segunda, hemos procurado anotar las adiciones hechas por el autor á la primera. Entre ellas la más importante es la de gran parte de la polémica que sostuvo con el señor Valera y que forma el capítulo XII de la segunda edición que reimprimimos. La última parte de la mencionada polémica sigue á* Poética *con el título que la dió el propio Campoamor* La Metafísica y la Poesía ante la Ciencia moderna. *Integra la polémica, con la parte que en ella tomó el señor Valera y por él prologada, fué editada en 1891 con el título* La Metafísica y la Poesía, polémica, por don Ramón de Campoamor y don Juan Valera».

CAPÍTULO PRIMERO

RECUERDO DE UNA ANTIGUA POLÉMICA

I

Motivo de este libro

Lo principal de este trabajo literario fué leído en el Ateneo de Madrid en la noche del sábado 29 de Marzo de 1879 para inaugurar las lecturas en prosa establecidas por aquella Corporación.

Llamo POÉTICA á estos pensamientos inconexos sobre el arte en general y la poesía en particular, porque, sino pueden constituir una obra de preceptiva, son la expresión de actualidad, en la cual, con la pasión inherente á toda controversia, van expuestos, en rasgos generales, todos los procedimientos que practico al componer mis insignificantes obras literarias; y no estando lejos de opinar como un crítico racional que dijo de este trabajo «que había en él más ideas de demolición que de reconstrucción», no tengo la vanidad de publicar esta POÉTICA para que sirva de estudio á los jóvenes, sino que lo hago con el objeto de defender mi sistema literario.

Esta POÉTICA fué publicada, aunque no con tanta extensión como ahora, en forma de prólogo, en una de las colecciones en que, á la primera parte de *Los Pequeños Poemas*, se añadía otra segunda, incluyendo en ella los nuevos poemas siguientes: (a)

LA MÚSICA.

LA LIRA ROTA.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE.

EL AMOR Y EL RÍO PIEDRA.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS.

LOS AMORÍOS DE JUANA.

UTILIDAD DE LAS FLORES.

Y continuaba el prólogo diciendo: Tenia empezados otros varios poemas, que acaso ya nunca concluiré, porque conozco que una colección de veinte pequeños poemas es demasiado numerosa para que la manera de escribir de un autor no se convierta en un estilo amanerado y para que los lectores no sientan empacho al encontrarse con un pasto intelectual tan continuado y tan uniforme.

Pero he necesitado contar con la indulgencia de mis lectores al añadir estos poemas nuevos, porque de resultas de una polémica literaria titulada *La originalidad y el plagio*, hice aserciones temerarias que, ó tengo que rectificar ó necesito ratificar.

En cierta ocasión *El Globo*, periódico en el cual, andando el tiempo, su ilustrado director el señor Olías, y su

(a) Se refiere Campoamor á la edición de *Los Pequeños Poemas* de 1879, publicada por los señores English y Gras.

inteligente redactor el señor don Pedro Bofill, con gran generosidad hicieron de mí elogios inmerecidos que nunca les agradeceré bastante, dió á luz unas cuarenta ó cincuenta frases sueltas que yo, entre otras mnchas que no podría ahora precisar, había ingertado en algunas obras mías, con un intento deliberado que luego explicaré. Los que me echaron en cara el hecho, lo hicieron sin fijarse en que las frases copiadas están, la mayor parte, escritas y repetidas en muchos autores, y que la genealogía de alguna de ellas viene de Homero y de la Biblia.

Antes de pasar adelante, debo declarar que si se me escapa alguna expresión demasiado enérgica, no se refiere, ni siquiera indirectamente, al principal sostenedor de aquella polémica, á quien algún tiempo después he tenido el gusto de conocer, y que es un excelente joven, de porvenir, que en la polémica no me ha faltado, como otros, al respeto que todos nos debemos, ni á las consideraciones de una buena fraternidad literaria. Y si he de decir lo que siento, creo que algunos periódicos que se introdujeron en la cuestión, de lado y embozados, como los traidores de comedia, sin imitar las buenas formas de *El Globo,* no han atacado en mí tanto al literato como al político conservador. Las rivalidades de partido envenenan hasta las buenas letras. Yo no sé en el orden ideológico á qué escuela política se me podría afiliar, pero lo que indudablemente sé es que en la práctica soy conservador hasta por organización, pues el hecho revolucionario, aunque sea hijo legítimo de una idea, me es insoportable por lo antiestéticamente con que se suele realizar. Esto, aunque yo tuviese algún mérito, siempre me privaria de cierta aura popular, que muchas veces pierde á caracte-

res más enteros que el mío. Hoy sólo en los ejércitos de la muchedumbre se puede sentar plaza de héroe ó de genio. Cuando S. M. el vulgo, y no hablo del vulgo de clase, sino del vulgo de entendimiento, es el supremo imperante, no reconoce más talentos que los ingenios que le adulan. El genial Beránger ha tenido en Francia más popularidad que todos los poetas del mundo juntos y, después de veinte años de su muerte, su gloria tiene un brillo veinte veces menos deslumbrante que cuando vivía, porque los guardianes del templo de la inmortalidad son unas Musas muy delicadas que examinan despacio los títulos que expiden las Sorbonas de la multitud, y para ellas el criterio del número inconsciente no es criterio de razón.

Si hoy diesen sus obras al teatro la gloriosa trinidad de Lope, Tirso y Calderón, ó tendrían que dejar de escribir, ó serían silbados inmisericordiosamente, sin más razón que la de estar investidos del carácter autoritario de sacerdotes católicos.

II

Perniciosa influencia de la política en el arte.

Digo más: si Víctor Hugo y Lamartine no hubieran apostatado de sus primeras ideas haciéndose demagogos, hubieran sido apedreados, por legitimistas, por calles y por plazuelas.

La igualdad y la envidia conducen á la nivelación, y el palo es el sexto sentido de los ciegos y de los partidos extremos.

Literalmente he llegado á despreciar á los críticos políticos, y más que en su juicio apasionado me fio del talento y del criterio inconsciente de las mujeres, que han conservado la memoria de Arriaza, ahogada por un diluvio de poetas extranjerizados y de políticos rencorosos é iliteratos.

Y, efectivamente, por sus ideas absolutistas hemos visto en nuestros días morir olvidado al poeta Arriaza, que era un ingenio bastante más natural y más feliz que muchos de los talentos que se complacieron en desdeñarle. De niño recuerdo que admiraba yo mucho á Arriaza y no entendía á Herrera. Hoy, ya viejo, sigo no entendiendo á Herrera y leyendo con gusto á Arriaza. He visto alguna vez á este bondadoso anciano sentado humildemente á la mesa de un café, mientras pasaban orgullosos por su lado escritorzuelos exagerados, de los cuales ya nadie se acuerda, y estoy seguro de que ante aquella generación desagradecida, le decía á Arriaza su conciencia lo que el Cardenal Leneau al Príncipe de Condé, cuando éste caía bajo el peso de la calumnia: «¡Valor, que los detractores se hundirán en la sombra y vos quedaréis en la luz!»

CAPÍTULO II

EL ARTE SUPREMO SERÍA ESCRIBIR COMO PIENSA TODO EL MUNDO

I

Ni coincidencias de frases

Y volviendo á nuestro objeto, añadiré que he escrito la segunda parte de *Los Pequeños Poemas*, porque en la polémica á que he aludido, en una carta dirigida á mi noble y generoso defensor don José Bremón, entre otras afirmaciones temerarias, se me escapó la siguiente: «Escribiré unos poemas, todos completamente originales y completamente nuevos, en donde todas las ideas serán mías, para que vea usted que yo, en materia de versos, escribo *lo que quiero y como quiero*». Suplico al lector que dé por borrada esta última frase. Yo pensaba reescribir alguno de los poemas antiguos con otros pensamientos, porque tengo la presunción de creer que, sin variar el consonante, puedo escribir un verso cien veces distintas, con cien ideas diferentes, y por ello me aventuré á hacer la aserción de que me arrepiento. La aserción, sin embargo, no revela vanidad en mí, pues soy de los que creen que todos los hombres tenemos casi el mismo talento, y sólo por no poner la voluntad en ejercicio mueren muchos Homeros desconocidos entre los aguadores de las

fuentes públicas. Y por cierto que tengo que confesar que algunos, aunque pocos, de los versos citados en la controversia, los he alterado ya por razones estéticas; y, para variarlos todos, sólo aguardo á que acaben su tarea los que aún hoy día andan oliendo y desenterrando coincidencias, con tanto apetito como si buscasen trufas. Después de esto, y cumplido mi objeto, desharé, como la sal en el agua, la causa de su censura, probándoles que su ocupación ha sido del todo inútil, ya que dicen críticos formales como el señor Valera que mi diversión ha sido un poco pueril.

II

Ni coincidencias de asuntos

Y por supuesto que todos esos rebuscadores de coincidencias de frases han tratado de encontrar semejanzas de asuntos para poder inferir si tal argumento de tal Dolora, ó el fondo de tal poema pueden haber sido inspirados por tal ó cual autor. ¡Trabajo inútil! Con esa clase de investigaciones van á probar lo contrario de lo que desean, y es que yo soy *el único escritor original del mundo.*

El tijeretero de un periódico, hablando de la palabra *plagio,* se permitió decir que yo lo había cometido al poner en verso ciertas frases de la prosa, callando, por supuesto, el objeto con que lo había hecho. Yo creía que el verso y la prosa eran dos artes completamente diferentes, y que así como algunos gacetilleros como él deshonran á los poetas echando á perder sus pensamientos, podían los poetas honrar

á ciertos prosistas trasladando sus ideas al lenguaje de los dioses.

Y ¿quiénes son, con honrosas excepciones, los que me echan en cara que yo he trasladado á la poesía unas frases de la prosa? Pues son precisamente unos prosistas ramplones, que con el mobiliario de doscientas palabras gastadas por el uso, y otras tantas ideas encanijadas por el abuso, se dan aires de críticos, no teniendo más novedad que la de alterar un poco la sintaxis para disimular la copia y para expresar las mismas ideas con las mismas palabras que usaban sus respectivas abuelas.

Dejad, dejad de buscar conexiones intelectuales entre mis obras y las ajenas, porque, aunque con vergüenza mía, os tengo que confesar que, no sólo la mayor parte de las expresiones versificadas por mí no me he tomado el trabajo de escojerlas yo, pues las debo á las indicaciones de mi antiguo é ilustrado amigo el señor don Nemesio Fernández Cuesta, sino que jamás he leído, ni querido, ni podido leer un solo libro que no esté escrito en español, pues el francés, que es el único idioma que podía saber si yo fuese un hombre medianamente aplicado, no lo conozco *bastante* para poder comprender en él el mérito de la más ligera de sus obras. Y lo extraño del caso es que por haber versificado, no algunas ideas de Víctor Hugo, que para nada me hacían falta, sino algunas frases de su elegante traductor el señor Cuesta, hay criticastros que han dado por supuesto que imitaba á Víctor Hugo; cosa imposible, porque yo no leo más que libros de filosofía, y nadie ha dicho que el gran poeta entienda de esto una sola palabra; y las poesías no he podido leerlas en los originales porque mi francés repito que es algo parecido al

que gruñía el cerdo del romance de Gerardo Lobo, y porque, escarmentado por algunas traducciones que ha hecho nuestro compañero el señor don Teodoro Llorente, no podría leer nunca poesías tan justamente celebradas, porque, dado mi carácter literario, me expondría á caer de espaldas al oir el estrépito de aquel cañón de la hipérbole. Los que suponen que puede haber la menor coincidencia de ideas entre el gran escritor y mi humilde persona, me hacen un honor que no merezco, y me concreto á compadecerme de sus entendederas, y no les llamo *imbéciles* porque yo acostumbro á tratar con cortesía á las mismas gentes que desprecio.

Además, si yo me hubiera apropiado algo de Víctor Hugo, no haría más que imitar sus procedimientos literarios. (a)

El final de una de nuestras más célebres seguidillas,

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico,
y enciende el grande,

no lo imitó Víctor Hugo, sino que lo copió del castellano al pie de la letra, si bien introdujo una amplificación innecesaria que despojó el original de mucha parte de su concisión y su gracia:

L'absence est a l'amour
Ce qu'est au feu le vent;
Il éteint le petit,
Il allume le grand.

(a) Este párrafo y el siguiente son adiciones á la segunda edición.—(Valencia.—1890).

Así, pues, cuando he dicho que jamás he podido tomar un asunto de un autor extranjero, no ha debido ponerse en duda mi veracidad; y aconsejo á mis detractores que no pierdan el tiempo en buscar los orígenes de los asuntos que trato, pues sólo están en mi propio pensamiento, y no hallarían una prueba en contrario aunque para desmentirme se conjurasen con su tenacidad y su saña características la envidia, la ignorancia y la mala educación.

III

Crítica analítica

Decía que la censura ha sido completamente inútil, porque en la última edición de la primera parte de *Los Pequeños Poemas*, dejando el mismo consonante que tenían, como pie forzado, he alterado todos los versos que recordaba que han sido citados en la controversia. ¿Cuáles son mejores? ¿Los primeros ó los segundos? Todos son indiferentes. En las composiciones lo que importa es el conjunto artístico.

Sin embargo, para variar todas, absolutamente todas las frases de la prosa que yo he metrificado, sería menester que me devolviesen los libros en que están anotadas esos husmeadores literarios que los han escamoteado. ¿Es que no quieren que, al hacer la transformación, pueda yo lucir el poco ingenio que Dios me ha dado?

Y para burlarme completamente de los rebuscadores de coincidencias, no quisiera que se me olvidase decir que en la segunda parte de *Los Pequeños Poemas* hay un verso, un sólo verso, en *El amor y el río Piedra*, que dice así:

Como un carbón que lo encendiese el viento;

el cual, como los críticos verán, está impreso en *bastardilla*, y citado además su autor, el P. Yepes, cronista de San Benito; pues con tal de complacer á mis detractores no me importa aparecer tan nimiamente ridículo como cierto teólogo, á quien, habiéndole dicho un crítico que el copiar una frase conocida, si no se citaba el autor, era además de un plagio un *pecado*, en descargo de su conciencia citaba los nombres de los escritores de todas las frases que usaba. Y un día, presidiendo el desayuno de unos seminaristas, el teólogo comenzó su acción de gracias del modo siguiente: «Loado seáis, Señor, por habernos despertado sanos y salvos del *sueño*, que *un redactor de la Gaceta de Edimburgo* ha llamado *la imagen de la muerte*.»

IV

La crítica sintética

Pero, por desgracia, es inútil que yo con mis pretensiones de reformista haya tratado de variar el punto de vista de la crítica literaria, obligándola á hacer juicios sintéticos sobre las obras de arte y á abandonar ese sistema crítico impertinentemente analítico, porque siempre que me ha hecho el honor de censurarme, ha sido con el exclusivo objeto de examinar si tal idea puede tener algún parentesco con tal otra; si empleo, como lo exige el idioma, consonantes fáciles, en vez de echar mano de los rebuscados y exqui-

sitos, y si dejo algunos asonantes cerca de los consonantes por no violentar la sintaxis, como sucede en la conversación vulgar sin que se extremezcan los oídos de nadie. ¿No podían esos críticos de almacenes de juguetes de niños dejar esas simplezas y elevar el entendimiento á una crítica elevada, examinando si mis asuntos son buenos, los planes regulares, el desempeño feliz y el fin de la obra trascendental?

Cuentan que el célebre Nelson, herido de muerte en la batalla de Trafalgar, se hacía dar cuenta, momentos antes de espirar, del curso del combate, y decía á sus segundos: «Dejaos de apuntar á las arboladuras. ¡Á los cascos! ¡á los cascos!» Lo mismo digo yo á esos críticos miopes, rebuscadores de coincidencias dudosas y vulgares y de versitos insignificantes, más ó menos malos. Dejaos de reminiscencias, de asonancïas y de versos. ¡Á los planes de los asuntos y á la filosofía de los planes! ¡Á los cascos! ¡á los cascos!

Y á propósito de la táctica de Nelson, voy á dar á mis enemigos una idea para que puedan batir en brecha mi originalidad.

No hay ni puede haber ninguna obra grande ni pequeña que no haya sido compuesta con materiales que otros autores han ido creando mucho tiempo antes que el artista haya reducido á un *conjunto armónico* todas aquellas partes desparramadas y perdidas sin unidad y sin objeto.

La *Iliada*, según Horacio, está calcada sobre otra *Iliada* anterior á Homero; y así como se ha escrito *La Divina Comedia* antes de Dante, y se podrían escribir la *Eneida* antes de Virgilio, el *Orlando* antes de Ariosto, *Los Portugueses* antes de Camoens, el *Quijote* antes de Cervantes y el *Fausto* antes de Goethe, podía una crítica mal intencionada realizar

un pensamiento que con bonísimos propósitos ya tuvo mi amigo el señor Menéndez Rayón, y es el de escribir un libro titulado *Las Doloras y los Pequeños Poemas antes de los Pequeños Poemas y las Doloras*. Por medio de este estudio, hecho con un poco de mala fe, sería fácil despojarme de la originalidad indiscutible é indiscutida de los dos géneros, y me sucedería lo que á cierto químico mediano que descubrió el Yodo, y luego los críticos decían de él «que no era él quien había descubierto el Yodo, sino que el Yodo era el que lo había descubierto á él.»

V

Efectos de la crítica satírica

El entendimiento corto y el alma pequeña de un crítico pueden acobardar á ingenios eminentes, y un Hermosilla es capaz de ahogar más genios en embrión que flores marchita una noche de helada en primavera.

La envidia y la imbecilidad suelen querer apagar las luces, para que en la sombra todos seamos iguales.

Hablando de Ayala, dice el ilustre dramático el señor don Manuel Tamayo y Baus: «No aumentó más su caudal literario quizá porque la crítica, antes más enconada que ahora, heló á veces su entusiasmo. Y tal vez las injustas censuras fueron motivo de que Hartzenbusch no favoreciese al teatro nacional con mayor número de obras. Ciertas diatribas han de ocasionar al que es objeto de ellas profunda amargura ó profundo desprecio.»

Tiene razón el señor Tamayo. Los críticos son los gusanos del alma de los vivos y de los muertos. La gloria es como la fortuna, es muy difícil adquirirla, pero es más difícil todavía defenderla. Decía un defensor de Ayala que «por regla general los satíricos *pegan*, como dicen ellos en su lenguaje bohemio, con particular saña á todos los que creen que *están en fondos*.» Pero esto no debe ser del todo cierto, porque yo he sido maltratado *gratis*, si bien es verdad que nunca he pasado de ser un pobre acomodado.

El enérgico escritor don Jacinto Octavio Picón, después de llamar á ciertos críticos satíricos *sabandijas literarias* y decir que más que *desheredados de la fortuna* son *huérfanos del decoro*, los retrata de mano maestra del modo siguiente:

«Engendran á la *sabandija literaria* el convencimiento de la propia bajeza y la envidia del valor ajeno. El goce de otro les amarga la vida y acaban por tener hacia el prójimo, en forma de odio, todo el desprecio que debían tener de sí mismos.

»Con frecuencia, la sabandija logra darse á conocer: en este caso pertenece ya á una variedad temible. Después de haberse estrellado en el teatro ó en el libro, consigue asociarse á otro animal imbécil, pero también dañino, que se llama *caballo blanco* y funda un periódico que suele ser satírico, pero que algunas veces tiene la avilantez de presentarse como serio. Cada columna de aquel papel se convierte en una picota de honras ajenas; la sabandija va colgando allí todos los vicios, todos los errores de sus contemporáneos; y como lo malo inspira juntamente curiosidad y desprecio, el periódico, aunque luego se tire, empieza por leerse, hace daño, regocija á su dueño, y la alegria de sacar

á relucir las flaquezas del prójimo le exime del trabajo de ir observando las propias. Para él todo hombre público roba, toda mujer hermosa se vende, toda conciencia se prostituye, toda inteligencia se cotiza, todo poeta plagia, todo hijo es adulterino, todo marido es manso, y así va haciendo, en sueltos y en artículos, mil retratos del hombre, que no son sino imágenes suyas en distintas posturas. Llega por fin un día en que se muere ó le desloman de un sablazo, y nadie vuelve á acordarse de él, porque en ningún momento de la vida recuerda uno el sapo que mató en un camino, sin odio, sin rencor, sólo porque al mirarle sintió repugnancia de asco y miedo.

»La envidia toma en las sabandijas las formas más asquerosas que puede inspirar esa pasión que parece debía ser patrimonio de los débiles y que desgraciadamente ataca también á los fuertes. Censura lo bueno, elogia lo mediano, llama ñoño á lo discreto, desvergonzado á lo gracioso, soso á lo culto; lo realmente superior tiene el privilegio de sacarle de quicio.

Sólo á los muertos reconoce mérito: es preciso que el enemigo desaparezca para reconocerle algo bueno.

»Lo verdaderamente triste que ofrece el estudio de la sabandija es que algunas veces tiene talento: entonces se hace completamente intolerable; la víbora tiene ya conciencia de sus actos, suele hasta tomar forma de amigo.

»Puede aplacársela algunos días con dinero; pero el remedio es fatal, porque obligada á alejarse, escupe desde lejos el veneno que no se atreve á inocular de cerca.

»Sólo hay una medicina buena contra ella: el desprecio.

»La especie es numerosa; pero no importa; sucede con

ella lo mismo que con la carcoma: los troncos que roe se mueren de viejos.»

Pero en vez de contestarles siempre con el palo ó el *desprecio*, como aconsejan los señores Tamayo y Picón, sería más cristiano castigarlos alguna vez con el *consejo*. Por eso soy de parecer que cuando algún *timador* (otra palabra de su lenguaje bohemio) quiera hacer una carambola literaria, apuntando á la honra de un artista para darle en el bolsillo, haga con él lo que hizo un célebre escritor francés, según se cuenta en la anécdota siguiente:

«Mad. de Vandeuil, hija de Diderot, refiere que un joven desconocido fué á visitar una mañana á su padre.

—»Os ruego—le dijo—que leáis este manuscrito, y escribáis al margen las observaciones que su lectura os sugiera.

»El joven salió, y mi padre, al coger el cuaderno, vió que todo él no era otra cosa que una amarga sátira contra su persona y sus escritos.

»Cuando el autor volvió, pasados algunos días, mi padre le dijo:

—»No os conozco; jamás he podido haceros daño alguno. Explicadme, pues, los motivos de semejante conducta.

—»Me muero de hambre,—contestó;—he escrito esta obra y he creído que me daríais algunos escudos si no la publicaba.

—»No seríais vos el primero á quien se haya recompensado por callar, pero podéis sacar mejor partido de ese libelo. El Duque de Orleans, que se halla retirado en Santa Genoveva, me odia desde hace mucho tiempo. Es devoto; dedicadle vuestra sátira y poned su escudo sobre la encuadernación. Llevadle la obra y de seguro obtendréis algún socorro.

—»Pero yo no conozco á ese príncipe y no acertaré á escribir la dedicatoria.

—»Sentaos ahí, yo mismo voy á redactárosla.

»Mi padre escribió la dedicatoria, el autor salió con ella, voló á casa del Príncipe, recibió veinticinco luises, y al cabo de algunos días se presentó á dar las gracias á mi padre, quien le aconsejó con dulzura que adoptara un género de vida menos *vergonzoso.*»

Y, después de todo, ¿qué importa que detrás de la careta de un satírico se vea la cara de un canalla? Al fin de las diatribas, las obras literarias quedan, y á los difamadores les sucede lo que al *Setabiense*, un censor extravagante que, cansado de oir los elogios que se tributaban á Cervantes, le dió la manía por escribir unos artículos queriendo probar que su *Quijote* valía menos que el de Avellaneda. La mitad del público se burló de él y la otra mitad se indignó, pero lo mismo los indignados que los burlones dejaron al *Setabiense* devorar su envidia en el olvido y el destierro. Algunos años después, atravesando las Landas el Duque de Frías, nombrado á la sazón nuestro embajador en París, divisó á la puerta de la casa de un pueblecillo al *Setabiense*, á quien conocía, y al verle leyendo el *Quijote* de Cervantes pálido y desencajado con la fiebre del remordimiento, se apeó el magnate poeta de su carruaje y, antes de confortarle con palabras cariñosas, no pudo menos de empezar diciéndole:—«¡Castigo de Dios!»

Tememos mucho que, lo mismo que al escritor de las Landas, les va á pasar á los críticos á que alude el señor Tamayo. Y es posible que algún día, arrepentidos de su mal pensar y de su peor obrar, les entre la reacción de la fiebre

del bien ajeno, y que algún viajero, al pasar por las Landas á que habrán desterrado á los nuevos *Setabienses* sus remordimientos y la indiferencia del público, les diga recordando al Duque de Frías: «¡Castigo de Dios!»

Y acabemos con esta traílla de canes rabiosos. Dice un proverbio que si un viajero se detuviese á hacer caso de todos los perros que le ladran en el camino, no llegaría nunca al término de su viaje.

Mas volviendo á la impertinente aserción de que yo en verso hago *lo que quiero y como quiero,* añadiré que, como después del ardor del combate me ha venido á visitar el ángel de la modestia, ausente de mí en aquel momento, no he querido cumplir mi palabra y, por consecuencia, ya que no he dado la prueba, retiro la frase.

Pero sostengo la primera parte de la aserción, en la cual prometía publicar unos poemas completamente originales y completamente nuevos, absteniéndome, al componerlos, de toda clase de lectura, para no insertar á sabiendas ninguna frase ni vista ni oida; aunque después de haber escrito la segunda parte de *Los Pequeños Poemas* por vanidad, por pura vanidad, me asalta la duda de si se hallará en ellos todavía el trapo viejo de alguna reminiscencia que me puedan sacar á relucir, diciéndome: «Esta idea la tengo yo escrita en un drama inédito» «tal expresión se la he oido al cura predicando» «aquella frase es muy común en todos los mercados» «ese giro se ve todos los días en los periódicos» etc., etcétera, etc.; en cuyo caso les diré: ¡gracias, señores míos, muchas gracias! porque merced á vuestra diligencia, habré conocido que he llegado á alcanzar el mérito supremo que quería tener Voltaire, el ideal poético que yo creía perseguir

en vano: el de escribir poesías cuyas ideas y cuyas palabras fuesen ó pareciesen pensadas y escritas por todo el mundo.

Y acabo aquí de hablar de esos fiscales oficiosos, que son como aquel ciudadano que sólo quería ser alcalde para *echar gente á presidio*. Así como las flores del rosal por falta de cultivo degeneran hasta transformarse en una especie de rosas de escaramujo, los críticos sin estudios superiores se convierten por empirismo en unos verdaderos malas lenguas. Creen que criticar es zaherir. No saben que la crítica, cuando no parte de un principio superior de metafísica que sirva de pauta general, ó es un medio despreciable de desahogar la bilis, ó un antifaz para lanzar impunemente dardos calumniosos. Si algo pudiera desalentar en esta vida las fuerzas de mi corazón, me afligiría el ver la indiferencia con que se ven los estragos que hacen, no los rosales, sino los escaramujos de la crítica, convirtiéndose en conductores de las pestes de la envidia literaria, de la animosidad de las antipatias personales, y de la rivalidad política, sin que el público procure aislarlas por medio de cordones sanitarios de desprecio.

CAPÍTULO III

LA VERDADERA ORIGINALIDAD

I

Factores que constituyen la obra de arte

Sentiré volver á caer en el pecado de la pedantería, pero después de rectificar la expresión de que yo *en verso hago lo que quiero y como quiero*, tengo que ratificarme en la aserción de que, «á mí, en mis obras, me pertenece siempre por completo la verdadera originalidad, que son los cuatro factores que constituyen el arte, *la invención del asunto, el plan de la composición, el designio filosófico y el estilo*».

Ya sé yo que he hecho mal en sentar una afirmación que honra poco mi modestia, pero en fin, ya lo he hecho y no tengo más remedio que sostener mi opinión. Además, nunca he tenido ocasión de exponer mis principios literarios, y no me parece fuera de lugar hacerlo hoy al defenderme de cargos injustos de innovación, porque yo, siguiendo en lo posible el consejo de la sabiduria divina, como mero aficionado me consagro en el arte, aunque infructuosamente, «á la elección constante de lo que creo mejor». Declaro con rubor que al llegar á este punto vacilo, y no sé cómo continuar

sosteniendo que mi sistema es el mejor, sin que parezca que me alabo. Pero ¡cómo ha de ser! aun á riesgo de que dude de mi humildad la gente mal pensada, añadiré que, al defender mis principios literarios, no lo hago por vanagloria, sino por cumplir un deber. Al que lo crea, Dios se lo premie y al que no, se lo demande.

Nunca he comprendido por qué á un conservador en política tan pertinaz como yo, se le supone contagiado de un cierto jacobinismo intelectual. Las pruebas de mi rebeldía á la autoridad retórica constituída consisten en haber escrito las *Humoradas*, las *Doloras* y en que, últimamente con los *Pequeños Poemas*, he querido dar forma á unas composiciones que reuniesen todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya. La idea es un poco presuntuosa, pero no me parece censurable por lo revolucionaria.

II (a)

Las Humoradas

Al dedicar las humoradas al señor don Marcelino Menéndez Pelayo, le decía lo siguiente:

Ahora que mi queridísimo compañero, el sabio por antonomasia, señor Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas *hnmoradas*, por-

(a) Los números 2 hasta el 7 inclusive, añadidos á la segunda edición (Valencia 1890), constituyen la dedicatoria que hizo Campoamor de sus *Humoradas* (Madrid 1886.—F. Fé) al señor Menéndez Pelayo.

que además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo á alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las *Doloras*, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron á luz los *Pequeños Poemas*, y el título fué muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de *Humoradas*, ¿parecerá también poco propio?

¿Qué es *humorada?* Un rasgo intencionado. ¿Y *dolora?* Una humorada convertida en drama. ¿Y *pequeño poema?* Una dolora amplificada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

III

Lo que se ve y lo que no se ve

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abrace desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de *segundas intenciones* escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carác-

ter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita á hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son *el de más acá* y *el de más allá* de las cosas.

Yo sé bien que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan á muchas gentes por su misma objetivación é infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que vé en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que á la sencillez en la forma se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que á algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal de que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables, ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve». Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de *lo que se ve;* y el nuevo, que lo llamaremos el de *lo que no se ve*. El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza á primera vista, en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material á lo ultra-ideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial á lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios á dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan á la región de lo indefinido.

IV

El metro no constituye genero

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el señor don Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el señor Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas á las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epitafios, etc. Estos inmortales distraidos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también á estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos ó quintetos. y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de *Humoradas* que yo les doy.

Siempre la exterioridad sobreponiéndose á lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una *humorada*, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, ó en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al señor Menéndez Pelayo, á imitación suya, voy, á propósito de estas humoradas, á escribir también un poco de estética trascendental.

V

La poesía lapidaria

No quisiera que el lector al hallarse con estas bagatelas escritas para los albums y los abanicos de mis amigas, ó recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta señor don Gaspar Núñez de Arce ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de—«Suspirillos líricos, de corte

y sabor germánico, exóticos y amanerados». Creo que el pensamiento del señor Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos, á quienes se puede calificar de sacristanes de *amén*, se complacen en llamar «suspirillos germánicos» á toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo á los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman *lapidaria* es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.

Hasta que se halla la forma elíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas son creaciones de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrad esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que mas conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otros por anacrónicos, éstos por demasiado solariegos y aquellos por poco característicos, y sólo va dejando como ruinas imperecederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpitaciones del corazón humano

VI

¿Qué es Humorismo?

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué á esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes ó satíricas, se las llama *humoradas?* Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por *humorismo.*

Llamo *humoradas* á los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras.

Y ¿qué es *humorismo?*

Una crítica inconsiderada que cruza á campotraviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, á fuerza de oirlo repetir ha adquirido la costumbre de llamarme *escéptico*, sin tener en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es *escepticismo?* ¿Me llaman escéptico porque yo me suelo reir de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reirse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar *estoicismo.* Pero como no quiero enfadarme mucho con estos calificadores, que cojen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el escepticismo con el humorismo, y el humorismo con la excentricidad, les diré que es el colmo

de la injusticia llamar escéptico á un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el escepticismo no cree en lo que dice, el humorismo hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice.

¿Qué es humorismo? La contraposición de situaciones, de ideas, actos ó pasiones encontradas. La posicición de las cosas en situación antitética suele hacer reir con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote volviendo á su casa molido á palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reir, llenan los ojos de lágrimas.

La frase *buen humor*, genuínamente española, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra, al través del cual se ve en perspectiva flageladas las grandezas y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo y candoroso.

Se ha dicho que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente

serios y los totalmente alegres, una superioridad de miras incontestable; pues cuando un escritor sólo se propone hacer reir mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, es tonto de veras. No hay duda de que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altura, y que se hace superior á nuestras ambiciones y á nuestras finalidades, pintando á la locura con toga de magistrado, y á la muerte con gorro de cascabeles.

El talento que, alegre y tristemente, ve en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al son de su tamboril hace bailar grotescamente á todas las pequeñas y grandes figuras humanas como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro»; el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payasos, bufones con tiaras y papas con miriñaques.

Si, como dice Cervantes, el hacer reir es de grandes ingenios, el hacer reir y llorar al mismo tiempo es un dón excepcional que sólo ha concedido Dios á él y á Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el señor Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es *humorismo*, esa alegría, unas veces enternecedora y otras siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata á los hombres que á las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas á los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

VII

Todo lo sub lime es breve

Pero me he distraído y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que he escrito una dedicatoria muy presuntuosa y demasiado larga. Por eso, arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra *frase,* consignando—«que es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa»—insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables por la dificultad de tener que decir en ellas *más de lo que se expresa.* El trascendentalismo en el arte consiste en estas vistas á lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando á autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve á distraer, haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte general, y la poesía en particular, ganan en intensión lo que pierden en extensión.

Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas á unos pequeños altercados de patanes de lugar, y la revolución francesa á una orgía de caníbales.

El ingenioso escritor don Felipe Picatoste ha escrito un libro, tan ameno como profundo, *sobre las frases célebres*, y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes y desde los refranes hasta las frases.

No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada ó casi nada. De todas nuestras habladurías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, á una sola frase parecida á esta: «¡allí fué Troya!»

VIII

Las Doloras

Algunos me han solido preguntar por qué motivo escribí las *Doloras*.

Después de publicar á los veinte años una colección de *Fábulas*, conocí que el género, llevado á la perfección por otros, tenía algo de radicalmente convencional y falso, y que sólo podía ser aceptable en los países en que hubiese dejado profundas huellas la creencia en la transmigración de las almas. La *Dolora*, drama tomado directamente de la vida, sin las metáforas y los simbolismos de una poesía indirecta,

me parece un género más europeo, más verdadero y más humano que la fábula oriental.

El señor Alarcón asegura «que una *Dolora* es un drama en veinte versos.» Pero, como dicen los abogados, la definición de mi compañero es *deficiente*. Lo del drama es exacto, pero, para ser *Dolora*, en ese drama particular se ha de resolver, por medio del sentimiento ó de la idea, un problema universal. ¿Estamos conformes?

Como los asuntos de las *Doloras* hay que sacarlos de esos cuadros antitéticos que se presentan lo mismo en lo físico que en lo moral y que, según los casos, se suelen llamar *contrastes de la vida, burlas de la suerte, castigos de la Providencia, ironías del destino*, etc., etc., resulta que las gentes cortas de alcances califican las *Doloras* de escépticas.

Y por cierto que al consignar esta frase se renueva en mí una herida, por la cual mi corazón brota sangre todavía. La última vez que estuve en mi país natal, un cierto cacique, á propósito de mis primeras *Doloras*, ejerciendo un magisterio oficioso y desleal, hizo creer á gentes que sabían que me había educado en el santo temor de Dios, que yo era un verdadero *escéptico*. Dando á esta palabra un sentido que no tiene, algunas de las personas que habían sido el amor y la alegría de mi infancia me recibieron con esa frialdad con que hasta las almas piadosas suelen mirar á los tildados de un poco réprobos. No nombro al don Basilio corredor de la calumnia, porque sé que después, con más ilustración, se arrepintió del mal que me había hecho cubriendo con aquella sombra negra la historia de mi vida.

¡Escépticas algunas *Doloras!* Tal vez, pero esto ¿quién lo dice? Lo dicen precisamente esos pesimistas por ignoran-

cia que, castrando la naturaleza, quisieran convertir la castidad absoluta en una virtud que desterrase esta maldita raza humana de esta maldecida haz de la tierra. Lo dicen esos pesimistas que, tomando en sentido más brutal y más burdo la idea de que este mundo es un *valle de lágrimas*, quieren hacer de la tristeza la atmósfera del alma, y de una mortificación supersticiosa, estéril y mortífera, el único ejercicio de los sentidos. Pero no quiero engañarme ni engañar á nadie.

Ya sé que desde el momento en que se prescinde de esa creencia vulgar de que la literatura debe reducirse á ser la expresión superficial y externa y no ocuparse para nada del fondo de las ideas, el horizonte de las letras se turba más cuanto más se agranda. Hoy el artista que, prescindiendo de los metros y de las bagatelas exteriores de la forma, mire al fondo del alma humana y estudie las condiciones de su destino, hallará inevitablemente un cierto pesimismo que es inherente á la naturaleza material y moral de todas las cosas. Por ejemplo, impregna el alma de dudas y confusiones considerar el deber en lucha con las pasiones, la incesante labor á que nos condena la necesidad de buscar el pan nuestro de cada día, los bienes que se esperan y que llegan convertidos en males, lo cómico que se entrelaza con lo trágico, las dichas que entrañan tristezas sin consuelo, la advertencia de Eurípides de que son inútiles nuestros enfados contra las cosas, porque á ellas no les importa nada, la gloria de Salomón que, entre seiscientas mujeres, llama vanidad á la existencia, las enfermedades que, como á Job, nos impelen á maldecir la vida y por fin la muerte como solución de continuidad de todo lo que hemos amado en nuestro tránsito por la tierra.

Pero si sé todo esto, sé también que si estas indicaciones y otras infinitas que podríamos seguir enumerando son problemas pavorosos que hoy el arte no puede menos de tratar de frente, si las letras no han de continuar siendo un juego de niños, tienen en cambio sus compensaciones optimistas en la fe, la esperanza y la caridad, virtudes que bastan por sí solas para fortalecer los espíritus agriados ó abatidos por el dolor de todas las humanidades que Dios pueda crear en lo porvenir en todos los mundos que pueblen el universo. Por consecuencia, si algunas *Doloras* resultan escépticas, en cambio otras adolecen hasta de un exceso de credibilidad; y á un artista no hay derecho para pedirle cuenta de sus ideas, sino de examinar si sus ideas están bien reducidas á imágenes. Un lírico, sin ser ilógico, puede ser escéptico en horas de desaliento y optimista en sus momentos de esperanza. A un artista sólo se le puede exigir que el fondo de sus obras sea esencialmente humano. ¿Cumple el género de las *Doloras* con esta condición?

Una mujer, que pasa por ser muy feliz, me dijo un día: «Si se descorriese una punta del velo que cubre las decepciones del alma de algunas personas que pasamos por dichosas, las *Doloras* (añadía señalando la punta de un precioso dedo meñique) se quedarían así de chiquititas.» Tienes razón, encantadora y discreta Nicolasa..... Comparados con nuestros dramas interiores, las *Doloras* son unos idilios inocentes, unas composiciones casi místicas, tan místicas que, si hubiesen estado inventadas en su tiempo, es incalculable el número de preciosidades literarias que en ese molde hubieran podido vaciar los cerebros de los místicos y, sobre todo, el recto, entusiasta y varonil de Santa Teresa de Jesús.

IX

Los Pequeños Poemas

Y aunque parezca un poco presuntuoso, ¿por qué no he de decir lo que siento? Siéndome antipático el arte por el arte, y el dialecto especial del clasicismo, ha sido mi constante empeño el de llegar al arte por la idea y el de expresar ésta en el lenguaje común, revolucionando el fondo y la forma de la poesía, el fondo con las *Doloras* y la forma con *Los Pequeños Pcemas.*

Sí, no sería del todo franco si no declarase que, al contrario de los críticos al menudeo que por cortedad de miras se declaran amantes *del arte por el arte,* lo cual bien traducido quiere decir que ellos son partidarios de la *insignificancia en el arte*, yo soy apasionado, no de lo que se llama el *arte docente*, sino del *arte por la idea* ó, lo que es lo mismo, del *arte trascendental.*

El *arte por el arte* sólo se ocupa en lo formal, lo particular y transitorio. Y ¿quién duda que es más importante el arte trascendente, el *arte por la idea*, que se ocupa en lo que es esencial, universal y permanente?

Aunque soy tan conservador, ruego que se me perdone si, como digo, he tratado de revolucionar el fondo de la poesía con las *Doloras*, porque desprecio lo insubstancial, y la forma de los versos con *Los Pequeños Poemas*, porque el antiguo lenguaje *erudito* acaba inevitablemente en *culto*, y porque la forma poética tradicional me parece convencional

y falsa, y yo declaro que toda mentira me es del todo insoportable.

Y como á mí se me pide hasta la razón de los títulos de mis obras, se me ha censurado mucho porque no he llamado *Poemitas* á *Los Pequeños Poemas*. No les he llamado poemitas porque el diminutivo da á estas obrillas un carácter de candor infantil de que carecen. Además, ¿por qué se me ha de negar á mí el derecho que se le ha concedido al señor Quintana de llamar á *La Inocencia perdida* de Reinoso, *pequeño* poema?

Si en las *Doloras* el fondo lo es todo, sin que la forma externa entre en ellas como elemento esencial, al escribir *Los Pequeños Poemas,* donde la forma tiene que ser amplia, fácil y natural, me vi en la necesidad de proscribir el antiguo lenguaje poético, en el cual por precisión había que llamar *fúlgido* al sol y *cándida* á la luna.

En el arte no hay más que dos géneros, el substancial y el insubstancial. Por eso he procurado también que en el fondo de *Los Pequeños Poemas,* lo mismo que en las *Doloras,* palpitase algo de lo incondicional absoluto humano.

X

Las ciencias al servicio del arte

Y por cierto que si yo tuviera alguna ilusión literaria, que no tengo, hubiera quedado bien castigado al ver que, si se exceptúa el señor Revilla en sus *Principios Generales de Literatura*, ningún crítico ha observado que, separándome en esto de la generalidad de los demás escritores, sigo un

procedimiento exclusivamente personal, que será bueno ó malo, pero que en mí es idiosincrásico, que es hacer de toda poesía un drama, procurando basar este drama sobre una idea que sea trascendental y que pueda universalizarse.

Yo, que quisiera ser tan feliz como Dante, que se alababa de que *copiaba* á Virgilio, ó como Goethe, cuando tuvo el orgullo de confesar «que él había aceptado y recogido muchas ideas, lo mismo de los que le precedieron que de sus contemporáneos,» me veo en el caso de declarar que jamás he tomado un solo asunto ni una sola idea de ningún poeta, porque lo que ya pertenece á la poesía, no creo que haya necesidad de repetirlo, pero sí insisto en sostener la afirmación de que es menester poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupción de ideas, de frases y de giros que en forma de literatura prosaica, de filosofía y de ciencias naturales van elevando cada vez más el nivel del espíritu humano. Nadie puede calcular lo que podría levantar este nivel intelectual un talento perceptivo, como el de Byron, por ejemplo, que para vestir las ideas madres de sus poemas versificaba trozos enteros de los impresos de su tiempo y copiaba *al pie de la letra* las historias que relataban los incidentes de sus leyendas.

XI

Opiniones sobre las apropiaciones literarias

Y efectivamente, Byron al visitar las ruinas de Grecia, copia las descripciones del *Itinerario*. Las observaciones sobre Roma las toma de *Los Mártires*. «Si fuese cierto, dice

Chateaubriand, que René entrara por algo en el fondo del personaje único puesto en escena bajo diferentes nombres en *Childe-Harold*, *Conrado*, *Lara*, *Manfredo*, el *Giaour;* si por casualidad lord Byron me hubiera hecho vivir con su vida, ¿hubiera tenido la debilidad de no nombrarme jamás?... No hay inteligencia, por favorecida que sea, que no tenga sus suceptibilidades, sus desconfianzas; se quiere guardar el cetro, se teme tener que dividirlo, y vienen á irritar las comparaciones..... La quisquilla que demuestro con el mayor poeta que ha tenido Inglaterra desde Milton, no prueba más que una cosa, el alto aprecio que hubiera dado yo al recuerdo de su musa».

Y continuando, porque es preciso, la reseña de las obras que Byron ha entrado á saco con honra suya, diré que en la descripción y toma del sitio de Ismail versifica lo relatado por el Marqués Gabriel de Castelnau en su *Ensayo acerca de la historia antigua y moderna de la Nueva Rusia,* y otros incidentes, como el de la niña salvada por don Juan, los copia del duque de Richelieu, casi al *pié de la letra*, de la relación de este último en su libro *La Rusia Moderna*. A estas apropiaciones de Byron se les puede aplicar lo que dice Chateaubriand: «Es permitido aprovecharse de las ideas y de las imágenes expresadas en una lengua extranjera para enriquecer la suya: esto se ha visto en todos los siglos y en todos los tiempos. Yo reconozco, sin vacilar, que en mi juventud, *Ossian Merther*, *Les reveries du promeneur solitaire*, *Les Etudes de la Nature*, han podido mezclarse á mis ideas». Y dice el señor Lista: «Estas formas, estas expresiones (en cuya clase entran las alusiones mitológicas), este lenguaje ó conjunto de palabras y frases son el *tesoro común*

de todos los que escriben. El verdadero genio construye con estos materiales templos magníficos; la mediocridad ni aun acierta á colocar bien una choza». Creo, como el señor Lista, que el arte es un organismo á cuya composición deben contribuir todas las ideas. Y esto es tan elemental, que no hay poeta que sea digno de este nombre hasta que, dejando el horizonte limitado de sus ideas propias, entra en la esfera de la vida externa y se asimila toda la parte de los conocimientos humanos necesarios para llevar á cabo las construcciones de sus obras. Expresar las ideas propias es cosa fácil al que las tiene. Lo que es dificilísimo es apropiarse las ideas y los elementos exteriores, porque el hecho es una roca más imposible de mover para un autor que la de Sísifo. Por esto decía el señor Quintana que en poesía nadie sabe lo difícil que es *saber contar*. Y es claro, las ideas y los hechos conocidos tienen una fuerza de inercia tan insuperable, que para moverlos y transfigurarlos de nuevo es menester contar, como Byron, con una energía y una arrogancia titánicas.

Y saliendo de la región de la prosa para entrar en la de la poesía, añadiré que el mismo lord Byron, hablando de Italia, copia también íntegro el famoso soneto de Filicaja, tan perfecto que no lo ha podido hacer olvidar. Tomar ideas aisladas de un prosista, que ni suelen ser ideas por lo insignificantes, ni propiedad del prosista por lo muy repetidas, es cosa bien baladí ante la franqueza de un escritor como Byron que embebe en sus poemas obras perfectas que son el encanto de las letras.

Acusado de plagiario, decía Alfredo de Musset: «Me acusan de que tomo á Byron por modelo. ¿Pues no saben que Byron imitaba á Pulci? Si leen á los italianos verán cómo

los desbalijó. Nada pertenece á nadie, todo pertenece á todos; y es preciso ser un ignorante como un maestro de escuela para formarse la ilusión de que decimos una sola palabra que nadie dijese antes. Hasta el plantar coles es imitar á alguien».

XII

Opinión del señor Menéndez Pelayo

Hablando de Fray Luis de León, dice el sabio académico don Marcelino Menéndez Pelayo:

«El mármol de Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoza todo. Así con piedras de las canteras del Atica labró Andrés Chénier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua, pero bien sabéis que el procedimiento tenia fecha. Error es creer que la *originalidad* consista en las *ideas*. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fray Luis de León y digamos que la tempestad de la oda á Felipe Ruiz se copió de las *Geórgicas* y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la musa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima que se escapa del

análisis; y es que el poeta ha vuelto á sentir y á *vivir* todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio y lo anima con rasgos suyos; y así en la tempestad pone *el carro de Dios ligero y reluciente*, y en la *vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, á la alquería de Pulla ó de Sabinia, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado, ¡Poesía legítima y sincera aunque se haya despertado, por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello, como dijo Platon.»

XIII

Opinión del señor Tamayo

Haciendo la crítica del célebre autor dramático don Manuel Tamayo y Baus, cuyo talento admira y cuyo corazón encanta, dijo cierto censor grosero, de su *Cinco de Agosto*, «que era un *insulso mamarracho*, un engendro *abominable* y ridículo»; y al censurar á *Angela* otro crítico, más grosero todavía, escribió: «Este drama sólo es bueno para representarse en la *plaza de toros*. Su disparatado artificio *remueve* el estómago.» Un periódico acusó de *plagiario* á Tamayo. Este confesó que *Angela* estaba inspirado por un drama de Schiller, y en unas cuantas líneas resumió todas sus teorías sobre la imitación y el plagio de este modo:

«El gran Corneille, al imitar *Las mocedades del Cid,* de Guillén de Castro, pudo decir á su patria: lo que admiras

me pertenece. Racine, nutrido en el estudio de los clásicos antiguos, los imita, no sólo en accidentes secundarios, sino en el plan y fundamentos de sus creaciones. Véase en prueba de esto lo que sucede en *Fedra*, donde hasta suele traducir trozos enteros de Eurípides y de Séneca. Moliére, de tan profundo y vivaz ingenio, imita y traduce también á Plauto y Terencio, pone á contribución á los españoles y exclama: «Tomo lo que me conviene donde quiera que lo encuentro.» Testigos son, entre otras obras, *El Avaro* y *La Princesa d' Elide*. Shakespeare, el más universal, el más original y humano de todos los dramáticos del orbe, apenas tiene obra donde no haya imitado algo de alguien, cuando no ha prestado á los varios acontecimientos de la historia patria reproducidos con prolija exactitud el soplo vivificador de su poderoso numen. Dígalo *El Rey Lear,* copiado casi de *La maravillosa historia de las tres hijas del Rey Lear,* drama de autor semicontemporáneo suyo. Díganlo *Otelo*, cuya fábula sigue paso á paso los de la novela de Giraldi Cintio, *Julieta* y *Romeo*, *imitación* de un poema estrictamente *imitado* de las novelas de Porta y Bandello y, en fin, *El mercader de Venecia*, cuya mejor escena está traducida de la novela cuarta de Giovanni Fiorentino (Pecorone). En España, el pensamiento fundamental de la más grande de las creaciones de Calderón, de *La vida es sueño*, se debe á una novela de Bocaccio. Lope incrusta en sus lozanas comedias los más bellos pensamientos de los líricos griegos y romanos. Moreto refunde y da por suyas en *La ocasión hace al ladrón*, *La villana de Vallecas*, de Tirso; en *El desdén con el desdén*, *Los milagros del desprecio,* de Lope; en *Rey valiente y justiciero*, *El Infanzón de Illescas*, del mismo Tirso, de la que

apenas se desvía y á la que ha debido parte muy principal de su gloria. Esto sin contar los argumentos que se copian y refunden en todos los pueblos y en diferentes edades, como sucede á la historia de *Edipo*, presentada con formas análogas desde Sófocles á Martínez de la Rosa, y á los furores de Medea, iguales casí en Eurípides, Séneca, Corneille, Alfieri, Nicolini, La-Valle y mil otros cuya enumeración fuera ociosa.»

XIV

Opinión del señor Valera

«En Francia, el famoso preceptista Boileau llegó á decir que el poeta que no imite á los antiguos no será imitado de nadie, poniendo así por condición de que un poeta valga algo el que sea imitador de otros.

»No hay autor más innovador, más presumido de original en nuestros Parnasos castellanos que Góngora en *Las soledades* y *El Polifemo*. Ambas obras, no obstante, están llenas de imitaciones como lo prueba don García de Salcedo Coronel en su docto y prolijo comentario.

»Góngora ha copiado de todos los poetas latinos, de muchos griegos y de no pocos italianos, entre los que descuella el Caballero Marini.

»De los poetas de nuestro siglo ¿no se puede decir también que han copiado mucho? Espronceda, por ejemplo, traduce casi de la carta de doña Julia á don Juan, de Byron, la carta de Elvira á don Félix; copia de Beránger la *Can-*

ción del Cosaco, y remeda á Byron en sus digresiones chistosas é impertinentes de *El Diablo Mundo.*

»Acudamos al príncipe de los poetas románticos, al insigne Shakespeare. Acaso no figure otro en toda la caterva de poetas que haya robado con menos escrúpulo cuanto se encontraba á la mano. En los teatros de Londres había multitud de tragedias donde muchos habían escrito. Shakespeare las tomaba, las arreglaba ó refundía; así pasaban por suyas. Los cálculos é investigaciones de Malone demuestran que apenas tiene Shakespeare un solo drama donde todo le pertenezca. En la trilogia de Enrique VI, pongo por caso, de 6.043 versos, 1.771 son de un autor desconocido anterior al gran poeta, 2.373 están arreglados ó corregidos por él sobre los ya compuestos por otros predecesores suyos, y sólo 1.889 son del propio Shakespeare por entero.

»Como otra prueba de este modo de ser gran poeta, tan opuesto á esa originalidad que ahora se requiere, Emerson cita á Chaucer. Chaucer tomó también de todas partes; saqueó á Guido de Colonna, á Dares, á Ovidio, á Estacio, á Bocaccio, á Petrarca y á los poetas provenzales. Su influencia, en cambio, fué grandísima en la posterior literatura inglesa, notándose aún rastros de ella en Pope y en Dryden.

»Platon dice, no recuerdo bien dónde, que los griegos tomaron de todas partes pensamientos, sistemas, ideas, etc.; pero que tuvieron singular habilidad para asimilárselo y apropiárselo y convertirlo todo en la substancia de su fecunda civilización. La Grecia estaba dichosamente situada para realizar este trabajo, cercana y casi rodeada de Egipto, Frigia y Fenicia.

»¿Es más original el Korán? ¿No se podrá decir que

Mahoma plagió mucho de libros judáicos y cristianos?

»Un israelita contemporáneo ha hecho impiamente el análisis del Sermón de la Montaña. Aquella buena nueva, aquella moral inaudita, aquel ideal sublime de la vida humana aparece en el libro del judío Cohen como una colección de sentencias de antiguos sabios y rabinos, donde no hay *nada original* ni *nada nuevo*.

»En los asuntos para la narración, en los argumentos, en la materia épica, los autores se han copiado más aún que en las máximas.

»¿Quién negará que Samaniego ha copiado á Lafontaine, Lafontaine á Fedro, Fedro á Esopo y Esopo, sin saberlo quizá, el *Hitopadesa* y el *Pantchatantra*?

»Con lo legendario sucede lo mismo que con lo mitológico. ¿Qué poeta carece del juicio hasta el punto de ponerse á inventar una leyenda? Él la adornará, la hermoseará con su estilo, pero la leyenda está ya inventada.

»Nada parece más original, para quien no se detiene á pensarlo, que el gran poema de Dante. Ozanan, sin embargo, en su erudito discurso sobre las fuentes poéticas de la *Divina Comedia*, nos presenta un sinnúmero de viajes al infierno de donde pudo tomar y tomó á manos llenas el vate florentino. Ulises baja al infierno en la *Odisea*, y Eneas en la *Eneida*. Dante ha imitado además el *Sueño de Escipión*, la *Visión del abate Giovacchino*, la *Visión de Alberico*, los *Fioretti de San Francesco* y otra infinidad de obras por el estilo que han hecho escribir á Labitte un estudio crítico titulado *La Divina Comedia antes de Dante*.

»Bossuet no tiene un solo movimiento oratorio que no deba á los padres de la Iglesia.

»Ariosto copió, tomó de todas partes para escribir su *Orlando*. Y no sólo puso en él *tutta la romanzeria,* sino que imitó y tradujo las fábulas, las descripciones y los pensamientos de los antiguos clásicos.

»La acusación del escocés Lauder contra Milton, tildándole de plagiario, no menoscaba, á mi ver, la gloria del Homero británico, pero, dígase en contra cuantas sutilezas se pueda inventar, es evidente que Milton copió á Masenius, y no sólo á Masenius, sino á otros autores, como Grotius en su *Adamus exul*, á Taubmann en su *Bellum angelicum*, á Barlaeus, á Ransey y Rosse.

»En cuanto á la ciencia, á la filosofía, á la doctrina que el poeta divulga en sus obras, aún suele ser menor la originalidad.

»En efecto, ¿qué habrá dicho Dante en su admirable poema que no esté ya en Santo Tomás de Aquino, en San Buenaventura, en el Maestro de las sentencias y en tantos otros sabios de la Edad Media?

»Por eso Horacio, Virgilio, Shakespeare, Milton, Garcilaso, Ariosto, Dante y otros muchos, de cuyos plagios pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres, mientras de otros que jamás copiaron nada de nadie no hay sér humano que se acuerde, ó que los lea, ó que leyéndolos los sufra.»

Según observa un ingenioso escritor, todos los grandes épicos empezaban por copiarse unos á otros:

«Homero empezaba:

«¡Canta, oh musa, la cólera de Aquiles!»

»Virgilio daba principio:

«Yo canto la guerra, y el hombre que...»

»Lucano decía:

«Yo canto, más que las guerras civiles, las de la fuerza y el crimen usurpando el lugar del derecho.»

»Otro poeta exclama:

«Yo canto las armas, y el capitán que...»

»Y Torcuato Tasso:

«Yo canto las pías armas, y el capitán...»

»Y Ludovico Ariosto:

«Canto las damas y los caballeros, los combates, el amor...»

»Camoens:

«Las armas y los varones señalados...»

»Ercilla:

«No las armas, no amor, no gentileza.»

»Lope de Vega:

«Canto el valor y las hazañas canto.»

Pero ¿á qué continuar esta interminable relación? Dice el señor Lista:

«No hay ninguno de los poetas de nuestro buen siglo en el cual no haya imitaciones de los antiguos.

»No los censuremos por las riquezas que robaron de otros Parnasos para hacer más copioso el tesoro del nuestro. ¡Cuántas locuciones, cuántos giros poéticos poseemos en nuestra lengua que no existirían si no se hubiesen hecho estos hurtos gloriosos!»

En resumen: hay plagio cuando alguno, con perjuicio de otro, se apropia una invención ajena. En literatura no hay plagio posible. Sólo lo puede haber en las ciencias y en las industrias, porque en éstas, al usurpar una idea ó un invento, es fácil despojar á otro ingenio de la gloria ó de su

provecho. Pero en literatura y en el arte repito que no puede cometerse plagio, porque ó se copia ó se imita. Si se copia, el copista sólo es un amanuense del autor. Si se imita y no se mejora, la idea primitiva subsiste en toda su intensidad. Si se imita mejorando, entonces la idea primordial queda, si no muerta, relegada á un lugar secundario, mientras que la idea mejorada entra á figurar en primer término. Un pensamiento sublimado es como un hombre humilde á quien el Rey hace noble, y que elevándolo á la categoría de hidalgo se ve respetado y admirado con justicia, por más que todo el mundo conoce á su padre verdadero, que es un *don nadie*. Lòs pensamientos de Virgilio, sacados del lodazal de Ennio, son el hombre ennoblecido. Ennio se quedó siendo lo que era antes de que su hijo Virgilio se elevase á la categoría de hijodalgo, un *don nadie*.

XV

Una frase célebre sobre las apropiaciones

En materia de apropiaciones artísticas siempre se está renovando el espectáculo de las caricaturas que pintan á Moreto y á Moliére buscando papeles y comedias viejas para hacerlas nuevas.

Mas, lo vuelvo á repetir, en literatura puede haber imitaciones, coincidencias ó traducciones, pero nunca *plagios*; porque ó la obra posterior es igual, ó diferente de la anterior. Si es igual, es una copia; y si es diferente, ó es mejor ó es peor; si es peor, subsiste el original; si es mejor, el ori-

ginal muere. Según dice Víctor Hugo, si en literatura es malo robar, es meritorio robar y *matar*.

Y ya que no se quiere ó no se puede entender lo que es lícito y lo que no lo es en la apropiación de los pensamientos ajenos, lo explicaré con un ejemplo.

Para pintarnos la omnipotencia de Dios, Lope de Vega dice maravillosamente:

«El que freno dió al mar de blanda arena.»

Esto es sublime.

Viene Racine, y ya enerva el pensamiento diciendo:

«Celui qui met un frein á la fureur des flots.»

Esto aún es bueno, pero inferior al original.

Pero llega en nuestros días el señor Martínez de la Rosa, y echa á perder el pensamiento del modo siguiente:

«Dios al bravo mar enfrena
Con muro de leve arena.»

Aquí se ve lo que no es lícito, porque lo sublime se rebaja hasta hacerlo vulgar.

Pero haciendo la operación inversa, veamos lo que es lícito.

Si Lope de Vega hubiese dicho:

«Dios al bravo mar enfrena
Con muro de leve arena,»

y Racine hubiese mejorado el pensamiento, diciendo:

«Celui qui met un frein á la fureur des flots,»

y, por último, Martínez de la Rosa hubiese acabado por magnificar el pensamiento, diciendo:

«*El que freno dió al mar de blanda arena,*»

el pensamiento sería del último y no de los dos primeros.

Y he aquí, en materia de apropiaciones literarias, lo que es verdaderamente original, lo que es lícito y lo que no es lícito.

XVI

Conjunto de la obra artística

Aunque en realidad la verdadera criginalidad sólo consiste en la reverberación del carácter personal de un autor, se puede decir que hay dos originalidades, una pequeña y otra grande; la empírica y la sintética; la de los pensamientos secundarios y la de las ideas madres; la originalidad de las ideas de relleno y la de los pensamientos de construcción.

Aunque Dante se ha olvidado de poner en práctica en su infierno el mayor de los tormentos, que es el de condenar á un escritor á escuchar sus propios versos, por no sujetarme á este castigo un dia en que tenía que ausentarme de Madrid estando imprimiéndose uno de mis poemas, por no tener que volver á leer mis versos, dejé encargado á nuestro difunto amigo el señor Puente y Brañas y al señor don Manuel del Palacio, que guarde Dios muchos años para honor de la poesía castiza, que al corregir las pruebas reformasen, quitasen y añadiesen todos los versos que les pareciesen malos ó in-

correctos. Á la vuelta de mi viaje se me olvidó preguntarles si variaron pocos ó muchos. Pero supongamos que los han variado todos. ¿Qué parte me quedaría á mí entonces en el poema corregido? Toda.

Para mí la obra artística, además de la unidad en la variedad, ha de tener un argumento, con su exposición, su nudo y su desenlace.

¿Qué importaría que en el poema corregido los pensamientos aislados fuesen del señor Puente y Brañas ó del señor Palacio, si el fondo del poema era mío? No importa nada. Una obra artística se ha de juzgar por la novedad del asunto, la regularidad del plan, el método con que este plan es conducido á su objeto y la finalidad trascendente con que ha sido concluído el asunto. Si mis compañeros me hubiesen regalado el ropaje necesario para vestir todo el poema, éste, como la nave de Colchos, siempre conservaría la forma primitiva, la idea substancial con que habría sido concebido. Pero los empíricos de la crítica no quieren, no pueden ó no saben prescindir de lo insignificante y penetrar en el fondo esencial del arte.

XVII

Modos de apropiación de Quintana y de Herrera

He indicado, y me ratifico en ello, que se debe dar poca importancia á los pensamientos secundarios de una composición, reservándola especialmente para la idea matriz.

Con este motivo recuerdo que el P. Vélez, con el principal objeto de acusar á Quintana de irreligioso, insinúa la

censura de que ha convertido en versos suyos la prosa de Federico el Grande. Y aunque «son las mismas palabras, el mismo estilo», como dice el P. Vélez, éste no cayó ni por un momento en que á Quintana, aun en caso afirmativo, le pertenecería por completo la originalidad, por haber convertido las ideas y expresiones del Rey filósofo en *obra artística*. Y es inútil que el P. Vélez acuse al poeta, repitiendo que «las expresiones de Federico son idénticas á las del canto del señor Quintana». Las frases del Rey filósofo podrán vivir ó morir pronto, según sea su mérito, y la crítica del P. Vélez será olvidada por necia, pero el canto del señor Quintana será eterno como su nombre, y le pertenecerán las ideas que se ha apropiado del gran Federico por haberlas expresado mejor que él, pues como dice muy bien el señor Cánovas del Castillo, discípulo y admirador de Quintana, «nadie tiene como suyo sino lo que ha dicho como nadie».

El divino Fernando de Herrera, que para mí sería mucho más divino si fuese un poco más humano, ha escrito dos de sus más celebradas canciones, la de *A la pérdida del Rey D. Sebastián* y la de *A la batalla de Lepanto,* copiando de la literatura hebrea, en la segunda de dichas canciones, todas las frases y versos que pongo en letra bastardilla:

«*cantemos al Señor*, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra».
«*Sus escogidos* príncipes cubrieron
los abismos del mar, y *descendieron*
cual piedra en el profundo; y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego».
«Derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima».

«bebiendo ajenas aguas»
«temblaron los pequeños, confundidos
del impío furor suyo. *alzó la frente*
contra ti, Señor Dios...
y los armados brazos extendidos,
movió el erado cuello aquel potente;
cercó su corazón de ardiente saña...» etc.

No traslado más, porque me canso de copiar una cosa tan árida, pero todas las estrofas se hallan empedradas de igual número de hebraísmos.

Al copiar una de estas canciones, dice el señor don Alberto Lista: «¿Por qué no escribió más que dos composiciones de esta clase? Estas dos obras son de lo más clásico de nuestra poesía y de las más dignas de estudiarse».—Estas ideas y frases tomadas por Quintana y por Herrera, después de fundidas en el molde de su concepción artística, son suyas, y tan suyas como aquellos centenares de millones, fruto de sus conquistas que tenía Napoleón en un sótano de las Tullerías y de los cuales decía:—«Son míos y tan míos que sólo constan en un libro de memorias de mi secretario particular».—El oro de las frases de Quintana dejará las del gran Federico convertidas en una escoria vulgar; y si Herrera no mata las de los libros hebreos será porque son la expresión de la palabra viva de Dios.

El jesuita español Eximeno ha dicho «que la riqueza de las lenguas nace del número de las ideas que se introducen en un pueblo. Las naciones libres adquieren continuamente nuevas ideas y por lo tanto enriquecen su lengua de frases y de palabras nuevas».

Todo esto, aunque le pareciese bien al señor Lista, supongo que les parecerá mal á los corredores literarios intru-

sos que, equivocando la contratación fraudulenta con el trabajo lícito, quieren alejar del comercio literario á esos indianos ricos, como Herrera que, después de exploraciones arriesgadas, vuelven de países lejanos cargados de riquezas.

Los elementos dispersos que se apropian para sintetizarlos no quitan nada al mérito de la obra artística. Un escultor recibe un pedazo de mármol para hacer una Venus.—¿Está hecha?—Sí.—¿Qué es lo que pertenece al que dió el mármol?—Nada.—¿Qué es lo que pertenece al artista?—Todo.

XVIII

¿Qué es el plagio?

La metafísica es la ciencia de las ideas; la religión la ciencia de las *ideas* convertidas en *sentimientos* y el arte la ciencia de las ideas convertidas en *imágenes*.

La metafísica es lo verdadero, la religión lo bueno y la estética lo bello.

El arte se subdivide en tantos géneros cuantos son los medios de expresión que existen para pintar imágenes, como son: la palabra prosaica, la frase rítmica, el mármol modelando la línea apropiada, el sonido onomatopéyico. Con todos estos medios de expresión y con muchos más se puede representar una misma idea sin que haya plagio, ni imitación, ni siquiera coincidencia.

Ejemplo:

Un historiador escribe un hecho en *prosa*, un poeta lo

cuenta en verso, un pintor lo dibuja con líneas ó lo pinta con colores, un escultor lo copia en mármol, un músico lo canta en un himno alegórico, y, siendo una misma la idea fundamental y unas mismas las ideas accesorias, resulta que todos estos artistas son originales porque, al describir un mismo objeto, todos usan diferentes medios de expresión.

Rioja, en su *Epístola Moral*, al trasladar al español las ideas de Séneca, hizo una imitación, pero no un plagio.

En las coplas de Jorge Manrique, copiadas de un poeta árabe, no sólo no se cometió un plagio trasladándolas de un idioma á otro, sino que la traducción tiene más carácter original que el original mismo.

Para que haya plagio es menester que, además de la idea fundamental que constituye el conjunto artístico, sea uno mismo el medio de expresión é idéntico el objeto de la obra expresada. Cuando no sean iguales la idea, la expresión y el objeto, no puede haber ni imitación siquiera, porque el medio de expresión es diferente; y así es que ni la poesía puede imitar á la prosa, ni la pintura á la arquitectura, ni la música al ritmo poético, ni la escultura á la pintura.

No es plagio, sino una mala copia, el *Quijote* de Avellaneda, que se vale de los mismos personajes que el de Cervantes, usa el mismo medio de expresión y tiene el mismo objeto. Y no es plagio, copia, ni siquiera imitación, el *Gil Blas de Santillana*, aunque está compuesto de retazos de Espinel, de Guevara, de Mateo Alemán y de otros, porque aunque las ideas y los incidentes se hallan copiados de obras españolas, el medio de expresión, aunque es prosa, es prosa de idioma diferente, y el conjunto de la obra artística es composición de Lesage, y del todo resulta una novela original

en la cual hasta lo tomado del español aparece con la marca de fábrica francesa.

Un poeta puede imitar á otro poeta, pero no puede ni plagiar ni imitar á un prosista, aunque copie las mismas ideas con las mismas palabras. ¿Por qué? Porque la poesía y la prosa son dos artes diferentes.

Amor, llora conmigo la pena mia, es una expresión vaga que han dicho todos los prosistas elegiacos y que no se vuelve á recordar después de oída. Pero cuando se escribe esto en verso, con sólo posponer una palabra, como lo hizo Herrera, dejando la misma idea y usando las mismas expresiones, resulta lo siguiente:

Llora conmigo, Amor, la pena mia

cuya oración por lo escultural, lo rítmica y lo pintoresca ya no se puede olvidar jamás.

Dumas, imitando á Molière, decía: «Yo tomo lo mío donde quiera que lo encuentro». Y es que todas las ideas y frases que se relacionan con el sistema literario de un autor son suyas y caen dentro del terreno de su jurisdicción. Decía Platon: «Pensar es recordar», pero es menester añadir además que «pensar es transfigurar».

Todas las ideas están sacadas de la cantera de la metafísica y, sin embargo, al ser transformadas por el sentimiento, la razón ó la imaginación, se convierten en religiosas, morales ó estéticas.

Por ejemplo: supuesta una Providencia remuneradora, dice la metafísica: *Dios premia el trabajo*. La religión transfigura la idea en sentimiento y repite: *ganarás el pan con el sudor de tu frente*. Viene luego la moral haciendo de la

idea un precepto, y añade: *hacienda, tu amo te vea*. El arte, por fin, convierte la idea en imagen, y en un proverbio árabe concluye diciendo: *La heredad dice á su dueño: hazme ver tu sombra*.

He aquí la genealogía completa de una idea que, siendo de *necesidad lógica* en metafísica, es *pintoresca* en religión, *bella* en moral y en el arte *encantadora*.

Parece imposible que haya necesidad de explicar cosas tan comunes á críticos que presumen de sabios y que más bien dan lugar á que se crea que han estudiado humanidades en alguna universidad del Congo.

CAPÍTULO IV

ASUNTOS DIGNOS DEL ARTE

A un artista no se le puede pedir en sus composiciones más que su idea y su estilo, y, generalmente, para ser grande le basta sólo su estilo. Pero yo en esta parte disiento del modo común de pensar, y dándole al escritor la libertad de adoptar las ideas suplementarias que tenga por conveniente, diciendo en verso—buenos días tenga usted,—lo mismo que lo hacen en prosa los demás mortales, creo que todo artista está obligado á sintetizar en su pensamiento fundamental los pensamientos accesorios. El asunto es la espina dorsal del cuerpo de una obra.

Ha de haber una idea clave, sin la cual la obra artística se vendría abajo. Versificar ideas todas iguales en importancia, sin categorías, sin someterlas á un principio único de concepción, es hacinar, pero no es componer; es formar un montón de piedras informes, sin ensambladura ni objeto arquitectural.

Decía Rafael que sacaba el modelo de todas sus vírgenes —«de una *cierta idea*».—Esa cierta idea de Rafael es el asunto, es la idea cierta que debe tener el artista para que sirva de base á todos sus pensamientos.

Según Santo Tomás, «el hombre piensa más cuantas menos ideas más generales tiene, hasta llegar á Dios, que todo lo ve con una sola idea». Y así como en el orden intelectual hay una verdad de la cual dimanan todas las verda-

des, el genio, en la vida práctica, consiste en poseer el secreto de hacer depender de una sola idea lo que otros tienen vinculado en muchas. La táctica con que Napoleón vencía á sus contrarios, consistía en lo siguiente: «Ser más fuerte que el enemigo en un punto dado».—Esta es la idea matriz que explica y determina todos sus movimientos estratégicos. De una sola idea se puede deducir millones de hechos, aunque con un millón de hechos no pueda explicar ni una sola idea.

Nuestros clásicos, en general, adolecen de un defecto que han heredado de Petrarca, que es el de hacer poesías sin asunto, ó escojer asuntos que no tienen ninguno. En este gran poeta las ideas todas son soldados rasos, sin jefe que las mande. En Petrarca los adornos valen tanto como el ídolo que engalanan; son cuadros en perspectiva y sin figuras próximas ni términos lejanos. En este panteísmo de ideas y de frases, el mismo valor tiene una chinela de Laura que Laura misma. Y no habiendo en sus pensamientos jerarquías ni diferencias resulta un caos en el cual Dios es idéntico á las cosas, y, por consiguiente, como todo es igual, todo parece indiferente.

Los que se empeñan en dar importancia á los pensamientos secundarios, es porque no quieren que se investigue en ellos cuál es la idea de construcción. En todos los guijarros del arroyo hay parte de un Escorial; la dificultad y el mérito están en construirlo. Lo primero es el asunto, lo segundo el asunto y lo tercero el asunto. No se pierda de vista que cuando nombro el asunto, quiero decir el argumento y la acción. Y al oir esto se me preguntará:—«Pues qué, ¿hay poetas que han escrito sin asunto?»—Muchos.

Es menester leer doscientas letrillas, por lo menos, para encontrar una con un asunto tan determinado como en esta de Villegas:

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
víle tan congojado,
por tal atrevimiento,
dar mil quejas al viento,
para que al Cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetía:
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía;
ya circular volaba,
ya rastrero corría,
ya, pues, de rama en rama,
al rústico seguía,
y saltando en la grama,
parece que decía:
—dadme, rústico fiero,
mi dulce compañía;—
y que le respondía
el rústico:—No quiero.—

Este pájaro, al cual le roban su nido, esos movimientos convulsivos de desesperación y de ternura que parecen reclamar del labrador el nido profanado, y el áspero, «no quiero» del labrador, forman la historia completa de un amor desventurado. Aquí el asunto es lo principal; la ejecu-

ción, que es admirable, podría desempeñarse de mil maneras distintas.

Componer bien es tener el arte de enlazar un principio á sus consecuencias. Toda verdad secundaria es hija de otra primordial. Así como lo presente entraña lo porvenir, de un asunto bien pensado nacen incidentes múltiples, propios y naturales. Lo principal resuelve por sí mismo lo accesorio.

El origen de las ideas es el origen de las verdades. Un asunto, sobre todo si es abstracto, hay que reducirlo á sensación y convertirlo en imagen y, al esculturarlo, darle carácter humano y después universalizarlo, de modo que, en vez de la causa de un hombre, se dilucide en él, si es posible, la causa de todos los hombres. Toda poesía que sea impersonal, que carezca de asunto, que no sea una historia, que no sea contable, será un rosario de versos más ó menos tolerables, pero esos versos sin cuento serán unas cuentas del rosario sin el hilo interior que las sujete; podrán ser una colección de perlas, pero nunca se podrá formar con ellas un collar.

Cualquier objeto puede ser asunto de versos, pero son pocos los objetos que sirven para asuntos de composición.

Un artista que sabe ver y pensar bien lo visto, realiza lo ideal individualizando las ideas generales, personaliza lo abstracto, echa líneas en lo indefinido, hace particular lo universal y pone de relieve los asuntos de sus obras, realizando lo que se llama *el arte por el arte*. Pero después, si el artista es digno de serlo, hace una operación inversa, y aunque disguste á los idólatras del género llamado por ironía *inocente,* el arte por el arte lo convierte en el *arte por la idea*. ¿De qué manera?

CAPÍTULO V

EL PLAN DE TODA OBRA ARTÍSTICA

I

La poesía no consiste sólo en los buenos versos, sino en los buenos asuntos

Me parece conveniente que el lector no olvide el objeto de esta POÉTICA, que es el de pedir humildemente perdón por algunas fanfarronadas que se me han escapado en el ardor de varias polémicas, y de ratificar algunos juicios que, aunque algo aventurados, á mí, en el fondo, me parecen justos. He dicho y repito que, además de la *invención de los asuntos*, me pertenece por completo en mis obras la manera de sujetarlas á un *plan* determinado. Será un mal sistema, que sólo expongo para disculparme, pero como á mí me parece bueno, aunque algunos lo hallan detestable, porque lo creen difícil, insisto en sostener que toda poesía lírica debe ser un pequeño drama.

Así como Dios todo lo hizo con número, peso y medida, la obra de arte ha de estar planeada de tal modo que la unidad no se pierda en la variedad ni ésta se halle absorbida por la unidad.

Después de inventar la idea generadora, base del asunto,

hay necesidad de dramatizarla, de sujetarla á un plan. Antes de vestir la idea con el ropaje del estilo, ó sea el colorido, es menester hacer el cuadro, dibujar los personajes para pintarlos después, haciendo resaltar en la expresión el objeto para que han sido dibujados y pintados.

Según un crítico francés, que lo copia de Aristóteles, entre los griegos el mayor mérito de una obra consistía en el asunto y en el plan; entre nosotros, al contrario, consiste en el estilo. Si esto es así, que no lo sé, es menester retroceder hasta los griegos. Una poesía debe ser una cosa animada, pintoresca, que hable, si es posible, á los ojos y á la fantasía. No debe ser materia de versos lo que no sea contable. La poesía debe tener la plasticidad de todas las artes, el dibujo y el color de la pintura, lo rítmico de la música, lo escultural de la estatuaria y la unidad en la variedad de la arquitectura. El arte, que es la representación en la tierra de las bellezas del cielo, debe hablar á un tiempo á la inteligencia, al alma y á los sentidos. Cuando alguno me recita versos de nuestros autores clásicos, que ni emanan de un pensamiento fundamental, ni están sujetos á un plan determinado, haciendo lo que los jugadores de manos que sacan de la boca cintas de una largura interminable, me hago las preguntas siguientes: ¿Por qué causa habrá empezado y con qué motivo concluirá?

He aquí un precioso ejemplo del modo de planear un asunto:

. . . .
éste, con llorosos ojos,
mirando estaba Belardo,
porque fué un tiempo su gloria,
como ahora es su cuidado.

vió de dos tórtolas bellas
tejido un nido en lo alto,
y que con arrullos roncos
los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
y esparció en el aire vano
ramas, tórtolas y nido,
diciendo alegre y ufano:
—«dejad la dulce acogida:
que la que el Amor me dió,
envidia me la quitó,
y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
pues que se perdió la mía:
que no ha de haber compañía
donde está mi soledad.»—
Esto diciendo el pastor,
desde el tronco está mirando
á dónde irán á parar
los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
otra vez se están besando;
admiróse, y prosiguió,
olvidado de su llanto:
—«voluntades que avasallas,
amor, con tu fuerza y arte,
¿quién habrá que las aparte,
si apartallas es juntallas?
pues que del nido os eché,
y ya tenéis compañía,
quiero esperar que algún día
con Filis me juntaré» ..

¡Qué asunto tan bello y qué primorosamente está planeado!

La gran dificultad del arte consiste en hacer perceptible un orden de ideas abstractas bajo símbolos tangibles y animados. El apólogo que suele representar una máxima moral

expuesta en un drama con personajes que se mueven, siempre será un género de literatura admirable. La fábula de la lechera vale más que todas las odas, elegías y poemas que se han escrito y que se escribirán sobre la ruina de las ilusiones humanas. El arte es enemigo de las abstracciones y gusta mucho de estar representado por personas que vivan, piensen y sientan. Lo que se impersonaliza se evapora.

Hay en todo asunto una parte iluminada que es menester poner á la vista del lector al formar el plan de una obra, y otra parte obscura, de la cual es bueno prescindir por completo.

Para inventar los asuntos hay que ver bien y para plantearlos pensar bien lo visto.

La naturaleza se ha dicho que no es más que la letra pintada; la sensación la vé, la inteligencia la piensa, la imaginación la pinta, y hé aquí el arte. En el drama de la Creación todo está escrito por Dios con tinta simpática. No hay más que aplicar el reactivo y sacarlo á luz. El mayor artista es el mejor traductor de las obras de Dios.

II

¿Qué es arte?

Arte [a] es convertir en *imágenes* las ideas y los sentimientos. Para conseguir este objeto la *poesía* se vale de la *palabra,* la *música* del *sonido,* la *pintura* del *color,* la *arqui-*

(a) Este párrafo está añadido en la segunda edición.

tectura de la *línea*, la *escultura* de la *forma*, la *mímica* del *gesto;* etc., etc.

El arte no puede tener más que tres caracteres: el *ontológico*, cuando pinta el mundo *superior;* el *cosmológico*, cuando copia el mundo exterior y el psicológico, cuando exterioriza el mundo *interior*.

El arte consiste en realizar ideas por medio de *imágenes*. El arte es *idealista* cuando las imágenes se aplican á ideas, *realista* cuando se aplican á cosas y *naturalista* cuando las imágenes se aplican á cosas que no rebasan la esfera de los sentidos.

El amor en teoría es *idealista;* el amor en acto, descrito bajo un velo, es *realista* y pintado al desnudo *naturalista*. Don Juan amando á Julia, es *idealista;* acudiendo á una cita de amor es *realista* y es *naturalista* el cuadro de los zapatos de don Juan que el marido de Julia halla debajo de la cama de ésta.

Job es *idealista* cuando espera en Dios, *realista* cuando maldice la vida y *naturalista* cuando cuenta que se limpiaba la lepra con el borde de una teja.

CAPÍTULO VI

LO UNIVERSAL EN EL ARTE

Ya hemos convenido en que yo tengo el deber de dar, y el público derecho de saber, el por qué de mis afirmaciones y negaciones literarias y, por consiguiente, necesito decir que, después de inventado y dramatizado un asunto, hay que probar la necesidad de imprimirle un carácter general y transcendente.

Así como toda palabra tiene una faceta brillante que es menester, al engarzarla en el verso, ponerla hacia la luz; toda idea, aunque sea empírica, entrañando algo de lo general, tiene una caída hacia lo infinito y es necesario colocarla de ese lado para que, haciendo de idea matriz, sirva de asunto á toda composición.

Hay cerebros completamente refractarios á la comprensión de nada universal, y éstos creen que la misión del poeta se hace más difícil cuando la crítica les obliga á no cultivar el arte sólo por el arte, sino que además hay que añadir al arte alguna idea. En esto tienen razón, porque para lo segundo no basta que el escritor sea poeta, sino que además ha de ser hombre de ciencia ó, por lo menos, erudito. Exis-

te la preocupación de que los conocimientos ajenos á la estética perjudican al artista, pero, lejos de ser así, se nota que los artistas, cuanto más estudiosos son, poseen más novedad y tienen más variedad y grandeza en sus invenciones. Y esto es natural, porque nunca se comprende tan bien lo particular como cuando se mira desde un punto de vista general.

Los artistas deben encarnarse en su tiempo por medio de afecciones literarias y vínculos históricos, asociando á sus asuntos los modos de decir y de pensar hijos de las circunstancias. Cada siglo tiene su corriente de ideas que le son propias y que, al vestirse, toman el traje de moda de su tiempo. El corsé higiénico moderno no sé si viste mejor, pero de seguro da más facilidad á los movimientos que la vieja cotilla de nuestras abuelas.

Es cierto que los antiguos poetámbulos tendieron más á ocuparse de lo pasado y de lo porvenir, que en las necesidades de lo presente. Al pasado y porvenir se les puede calumniar, sin que aquél se queje, ni éste pueda hablar todavía, pero el fotografiar lo presente ofrece la dificultad de que todos los lectores se erigen en jueces sobre el parecido de las cosas pintadas. Este inconveniente es lo que hace que hayan abundado tanto los cantores épicos ó legendarios y los poetas visionarios, porque, como dice la copla,

El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir;
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.

Pero la poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los proble-

mas propios de su época. En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilan, y hay que seguir su impulso si no se quiere parecer anacrónico. Los incidentes y las ideas de la *Iliada* y de la *Eneida* no sólo no son asimilables, pero ni siquiera son concebibles en nuestra moderna vida europea.

No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro.

CAPÍTULO VII

EL PAGANISMO EN EL ARTE

I

Sensualismo en el arte

Pero antes de entrar en la cuestión del objetivo en las letras, conviene hablar algo de lo que, aunque no en toda la extensión de la frase, llamaremos el paganismo en el arte.

Existe una mojigatocracia literaria que convierte en pecado mortal, así el uso de un neologismo, como la exhibición de una estatua.

Ya he dicho en otra parte que á un autor se le puede exigir que sea decoroso en la expresión de sus pensamientos, pero hacerle renunciar á la descripción de escenas escépticas ó atrevidas, que puedan ser más ó menos arriesgadas, sería desterrar del imperio del arte una de las fuentes más ricas de inspiración y de pasiones. En esta parte, la gazmoñería moderna, queriendo tener á una sociedad en Babia, es de lo más remilgado y más hipócrita que ha habido en ninguna época del mundo. Porque hoy no se describan las Cammas, los Edipos y las Fedras, ¿dejarán de ser eternamente tipos ciertos, aunque desastrosos, de las aberraciones á que llega la humana naturaleza? Ciertamente que en la pintura de las

pasiones es muy cómodo huir de las dificultades, suprimir en el alma la duda y las exageraciones, y dejar de describir lo más difícil de la vida por razones de conveniencia ó de decoro, pero, contando con el pudor, á cuyo sentimiento no se puede faltar impunemente, es menester que todo lo que es propio de nuestra naturaleza moral se cuente, que el hombre no deje de ser nunca un representante de las pasiones y de la inteligencia, y no se reduzca á un sér neutro, sin capacidad física, intelectual ni moral; término incoloro á que tienden á limitar al hombre todos los entendimientos vulgares. Además, un gran escritor siempre sabe y puede hablar de todo con decoro, aunque esto pueda tener el inconveniente de que los imitadores lleven el arte á un realismo demasiado empírico, que, desempeñado con poco ingenio, llegaría á ser intolerable.

Yo no soy de los que creen que el pudor en las mujeres no es más que el miedo que tienen de que no se las halle bastante hermosas; ni soy del parecer de Schopenhauer, que dice que, como dar la vida es perpetuar el mal en la tierra, el pudor es la vergüenza que siente el traidor que se dispone á cometer un crimen en la sombra. No: el pudor es una cualidad moral que compensa y casi santifica ciertas debilidades de nuestra flaca naturaleza. Por lo mismo no creo tampoco que las mujeres, verdaderas propagadoras del cristianismo, son la *imagen del pecado*. Yo bien sé que esto lo dicen, aunque no lo creen, los que, convirtiendo la hipocresía en la primera de las virtudes, predican en materias de amor una moral tan restricta, que pretenden reducir al hombre á la condición de eunuco. Afortunadamente, estudiada la cuestión á fondo, resulta que en esta parte no hacen más que imitar

la conducta del escéptico de Atenas que decía; «Yo de un modo hablo en la escuela, y de otro modo me compongo en casa.»

Cuando un artista tiene repugnancia en ocuparse en asuntos femeniles, podéis asegurar que es un talento vulgar que, no comprendiendo lo espiritual, teme caer en la torpeza de lo carnal. Nada prueba tanto el buen sentido de un artista cómo cuando marcha con seguridad por esa senda escabrosa que separa lo galante de lo peligroso. No hay pintura más obscena que aquel beso que Pablo da á Francisca *en la boca*. Los autores modernos hubiéramos dado ese beso en los *labios*, en la *mejilla* ó en la *frente*, y el episodio entonces desaparecería, echando un jarro de agua fría sobre el poema. Cuando después, leyendo, se atraviesa el Paraíso, no se siente una emoción tan divina como la que causa aquel beso *en la boca*, que lleva al infierno al que lo da y á la que lo recibe.

La santurronería inglesa, traída al continente con los anatemas lanzados contra Byron, nos ha contagiado hasta á los mismos católicos, haciéndonos tener más antipatía á la diosa Venus que á la diosa Razón.

Como en buena lógica lo absurdo de los principios se conoce por su ampliación, la continencia ilimitada ha sido proclamada como dogma religioso por alguna de las sectas de los actuales nihilistas que se proponen concluir con el mundo por medio de una castidad absoluta.

El bello *desnudo* es el enemigo de la voluptuosidad. Es más dado á tentaciones el velo exagerado de una monja que el traje corto de una bailarina.

En la poesía, en la pintura, en la escultura, no hay nada más difícil que el desnudo vestido, que esa gracia de los

grandes artistas de echar paños sobre la forma para que se adivine mejor lo que se oculta más.

La belleza es un ángel que no tiene sexo.

No hay que exagerar los puritanismos mojigatos, porque éstos son los que, como en Inglaterra en tiempo de la restauración, producen las reacciones deshonestas. Si la moral demasiado fácil hiere á las costumbres, cuando es muy intransigente irrita á la naturaleza.

La mujer, objeto el más bello de la creación, es una estatua viva sobre la cual el arte tiene fueros y derechos imprescriptibles.

Una belleza nunca puede ser objeto de escándalo, porque en ella lo material siempre parece que está envuelto en cierta nube de luz.

Es ya opinión común la de que un solo cabello de mujer, por efecto de una natural asociación de ideas, hace vibrar en toda su extensión esa cadena eléctrica de penas y de ternuras que une el fin y el principio de la vida humana. En el dibujo de la mano de una mujer hay más poesía que en la cabeza de Apolo, más amor que en un jardín de flores en un día de primavera, más vida que en una nube cuajada de nidos de ángeles, y más recato que en un templo. Y ¿por qué la emoción que causa el contorno de esa mano de mujer no es una sensación de placer, como suponen algunos timoratos inconscientes, sino que es un sentimiento mezclado de ternura, de belleza y de santidad? Porque esa mano nos recuerda aquella que nos ha sostenido en la niñez, que nos ha acariciado en la juventud, que cerrará nuestros párpados el día de la muerte y que, separando las nieblas de la eternidad, nos ayudará á subir á lo alto de los cielos.

Es inútil querer remediar lo que afortunadamente es irremediable. La vida va llamando siempre á las puertas de la vida, hasta que se le abren, sin llamar, las puertas de la muerte. Suprimid el paganismo artístico y despoetizaréis el mundo.

Personas que se creen discretas aseguran que no se debe escribir libros que no puedan estar en manos de la inocencia. ¡Ilusiones de niños grandes! Para la inocencia no se ha escrito, no se escribe, ni se puede escribir nada. En cualquier cuento de niños tienen que ir incluídas las palabras padre y madre. ¿Qué contestarían esas personas que se creen discretas al niño que preguntaba: «¿qué es ser padre y qué es ser madre?»

Hay un axioma que dice que «las gracias nunca están bastante *desnudas*». Pero esto se suele entender sólo con los autores muertos, porque para los vivos existe una rigidez que les impide hasta la aplicación metafórica de esta máxima.

Hermosilla, crítico de la familia de los roedores, censuraba á Meléndez porque en su oda á la paloma la pedía un beso, mínimo pecado de antojo zoológico, que don Juan Nicasio Gallego disculpaba, por comparación, haciendo notar el atrevimiento de Moratín, que era el ídolo de Hermosilla, y que á una ninfa de carne y hueso la pedía, no un beso, sino los *últimos favores*.

Estos *últimos favores de Moratín* y la tristeza de aquella niña de Meléndez,

que yendo á buscar flores,
perdió la que tenía,

son unas licencias sin mérito que, figurando como modelos

en las colecciones de nuestros clásicos, siempre hallan quien las disculpe en autores muertos, pero en tratándose de escritores vivos, en los cuales nunca se podrían rebuscar libertades tan vulgares, entonces los calumnian por lo bajo ciertos ascetas por industria que nunca oyen hablar de los encantos de una mujer sin aparentar que se escandalizan, olvidándose de que son herederos de las tradiciones de aquellos castos varones que leían, y que leen todavía, sin que se les levante el estómago de asco, los amores de los Virgilios y los Teócritos, consagrados á unos Alexis, cuyo solo recuerdo rebaja al hombre á la condición del subbruto.

Los mojigatos de la honestidad me hacen el mismo efecto que los remilgos de algunas beatas de provincia que hacen asco de nombrar el beso, al mismo tiempo que están besando el hocico de un perro. También esto me recuerda unas buenas religiosas á quienes,—señalándome los apólogos que no dejaban leer á las niñas de su colegio—tuve que hacer notar la contradicción en que caían dejándoles leer unas vidas de santos, en las cuales la deshonestidad rivalizaba con la grosería.

Uno de los amigos más buenos que yo he tenido y que siempre me aconsejaba que tuviese mucho cuidado con las pinturas amorosas, con un candor angelical tradujo y publicó aquel pasaje de uno de los capítulos de los proverbios de Salomón, en el cual «una mujer se echa resueltamente á la calle, encuentra al joven con el cual ha jurado cumplir sus ansias, le echa los brazos, lo besa, se lo lleva y se embriagan los dos de amores hasta la mañana, porque el marido no estaba en casa.»

Otro amigo mío, que cree que en las letras se debía des-

terrar á las mujeres de todo comercio humano, ya me ha hecho aprender de memoria, á fuerza de oírsela recitar, la pintura de aquella Emperatriz

cuando cansada se iba mas no harta...

y cuyos versos no me atrevo á trasladar por razones de decoro fáciles de comprender, y de cuya descripción el señor Quintana asegura que, en esta pintura de los desórdenes de Mesalina, Quevedo no iguala todavía en vigor á Juvenal. Cuando se lee estas cosas en los libros santos, en las colecciones clásicas y en las obras de autores que pasan justamente por meticulosos, casi parece una injusticia que á ciertos autores modernos no nos reserve la crítica para el porvenir un rinconcito en un altar.

II (a)

El realismo Helénico y el realismo Bíblico

La poesía bíblica, que anda en manos de todos como un modelo de religiosidad, no es, como el paganismo, el desnudo en estado de pasividad, sino que es el desnudo en acción. Véanse algunas estrofas parafraseadas en español por el más místico de nuestros poetas:

Allí me dió su pecho,

(a) Los números 2 y 3, son añadidos á la segunda edición.—(Valencia, 1890.)

allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le dí de hecho
á mí sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.

. . . .

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada,
allí te dí la mano
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

. . . .

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

Francamente; sea cualquiera el simbolismo con que se quiera velar la significación de estas estrofas, es menester confesar que pocos autores modernos han podido llegar á la expresión de estas naturalidades tan sumamente naturalistas.

Y es que nuestros críticos patriarcales son como los niños; llegan hasta el escándalo por exceso de candor.

A un beato muy definidor de textos bíblicos, le preguntó un curioso la razón histórica del tipo equívoco y moralmente soslayado del ama de cura, y le contestó: «que eso se explicaba perfectamente porque también Abraham se dejaba servir por sus criadas.» Esta clase de moralistas que suelen explicar la Biblia por detrás de la Iglesia para tomar por tipos de virtud algunos entes que, si vivieran hoy, la mayor parte de ellos estarían en presidio, son los que siempre tienen preparada una hoja de parra para taparnos la boca con ella á todos los cristianos bien educados que si pronunciásemos una frase inculta nos quemaría los labios.

Y no es que me espante de la desnudez paradisiaca de estas escenas judáicas, sino que lo que yo quisiera es que la tolerancia se hiciese extensiva á la plasticidad pagana y que no se empeñasen en arrojar á puntapiés del Olimpo á la diosa de la hermosura algunos gazmoños que, apoyándose en textos que no comprenden, toman el moralismo por especulación, y suelen ser unos hipócritas á la manera de aquella mujer espiritual que, mostrando un helado, decía: «¡Qué cosa tan rica! ¡lástima que no sea pecado!» Estos pérfidos parece que quieren aumentar el número de objetos prohibidos para agrandar la lista de las tentaciones.

Como decía aquel rey galante: ¡Mal haya quien mal piense! No hay cosa que más despierte la sensualidad que un pudor fingido. Una Venus con taparrabos no sería una diosa, sino una bayadera desarrapada.

La desenvoltura más descarada consiste en el encogimiento provocativo.

Se ha observado que ciertas cosas sólo son deshonestas en pueblos que pasan de diez mil almas. En las aldeas los pechos son biberones de carne destinados á alimentar á los niños, y los pies y las piernas son objetos que sólo sirven para andar.

Se cuenta que Monseñor Dupanloup fué á visitar el taller de un escultor de moda.

Este, así que oyó anunciar al arzobispo, le dijo á su modelo:

—Escóndete detrás de aquella cortina.

Monseñor entró y vió detrás de la cortina unos pies preciosos.

—¿Quién hay ahí?—dijo.

—Dispense vuestra eminencia, es la modelo, y como estaba un poco desnuda.....

—¿Un poco, ó del todo?

—¡La verdad, señor, del todo!

—¡Que salga, que salga! En el arte el desnudo es un traje como otro cualquiera...

III

La crítica mojigata

Pero ¡Santo Dios! ¿cuándo podré conseguir que me deje en paz la crítica de los mojigatos que confunden la religiosidad con los ritos discrecionales, con los aparatos de oficio, con esa liturgia desnaturalizada por los sacristanes?

A los que tenemos el sentimiento de la divinidad nos causan una repugnancia invencible esos fanatismos de vieja fea, que consisten en la idolatría exclusiva de chucherías físicas y morales. «Los adoradores que el Padre busca son los que le adoran en espíritu y en verdad.»

Hay una casta de religiosos sin religiosidad que en seguida que ven que sale á luz alguna obra mía, creyendo sin duda que las fulguraciones del humorismo son chispas de las fraguas del infierno, afilan los dientes, me muerden, y creo que hasta me devoran. Si fuese cierto, como aseguran los seleccionistas inversos, que todos los hombres somos la evolución detenida de alguna bestia futura, yo acabaría por ser un cordero y ellos unos lobos.

Y la verdad es que esta prevención, no contra lo que yo

digo, sino contra lo que suponen que yo quiero decir, es más que una convicción, un contagio. Los gurruminos del arte, ciertos poetas sin numen y algunos críticos que ignoran lo que es numen en los poetas, llamando *quintaesenciado* á todo lo que no es tonto, porque yo me atrevo á exigir en las obras de arte sinceridad en el fondo y en la forma, algo de plan y un poco de trascendencia, me tienen por un escritor peligroso, y rascando con la uña cada uno de mis versos dicen mostrando los huecos de las rozaduras: «Por aquí se ve el coco.»

Estos sabuesos guardadores de una Arcadia tradicional donde las flores huelen á moho como si estuviesen hechas de trapos viejos, azuzan con su ejemplo á los perdigueros de las alquerías inmediatas, y poniéndose todos al rastro de lo especulativo, ventean y ventean, y á fuerza de olisquear creen ver en mis versos algunas picardigüelas recónditas con tanta sagacidad como la de aquel diplomático que adivinaba las intenciones de Inglaterra antes que Inglaterra tuviese intenciones.

Hoy mismo, al volver á entrar en prensa esta Poética, me encuentro con que, á propósito del poema LOS AMORES DE UNA SANTA, uno de esos fanáticos que en vez de aspirar á empuñar un báculo de pastor debiera por inocente llevar en la mano un sonajero, sin comprender el carácter, si no místico, por lo menos ultraideal del poema, lanza contra mí unas censuras que voy á transmitir al público en justo castigo de mi perversidad.

Con respecto al asunto, empezaremos por decir que una mujer tan ideal como Carmela, la heroína del poema, que después de hallarse desfigurada no consiente que su amante

la vuelva á ver para que no pierda el amor que era el encanto de su vida, les parece á algunos pudibundos inferior en pureza á cualquiera de esas tradiciones llamadas piadosas en las cuales las monjas se escapan con los soldados, y mientras andan correteando por esos mundos, algún tipo milagroso, con una complacencia verdaderamente celestiniana, las sustituye en sus menesteres conventuales para que nadie las eche de menos, hasta que las fugitivas vuelven á sus encierros hartas de demonio, de mundo y de carne. Tales son las tradiciones que los ascetas de contrabando encuentran más edificantes que la historia de Carmela.

Y bajando á los pormenores, un crítico comienza por escandalizarse de los siguientes versos:

Lo que encanta en la vida es la belleza,
y el alma en la mujer es la hermosura.

Este mal pensado, sin duda cree que aquí de lo que se habla es del alma inmortal. De manera que, según este crítico, de hoy en adelante ya no se podrá usar la pintoresca frase española de «*¡qué alma tiene esa mujer! ¡esa mujer no tiene alma!*»

¡Qué alegre está un celoso
cuando muere antes que él el sér amado!

Sin comprender lo humano de esta nota exclama otro mojigato, «esto para mí es repugnante.» Lo creo. Y lo mismo les sucederá á todos los tiplos que no tengan la posibilidad de sentir la pasión de los celos.

Tengo duda si al fin de la jornada
podrá morir del todo arrepentida

esta desventurada
que ha pasado la vida
mirando á lo infinito sin ver nada.

¿Quién diría que según otro crítico esto es burlarse de la religión con *sarcasmo cínico?* Este teólogo de corros de comadres no sabe que un buen cristiano no necesita *ver* para creer, sino creer *lo que no ha visto.* Y después de esto me llama *Hegeliano*, ignorando que Hegel es precisamente el único filósofo que *todo lo ve en lo infinito.*

Que si fuera tan limpia como casta
sería una mujer pura del todo.

Para ciertos temorosos del uso del agua clara este es el borrón del poema. Muchos virtuosos creen que las abluciones son costumbres de moros, y que el lavarse bien es cosa sacrílega. Pero yo católico hasta la pureza física, no puedo menos de ser partidario del principio de que es menester ser tan limpio de cuerpo como de alma, y aunque lo aconsejase algún santo, nunca se me podría contar entre los adanes que profesan la famosa teoría de que «el imperio es de la gente sucia.»

Y dejo de rebatir las insignificantes diatribas de otros santurrones que no entienden una palabra de metafísica ni de teología, y que si hoy se entusiasman ante el mueblaje de un ceremonial sin sentido, adorarían mañana el zancarrón de Mahoma.

Hacen más daño á la religión los supersticiosos que los impíos.

Confieso que entre los vicios de mi estilo no tengo la

virtud de la hipocresía, pero sea cualquiera la franqueza de mi expresión, jamás en mí la libertad se convierte en licencia.

Juro, lector, que huyendo en esto de parecerme á muchos autores, jamás he escrito, ni escribiré, ninguna poesía atea, ni repugnante, ni obscena. Esta retórica del alcantarillado sólo puede ser explotada por los mismos que acusaron de hereje ante la Inquisición al inofensivo Moratín por haber escrito *El sí de las niñas*. Esta mala costumbre sólo es propia de esos idólatras que emplean la ignorancia y la pasión del beduíno para atacarnos á gentes que les podríamos enseñar la manera de ser unos perfectos cristianos, y cuyas acciones (perdón por la falta de modestia) podrían servirles para hacer sus ejercicios espirituales.

Ciertos católicos que lo son *porque sí*, á un escritor como yo, que además de ser católico *porque sí*, lo es porque *cree que debe serlo*, le suelen despertar escandalizados porque le ven echar algunas siestas recostado sobre la almohada de la más soñadora de las musas.

Estos excomulgadores de afición que hasta en el camino del cielo me parecerían una mala compañía, dan á mis transportes de artista el mismo pago que obtuvo el sueño de cierto pobre hombre en uno de los pueblos de una de las provincias que yo he mandado. Sucedió que un arriero muy devoto anduvo toda la noche sin descansar para llegar á tiempo á misa. Entró en la iglesia, pero no pudiendo resistir al cansancio, se quedó dormido. Lo vió un supersticioso, mucho más fervoroso que él, y al salir el arriero de la iglesia le partió el corazón de una puñalada, diciéndole: «Toma, para que otra vez no te duermas en misa.»

Esto es lo mismo que suelen hacer con nosotros los impíos de la devoción, los salteadores de la piedad.

IV

Las tres corrientes de ideas de la Metafísica producen tres órdenes de imágenes en el arte

Existen en la Metafísica tres clases de ideas, que son las ontológicas, las cosmológicas y las psicológicas. De estas tres fuentes de ideas el arte crea los tres órdenes de imágenes correspondientes, que son las ontológicas, representadas por los *Salmos*, la *Noche serena*, la *Divina Comedia*, etc.; las cosmológicas, á las cuales pertenecen todos los poetas clásico-campestres, y las psicológicas, que son las que animan las almas de *Werther*, *Jacobo Ortiz*, *Lara* y *Rolla*.

V

El panteismo de sentimiento

Es menester no engañarnos. Entre las tres grandes corrientes de ideas, la ontológica, la cosmológica y la psicológica, que inspiran á todas las supremas inteligencias, y que éstas, por medio del arte, convierten en imágenes, la corriente cosmológica es la más universal, y ¿á qué negarlo? también la más artística. ¿Por qué? Porque el material de la poesía, de la arquitectura, de la música, de la pintura y

de la escultura sale del inagotable manantial de la naturaleza física. En materia de arte, todo hombre de gusto es un poco Juliano el Apóstata, pues ó se carece de la cualidad de la admiración por lo bello, ó hay que abjurar la religión por un ratito para poder admirar la forma material de la hermosura. El arte es tan naturalmente pagano, que hasta Dante, el más ontólogo de los poetas, equivocándose alguna vez, le llama á Dios el Sumo Júpiter.

Además, existe cierto panteismo de sentimiento tan candoroso y tan simpático, que, elevándose hasta á las regiones de la Metafísica, concluye en el misticismo. Y ya que en Metafísica somos intransigentes y sistemáticos, en materia de arte dejemos á los sentidos el goce de lo natural y lo sencillo. El hombre sería un descastado si no mirara con amor entrañable la tierra de quien es hijo, y nosotros seríamos unos ideólogos insoportables si no dejásemos á los cultivadores de ese clasicismo cosmológico, algo demasiado sensual, pero alegre y bonachón, gozar anticipadamente en vida de ese sueño eterno de las cosas, al cual aspiran con la misma tranquilidad de espíritu que si fuese un niño que se durmiese en el seno de su madre.

El clasicismo es imprevisor, pastoso é inocentón de veras. Casi no hay un símbolo en las artes ontológico-psicológicas que no recuerde la continencia, la vigilia, la flagelación, la duda y la tristeza; mientras que se ha observado que no se encuentra en el arte cosmológico antiguo ni moderno representación alguna real de la muerte. ¿Para qué? En ellos la muerte sólo es la continuación material de la vida.

VI (a)

Los ultra-pudibundos

Es verdad que yo ni sé, ni puedo, ni quiero hablar de las mujeres, sin un poqüito de fiebre y que la castidad remontada, así como los remilgos de la escuela clásica, me remueven el estómago.

Sería un hipócrita si no dijese que creo que á las niñas inocentes que saben el Catecismo de memoria ya no les queda nada naturalista que aprender.

Eso de que Pablo atraviese un arroyo llevando á ahorcajadas á Virginia sobre la espalda con la misma insensibilidad que si la preciosa carga fuese un costal de paja, será muy católico el creerlo, pero yo no puedo menos de ponerlo en duda.

Tengo una amiga, excelente poetisa, que al acusarme el recibo del «Licenciado Torralba», me decía: «el libro está lleno de *diabluras*». Otra me escribió: «el poema debe de tener muchas cosas atrevidas, porque lo he leído con *delicia*». Esta última observación no dejó de alarmar un poco mi conciencia, pues como Torralba no ha sido ningún santo, me pregunté: ¿estas diabluras ó cosas atrevidas se refieren á la religión? Imposible. Yo siempre he respetado los tres grandes factores que constituyen la esencia del cristianismo, que son el Dios personal, la inmortalidad del alma y la justicia de las penas y recompensas.

(a) El número VI está añadido á la segunda edición.

Sin embargo, las castas y los cautos es posible que hayan encontrado alguna idea que me dé entre ellos la opinión de que gozaba por sus distracciones aquel pobre cura que, al querer abrir un día la custodia, y viendo que no giraba bien la llave, sin duda por la herrumbre del tiempo, tuvo la inocente impiedad de exclamar: ¿Qué diablos habrá aquí dentro? Y digo esto, porque hace algún tiempo publiqué un poemita titulado «Cómo rezan las solteras», y aunque en él no se habla una palabra de religión, fingieron extremecerse de horror todos los entremetidos de las sacristías. Hablando de esto con don Alfonso XII, aquel gran Rey, cuya gloria será eterna en la memoria de los españoles, se hallaba presente su augusta consorte, que desde Austria ha venido á España á emular la piedad, la discreción y la virtud de la abuela de Carlos V, y viendo que nosotros no dábamos con el verdadero motivo de la alarma de los mogigatos, nos interrumpió diciendo: «no se cansen ustedes; la única causa de esa extrañeza consiste en que la acción del poema pasa en el vestíbulo de un templo». Es decir, que todos los días se ve en los teatros al diablo circular por monasterios y catedrales, y yo no puedo hacer que una niña distraída vaya á rezar, pensando en otra cosa, al atrio de una iglesia.

Esta prevención contra mí se ha hecho de moda hasta entre mis colegas, á pesar de que cuando me he visto obligado á pasar en mis descripciones por alguno de esos lugares escabrosos, que yo suelo atravesar con seguridad completa, siempre lo he hecho conduciendo á mis heroínas á escape por el extremo del arrabal de la ciudad en que vive Celestina.

Nadie podrá hallar en ninguna de mis obras una sola de

esas frases candentes de que se vale San Pablo, por ejemplo, en alguna de sus epístolas, y que son capaces de llenar de rubor los pómulos de las doncellas que ya van al lecho conyugal con la suficiente preparación para no espantarse de nada.

Un crítico de autoridad ha publicado un gran número de versos de *El Licenciado Torralba*, diciendo que parecen de un *místico demacrado*. Otro censor de formas literarias, que en punto á cortesía dejan mucho que desear, me ha satirizado con el mayor descaro, porque yo soy menos *pesimista* que Byron.

¿En qué quedamos? Unos me tildan de místico y otros de pesimista. ¿Será que hay cierta conexión de fines entre el cristianismo y el pesimismo? ¿Estaré yo también contagiado de ese pesimismo moderno que, como el orín al hierro, va pegado al ritualismo de ciertos prácticos fervorosos?

¿Se hallará en mis obras algo de ese sedimento asiático que se encuentra en el fondo del cristianismo primitivo, después que se rasca la elegante corteza con que lo suele recubrir el cristianismo romano?

¿No se encuentra en el mismo Salomón la idea *de que el muerto es más feliz que el vivo, y que el que vive es menos dichoso que el que no ha nacido?*

¿No es un axioma cristiano el de que cuanto más grande es la admiración que se debe tributar á Dios, más grande ha de ser el desprecio que se tenga por las cosas terrenales?

Pero no, yo no debo parecer un místico, porque el desprecio de la vida y las mortificaciones sin un objeto caritativo, me son más antipáticas que el sentimiento viril de aquella sociedad romana que, sin más ideal que la pasión

municipal de la ciudad eterna, dejaba con indiferencia estóica que se cumpliese el destino á que la sujetaba el poder de Júpiter.

Y volviendo á la cuestión de los ultrapudibundos, seguiré diciendo que aunque algunos me califican de escéptico, la verdad es que sólo soy un ocioso, más bien aburrido que desengañado, un experimentalista que no llega nunca á naturalista, y que en materia de libertades literarias, como hombre bien educado, sé hasta dónde es lícito llegar, y nunca enseño en mis versos la silueta del *mónstruo de dos espaldas* de que nos habla Shakespeare, y ni siquiera me atrevo á hacer reverberar la inmunda risa de Mefistófeles cuando ve la cadera de los angelitos que bajan á buscar el alma de Fausto. Y á propósito, y hablando claro, nunca transigiré con los que hacen de la mujer la representación del demonio, pues me parecen descendientes de algunos de los escapados del incendio de las ciudades malditas.

¡Sátiros de la castidad! Fuera de mi vista los que Goethe llama «esa raza hermafrodita que tanto embelesa á los devotos». Hay una cosa en poesía más peligrosa que la desnudez y es la abominable tendencia á establecer la indiferenciación de los sexos que lleva á ese estado de pasión neutral, en la que lo mismo se goza con una égloga hecha al bello Alexis, que con otra dedicada á la hermosa Galatea: aberración que, cuando la veo escrita, y aunque no sea más que sospechada, me produce, como á Torralba, el deseo de morir de *asco de la vida*.

CAPÍTULO VIII

DESIGNIO MAL LLAMADO FILOSÓFICO

I

El sentimiento, la imaginación y la razón como elementos de arte

Ya que hemos estudiado el asunto y el plan de toda obra de arte, entremos por fin de lleno en el examen del designio filosófico.

¿Cuántos elementos han de constituir una obra, y en qué proporción deben estar en ella el sentimiento, la imaginación y la razón? El sentimiento todo, la imaginación lo que se pueda, y la razón lo que se deba.

Desde que la filosofía por medio del cartesianismo, la religión á causa del protestantismo y el arte por efecto de la inmortal parodia del *Quijote* han creado esto que se llama *espíritu moderno*, los artistas, so pena de parecer unos cándidos, no pueden menos de afrontar los problemas de la vida humana en relación con la cosmología y la teodicea. El arte, al revés de la filosofía, no necesita tener certidumbre en sus máximas, ni utilidad en sus consecuencias, y tan recomendable es idealizando lo real como realizando lo ideal, y es

suficientemente religioso cuando, en vez de cantar á nuestro gran Dios, entona himnos á los dioses. Pero lo que el artista no puede olvidar es, como hemos indicado anteriormente, que lo universal es el carácter de la época actual, y que asi como antiguamente el mundo todo se reducía á Roma, el hombre de hoy es ciudadano del universo. Los poetas de este siglo están obligados á tener en su lira, además de todas las cuerdas de sus predecesores, una cuerda más, y esa completamente suya.

Yo no disputaré si el arte se debe cultivar sólo por el arte, ó si es mejor el arte por la idea. Acepto lo bello, lo mismo en Virgilio que en Horacio, si bien se me ha de permitir creer que por el tinte de filosofía, no muy sana por cierto, de este último, con ser uno de los poetas menores, es el más grande y más humano de todos. Cuando á la belleza se junta algún objetivo; cuando una línea ó palabra determinan y recuerdan lo infinito, haciendo el arte trascendental, entonces es verdaderamente divino. Espanta el pensar lo que hubiera sido un tan gran poeta como Byron si, con propósito deliberado, á sus pasmosas concepciones personales les hubiera dado puntos de vista generales, en los cuales se hubiera entrevisto lo infinito.

Y el lector me preguntará: ¿y qué obra de arte cumple las condiciones que nuestra crítica exige? Muchísimas: hé aquí una muy corta para ejemplo:

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía
—¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?—

Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las yerbas que él arrojó.

Cuadro completo: buen asunto, planeado admirablemente, y en el cual se ve un designio lo más consolador y más humano que se puede concebir. La poesía no puede llegar á más.

II

El arte por el arte, y el arte por la idea

Cuando las artes se cultivan sin designio trascendental ninguno, me parece que estoy oyendo decir á Ciceron: «Se pudiera llamar plebeyos á todos los filósofos que no son de la sociedad de Platon, de Sócrates y toda su familia».—Lo mismo sucede en el arte. Los autores que no han frecuentado el trato de los Platones y los Sócrates literarios, como Shakespeare y Calderón, se exponen á no producir más que obras plebeyas.

El arte sólo *por el arte* es un principio de composición que yo no censuro, aunque no es de mi gusto, profesado por preceptistas de gran mérito. El *arte por la idea* tiene muchos inconvenientes para el escritor. Uno de ellos es que, buscando el sentido recóndito de vuestros pensamientos, la crítica suele descubrir que la parte mortífera de vuestra lanza no está en la punta, sino en el mango. Otro, y muy grande, es que el artista suele ser clasificado en una escuela que, ó repugna á sus inclinaciones, ó está en contraposición con sus

principios. Supuesta la libertad en el arte, es raro el artista cuyo conjunto de composiciones forme un todo completo de ideas, pues cada una de ellas ó casi todas son contradictorias entre sí; que es condición del arte reducir los pensamientos á sensaciones, y éstas son tan múltiples como los objetos que las producen.

Yo mismo, que no sé bastante para ser del todo creyente, pero que he estudiado demasiado para no tener algunas dudas, he sido censurado por suponer que pertenezco á una escuela que, en último resultado, nunca podría llegar en radicalismo escéptico á ser tan censurable como el pesimismo de los místicos.

Lo repito, no sin un poco de pesar por la injusticia, pero también yo, sin saberlo, creo que he sido afiliado á una escuela filosófica para la cual este mundo está lleno de trabajos y el otro es un vacío de recompensas. ¡Yo, que en materia de escepticismo no he escrito nada parecido, en su acepción terrena, á la *Imitación de Cristo*, y que, con respecto á la vida futura, nunca he puesto en duda á Dios, como tantos otros, ni lo he omitido por completo, como nuestro gran Quintana! ¿Cuándo acabaremos de una vez con estas comedias de moral casuística? La síntesis filosófico-teológica del cristianismo se reduce á lo siguiente:—«Creo en un Dios personal, infinito en su esencia y en sus atributos, que sacó libremente la creación de la nada y que juzga nuestra alma inmortal después de la muerte, premiando á los buenos y castigando á los malos».—Esto es lo constitucional y todo lo demás, como decimos en política, para el artista es reglamentario. Respetando estas verdades fundamentales, el escritor que se dedique *al arte por la idea*, será *esencial-*

mente cristiano, aunque dé á todos los demás problemas ético-filosóficos la dirección que más convenga á su objeto, sean los que quieran los aspavientos de una ortodoxia litúrgica tan suspicaz como falta de ilustración. Colocado en la cúspide de este credo, Dante, erigido por el arte en juez supremo, arrojaba al infierno de cabeza á los mismos príncipes de la Iglesia, siempre que los hallaba incursos en injusticia.

III

El arte trascendental

Y entrando de lleno en lo que yo creo tránsito necesarío del *arte por el arte* al *arte por la idea,* diré que los talentos mediocres tienen una repugnancia instintiva por todo lo trascendente y aseguran que la poesía no se escribe para hacer pensar, sino para hacer sentir. Pero ¿cómo se puede hacer sentir sin hacer antes pensar? Los grande sentimientos ¿no están engendrados por las grandes ideas?

Lo que unos llaman hoy impropiamente filosofía del arte, y otros, con más exactitud, arte trascendental, nadie puede calcular, cuando se eleve el principio á sistema, el vuelo que puede dar á los genios del porvenir.

Existe la necia costumbre de llamar filosófico, y hasta docente y didáctico, á todo lo trascendental, y hay que explicar que las perspectivas trascendentales nada, absolutamente nada tienen que ver con los problemas de la filosofía ni de la didáctica. Cervantes, Calderón, Molière y Moreto han escrito obras trascendentales, y para hacerlo no han

necesitado acordarse para nada de la filosofía. Los talentos clarividentes, enemigos por regla general de toda metafísica y de toda didáctica, son vates intencionados que más por intuición que por reflexión ven lo universal en lo particular y por medio de imágenes inspiradas presentan á nuestros ojos los insondables misterios del alma humana.

El *Fausto* es un poema legendario, superior en importancia á todas las narraciones fantásticas y reales que la tradición ha conservado en la historia del arte. Los mismos poemas épicos nacionales en que se cuentan los orígenes de los pueblos ¿son otra cosa más que imágenes descoloridas ante las pavorosas visiones de la *Divina Comedia?* Después de escrito el *Quijote*, todas las novelas del mundo ¿qué son sino cuentos de comadres ó chismes de vecindad?

Recuerda el señor Lista que un geómetra, después de haber asistido á la representación de una tragedia de Racine, con cuyo espectáculo se había sentido el público suspenso, enajenado y conmovido, preguntaba con desdeñosa sonrisa: «Y eso ¿qué prueba? ¿Qué es lo que demuestra?» Con perdón del señor Lista, el matemático tenía razón. Ese geómetra ¿hubiera podido hacer la misma pregunta si, en vez de una tragedia de Racine, hubiera visto representar *La Vida es sueño* de Calderón?

Si toda idea abstracta es metafísica, y convertida en imagen es arte, de aquí se deduce la importancia de lo trascendente, en el cual se transparenta el principio y el fin de toda idea, viéndola desaparecer por un lado y por el otro en el fondo de dos infinitos. Si se amontonaran todos los comentarios que se han hecho de Dante, de Cervantes y de Calderón, llegarían á la luna. Y ¿por qué? Porque en ellos

lo trascendente, el verbo, se eleva, con la idea que representa, á una altura inaccesible y misteriosa. Si los dioses bajasen de las nubes, las gentes los tutearian. ¿Quién duda que lo trascendente da á las obras artísticas el prestigio de lo desconocido?

El arte, al condensar la idea, saca de lo general metafísico lo particular artístico, y después el ingenio trascendental hace que de lo particular artístico se deduzca lo general metafísico.

No sé si me comprenderán las mujeres que detestan, y hacen bien, el lenguaje técnico, pero, por si no me entienden, explicaré la idea de otro modo.

El arte trascendente eleva las ideas, aplicadas á los hechos, á afirmaciones generales, á categorías racionales.

Creo que todavía no me explico con bastante claridad. Quiero decir que el que escribe ha de dar reglas universales de sentir y de pensar. De lo contrario, hay cosas que se pueden manejar con más utilidad que un pincel y que una pluma.

La misma música, que se suele apreciar más con los nervios que con el cerebro, es la verdadera manifestación de *el arte por el arte*, y es tan popular porque con ella se siente y no se piensa. Hoy, sin embargo, la música escénica tiende también á hacerse trascendente como todas las demás artes. ¿Quién podrá sostener que la música, que es el tipo de *el arte por el arte*, no ha progresado en las obras de autores como Meyerber, que ya son en parte la expresión de *el arte por la idea?*

Así como desde el punto de vista trascendente las obras poéticas de cuyo objetivo final no se deduce lógicamente una verdad universalmente humana, son tan superficiales como

las cartas de las mujeres parlanchinas, sucede lo mismo con todas las demás artes cuando no están impregnadas de lo ideal trascendente. Y en este caso el escultor es sólo un picapedrero que hace figuras en las cuales no palpita la vida; el pintor traza vírgenes sin más rasgos celestiales que la expresión concupiscente de unas nodrizas glotonas; la arquitectura agrupa las mismas líneas para hacer un almacén de granos que para edificar una iglesia, y el músico combina unos acordes, más ó menos discordantes, en los cuales faltan esas onomatopeyas rítmicas que imitan los profundos ecos de las almas.

Desde la opinión de Leibniz, que creía que el mundo es el mejor de los mundos posibles, hasta la aserción de Renan, que pregunta: «¿Quién sabe si este mundo es la pesadilla de una divinidad enferma?» el artista puede recorrer esa infinita escala de problemas filosóficos, reduciendo á imágenes sus pensamientos, sin ser optimista como Leibniz, ni pesimista como Renan.

En poesía, en pintura, en música, en todas las artes, cuando no tenemos un objetivo racional se nos puede aplicar á los autores lo que llamaba por burla Ciceron «ensalzadores de fórmulas y cazadores de sílabas». Siempre que oigo recitar versos sonoros, muchas veces excelentes pero que no trascienden ni abisman el alma en las regiones indeterminadas de la razón y el sentimiento, se me ocurre repetir aquel proverbio árabe tan conocido: «Oigo el tic-tac del molino, pero no veo la harina».

IV (a)

El género sugestivo.

Escribir sin filosofía es hablar por hablar, es autorizar la crítica sin criterio, el arte bobalicón y la ciencia que no pasa de oficio.

Si la Venus de Milo con su cabeza de chorlito pudiese ser animada por un nuevo Pigmaleón, sería la verdadera imagen del arte sin filosofía, una mujer muy hermosa, pero enteramente estúpida.

Y al llegar á este punto, para ser completamente imparcial, no quiero dejar de condenar un cierto pseudotrascendentalismo patológico que han inventado algunos imitadores de Heine, y que consiste en un subjetivismo sin objeto, en un histerismo soñador que crea un género nervioso asexual, amorfo y que muchos llaman *sùgestivo* y que no sugiere nada.

Este contagio del mareo de lo indeterminado, no sólo ha invadido muchos pueblos del Norte, sino que se ha extendido á algunas naciones de origen latino, como sucede en nuestra república de Chile, una nación donde son geniales la claridad, el buen sentido, el valor y la hermosura.

En estos rompecabezas no es tan interesante lo que se dice como lo que se calla, y en ellos la solución siempre se deja á cargo del curioso lector, sobre todo si es aficionado á descifrar charadas.

(a) El número IV está añadido á la segunda edición.

Los cultivadores de este género de poesía se acercan al borde de lo indefinido, tienden sobre el abismo una línea de puntos suspensivos, de los cuales no cuelga la menor idea, y el lector, después de mucho trabajo, saca la misma consecuencia que de la charla del loco de Shakespeare, que habla y habla *hasta que al fin conocen los oyentes [que la conseja no les cuenta nada.*

CAPÍTULO IX

INUTILIDAD DE LAS REGLAS DE LA RETÓRICA PARA FORMARSE UN ESTILO

Pasemos á hablar del estilo, que, según se dice, «es el hombre», y si no es todo el hombre, por lo menos el estilo en poesía es el modo intelectual de andar un hombre por el Parnaso.

¿Son indispensables las reglas retóricas para pensar y escribir? Quisiera yo saber quién enseñó retórica á Eva. ¿Ó es que Eva habrá podido engañar con su elocuencia á Adán sin saber retórica?

Decía el P. Lacordaire, que no había nada que odiase tanto como la retórica, porque era un mero artificio incompatible con la naturaleza de las cosas. Tenía razón el P. Lacordaire, no hay espectáculo más risible que ver al hombre metido en la camisa de fuerza de la retórica.

Yo también, si fuera tan buen preceptista como soy agricultor, sembraría de sal parte del campo de la dogmática literaria para que no brotase en él una sola planta en un lapso de tiempo tan largo por lo menos, como el que media entre Longino y Revilla. La faja tradicional con que casi nos revientan al nacer es más soportable que el peso de esa montaña de Sísifo de las reglas convencionales con que abru-

ma nuestra inteligencia la retórica oficial. No hay pedagogo que al escribir una preceptiva artística no descubra algún matiz nuevo en la abigarrada escala de colores en que se dividen los varios pelotones del inmenso ejército de pensamientos, ó no añada alguna división arbitraria á las interminables clasificaciones de los géneros literarios, que no se dividen por nada esencial, sino por accidentes puramente formales, como el metro, por ejemplo, y que tienen la misma subsistencia que si esas reglas se escribiesen en el agua.

Además de los preceptos de la retórica, de los cuales de niños retenemos poco, de jóvenes menos y de viejos nada, hay, como en todos los países, una regla de conducta que podremos llamar de patriotismo lugareño, que consiste en inmovilizar lo eternamente móvil, en no dejar entrar ideas nuevas en territorio español como no haya especies léxicas solariegas con que poder guisarlas. Estos idólatras del traje nacional tienen una colección tan escasa de vestidos, que se parece á la de Federico el Grande, pues preguntando un viajero inglés dónde estaba el ropero de S. M., le contestó un gentilhombre: «Lo lleva encima.»

Y es inútil que Berzelius invente un lenguaje filosófico para la química, pues al llegar á la frontera, ó se le obliga á que entre de contrabando, ó para poder pasar tiene que ponerse antes chupa ó sombrero calañés.

Cuando yo bauticé con el nombre de *Doloras* un género literario que creía y sigo creyendo aceptable, suscité contra mí las iras de todos los amigos exclusivos de los géneros tradicionales. Al respetable don Juan Nicasio Gallego le pareció que la palabra *Dolora* era demasiado nueva y se la podría sustituir con la portuguesa *Mágoa*, por ser más

conocida y determinar, aunque imperfectamente, el género, pero el primer Marqués de Pidal se opuso resueltamente á la sustitución, y la palabra *Dolora* empezó á correr el mundo sin más pasaporte que mi voluntad y la tolerancia de mi ilustre amigo y paisano el señor Marqués de Pidal.

Y para que se vea hasta qué extremo puede arrastrar el amor al purismo de la frase á las naturalezas más tolerantes y más rectas, añadiré que después de veinte años de sufrir los anatemas y las rechiflas de vetusteces ignaras (lo digo en culto para que no se me entienda), fuí nombrado individuo de la Academia Española, siendo Director don Francisco Martínez de la Rosa. Sucedió que mi padrino el señor marqués de Molins tuvo por conveniente nombrar la palabra *Dolora* en su discurso de contestación, y porque la palabra era nueva le pareció bastante motivo al señor Martínez de la Rosa para dilatar con su inmensa fuerza de inercia el que yo tomase posesión de mi plaza hasta que, por su desgracia y la de las letras, no me lo pudo impedir. Si el señor Martínez de la Rosa hubiese llegado á vivir más tiempo, yo me hubiera permitido hasta *tutear* su respetabilidad arqueológica, ya que él se alababa de que Fernando VII le daba, cuando aún no tenía veinticinco años, el tratamiento de *usted*. Pero, en fin, respetando su memoria, me concretaré á decir que aquella pudibundez arcaica no me ha parecido propia de un hombre de Estado eminente que tenía por lema de su conducta las palabras *paz*, *orden* y *justicia*.

No sé si en lo que acabo de contar habré olvidado el consejo de mi amigo el señor Aparisi y Guijarro, que me decía que escribiese siempre *según la caridad*, pero protestando que no ha sido mi ánimo faltar á ella, continúo dicien-

do que la retórica antigua, excepto en lo que tiene de fundamental, aplicada al arte moderno, es una vieja remilgada y presumida que siempre me ha dado frío. Después de muchos años de amamantarse un joven á los pechos de esa momia, sobreviene la tisis intelectual y muere el joven, conociendo que en realidad no hay más figuras de pensamiento que la metáfora, más ó menos explícita ó más ó menos directa y que las otras figuras de dicción, ó más claro, que los modos de decir son tan variados como los caracteres, de tal manera que la lista de terminachos de la retórica, que no por ser griegos dejan de ser bárbaros, aunque es tan larga, es deficiente, pues sería fácil escribir diez Virgilios con las maravillas de giros y frases nuevas que se podría recoger desde el vocabulario áureo de una dama de Calderón hasta el caló pintoresco de una gitana.

Por suerte de las letras, el estilo no es cuestión de tropos, sino de flúido eléctrico.

La mente es un termómetro que sube cuando se la acerca á un estilo que, aunque sea incorrecto, está lleno de calor, así como hay estilos gramatical y retóricamente perfectos que por su frialdad hielan la sangre en las venas.

CAPÍTULO X

¿DEBE HABER PARA LA POESÍA UN DIALECTO DIFERENTE DEL IDIOMA NACIONAL?

Si se exceptúa el Romancero y los cantares, en España casi no hay poesía lírica nacional, ni pudo haberla tampoco. Dice el señor Quintana hablando de los poetas antiguos: «Aunque contemplo nuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfección, todavía, sin embargo, producen en mi espíritu y en mi oído el placer suficiente para disimular, en gracia suya, los descuidos y lunares que encuentro». Según se infiere de las palabras del señor Quintana, parece que quiere dar á entender que la lectura de la mayoría de nuestros clásicos le causaba más placer que fastidio: Lisonja de colector.

No habrá poesía lírica tan general como se concibe hoy día, mientras no se le apliquen las leyes que la mecánica emplea para dar firme asiento á los cuerpos, «bajar el centro de gravedad y ampliar la base de sustentación», ó, lo que es lo mismo, no levantar demasiado el tono y escribir como el Romancero en el lenguaje del pueblo.

El señor don Alberto Lista, dando por natural el hecho de que no hay ninguna de las lenguas conocidas en que el

lenguaje poético no se diferencie, ya más, ya menos, del de la prosa, cree que debe distinguirse del lenguaje de ésta el de los otros géneros, es decir, que la poesía debe tener un dialecto artificial dentro del idioma natural. ¿Y á qué llamaba el señor Lista dialecto de la poesía? El ilustre preceptor entiende que Fernando de Herrera creó nuestro dialecto poético tal como *existe en el día*. Y para que vean mis lectores cuál es el lenguaje poético de Herrera, copio estos versos que el señor Quintana entresaca, como muestra, de su canción á San Fernando:

«Cubrió el sagrado Betis, de florida
púrpura, y blandas esmeraldas llena,
y tiernas perlas la ribera ondosa,
y al cielo alzó la barba revestida
de verde musgo, y revolvió en la arena
el movible cristal de la sombrosa
gruta, y la faz honrosa
de juncos, cañas y coral ornadas,
tendió los cuernos húmidos, creciendo
la abundosa corriente dilatada,
su imperio en el Océano extendiendo.»

Al citar Lope de Vega estos versos como un modelo de locución poética tan opuesta á las extravagancias del culteranismo, lleno de entusiasmo exclama: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y la latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.»

Ahora dígame el lector si, aunque apadrinen Lope de Vega y Quintana esa *florida púrpura*, esa *barba*, esa *faz honrosa ornada de coral* y esos *cuernos húmidos*, dejan de ser unos logogrifos dignos de que se les aplique los versos de que hace mención el Padre Isla:

Vítor al Padre Crispín,
de los cultos culto sol,
que habló español en latín
y latín en español.

Aquí se me podrá objetar que el dialecto poético que yo censuro ya sólo se recomienda en los libros de retórica, pero con poco éxito, pues no lo ha aceptado ninguno de los grandes poetas líricos de nuestros días. Esto es cierto, pero como en esos libros se nos encarece ese dialecto, hijo bastardo de la lengua madre, como el colmo de la perfección, no basta que esté en desuso, sino que hay que proscribirlo del todo para que no se vuelva á usar jamás.

¿Y por qué, dirá el lector, se escoge para censurarlo un trozo de un poeta tan grande como Herrera? Porque siendo Herrera un maestro consumado, de la imitación de su estilo lo mismo puede salir Góngora el bueno, que proceder, como seguramente procede, Góngora el malo. ¡Cuánto más popular y cuánto más nacional sería nuestra poesía si, en vez de la elocución artificiosa de Herrera, se hubiese cultivado este lenguaje natural de Jorge Manrique, que es la dirección que siguieron después Garcilaso, Fray Luis de León y Lope de Vega:

¡Recuerde el alma adormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando!

Y tiene razón el señor Lista al decir que el lenguaje poético formado y fijado por Herrera es el mismo que usan al-

gunos en nuestros días. Suprimo otros ejemplos de autores modernos que expuse cuando leí esta POÉTICA por primera vez en el Ateneo, por no haber tenido presente una circunstancia digna de respeto, y me concreto á lo dicho para probar que esas quintas esencias de lenguajes figurados son ridiculeces de un género que harían reir, si no fuera porque á los aprendices de poética les hace llorar.

Después de todo ha sido muy cómodo para los cultos eso de aislarse del mundo con un vocabulario de dos ó tres mil frases escogidas, como Metastasio, y vivir encerrados sin más trato que el de las Preciosas Ridículas, prescindiendo del vulgo de las gentes, con el que no se dignaban alternar porque su lenguaje no tenía esos términos sencillos con que es necesario nombrar los objetos más caseros y más comunes en el uso de la vida.

El dialecto poético que se quiere hacer diferente del modo común de hablar es el gongorismo sin ingenio, es el plano inclinado que hizo caer á la poesía,

> En Alemania en el Lohentismo,
> en Inglaterra en el Eufuismo,
> en España en el Gongorismo,
> en Francia en el Preciosismo,
> y en Italia en el Marinismo.

La poesía es la representación rítmica de un pensamiento por medio de una imagen y expresado en un lenguaje que no se pueda decir en prosa ni con más naturalidad ni con menos palabras.

Dice el señor Lista: «Pícaro fué el momento en que se le ocurrió á don Tomás Iriarte la idea (que puso constantemente en práctica) de que el lenguaje de la poesía debía ser el mis-

mo de la prosa; y pícaro también aquel en que Samaniego juzgó á propósito celebrarle la gracia. Uno y otro equivocaron la *sencillez* con la *vulgaridad*.» El señor Lista también en esto tenía razón, pero debió no olvidar que es imposible que haya mala poesía cuando en ella hay *ritmo*, *rima*, *conceptos é imágenes*. Cuando Iriarte y Samaniego escribían sin *imágenes* y sin *ritmo*, hacían una *poesía prosaica*, tan despreciable, por lo menos, como la *prosa culta* de los poetas áureos. No hay en poesía ninguna expresión inmortal que se pueda decir en prosa ni con más sencillez ni con más precisión. Con la expresión natural de las imágenes rítmicas no puede haber malos poetas; con el antiguo *dialecto poético*, aunque tengan lo que constituye la esencia de la poesía, que son el ritmo y la imagen, son imposibles los poetas buenos.

El culteranismo es muy fácil; lo difícil es escribir con naturalidad.

Á expresión hinchada, vacuidad de ideas. Á dicción prosaica, pensamiento insuficiente. ¿Cuál de estos defectos es más censurable? Como se dice vulgarmente, los dos son peores. En el sistema que tan mal le parecía al señor Lista, repito que son imposibles los malos poetas, porque en siendo prosaicos, por tener pensamiento deficiente, no se les clasifica como tales poetas; mientras que, siendo cultos y perteneciendo á la estirpe de los señores feudales de las letras, se coloca en la categoría de poetas á una porción de botargas literarios, cuya exigüidad de ideas compite con la hinchazón.

Todos somos amigos del buen tono y confieso que los escritores prosaicos extremecen á la naturaleza en general y á mí en particular.

No se me oculta que, huyendo de la forma egregia, hay el peligro de caer en el extremo opuesto. Para esto hay un remedio y es no caer. Y si alguno cae en ese defecto, téngase entendido que jamás se ha recibido en los festines de la inteligencia á ninguno que, aunque sea caballero, vaya vestido de lacayo; si bien, gracias á adornos postizos, estamos cansados de recibir en ellos á lacayos que andan disfrazados de caballeros.

El marchar poéticamente pisando las corolas de las flores tiene el inconveniente de que, si se baja, se tropieza con el lodo, pero si se sube demasiado, se encuentran el autor y el lector en el vacío.

Recomiendo la contestación de un escritor que preguntándole cuál era el secreto de la encantadora naturalidad de su estilo, contestaba: «Yo escribo como hablo; me dicto á mí mismo, y voy copiando mis palabras.» La superchería de lo que se llama altisonancia y el remilgo del lenguaje, jamás permitirán que nuestra poesía sea popular. Es más atractiva por el candor, la gracia y la originalidad la poesía de los dialectos bable gallego y lemosín, que esa jerga castellana en la cual algunos poetas herrerianos cantaron en una *tessitura* tan alta que el que los oye está expuesto á echar sangre por los oídos. Estos Píndaros con vejigas me hacen el mismo efecto que ver al grave Lamartine, de cuyo talento ya dudo, flagelar por su buen humor y su naturalidad al delicioso La Fontaine. Afortunadamente, en los escritores rimbombantes el fondo comunmente no corresponde á la forma y, cuando se toca á sus obras, suenan á huecas como las bóvedas de las tumbas. Y sucede no pocas veces que estos séres campanudos, por forzar el diapasón y descuidar las

ideas, suelen empezar por hincharse como unos héroes y acaban por hablar como unos patanes.

Y no sé cuáles me parecen peores, si los cultos con entonación, ó los pulcros sin ella; pues si en aquéllos hay el temor de que, si las ideas correspondiesen al tono, las almas de los oyentes reventarían, los segundos afortunadamente cansan tanto como el trato de esos hombres nulos y excesivamente urbanos que nunca se les escapa una cosa inconveniente, y que, como Carlos II de Inglaterra, «jamás dicen una necedad ni hacen nada acertado».

CAPÍTULO XI

EL VERDADERO LENGUAJE POETICO

I

Sólo el ritmo debe separar el lenguaje del verso del propio de la prosa

Juzgo indispensable un trabajo de reconstrucción en la antigua manera de escribir. Así como hay que bajar el diapasón en la poesía, es necesario subir el de la prosa. Entre las frases que se me ha dicho que yo había copiado, y otras varias de que todavía me acuerdo, podía citar muchos versos, aunque aislados, completos, que nadie ha indicado que fuesen malos, y con los cuales he probado materialmente que hay un punto de conexión común donde la poesía y la prosa no se distinguen más que por el ritmo y la rima. Existe una línea de conjunción, en la cual se puede ver que la poesía más sublime arranca de las entrañas de la prosa más sencilla.

Y que prosistas y poetas pueden tener un lenguaje común lo probaremos con dos ejemplos, uno ajeno y otro propio, que será uno de los más grandes trozos de prosa, que, con

permiso de su autor el señor Cuesta, me he tomado el ímprobo trabajo de poner en verso para probar este aserto.

En su *Agamenón vengado* dice Oliva:

«Y á tu parte izquierda se aparece el templo de Juno, de altos edificios, cerca do están los valles do sacrifican lobos los sacerdotes».

Y Huerta lo versifica de este modo:

«A tu izquierda se ven los edificios
En donde Juno tiene hermoso templo,
Y cerca de él los valles donde el rito
Lobos voraces sacrifica á Febo».

Y he aquí el trozo de prosa de la traducción del señor Cuesta, versificado por mí:

«Antigua é inmemorial *habilidad* que Eva sabía desde el primer día del mundo, y que toda *mujer* sabe *desde el primer día de su vida*».

Y dudas van y pensamientos vienen,
y haciendo que lo mira distraída,
(*habilidad* que las *mujeres* tienen
desde el día primero de su vida.)

En estos y otros ejemplos, al verso y á la prosa no los separa más que el ritmo. Y siendo uno mismo el lenguaje, se puede ver si las dos artes son y parecen diferentes, y si entre el verso y la prosa hay superioridad de naturalidad, de precisión y de agrado.

Un día de buen humor, después de una disputa literaria, propuse á nuestro popular novelista el señor don Pedro Antonio de Alarcón, que describiésemos los dos, él en prosa y yo en verso, un mismo asunto, redactando antes de común acuerdo las principales ideas. Pero Alarcón, que es artista

á todas horas, me contestó sin vacilar: «Yo no puedo aceptar esa apuesta, porque siempre que hacen un viaje juntos, el verso va á caballo de la prosa».

Se ve, pues, que el lenguaje hablado puede no separarse casi en nada del lenguaje poético escrito. Sin más que colocar las mismas palabras de la prosa de modo que tengan el ritmo y la rima, resulta lo que se llama el verdadero lenguaje poético.

¡El ritmo y la rima! ¡Qué encanto tan delicioso añaden estos elementos intangibles cuando enlazan con su melodía las armonías de la prosa! No tengo la pueril vanidad de decirlo por estas insignificantes palabras que yo he versificado, sino que lo digo recordando los muchos trozos de prosa que Byrou ha puesto en verso. Cuando un poeta como él se apodera de todas esas ideas que, según dice el señor Lista, pertenecen al lenguaje común por lo viejas y repetidas, y que sin más que usar la figura que en retórica se llama hipérbaton, las vienen tomando unos de otros todos los escritores desde el origen de los idiomas, entonces esas ideas, que eran una especie de *judíos errantes*, dejan de caminar, fijadas por el poeta con la escultura de la rima. Después que ha marcado con el sello de su personalidad á esas ideas, puestas de resalte por el ritmo y la rima, ya puede grabarse sobre ellas, en el libro de sus primitivos autores, el epitafio de «aquí yacen». Todas, en las páginas antiguas, han pasado al estado fósil. Los gusanos se han convertido en mariposas, pues ya versificadas, transfiguradas por el poeta, serán una especie de pendientes de brillantes que se colgarán á las orejas de los lectores de mala y de buena voluntad, pendientes construídos de una manera tan misteriosa que, mientras se

hable la lengua en que han sido construídos, producirán un rumor delicioso que constantemente estará diciendo al oído del lector: «¡acuérdate del poeta!»

II

La naturalidad en la prosa

Desterremos los dialectos artificiales en honra del idioma natural común.

¿Cómo han de cristalizar en la memoria de las gentes las ideas de la poesía y de la prosa, si no se escriben en un lenguaje poético inteligible?

No desviejar la poesía y rejuvenecer la prosa es condenar á los poetas á que sigan escribiendo libros que no se entienden, y á los prosadores obras que nada valen. La afectación ha perdido á Cienfuegos en la poesía, y el mismo defecto ha deslucido á Solís en la prosa. Democratizar mucho la poesía y aristocratizar un poco más la prosa, es un trabajo digno de alguno de los escritores que nos sucedan y que tengan bastante fuerza para palanquear el idioma, volviendo lo de arriba abajo, haciendo que la poesía no se desdeñe de descender hasta el pueblo, y que la prosa se vista de limpio para poderse elevar hasta la inteligencia de las clases altas. Echemos por la ventana las flores de trapo con que se adorna la poesía, y cerremos para siempre los oídos á esas prosas vulgares sin olor, color ni sabor.

La virtud de la inteligencia es la dispersión, y un autor será tanto más apreciable cuanto más logre divulgar sus

ideas, escribiendo como se habla y desterrando de sus obras toda clase de jerigonza, ya cultista, ya canallesca.

Dice Mr. De Maistre: «Hay una regla segura para juzgar, tanto á los libros como á los hombres, aun sin conocerlos: basta saber por quién son amados y por quién aborrecidos. Esta regla jamás engaña.»

Aplicando un principio semejante á la poesía, se puede medir la calidad de las condiciones artísticas de un poeta por la cantidad de los lectores ilustrados que lo saben de memoria.

¡Dios mío! ¡Cuántas gentes al leer todo esto dirán que yo soy un maestro incompetente, que no tengo ni siquiera la aptitud de poder ser su discípulo! ¡Ay, lo peor para mí no será que lo digan, sino que tengan razón para decirlo! Sin embargo, algún derecho me asiste para hacer oir mi voz, aunque no tenga voto, cuando me expongo á los palmetazos de los dómines de la clase, no tanto por defender mi causa, que me importa poco, cuanto por defender la causa de la poesía nacional, que es lo único importante. Además que yo no hablo con los que hallan tolerables las redicheces cultas, pues sólo me dirijo á los jóvenes, para que, en lo porvenir, estudien el modo de hacer versos rítmicos, talentudos y naturales. Mi pretensión no me parece insólita ni exagerada. Deseo que nuestros futuros escritores huyan de defectos en que yo mismo he caído, procurando castellanizar el lenguaje poético que los de abajo aldeanizan y los de arriba culti-latini-parlan.

La poesía, así como la metafísica, limpia, fija y da esplendor al idioma. Cuando Herrera inventó un lenguaje especial para la poesía, ésta quedó fuera del círculo de las

gentes, y el idioma común, sin artistas que lo fijasen, ha quedado en la prosa estancado y en la poesía muerto. Mientras la poesía no hable de todo y use todas las palabras, las que ella no fije y pulimente se oxidarán. Todos nuestros prosistas de los siglos XVI y XVII son arcáicos, y tan extraños al idioma actual, que se puede leer como castellanos antiguos, pero no como españoles modernos.

Los diamantes en bruto que no abrillanta la poesía, están condenados á no salir jamás de la categoría de guijarros.

III

La naturalidad en el verso

A propósito del verdadero lenguaje poético, decia mi preceptor don Benito que el conocer analíticamente lo que es un buen verso es el colmo de la sabiduría. No le faltaba razón. Y lo mismo sucede con un verso que con un trozo de prosa.

Hay poetas menores que en un sólo verso incluyen mil imágenes, y poetas que han pasado por grandes, que en mil versos no han podido presentar una sola imagen. Un buen verso no es tan bueno por lo que dice como por lo que da á entender. Hay versos bien construídos que son mozos de muy buenos cuerpos, pero que no tienen alma. De esta clase son los de Herrera y los de casi todos sus imitadores los poetas grandilocuentes.

En poesía no importa tanto lo que se dice como lo que se quiere decir. El que no sepa escribir versos en que no pal-

piten más ideas y sentimientos que los que se expresan, que arroje la pluma. Y el que no sepa leer lo escrito entre renglones, que arroje el libro, porque está incapacitado de entenderlo.

Los versos, unos salen del corazón y otros de la cabeza. Unos son de raza y otros de nobleza advenediza. Unos son espontáneamente bien nacidos y otros artificialmente bien hechos.

Como al partir del sol la sombra crece.

(Garcilaso.)

Verso bien nacido.

Inglés te aborrecí y héroe te admiro.

(Quintana.)

Verso bien hecho.

Los versos han de tener la fosforescencia trascendente que da á las cosas humanas la luz de lo infinito.

Para muestra insertaré algunos de los versos que acuden á mi memoria en este instante, de varios poetas antiguos y modernos. No inserto ninguno de los poetas del siglo pasado porque son pocos los que tienen articulaciones fáciles en la forma, ni pensamientos clarividentes en el fondo.

Hallé vulgar lo que juzgué divino.

(Menéndez Pelayo.)

Ante quien muda se postró la tierra.

(Rioja.)

Rodaron de oro y de marfil las cunas.

(*Rioja.*) (a)

O al rico avaro en el *angosto* lecho
haz que *temblando* con *sudor* despierte.

(*Argensola.*)

En la concha de Venus amarrado.

(*Garcilaso.*)

Vencida de la *edad* sentí mi espada.

(*Quevedo.*)

Ni en Chipre se *vendía*
amor artificial, ¡oh siglo de oro!

(*Lope de Vega.*)

Pone *funesta paz* la onda que asciende.

(*Torrepalma.*)

Su imperio en el Océano extendiendo.

(*Herrera.*)

Debajo de las velas desparece
la mar..... (b)

Envían largos ríos los collados.

(*Fray Luis de León.*)

De la leche cuajada
cuando, temblando, apenas deja verse (c).

(a) Los tres primeros son añadidos á la segunda edición. En la primera (Madrid, 1883), citaba:

Dilata hasta los montes su *ribera*.

(*Rioja.*)

(b) Añadido en la segunda edición.

(c) Añadido en la segunda edición.

Rayos que hacéis extremecer el cielo.

(Balbuena.)

Con el *dedo en la boca* os guarda el sueño.

(Góngora.)

La picó, *sacó miel;* fuése volando

(Gil Vicente.)

¿Cómo y cuándo los ímpetus sentiste
de *ir hasta el fondo* del deseo ardiente?

(Cheste.)

Mi amor al bien, que fué mi primer sueño;
mi amor á tí, que morirá conmigo.

(Manuel del Palacio.)

¿Qué fueron sino verduras
de las eras? (a)

¡Cómo á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor!

(Jorge Manrique.)

Celos me da tu contento,
y tu peligro *cuidados.*

(Gil Polo.)

Y miente que allí me tiene
ociosa y enamorada.

(Romancero.)

Quiera, desde su hondo seno,
las estrellas *asaltar.*

(Arriaza.)

(a) Añadido en la segunda edición.

Sólo es digno de vivir
el que lucha por la gloria.

(*Cañete.*)

No despiertes al dolor,
que tiene el sueño ligero.

(*Echegaray.*)

Después de leer una vez versos semejantes á estos, se los vuelve á recitar nuevamente, porque siempre se descubre en ellos horizontes nuevos.

IV

De la armonía común al verso y á la prosa

Muchos de los autores que escriben bien instintivamente, no nos podrían dar la razón de cómo han dado el carácter de espontaneidad á lo meditado, de qué manera el cálculo sorprende como la improvisación, y con cuánta naturalidad el artificio en ellos se ha convertido en arte.

Véanse estos versos de Góngora, tomados del Taso:

Amantes no toquéis si queréis vida,
porque entre un labio y otro colorado,
amor está de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.

Esas onomatopeyas, en las cuales los sonidos de las palabras parece que son el eco de los pensamientos; esa especie de jugo sinovial que facilita la articulación y movimiento de las letras y de las frases; ese hervidero de dobles imágenes que brotan de las ideas expresadas por medio de metáforas,

constituyen el arte mágico de escribir, que es más fácil de sentir que de explicar, y que el mataiotaje de los preceptos retóricos más bien lo puede obscurecer que enseñar. Cervantes, á pesar de su hipérbaton artificial y poco lógico, única cosa que había aprendido de la retórica, era un maestro consumado en ese estilo natural y chispeante en el cual el divino artificio se sustituye á la grosera espontaneidad, pues el engarce de todas sus palabras está hecho de modo que, dejando á la luz la parte iluminada de las expresiones y escondiendo la parte obscura, todas las piedras con que construye sus edificios están colocadas de modo que el lector sólo ve en ellas las facetas fosforescentes. Cuando el verso y la prosa están construídos con este primor instintivo, tiene el lenguaje el prestigio misterioso de la música, que siempre dice, no lo que el autor se propone, sino lo que el lector desea, y el verso y la prosa entonces llevan una fuerza de proyección intelectual que no sólo se lee en ellos lo que el autor escribe, sino que se despiertan en el lector ideas inesperadas. De modo que de la oración gramatical, en prosa y verso, lo mismo que de la oración religiosa, se puede decir que ha de ser semejante á la misteriosa hija del gran Rey: *toda su hermosura nace del interior.*

CAPÍTULO XII (a)

¿LA FORMA POÉTICA ESTÁ LLAMADA Á DESAPARECER?

I

No hay más ciencia que la Metafísica

En el prospecto del nuevo periódico *El Ateneo*, publicado bajo la inspección de los presidentes de las secciones de *Ciencias* morales y políticas, de *Ciencias* físicas y naturales y *Ciencias* históricas, se dice «que se insertará toda producción referente á cualquier rama de la ciencia, ***sin desdeñar la poesía***».

Francamente, empezar á publicar un periódico científico-literario lanzando este desprecio contra la más divina de las bellas letras, me parece de un gusto muy discutible, y propio solamente de prosadores empedernidos que sólo por la bibliografía han podido llegar á saber que ha existido Horacio.

En el prospecto de *El Ateneo*, donde se promete admitir la poesía de limosna, están en prosa por derecho propio todas esas ciencias que hemos mencionado, y que son ciencias en

(a) Todo este capítulo es añadido en la segunda edición, y constituye la primera parte de la polémica con el señor Valera. V. *Advertencia*.

el nombre, porque así las ha bautizado en alguna Real orden cualquier ministro que creyó que podría decretar la victoria como aquel rey que escribía: «Marqués, tomad á Breda.»

Llamar ciencia á cualquier tanteo científico, prueba que la prosa es un gran medio para hablar sin saber lo que se dice.

¿Quién les ha dicho á los señores que se dignan ***no desdeñar la poesía***, que hay más ciencias que la metafísica? ¿Dónde están los principios absolutos que hacen una ciencia de la política ni de la historia? Debe ser una cosa muy científica ver á los historiadores examinar si el Cid ha sido un personaje real ó es solamente un mito. Parece que estoy viendo á cualquier presidente de la más presuntuosa de las secciones con el cesto de los papeles de las ciencias morales á un lado y los recortes de las políticas al otro, preguntando á los oyentes: «¿Cuál es la mejor ó la peor de las ciencias morales conocidas, y cuál es la peor ó la mejor de las infinitas ciencias políticas que existen?» Y los que, como yo, son aficionados á las llamadas ciencias naturales, ¿cómo no sienten la nostalgia de lo absoluto, al ver que se les pasa el tiempo estudiando la variabilidad de los fenómenos, sin llegar nunca á penetrar en lo universal de la esencia de las cosas, y sabiendo que el mejor descubridor de los conocimientos físicos es el dios casualidad?

Y mi antipatía á todos los empirismos no se limita sólo á las ciencias, sino que se extiende á todo el campo de las bellas artes.

Mi celebérrimo compañero el señor Núñez de Arce, opina que yo tengo miras muy estrechas sobre el Arte, y que él tiene un espíritu más amplio que el mío, porque el suyo está

abierto á todos los horizontes de la vida. No quiero desmentir á mi aplaudidísimo amigo, pero yo de buena gana tapiaría todos esos horizontes, en los cuales sólo se mueven corpúsculos microscópicos, para poder mirar, aunque no fuese más que por una rendija, el horizonte de lo infinito.

Antes, sólo en nombre de la prosa se trataba de desprestigiar á la poesía; pero hoy, por medio de incisos compasivos se han coligado, para excomulgar la forma poética, la prosa y unas llamadas ciencias que no tienen más títulos para serlo que las mentiras de la *Gaceta Oficial,* que pretende elevar á categoría ideológica cuatro conocimientos sobre cuatro lugares comunes sin importancia ninguna.

¡Sin desdeñar la poesía! ¿Es que el gran comité consultivo de *El Ateneo* se propone ser eco de la famosa discusión de que *la forma poética está llamada á desaparecer?* Este tema, arrojado á la discusión por un hombre de talento y amigo, sin duda, de las investigaciones temerarias, ha sido después repetido, y hasta aplicado bajo el velo del anónimo contra mi insignificante persona, por las cornejas de la prosa que nos han puesto inconscientemente á la defensiva á los amantes del reinado de las musas, como antiguamente despertaban con sus graznidos á los defensores de Roma los gansos del Capitolio.

¿Se pretende qne la prosa poética, es decir, la prosa dominguera, que cuanto más se peina más ridícula parece, venga á sustituir á la poesía en verso, que ha sido, es y será siempre el traje natural de las majestades del cielo y de la tierra?

II

La prosa no es arte

Eso de querer expresar todos los idealismos en prosa, me recuerda un cuento que oí siendo niño, y en el cual habia una princesa que guardaba sus diamantes en una cazuela.

¿De qué se trata? ¿De saber si lo que el vulgo llama la vil prosa se puede desenvilecer? Pues no se conseguirá. La prosa es humilde, y tiene la infirmeza de la vejez desde el momento en que nace. Si los poetas no esculturasen las oraciones con el ritmo, eternizando la significación de las palabras, los idiomas se desharían de la noche á la mañana como la sal en el agua.

En la gramática les enseñan á los niños embobados las muchas maneras, y casi ninguna buena, con que una oración se puede construir en prosa

Ejemplo con variantes de frase:

1.ª La afiicción es el sustento del corazón perverso.
2.ª Es el sustento del corazón perverso la aflicción.
3.ª El sustento del corazón perverso es la aflicción.
4.ª Del corazón perverso es la aflicción el sustento.

Variantes con vigor de afectos:

5.ª ¿El sustento del corazón perverso es la aflicción?
6.ª ¡Que es la aflicción el sustento del corazón perverso!

Y por último, un aprendiz de poeta construyó el siguiente pareado:

Del perverso corazón
El sustento es la aflicción.

¿Qué construción es la mejor? Es decir, ¿cuál es la peor? Convengamos en que la menos mala es la aleluya.

Al ver esta libertad de construcción, que degenera en licencia, no me extraña que, según dice Séneca, la naturaleza poética de Virgilio no acertase á escribir en prosa.

El ritmo es un estuche para conservar las ideas mucho más permanente que le cazuela, aunque fuese de barro de Alcorcón, en que la princesa del cuento guardaba sus diamantes.

La pretensión de querer sustituir la forma poética con la prosa científica, consiste en el error de suponer que los conocimientos empíricos son una ciencia y la prosa un arte. La prosa no es arte, como no lo son ni el gorjeo ni el balido. ¿Qué mérito artístico puede haber en coger un sustantivo al acaso, echar sobre él un epíteto vulgar, dando algún movimiento á esta oración inicial con un verbo cualquiera? ¿Qué diferencia hay entre esta articulación informe y la jeringonza gutural de algún animal casero? ¿Se puede llamar arte al aprender á usar trescientas palabras, vocabulario el más extenso de muchos seres racionales, cuando aprenden treinta por lo menos los tordos, las urracas y los loros? Es verdad que hay prosas buenas y con estilo propio, como son las de Melo, Solís y Cervantes, pero el estilo no consiste en la prosa, sino en las ideas; no lo forma el continente, sino el contenido. El verso es arte hasta cuando es malo, pero la prosa no lo es, aunque la honre, adornándola con sus antítesis, sus equívocos y sus sonsonetes, el gran genio de Quevedo.

III

Una humorada sobre la prosa

Yo jamás he desdeñado la prosa, como otros la poesía, y nunca he creído que había necesidad de hablar de ella con relativo menosprecio hasta que he visto que se pretendía declararla en vida heredera universal del verso.

Y por cierto que el haber hecho una indicación sobre este particular, me ha valido de parte de mi amigo el señor Clarín la siguiente carrera de baquetas:

«Al llegar aquí recuerdo, y abro un paréntesis, que en no sé qué álbum ó revista he leído un pensamiento del gran Campoamor, una humorada, si no me es infiel la memoria, en que mi ilustre amigo y casi paisano insulta á la prosa terriblemente, pero hay que advertir que Campoamor, excelente prosista en prosa y en verso, es muy amigo de la paradoja, que para los atletas del pensamiento es una gimnasia; el que hoy jugando levanta una paradoja á pulso, mañana rompe las cadenas de una preocupación de esas que andan disfrazadas de principios inconcusos.

»Pues bien, á Campoamor no hay que hacerle caso cuando habla mal de la prosa, como no se le hizo cuando insultó á Aristóteles y puso como chupa de dómine á... los hechos, así como suena, es decir, todo lo que sucedió, sucede y puede suceder.»

Me confieso criminal, y yo soy efectivamente el que cansado de ver que en nombre de la nivelación literaria del

porvenir, se trataba de suprimir la dignidad del verso, haciendo á Homero andar en cuatro pies, escribí la siguiente humorada:

Lengua de Dios, la poesía es cosa
que oye siempre cual música enojosa
mucho hombre superior en lo mediano,
y en cambio escucha con placer la prosa,
que es la jerga animal del sér humano.

IV

La poesía da el ser á la prosa

Sí, mi querido Clarín; puesto que hay quien asegura que a prosa debe ser la única expresión del pensamiento, permítasenos á nosotros decir que eso sólo podrá suceder cuando, por el abuso de la prosa, á fuerza de machacar en el órgano auditivo, no les vayan quedando á las personas más que las orejas.

¿Que también hay poesía en la prosa? Seguramente. Si en la prosa no estuviese contenida alguna cantidad de poesía, las gentes al hablar no hablarían, harían otra cosa. La poesía puede estar en la prosa como están las pepitas de oro entre las arenas del Tajo. Sólo á aquéllas el arte las cierne, las funde y las convierte en alhajas, en las cuales se engarzan las piedras preciosas. Entre la prosa y el verso hay la diferencia que existe entre los polvos dorados de una salvadera y las coronas Reales.

La significación de las palabras y los giros de la prosa varían tanto como los vulgos que chapurrean las lenguas.

¿Qué prosa hay que tenga la fijeza del verso? El hipérbaton, ó sea la forma prosaica del *Quijote,* morirá, si es que no ha muerto ya. Pero vivirá siempre la forma rítmica con que Cervantes pinta la arrogancia de un valentón:

Caló el chapeo, requirió la espada;
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

Nadie ha escrito con más elocuencia que Buffon sobre Historia Natural, y todas sus obras juntas tienen menos mérito, y no vivirán tanto como la fábula de los *Animales con peste.*

V

Toda ciencia de hechos es empirismo

Hace tiempo que aquí y en el extranjero, muchos positivistas de todas las clases sociales se han puesto de acuerdo para declarar que la poesía ha pasado y que lo único que debe quedar son sus prosas inarmónicas y sin ideas.

Á mí, esta indiferencia sobre la facultad humana que más nos acerca al Dios creador que sacó el mundo de la nada, me importa poco personalmente, porque yo sólo me precio de ser agricultor y nunca he presumido de poeta. Pero aunque yo soy, y *parezco* un burgués, como me dice un crítico anónimo con tan poca finura como ingenio, me precio de ser admirador de la poesía, y tengo una verdadera satisfacción en defenderla de las burlas sangrientas con que la denigran muchas eminencias político-científicas que se

calientan los sesos, ya cultivando ciencias en las cuales no se encuentra nada de científico, al inventar reglas arbitrarias para plantear problemas económicos que, todos ellos, se pueden sintetizar en saber recoger del suelo con oportunidad el alfiler de Laffite; ya queriendo elevar á principios ciertos asuntos de despensa, tales como el de averiguar si los servicios públicos, por centralización ó por descentralización, será más conveniente hacerlos con la mano derecha ó con la mano izquierda. Estos empíricos, no encontrando ingenio más que en las conferencias de los marmitones de la cocina del Estado, no sólo desprecian la poesía, sino que, siempre que pueden, despojan de toda consideración á los poetas, como si fuesen unos seres caídos de la luna.

¡Aberraciones de la imperfecta Naturaleza! Hay grandes estadistas que aún no han llegado á conocer que todos los oficios humanos se componen de una cuarta parte que imagina el hombre moral, esto es, el alma; y de tres cuartas partes que ejecuta el hombre físico, es decir, el cuerpo. Por regla general, el juicio público contemporáneo, con tal que se desempeñen bien las tres cuartas partes del hombre material, absuelve completamente del cumplimiento de la cuarta parte que debía imaginar el hombre moral.

Sólo andando el tiempo es cuando á la cuarta parte del hombre se la entierra en sagrado, y á las otras tres cuartas partes se las arroja á los muladares.

VI

Los particulares no hacen ciencia

¿Que he hablado mal de Aristóteles?

Es cierto, y me ratifico en ello. Su doctrina de que lo ideal *se deduce de lo real,* es una escuela que, si fuese bien entendida y practicada, echaría más gentes á presidio que hombres ha matado Broussais con su teoría de las irritaciones.

¿Que he puesto como chupa de dómine á los hechos? También es cierto. Los hechos no son más que los flecos de la tela de las ideas, y cualquier operario japonés hace con ellos dibujos más originales y extraños que los que fabrican con los hechos los filósofos de la historia.

Con todo lo que sucedió y puede suceder no se puede hacer ni una regla universal. Sólo pueden creer lo contrario los perdigones de las universidades que, saliendo anémicos de e.las por no haber sido amamantados con el biberón de la filosofía, creen por debilidad cerebral en la existencia de no sé cuántos millones de ciencias físico-naturales, económicas, administrativas, históricas, morales y políticas. ¡Cuánta falsa sabiduría! ¿Cómo podría yo hacer comprender á estos inventadores de ciencias que el pensamiento no puede reconocer más ciencia que aquella que se propone estudiar las leyes del pensamiento mismo?

A un célebre ingeniero que había construído muchos puentes y calzadas, le sorprendió, pocos días antes de morir,

la noticia que le dí de que al edificar sus obras no hacía más que daguerreotipar sobre el terreno la imágen de su propia inteligencia; que la realización de sus ideas es un procedimiento tan sencillo como el juego de las siluetas de los niños, que poniéndose uno contra la luz, haciendo sombra, otro va dibujando los contornos de la figura que se proyecta en la pared; que las matemáticas hacen que la materia responda á las leyes del pensamiento, pero que son una ciencia metafísica que nada tiene que ver con la realidad.

Desengáñese el señor Clarín: aunque él no me haga caso, porque desprecio los hechos, tendrá que rendirse á la evidencia de este axioma de la filosofía: «Los particulares no hacen ciencia.»

VII

La prosa sin ritmo es una jerga.

Y le ruego por Dios que respete en mí, como en el poeta Kœrner, el gran miedo que tengo de *morir en prosa.*

Dejemos á los grandes poetas el carácter de seres inmortales, y no nos dejemos arrastrar, como Platon, por el enojo que nos causa la impotencia de no poder igualarlos. Yo creo que algunos prosadores se juzgan unos Platones, porque ellos también por envidia, como el gran filósofo, quieren desterrar á los poetas de la república.

¡Dios mío! ¿Será posible que, como ya ha empezado á suceder, venga un tiempo en que se llame escritores á toda clase de emborronadores de papel?

¿Podrá acontecer que se desamortice el Olimpo como si fuese una hacienda de frailes exclaustrados, y se venda en pública subasta, para que un industrial cualquiera lo compre y lo convierta en un lugar de mala fama, estableciendo en él ventorrillos donde se venda de lo tinto, se hable en blasfemo y se galantee á las mujeres con madrigales en prosa?

Pero no; antes que lleguen esos caballeros andantes de las letras que quieren dejar atrás al caballo Pegaso, montados en el burro de Sancho, Dios bondadoso hará que dejemos de ver la luz, para no encontrarnos vestidos de palurdos, para librarnos del asco que nos produciría esa simplificación de reducir toda nuestra alimentación intelectual á la prosa, ó sea al potage negro de Esparta y, en fin, para librarnos de esa promiscuidad en la cual nos revolcaríamos todos en el cieno común de lo que llama la humorada la *jerga* universal.

Pero ahora caigo en que, valiéndome del fácil medio oral de los sacamuelas, me he extendido demasiado, y pido perdón por mi prolijidad, y acaso por mi falta de reverencia á los señores que, tratando con *tanto desdén á la poesía*, cultivan con una fe digna de mejor suerte lo que ellos llaman las ciencias históricas, morales y políticas, que jamás han existido ni pueden existir más que como puntos secundarios de discusión, emanados de los principios de la filosofía. En último resultado, aunque los *desdeñados* nos excediésemos algo en la defensa de la señora de nuestros pensamientos, siempre les queda á los *desdeñosos* el derecho de hacer con nosotros lo que les aconseja el ilustre crítico señor Clarín: «No hacernos caso.»

VIII

Polémica literaria con el señor Valera

Después de echarme las manos á la cabeza lleno de estupefacción, permitidme, lectores, que os pregunte: «¿Habéis leído lo que contesta el señor don Juan Valera á mi artículo *La poesía desdeñada por la ciencia?*» Pues dando una patente de vida eterna á la prosa, expide además una partida de defunción á la metafísica y á la poesía, redactada con claridad y del modo siguiente:

La metafísica es la ciencia inútil y la poesía el arte inútil.

Confieso que me había impresionado mucho la primitiva aserción del periódico *El Ateneo*, al decir que insertaría cualquier rama de la ciencia, *sin desdeñar la poesía.* Este desprecio queda ahora reducido entre el señor Director de *El Ateneo* y yo á un simple altercado, propio de un juicio de faltas. Pero el señor Valera, á quien, como á una amiga suya y mia, se conoce que ya sólo le divierte lo que es pecado mortal, ha entrado oficiosamente en la polémica, no sólo para reñir conmigo, sino para cometer dos asesinatos en la metafísica y en la poesía, decalvando de este modo al rey de la creación y tocando la trompeta del juicio final para anunciar el término de la racionalidad humana.

IX

La metafísica es el signo de la racionalidad

Pasaba yo en cierta ocasión una deliciosa temporada de campo en compañía de unos amigos, entre los cuales se hallaba uno de los individuos más conspicuos del *Comité Consultivo del Ateneo*, el señor don Alejandro Pidal y Mon. Un día vimos desde un balcón que una cabra, satisfecha de gozar las sensualidades de la maternidad, dejaba que de los pezones de su ubre mamasen tranquilamente por un lado un cerdito y por el otro un niño. Una labradora, sentada cerca del grupo, lo miraba con total indiferencia, como si aquello fuese una cosa muy natural y muy común. «Hé aquí, dije á los presentes, dos seres á los cuales hoy los une la *animalidad* y mañana los separará la *metafísica*».

No podía yo calcular entonces que algunos años después el señor don Juan Valera nos vendría á querer probar que á aquellos dos hermanos de leche no los podría separar ya ni siquiera la metafísica.

X

El gran arte

¡La metafísica una *ciencia inútil,* cuando si las leyes que la constituyen se borrasen del entendimiento humano, sería lo mismo que si en el orden físico se apagase el sol que nos

alumbra! Se conoce que el señor Valera, al escribir su artículo, tuvo presente á aquel autor que dice: «La metafísica es como las vírgenes consagradas al Señor, que no dan ningún fruto». Pero, más bien que esto, debía el señor Valera recordar aquel principio tan repetido en las aulas de que «La metafísica, sin ser precisamente la ciencia de nada, es por necesidad la ciencia de todo».

La metafísica es la única ciencia, porque es el único conjunto de verdades sin excepción.

No hay ningún conocimiento moral ni físico que no sean metafísica pura. Cuando se dice ciencias físico-matemáticas, quiere decir la física explicada por la metafísica. La psicología que estudia al hombre espiritual, y las matemáticas que explican el número y cantidad de todo lo material, forman las dos grandes divisiones de la metafísica, que es la ciencia que aplica las leyes del pensamiento humano al conocimiento de la calidad y cantidad de todos los seres y de todas las cosas posibles.

¿En qué consiste la general ignorancia de que toda obra humana, sea acción ó pensamiento, es una aleación de lo inmutable con lo mudable? Pues consiste en que los hombres de ciencia, al trasladar el orden de los hechos al orden de las ideas, suelen atribuir á los objetos pensados las cualidades del sujeto que los piensa.

Aunque me sigan flagelando implacablemente ciertos sabios del hecho, que para hablar mal de mí se ponen más orondos que las morcillas de Baltasar de Alcázar, añadiré que el entendimiento, buscando la unidad en la variedad y la variedad en la unidad, y examinando después la conformidad de las partes con el todo, da el modo de andar inte-

lectual que tienen los seres pensantes para llegar á su objeto, lo mismo en Nelson, cuando concibe la idea de ponerse siempre á barlovento para batir al enemigo que en el sastre que remienda una chaqueta, que en Kant al redactar el conjunto de sus obras. Por la metafísica que da las ideas, y la poesía que las convierte en imágenes, el poder del hombre se hace algo semejante al poder de su Creador.

Cuando la metafísica y la poesía, la idea y la manera de expresarla, la ciencia y el arte, se aunan para formar una obra común, resulta entonces lo trascendental, lo que se deduce de todo estudio digno de serlo, un principio general, una ley; y es en vano que nuestros amigos los señores Valera y Sánchez Pérez se empeñen en hacernos creer que en la literatura lo poético es siempre superior á lo filosófico. Si á Calderón se le atribuyesen todas las obras de todos los dramaturgos juntos, incluyendo á Esquilo y á Shakespeare, no se le llamaría el creador de *Prometeo* ni de *Hamlet*, sino el autor de *La vida es sueño*. Si á Cervantes se le aplicasen todas las novelerías pasadas, presentes y futuras, siempre se le conocería por el autor de *Don Quijote*. Con estas dos obras poéticas, basadas sobre los dos problemas filosóficos que más interés despiertan en la inteligencia y en el corazón del hombre, parece que, como Dios á las aguas, Cervantes y Calderón han dicho al ingenio humano: «¡No pasarás de aquí!»

XI

¿Qué es poesía?

¡La poesia un *arte inútil*, cuando es el himno obligado de todas las glorias humanas y divinas!

Si los metafísicos dirigen todo el orden intelectual del mundo desde las buhardillas en que viven, los poetas, desde los hospitales en que mueren, dan cuerpo á las ideas, convirtiéndolas en imágenes.

Tan glorioso como discurrir es dar forma á lo discurrido.

Ya sé yo que, á imitación del *Mirabeau-mosca*, Mr. Thiers, que miraba á Víctor Hugo como si fuese un bicho raro, hay grandes estadistas que mueren en olor de glorificación, aunque son menos aficionados al ritmo que los que, al tirar de ciertos vehículos, hay que colgarles una sarta de cascabeles para hacerles soportar con alguna menor fatiga la prosa del trabajo.

Pero, concretando más el asunto: ¿qué es poesía?

Hace poco tiempo que en uno de los números del *Madrid Cómico*, su ingenioso director, el señor don Sinesio Delgado, concluía una graciosa composicion, diciendo:

«¿Poesía qué es? Ni Dios lo sabe.»

El señor Valera opina lo mismo cuando dice: «Para distinguír algunos versos que sean buenos, es menester mucho tino, despejado criterio y un juicio tan certero y claro que rara vez se halla *en nadie*.»

¿Y quien tiene la culpa de que apenas haya quien sepa lo que es poesía? Pido perdón al señor Valera, pero creo que él es un poco responsable de esta vacilación del público, porque aunque algunas veces el señor Valera nos quiere dar como cosa muy comprensible la metafísica no muy bien digerida de Goethe, otras veces, por complacencias con una escuela de ropavejeros literarios, que por su amor á lo antiguo nos haría vivir eternamente en el campo comiendo yerbas sin cocer, como los penitentes del desierto, han declarado en los versos la guerra al *ingenio* y á la *razón*, llamando, por boca del señor Valera, á lo primero *quintas-esencias* y á lo segundo *filosofías*. Es menester desarrollar ese sexto sentido que hoy se llama *hacerse cargo* y fijar de una vez para siempre la idea de lo que es poesía. El señor Valera, que, como yo, tiene una tolerancia y un candor que rayan en la indiscreción, aceptando la creencia vulgar de llamar poesías á todos los versos, nos declara magnánimamente poetas á una legión de escritores casi tan numerosa como el ejército de Jerjes.

¡Un poeta! Si las gentes comprendieran la verdadera significación de esta palabra, al oirla darían muchas gracias á Dios, porque de mil en mil años se digna crear un poeta, juzgando á esta miserable humanidad acreedora á tan alto privilegio.

¡Un poeta! Desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo, no se ha escrito un solo verso de poeta y desafío al señor Valera á que me lo cite.

Resolvamos de una vez este problema, convenciendo al público de que los versos buenos son tan raros como los diamantes de á libra. Para facilitar el trabajo autorizo al señor

Valera á que, además de los líricos de la restauración del gusto francés, incluya al señor Quintana, poeta laureado, muy admirado por él y popularísimo en España y América.

Pero antes de continuar me ha de permitir el señor Valera que le cuente un sucedido. Hace muchísimos años iba yo por la calle del Príncipe en compañía de mis ilustres amigos Pepe Zorrilla y Tomás Rubí, y al pasar por delante de una confitería se les antojó que yo les había de convidar á dulces. Para darles una broma, hice como que accedía, y los dos se lanzaron al interior de la tienda á vaciar una bandeja de merengues. Después de hacer una señal de inteligencia á la confitera, que por cierto era rubia y muy guapa, dí la vuelta á la esquina y me alejé por la calle de la Visitación. Cuando volví á mi casa Rubí, que siempre nos ha excedido á todos en gracia y en buen humor, convirtiéndome de bromista en embromado, se había llevado de mi cuarto un estuche de afeitar para entregárselo á la confitera en garantía del pago de los dulces. En el lugar del estuche habia dejado un papel escrito que concluía diciendo:

«. . . . .
Si te faltan del traje algunos dengues,
vé, Ramón, á buscarlos á la tienda
tururúm, tururúm de los merengues.»

Se conoce que á Rubí, al improvisar estos versos, le faltó tiempo para concluirlos y acabó el último con el *tururúm* repetido para no faltar, como buen hijo del Parnaso, al sagrado precepto de la rima.

Y, dicho esto, continúo.

El verso que me ha de citar el señor Valera ha de competir en lo pintoresco con esos versos que, al convertir *la*

idea en imagen, producen en el lector una reverberación de pensamientos secundarios que son el encanto del lector.

Como éstos, por ejemplo:

«Con crines tendidos *arder* los cometas.»

(*Juan de Mena.*)

«*Dilata* hasta los montes su *ribera.*»

(*Rioja.*)

«El que *freno* dió al mar de *blanda* arena.»

(*Lope de Vega.*)

«O al rico *avaro* en el *angosto* lecho
haz que temblando *con sudor* despierte.»

(*Argensola.*)

Etc., etc., etc.

Y ruego al señor Valera que para citarme el verso que le pido, no me vaya á hacer un torneo de momias, sacando á plaza los consabidos:

«¡Todo á humillar la humanidad conspira!....»
«¡Virgen del mundo, América inocente!.....»
«¡Pálida luz de fósforo ligero!.....»

Porque estos versos, que más bien pertenecen á la elocuencia que á la poesía, y que ocultan la vacuidad de la idea con la entonación de la forma, no nacen, se hacen, y yo sé lo poco que valen, porque estoy en el secreto del ningún trabajo que cuesta el fabricarlos.

Tururúm, tururúm, de los merengues.»

XII

Sólo el verso es un lenguaje perfecto

Pero el señor Valera, sin duda por la excesiva bondad de su carácter, siempre que levanta una razón es con vistas á la razón contraria.

Después de declarar á la poesía *un arte inútil*, dice: «La poesía es tan reverenda y tan divina que no hay deshonra en humillarse ante ella con acatamiento profundo.» ¿En qué quedamos? Y luego vuelve á decir: «Todos tenemos que ser prosistas, aún sin saber que lo somos, pero poeta y metafísico no es necesario que lo seamos.» Es verdad; la prosa se escribe, no como se debe, sino como se puede, y no siempre es necesario que los grandes hombres sean unos seres racionales que cultiven la metafísica y la poesía, pues se deben contentar con ser prosistas sin saber que lo son, hablando la prosa como la oyen y escribiéndola como la hablan. Y antes de pasar adelante, no quisiera que se me olvidara decir que, á propósito de esta polémica, se me ha presentado como enemigo de la prosa. ¿Yo enemigo de la prosa? ¿Por qué, ni para qué? ¿Tiene algo de extraño que, entrando en comparaciones, á la guerra al verso haya contestado yo con un ataque á la prosa?

Aunque sé que me expongo á ser cansado, he de repetir que, siendo en ellas escaso el contenido de la metafísica y de la poesía, todas las prosas carecen de aire vital y se presentan á mi vista chafadas como las vejigas vacías.

La prosa con pocas ideas queda reducida al oficio mecánico de prodigar lugares comunes y empalmar ripios, y aun con imágenes é ideas no hay cosa más difícil que injertar el ritmo en la prosa.

El materialismo de hablar no es un arte, es una función fisiológica como el charloteo del papagayo. Y es casi imposible imprimirle ninguna condición artística, por lo cual esos prosistas que, según el señor Valera, lo son sin saberlo, se pueden comparar con aquel inglés que lo había aprendido todo, absolutamente todo, «menos el arte difícil de saber leer y escribir».

Renuncio á hacer un análisis á la menuda, porque los gramáticos exagerados me hacen el mismo efecto que los supersticiosos, que con sus redes de moral estrecha, como en los circos ecuestres, convierten los caminos del cielo y de la tierra en unas verdaderas carreras de obstáculos; y seguiré diciendo que yo sólo me he ocupado poco caritativamente de la prosa cuando he visto fustigado el verso por escritores que supongo que serán unos poetas abortados. Y es tanto más de agradecer mi generosidad cuanto que tengo la persuasión de que todo pedazo de prosa, por lo fácil de enmarañarse, es una madeja de hilo puesta al alcance de los gatos de la vecindad.

El señor don Leopoldo Alas, que desde la ciudad de Oviedo pone en la actualidad más ideas en circulación que en su tiempo el P. Feijóo, se ha empeñado en hacer creer á las gentes que yo escribo muy bien en prosa. Esta es una lisonja que no merezco, pues como no existen reglas fijas de construcción, siempre que enlazo algunas oraciones se me ocurren después veinte maneras de hacerlo mucho mejor.

¿Sucede esto con la forma poética? No. ¿Por qué? Porque el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto. ¿Se quiere algunos ejemplos? Pues allá van dos, el primero de Lope de Vega:

«¡Canto el valor y las hazañas canto
de aquel varón, soldado y peregrino,
que, á ser del Asia universal espanto,
desde la selva Caledonia vino!»

Segundo ejemplo, de Góngora:

«Todo es gala el africano:
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende,
y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores,
y los volantes de Venus,
sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha es con claveles,
con jazmines si lo coje.
Todo sirve á los amantes:
plumas les baten veloces
airecillos lisonjeros
si no son murmuradores:
los campos les dan alfombra,
los árboles pabellones;
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores:
los troncos les dan cortezas,
en que se guarden sus nombres,
mejor que en tablas de mármol
ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle Angélica suena,
otro Angélica responde.»

¡Qué precisión en el primer ejemplo!

¡Qué abundancia de ideas y de imágenes en el segundo!

Y en los dos ejemplos, ¡qué manera tan diestra de construir períodos con palabras insustituíbles!

Ponga el señor Valera estos versos, no en una prosa tan mala como la mía, sino en una prosa tan exquisita como la suya, y verá como él mismo, por no oirla, echa á correr con el natural espanto con que se huía de aquella vieja que en tiempo de los franceses entraba en su pueblo diciendo: «¡No hay que asustarse, que vienen degollando!»

XIII

La prosa es un medio imperfecto de expresión

Repito que no pude reprimir un movimiento de enojo cuando ví que *El Ateneo,* desde el punto de vista de la ciencia y de la prosa, trataba con desdén á la poesía, y entonces fué cuando sostuve que la *prosa no es arte*. Pero el señor Valera, que tiene bastante autoridad para suponer que se le debe creer bajo su palabra, se limita á decir: «Claro está que hay arte en la prosa.» Estas claridades del señor Valera le deben recordar á una marquesa muy conocida una promesa que yo la hacía siendo niña: «Te he de regalar un vestido tan claro, tan claro, que no lo has de ver.»

Si la prosa es arte, ¿cuál debe ser la colocación de las palabras? ¿Cuál es la ley que determina el enlace y la estructura de las cláusulas? ¿Con qué regla ideológica se puede disculpar las irregularidades? ¿Qué razón hay que justi-

fique la inversión del orden usual de las ideas y de las frases?

Para nada de esto hay cánones determinados, y una prueba de que la prosa se escribe sólo por instinto, es que las mujeres, sin estudiar siquiera ortografía, redactan las cartas mucho mejor que los hombres, así como suelen cantar con más afinación los artistas que menos música saben. Muchas veces he pensado en los grandes sudores que le habrá hecho pasar al pobre Cervantes la introducción del *Quijote*. Obedeciendo al principio de que en todo juicio enunciado ha de presentarse la idea de que se afirme algo, y después sus accesorios y modificativos, debió comenzar su libro de este modo: «No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme.» Pero, obedeciendo á su instinto soberano y sacrificando la lógica á la eufonía, que es hermana menor del ritmo, de esa ascensión eterna de nuestra alma, construyó el período de esta manera: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.» Lo más perfecto de esta construcción, ¿le habrá recompensado á Cervantes de los sudores que le habrá costado el ver enfrente de sí ese montón de palabras que, como los guijarros, no suelen tener facetas de adaptación posible?

Me alegraré que Cervantes haya quedado satisfecho de este principio de su poema, y que en medio de sus desgracias tuviese un momento de felicidad, aunque no fuese tan grande como la dicha que siente el señor Valera al pintarnos entusiasmado la utilidad del prosismo:

«Las discusiones parlamentarias, dice, los dictámenes de los cuerpos consultivos, las leyes, los reglamentos, los libros de texto, están escritos en prosa.» Ya lo sé, y también el tratado del perfecto cocinero. Y ¿sabe el señor Valera cuál será el fin de toda esa monserga de calós administrativos, políticos y judiciales? Pues su término merecido será el de ir á calentar las calderas de la industria del porvenir, mientras los operarios que aticen el fuego recitarán con delicia la dolora del marqués de Molíns, que empieza:

«¡Se deshace nuestra vida
como esa blanca nevada;
á la mañana formada
y á la tarde derretida!»

XIV

El ritmo es enemigo de la prosa

Y, sobre todo, si el señor Valera cree, aunque no lo prueba, que hay arte en la prosa, entonces resultará que ésta también tiene alguna conexión con las leyes ideológicas, y, como todas las cosas pensables, depende de la metafísica. Y en este caso, ¡abajo también la prosa!; pues así como los lírico-clastas declaran que la forma poética está llamada á desaparecer, nosotros, los que sabemos un poco de lógica, á imitación suya, pediremos también que desaparezca del mundo ese medio artificioso llamado prosa, cuyas frases al salir al escenario jamás hallan postura cómoda, pues parece que siempre están agitadas por el baile de San Vito, por su afán

inmoderado de querer alcanzar un ritmo que nunca encuentran. Pero no se apure por eso el señor Valera, pues aunque se la despoje de la metafísica y de la poesía, siempre habrá una prosa, con la cual nos entenderemos, aunque será parienta por necesidad del *ujujú* de los salvajes. Sí; cuando, según esos profetas de una Nigricia universal, lleguen esos tiempos apocalípticos en que las grandes bestias se coman crudos á los jóvenes que hagan versos á sus novias, y se borre de la haz de la tierra á los pueblos que canten en coplas sus alegrías y sus pesares, y se supriman los soldados que busquen en los himnos patrióticos un estímulo para morir entusiasmados á la sombra de su bandera, entonces todavía con gruñidos y con gestos se entenderán las gentes. Y siga admirándose el señor Valera de la utilidad perdurable de la prosa; en esas horas negras del destino humano podrán morir la metafísica, la poesía y la música, pero quedarán la mímica y el ruído, y con estos elementos rudimentarios se dará satisfacción cumplida á los intereses y pasiones de esa futura raza de macacos, y hasta habrá elocuencias que arrebatarán á las muchedumbres con triunfos parecidos á los movimientos de impaciencia, de entusiasmo y de delirio que produce al amanecer el sonido del caracol qae toca el encargado de llevar á ciertos seres á merodear por los campos.

XV

El ritmo es el alma de las cosas

Y como ya mis días están contados, y acaso ya no recibiré la contestación del señor Valera, y, si la recibo, podré

no tener tiempo ni humor para consagrarle otra réplica, acabaré jurando que, hasta que se extinga el último aliento de mi existencia, seguiré haciendo protestas de admiración en favor del coro divino de las nueve hermanas, tan queridas para mí como las hermanas de carne y hueso que han convertido en alegrías las horas de hastío de mi vida. ¡Vosotras, inmortales de toda inmortalidad, que no habéis podido ser crucificadas en el monte de la redención, ni reducidas á cenizas en el incendio de la biblioteca de Alejandría, cuando en el último día este artefacto de arcilla llamado globo terráqueo sea roto en pedazos y con alguno de sus restos el sublime Alfarero de las cosas lo vuelva á crear de nuevo, ó ese mundo venidero será un charco de ranas, ó si ha de haber en él algún hombre que lo dignifique con sus plantas, vosotras seréis las que con vuestro aliento le inspiraréis la poesía, la pintura, la música, etc.; es decir, el alma, lo que cree el señor Valera que es inútil, *que no sirve para nada!*

Y después de besaros con amor en la frente, permitid que también bese las manos al señor don Juan Valera con el respeto mismo que si fuese vuestro divino maestro el dios Apolo.

CAPÍTULO XIII

LA NATURALIDAD EN EL ARTE

I

Falsedad del lenguaje poético tradicional

No necesito recordar que lo que acabo de decir lo he hecho en defensa de otra aserción mía que, en una de las polémicas, se me criticó acerbamente. «Aceptado el género de las *Doloras*, decía yo, me propuse probar á la escuela que más las ha combatido, que no sólo el fondo de sus obras era el vacío sino que el lenguaje poético oficial en que escribía era convencional, artificioso y falso, y que se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo común de hablar.» Y yo, que soy hombre leal y candoroso, debo confesar que, aunque sea con mal éxito, he procurado probar mi aserto con el ejemplo. La última colección de los *Pequeños Poemas* es una ratificación de la doctrina que predico. Si alguno pone en prosa el contenido de una de las páginas de aquel libro y puede expresar todas sus ideas con más naturalidad y con menos palabras, le regalo una Venus de Milo que yo aprecio mucho. Pero, al llegar á este punto, me interrumpe mi ilustrado colega el señor Marqués de Valmar, diciendo: «A esa prueba no se puede someter ni al

mismo Horacio.» Lo siento por mi fatuidad, que va á quedar mortalmente castigada, pero me alegro por el señor Marqués de Valmar, porque, sometiendo aquel libro á la prueba que él cree imposible, estoy seguro de que en toda su brillante carrera diplomática no ha hecho una apuesta en la cual haya ganado con más facilidad un bello objeto de arte. Ya tendré cuidado de encargar que no se lo rompan cuando se lo lleven á su casa.

Yo hubiera querido que la prueba de la bondad del sistema que defiendo fuese más autorizada y más decisiva, pero, como en vez de un escritor de profesión, yo he sido más bien un aficionado, no he tenido ni el talento ni la paciencia necesarios para recoger del medio de la calle y del pavimento de las aulas todos los modos de decir y todas las ideas que, traídas al fondo de obras artísticas, darían á la poesía una amplitud y una importancia increibles. Para haeer esto sería menester juntar al decir claro de Lope, el profundo pensar de Calderón. Pero aunque yo no tengo ni la autoridad, ni la fuerza, ni casi el deseo, necesarios para imponer mis creencias literarias, insisto, apoyado en el título de legitimidad de la propia defensa, en hacer una protesta contra el dialecto poético oficial, y creo que todos los que opinan como yo tienen precisión de aprender á saber oir y á saber ver todas las frases y giros poéticos que S. M. el Pueblo use en las diferentes manifestaciones de sus sentimientos y de sus ideas, para sustituir con el idioma natural contemporáneo el lenguaje culto, tradicional y artificiosos de la mayor parte de los autores antiguos. ¿No lo conseguiremos por ahora? En caso negativo, poco importa, pues si la mediocridad de nuestros medios no consigue el fin que nos proponemos, iniciado

el objeto aguardaremos á que otros autores de más talento realicen nuestros propósitos. Ya vendrán, ya vendrán apóstoles de la buena nueva, que, no escondiendo como un crimen esos mamotretos en que todos van consignando el fruto de sus audiciones y de sus lecturas, sinteticen en obras artísticas lo que vean y lo que oigan, convencidos de que el escritor más importante en lo porvenir será aquel que, como Descartes y como Goethe, llegue á ser el más grande reflector de las ideas de sus contemporáneos.

Y como á mí ya se me va acabando la gana de escribir más sobre el particular, conjuro y emplazo á todos los grandes poetas líricos y dramáticos, novelistas y didácticos de nuestro tiempo, á quienes yo tanto admiro, para que, de hoy en adelante, cuando publiquen algún libro nos den su opinión sobre estas cuestiones, que yo no he hecho más que indicar y nos revelen los procedimientos científicos por medio de los cuales ellos harán grande este siglo, que debe de tener algo bueno cuando es tan calumniado, y nos digan si opinan, como yo, que se rompa para siempre el Círculo de Popilio, no del lenguaje, sino del dialecto poético, negando que se deban elevar las reglas de una retórica fósil á la categoría de instituciones humanas.

II (a)

La naturalidad es una hombría de bien literaria

Insistiendo en estas ideas escribí lo siguiente en un prólogo para un pequeño poema del señor don Cándido Pinilla:

(a) Este número II, es añadido en la segunda edición.

«Mi querido amigo y compañero: He leído su poema con muchísimo placer. Tiene usted razón en creer que los críticos le van á decir, no que imita mi estilo, sino que marcha por el camino que yo creo mejor en literatura. Aunque algunos dicen que el ser de mi opinión es un delito, yo insisto en defender con ardor mi sistema, no por una pretensión vanidosa, sino única y exclusivamente *por amor al arte.*

A usted, que lo sabe y lo practica, no tengo necesidad de aconsejarle que estudie y comprenda bien la noción de lo que es poesía. Ha habido muchos poetas y críticos que pasan por notables, que han hecho buenos versos ó los han censurado con acierto, no por conocimiento, sino por instinto. Hermosilla, que escribió una obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso,* con singular discreción, cuando hizo aplicación de sus doctrinas, puso por modelo de escritores á Moratín, que exceptuando la *Lección poética*, premiada por la Academia, *tiene pocos versos de poeta.*

Escribir poesía es convertir las ideas en imágenes. Ya dijo Horacio: *La poesía es como la pintura.*

El verdadero poeta sólo habla por medio de imágenes. Ciceron, aunque no entendía mucho de estas cosas, ya extrañaba que el lenguaje figurado agradase más que el sentido recto.

La poesía es independiente del verso. Cuando á un prosista ó á un orador le anima el estro y se expresa por medio de figuras pintorescas, entonces el prosista y el orador se transforman en poetas.

Cervantes y Solís eran dos buenos poetas en prosa y malos en verso. Byron era tan buen poeta en verso como en prosa.

Es verdad que la poesía en verso es *el arte por excelencia*, porque después de la *arquitectura* del asunto, el sentimiento lo adorna con la *pintura* de las imágenes, que son ideas con colores, y por último, le añade la rima y el ritmo, que es á un tiempo, *música* y *escultura*. Lo mismo que la ópera, la poesía en verso es la condensación de todas las artes.

Continúe usted trabajando, como hasta ahora, para que su estilo adquiera condiciones de seguridad y de franqueza; ni hinchado, para que no le llamen *fatuo*, ni rastrero, para que no le tilden de *vulgar*.

Franqueza y sinceridad.

En el estilo gusta ver la cara del autor, aunque no sea hermosa.

La manera propia de un escritor es una ampliación de su misma naturaleza, y cuando es sencillo, parece que sus obras están escritas con la sangre de sus venas.

Los buenos escritores son niños grandes que dicen lo que sienten y como lo sienten.

El estilo natural es la mejor prueba de la hombría de bien de un literato.

En la forma, nada de frases inútiles; los adjetivos innecesarios y las frases huecas como avellanas vacías, han hecho que el estilo de los sucesores del gran maestro Fernando de Herrera, se haya convertido en un desván de cosas que no sirven ni para usarlas, ni para tirarlas; y á las puertas de sus prenderías se podría reproducir este letrero, que he visto escrito en uno de los almacenes de las afueras de Madrid: «Aquí se vende ripio y cascote.»

Hace usted bien en seguir con el espíritu abierto á todas las manifestaciones del psicologismo moderno.

El clasicismo, que sólo nos da á comer cosas cocidas hace una porción de siglos, ya no satisface nuestro apetito, por más que nos lo hacen mascullar desde muchos años antes de que nos salga la muela del juicio.

Con las doscientas palabras convencionales y obligadas que constituyen todo su vocabulario, sólo se puede componer trajes de máscara de señora antigua.

Esta poesía, á pesar de sus frases exquisitas y su horror á la naturalidad, en la forma es un eterno prosaismo y en el fondo una musa muy acicalada y muy boba que habla *dormida por dentro*.

La eterna exhibición de lo redicho, lo rebuscado, lo supérfluo y lo gazmoño, hacen que uno se reconcilie hasta con el naturalismo de Napoleon, el cual, acariciando á un hijo de su médico, le decía: «¡La tripita! esta es la reina del mundo.» Esto es tabernario, pero al menos es humano.

No haga usted caso de los seres impensantes que proclaman que la ciencia no debe entrar para nada en las obras poéticas.

Decía Shakespeare: «¡Palabras, palabras, palabras!;» y Dickens: «¡Hechos, hechos, hechos!» Pero yo moriré diciendo: «¡Ideas, ideas, ideas!» En cierta ocasión hallé á una labradora que estaba pegando á un niño: «¿Por qué maltrata usted á esa criatura?» le pregunté. «Porque siempre está *sacando ideas;*» me contestó. Efectivcmente, eso de *sacar ideas* suele ser la más peligrosa de las ocupaciones, porque alarma y destruye el *statu quo* de los intereses indefendibles. Según la letra de todos los ritualismos viejos, los protestantes literarios mereceríamos una recorrida de palos como el niño del cuento.

Yo bien sé que es mucho más cómodo montar en un pegaso sin ronzal y cruzar los campos de la naturaleza exterior, lanzando á los cuatro vientos odas pindáricas sin piés ni cabeza, que por no tener asunto empiezan como Dios quiere y acaban cuando quiere Dios, que escribir una humorada con *pensamiento*, una dolora con *plan dramático*, ó algún pequeño poema con argumento y alcance *trascendental.*

Los tanteos poéticos sin objeto conocido me recuerdan la curiosidad de un Embajador chino que, viendo á un gimnasta hacer evoluciones trabajosas, nos preguntaba con mucho candor: «Y eso, ¿para qué sirve?» Los esfuerzos hechos por el entendimiento para no dar á entender nada, producen en almas como la del chino, una ictericia moral.

No hay inteligencia que, como no esté bien alimentada por la ubre de la metafísica, no caiga en la anemia.

Lo dicho, dicho; imágenes, naturalidad, sentido íntimo é ideas.

Y adiós; y ya que la mala suerte desgraciadamente le ha privado á usted, como á Milton, de la gracia de poder ver el sol de la vida exterior, pido al cielo de rodillas, que el resplandor que ilumina su corazón continúe mostrándole siempre, para su consuelo y delicia de sus amigos, los misterios y los horizontes infinitos de la vida de las almas.»

CAPÍTULO XIV

RESUMEN DE ESTA POÉTICA

En resumen, la obra artística deberá responder afirmativamente á estas cuatro preguntas:

El asunto ¿es historiable?

El plan ¿se puede pintar?

El designio ¿tiene objeto?

El estilo ¿es el hombre?

Hace cuarenta años que publiqué la primera *Dolora*, titulada COSAS DE LA EDAD. Hoy escribo esta POÉTICA para explicar y defender la doctrina que sirvió para componer aquella *Dolora*. Podré ser todo lo mal escritor que se quiera, pero al menos no se me negará que, al escribir mal, obedezco á principios literarios invariables. ¿No es verdad, lector mío?

CAPÍTULO XV

LA HISTORIA, LAS CIENCIAS Y LA FILOSOFÍA, CONSIDERADAS COMO ELEMENTOS DE ARTE

Y como ya me fatigo y supongo al lector fatigado hace tiempo, concluyo diciendo que ahora que he llegado á esa edad en que todo es indiferente, menos la intranquilidad de conciencia, ruego á algunos biógrafos que se dignan ocuparse de mí, que, mientras no haga un trabajo literario diciendo quién soy yo y quiénes son ellos, dejen de hacer unas biografías de las cuales ni siquiera se puede decir aquello de que son «retratos muy bien hechos que no se parecen nada», pues los míos, en general, ni se parecen nada, ni están bien hechos. El mejor retrato mío sería el siguiente: «Leyó por entretenerse; escribió para divertirse; vivió haciendo al prójimo todo el bien que pudo y se moriría con gusto por olvidar el mal que muchos prójimos le hicieron.» Mi biografía es muy sencilla: la de alguno de mis detractores será un poco más complicada.

Hoy mismo ha llegado á mis manos un estudio biográfico en el cual, entre otras lindezas, se dice que yo siempre he sido «aficionado á los placeres;» ¡yo, que, según dice el popular poeta don Manuel del Palacio, *nunca he tenido*

juventud; que jamás he podido aprender á fumar y que no tengo más vicios que leer y dormir! . . .

Pero miento: tengo una pasión que me obliga á cometer el *pecado de la pereza,* y es mi amor á las letras, que me hace caer en la indiferencia de toda otra cosa que no sean las manifestaciones del arte, del arte que, siendo la forma de las ideas, es la exteriorización de la hermosura interior, la imagen relativa de la belleza ideal absoluta. Yo acompaño en su predilección á Carlyle cuando decía «que sería preferible para Inglaterra no poseer la India, á no tener á Shakespeare.» En la biografía á que aludo se me acusa de poco respetuoso con la historia, la política, las ciencias y la filosofía. La censura es justa, porque para mí el arte es el fin de las cosas. Toda idea que no acaba sú evolución formando parte de un objeto artístico, es un soldado que muere á la mitad del camino de la gloria.

El arte es el gran sustantivo de la inmensa oración del universo creado. Las leyes cosmológicas forman un tratado de lo sublime estético. Hasta las cosas materiales abandonadas á sí mismas se van colocando según arte.

El sentimiento de lo bello palpita en todos los órdenes de la vida, desde el instinto hasta el razonamiento, y si inconscientemente construye el nido de la golondrina, en plena conciencia levanta el templo de El Escorial. Una idea de belleza, más ó menos bien comprendida, embadurna la cara del salvaje y tiñe de púrpura el manto de los reyes.

Lo que llamaba Lucrecio la *fuerza de las cosas,* Bossuet la *Providencia* y los autores modernos la *idea del progreso humano,* no son otra cosa más que la fiebre artística del amor á lo perfecto. . . . .

Así como los cuerpos simples tienden á unirse en combinaciones binarias, y sólo la vida los fuerza á anexionarse en grupos ternarios y cuaternarios, las ideas, al asociarse, van convirtiendo los hechos en ciencia, la ciencia en filosofía, la filosofía en moral, la moral en culto y el culto en arte.

¡Los hechos! Cosa importante para los grandes estadistas, que mueren con seguridad con ellos, si no son algo parientes de Horacio, al menos por afinidad.

¡Los hechos! ¿Quién ha visto en el mundo con agrado ni á la misma virtud de Esparta, cuando no se ha presentado vestida por alguna modista de Atenas?

¡Los hechos! ¿Qué tiene que ver el arte con semejantes groserías, si no son antes purificados por el calor del sentimiento ó por la luz de la razón? La misma historia es un inventario de cosas inútiles, cuando no la escribe Tácito con el pincel de un artista. Hemos presenciado en nuestro tiempo una guerra que ha costado á Francia, en pocos meses, cien mil hombres y cien mil millones. ¡Una bicoca! La historia probablemente se desgañitará acusando á los bárbaros de la civilización porque cometen brutalidades que obscurecen las de los bárbaros de la barbarie, pero la posteridad pondrá sobre esta hecatombe nueva lo que sobre muchas de las antiguas, el epitafio del olvido. Después que el tiempo extinga los odios de partido por encima de esta inmensa ruina, nuestros hermanos, los poetas futuros de Méjico, probablemente sólo verán flotar la interesante leyenda de la evasión del prisionero del fuerte de Santa Margarita, ideada y llevada á cabo por su paisana la Mariscala de Bazaine.

¡La ciencia, madre de las industrias! ¿De qué serviría lo

útil si al mismo tiempo no fuese agradable? Recorriendo el Palacio de la Exposición Universal de París, se veía siempre en el rincón de una de las galerías un grupo de gente contemplando un pequeño gabinete que, al parecer, compendiaba el fin de todos aquellos esfuerzos de inteligencia y de poder, y era el cuarto de una Aspasia moderna, alhajado con más sencillez, más elegancia y más comodidad que las que han podido poner en sus pinturas los poetas que hayan pensado en la estancia de la diosa Juno. Unas ricas colgaduras que imitaban en sus pliegues las ondulaciones de las nubes; una cama primorosamente esculpida; un hermoso velador sobre el cual estaba un libro, que supongo que sería la traducción del *Arte de amar;* el retrato de un niño que estaba allí en representación de algún hombre, y algunos objetos más, cuya relación omito, formaban un conjunto que para un público numeroso se conoce que representaba las ciencias convertidas en industrias y todas las industrias de la Exposición sintetizadas en un objeto de arte, en una Concha de Venus.

¡La filosofía! Sólo inspira un interés mediano, lo bueno que no es bello, y lo verdadero que no es hermoso.

Los sistemas filosóficos, ¿son otra cosa más que unos poemas sin imágines? Estas creaciones, que parecen castillos amasados con tinieblas y habitados por espectros, se ocupan del bien y el mal, pero inútilmente, porque esta vida en las nubes no tiene realidad hasta que algún sacerdocio, invirtiendo el procedimiento, convierte la filosofía en acción, y todo un orden moral de ideas las representa por medio de símbolos, y una completa serie de pensamientos abstractos los reduce á imágenes sensibles. ¡Cuántas filosofías y cuán-

tos dioses han caído del Olimpo, aunque predicaban en abstracto la misma moral del cuento de la lechera; mientras que esta encantadora sonámbula se pasea viva y sonriente desde la India á Egipto, desde Egipto á Persia, desde Persia á Europa, desde Europa á América, y aún hoy sigue y seguirá recorriendo eternamente y con gracia imperecedera todas las regiones del orbe conocido!

El día que se perdiesen todos los niños y todas las mujeres del mundo, los encontraríais ¿donde?: la mitad en los templos y la otra mitad en los teatros. ¡El teatro, templo de los sentidos, y el templo, teatro del espíritu, son los dos únicos centros donde se resumen todas las glorias de la arquitectura, de la poesía, de la música, de la escultura, de la mímica, de la indumentaria y de la elocuencia!

CAPÍTULO XVI

CONCLUSIÓN: UN RUEGO Á LA CRÍTICA

I (a)

La crítica grande

Y como esta Poética no es más que el resumen de los ataques y defensas que han convertido mi vida en una especie de torneo literario, concluiré haciéndome cargo de las últimas estocadas que he recibido de dos insignes campeones, maestros incomparables en la esgrima intelectual.

Después de treinta años de publicado EL DRAMA UNIVERSAL, el ilustrado crítico extranjero MR. BORIS DE TANNEMBERG, en una excelente obra sobre la poesía castellana, publicada en París, ha llamado la atención sobre este poema, enteramente olvidado del público español. Casi al mismo tiempo, el erudito agustiniano FRAY RESTITUTO DEL VALLE RUIZ, escribió lo siguiente: «No falta quien sólo vé en el DRAMA UNIVERSAL un engendro poético monstruoso, una producción de dicción apocalictica, un caos de inspiración rebelde á toda ley; aunque otros, por el contrario, consideran esta composición como el monumento más grandioso

---

(a) Añadido este núm. I á la segunda edición.

y perdurable, erigido en esta época á la poesía castellana». —En este poema, yo me había propuesto romper el molde de las antiguas epopeyas, escritas como si en el arte no cupiese la filosofía, fuente de todo conocimiento, y quería, además, abarcar en una síntesis general todas las pasiones humanas y todas las realidades de la vida desde un punto de vista ideal, colocado fuera de la realidad. Pero se conoce que, contra mi voluntad, el DRAMA UNIVERSAL, en vez de un *monumento grandioso* ha resultado un *enjendro poético monstruoso*, como lo prueba el que ningún crítico se haya dignado ni mentarlo siquiera en un período de treinta años, largo calvario de desdén á que sólo ha podido resistir el mérito del PARAÍSO PERDIDO.

¡Cómo ha de ser! Si yo tuviera ilusiones, esto sería para mí una ilusión menos.

Y como yo me he propuesto consignar en estas POLÉMICAS todo el mal que se diga de mí, añadiré que, hablando de la verdad y moralidad de mis obras, dice el SEÑOR VALLE RUIZ: «Que sólo la reprobación más enérgica merecen por sus atrevimientos»...—Esto no está de acuerdo con la opinión de autoridades irrecusables. Leyendo yo á un célebre dominico, que después ha ocupado las más altas dignidades eclesiásticas, el poema titulado *Los amores en la luna,* uno de los asistentes preguntó al prelado: «¿Y qué dice usted de la parte moral?» «¿Qué parte moral?», le contestó el hoy purpurado con el candor y la buena fe de un santo.

Otra vez unos católicos, amigos míos, me invitaron á que escribiese algunos versos en un álbum dedicado á Su Santidad León XIII.

Pensando sólo en la poesía, y sin cuidarme del dogma

para nada, escribí una estrofa en la cual decía que si yo fuese Papa absolvería á todos los pecadores y cerraría el infierno. Los católicos meticulosos discutieron formalmente si convendría romper la hoja en que estaban escritos mis versos, pero con mejor acuerdo se llevó el álbum íntegro al Sumo Pontífice, el cual, después de leer mi estrofa, exclamó con su natural bondad: «¡Poeta, poeta!»

Otro insigne escritor, el *señor don J. Mañé y Flaquer*, que pasa con razón por ser uno de los Santos Padres de la Ortodoxia conservadora, asegura: «Que mis obras poéticas pueden haber hecho más daño en España que Balzac en Francia, porque hacen tiritar de frío, de ese frío contra el cual nada pueden las chimeneas, ni los caloríferos, ni los abrigos forrados de pieles, porque es el frío del alma». Y concluye diciendo: «¡Cuántas más ruínas han causado los conservadores á estilo de Campoamor que los demagogos á lo Castelar!»

Convengamos en que la cosa no merece tan inquisitoriales censuras. Los ilustres pensadores *Valle Ruiz* y *Mañé y Flaquer* me perdonarán, si les digo que opino como el gran León XIII y el célebre Cardenal, que en cuestiones de arte, el arte es lo primero, y que tiene algo de empirismo el juzgar una obra desde un punto de vista de moral restringida, cuando el arte sólo es uno, y las fuentes de moral, bajo muchos aspectos, son tantas, tan variadas y tan contradictorias. El señor Castelar, con su maravillosa elocuencia, destruirá muchas instituciones y muchas cosas, pero yo, en mi humildísima esfera, me contento con dejarlas caer, y en esto no hacemos los dos más que obedecer á la ley de la vida, en la que todo lo que nace está condenado á morir.

II

A la crítica pequeña

¡Raza inextinguible de escribas y fariseos, que sois capaces de convertir con vuestra hipocresía los imperios más santos en reinados de farsas celestiales, dejadme morir en paz, sin perseguirme con vuestras murmuraciones, por suponer que en algunas de mis frases hay demasiado desenfado, y en el fondo de mis cuadros disquisiciones un poco aventuradas! En materia de temeridades intelectuales yo me confieso pecador, y digo como el filósofo: «¿Hablan mal de mí? Pues si supieran otros defectos que tengo, aun hablarían peor». Pero no me aburráis con una afectada pudibundez, á la cual no falto nunca. Además de no creer en vuestras gazmoñerías, os tengo que decir que así como San Juan Crisóstomo asegura que hay cosas que los ángeles han sabido por revelación de San Juan, yo, que no soy santo ni inspirado, os puedo revelar que con mis realismos de frase no hago más que imitar á esos mismos ángeles, pues sé que, como complemento de delicias inefables, bajan del cielo todos los domingos y fiestas de guardar, para besar, no los ojos, sino las miradas de las mujeres de la tierra.

No convirtáis las verdades filosóficas en piedras de escándalo, porque el hombre, en último resultado, se reduce á ser una razón dudando. ¿Hay cosa más natural que el infeliz que va cruzando el camino de la inmensidad se pregunte á sí mismo ó pregunte á los demás, si viajamos sólo por impulso de

nuestro libre albedrío ó por la fuerza de una implacable fatalidad? En medio de este hervidero de dolores ¿es posible que el pensador no pregunte, como Segismundo, si la vida es un sueño en acción, ó como Fausto, si es una acción horrible?

Dejad volar al alma. El pensamiento es la única atmósfera respirable del sér humano. Es menester vivir, pensar y escribir conforme á la naturaleza. Después de todo, la virtud, más que en pensamientos, consiste en realizar buenas acciones.

Varron contaba ya en su tiempo hasta doscientas ochenta y ocho maneras escogitadas por los filósofos para ser dichosos. Yo sé algo de filosofía, pero no he encontrado más que una manera de ser un poco feliz; y es la de dedicarme á la estética, ciencia que enseña á convertir lo bello ideal en bello sensible, ó lo que es lo mismo, aunque parezca enteramente lo contrario, en convertir lo bello sensible en bello ideal.

Dejad que me embriague tranquilamente con el opio de las letras, porque si no, creo que para soportar el largo camino de la vida, tendría que apelar al verdadero jugo de adormideras.

¡El amor al arte y el cariño de algunos de los seres que me rodean, son las únicas ilusiones que me quedan para poder sobrellevar con gusto los pocos días que me restan de vida; ilusiones que ruego á Dios que me conserve eternamente, para que, así como fueron mi delicia en la tierra, después de mi muerte sean el premio de mis esperanzas en el cielo!

ÍNDICE

DE

POÉTICA

Págs.

FIN DE *POÉTICA*

LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA

LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA (1)

I

La metafísica

Casi tiene razón *Clarín* cuando asegura que el señor Valera y yo no nos hacemos los tontos; y ya me voy convenciendo de que, en vez de hacernos, lo somos.

El señor Valera sostiene que la metafísica y la poesía son dos cosas completamente *inútiles;* y yo trato de probar que la metafísica y la poesía son las dos únicas cosas verdaderamente *útiles*. ¿Cuál de nosotros dos hace aquí el papel de tonto?

Y véase por qué razones tan fútiles declara el señor Valera la inutilidad de la metafísica y de la poesía:

«Es menester (dice) que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico, pero ¿qué necesidad tiene nadie, ni en mi casa ni en ninguna casa, de hablar en verso ni de tratar de metafísica? Discurriendo así y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso,

---

(1) Del libro *La Metafísica y la Poesía*, polémica, por don Ramón de Campoamor y don Juan Valera. Madrid, 1891.—Sáenz de Jubera hermanos

á fin de no cansar vine yo á inferir que la metafísica es ciencia *inútil* y arte *inútil* la poesía».

Es claro que *discurriendo así* tiene razón, pero como el discurrir así es un mal modo de discurrir, resulta que el señor Valera, que es tan célebre por lo terso de las pecheras de sus camisas, que sirven de espejo hace cuarenta años á toda la diplomacia europea, como por las catilinarias que escribe contra la metafísica, ignora que si su planchadora no tuviese filosofía, no podría manejar las planchas sin quemarse los dedos, y sin principios de estética no podría dejarle las camisas tan blancas como el ampo de la nieve. En su casa, como en todas, el que cante tendrá que hacerlo en *verso*, y el que haga la cocina en prosa tendrá que poner en práctica una teoría culinaria, aprendida ó inventada, con la cual compondrá esos guisos ideales que el señor Valera y yo tanto hemos celebrado recientemente en la mesa de los señores Cánovas del Castillo. Créame el señor Valera: la metafísica *instintiva*, los órganos cerebrales de *percepción* y *causalidad*, como dicen los frenólogos, bastan y sobran para que le planchen bien las camisas, le proporcionen muebles cómodos y le aderecen huevos con todas las variedades de que habla la fábula de Iriarte, pero es menester que no olvide que, si bastan estas reglas de filosofía *prístina*, que se entiende por *gramática parda*, para vivir según la naturaleza, es necesaria la filosofía *escrita* para llevar el orden á las esferas de lo ideal, porque, de lo contrario, resultan vacíos de sentido todos los ramos del saber humano. Por ejemplo, á la carencia de principios generales se debería en la abogacía la degradación de la noción del derecho, sustituyéndola por una pérfida esgrima de procedimientos; la

crítica, sin filosofía, se convertiría en difamación disimulada y las saetas que lanza llevarían delante la ira y detrás la envidia. En literatura, suprimida la perspectiva trascendental, se perdería la idea del lejos y todo sería limitado, pequeño y vulgar.

Mirando volar á un águila, me decía una niña: «Mira una mariposa». Es natural; no sabiendo apreciar las distancias, como le sucedía á la niña, todas las águilas nos parecen mariposas.

«Macaulay, escribe el señor Valera, el sensato é ilustre Macaulay, no es menos adverso á la filosofía especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. En suma, todo el ensayo de Macaulay, en elogio de Bacon, es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede negar, muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía.»

¿Y quién era el sensato é ilustre Macaulay?

¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Era un escritor caprichoso, filósofo á veces y poeta de cuando en cuando, que juzgaba á Petrarca, á Byron y á otros grandes poetas como un pedagogo puede tratar á los niños de la escüela. ¿Y con qué derecho se tomaba Macaulay esos aires de autoridad científica? Con ninguno. Como él despreciaba la metafísica, y no escribió ningún sistema de filosofía, se quedó siendo un crítico á la buena de Dios, que acertó en algunos juicios por casualidad, como todo el que se deja guiar sólo por su instinto, y no por la ciencia.

¿Y quién duda que el instinto, lo que el señor Valera llama la metafísica *irreflexiva*, puede realizar actos de perfecto sentido práctico, como acontecía con Macaulay? Hace pocos días vi en el paseo del Retiro un perro que, después de

comer unas hierbas, se tendió á dormir la siesta, poniendo el cuerpo al sol y la cabeza á la sombra. Este animal me pareció tan sabío como el gran Boerhaave, cuyo sistema higiénico se reducía á lo siguiente; «Tened el estómago limpio, los piés calientes y la cabeza fria, y reíos de los médicos.»

Entre los animales no hay tontos. Los tontos son los racionales que, hablando, argumentan mal, ó que, escribiendo, son unos pésimos traductores de las leyes del pensamiento. Los grandes estadistas, al realizar sus grandes actos históricos, suelen ser unos malos copistas de la moral de los personajes de las fábulas de Esopo. Obran la mayor parte de ellos dejándose guiar por el instinto, como los animales, y hay que dar gracias á Dios cuando lo tienen tan claro como los héroes del insigne fabulista.

¿Qué eran los grandes hombres de la Revolución francesa más que unos metafísicos en bruto? Robespierre era un filósofo instintivo, feroz, y cuando escribió, ó realizó, su filosofía, creando el culto de la diosa Razón, resultó ser un mal copista que trasladó las reglas de la conciencia sin exactitud y sin racionalidad alguna.

Y dice el señor Valera: «Si por metafísica hemos de entender ciertos principios fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje, pero esta metafísica es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea.»

Estoy asombrado de lo tarde que ha descubierto el señor

Valera que el instinto es una metafísica embrionaria. ¿Cómo no ha notado hasta ahora que, aunque nunca hayan leído una aritmética escrita, las cocineras que el señor Valera ha tenido para lo que él llama el *gobierno de la casa*, jamás se han dejado engañar por los astutos revendedores de las plazuelas? ¿Y por qué? Porque todos los séres, incluyendo á sus cocineras, están dotados de una *ciencia infusa* que empieza en el animal como *instinto* y acaba en el hombre como *razón*. Se piensa y se repiensa. El pensar natural, que no pasa de *instinto*, repensando, produce en el hombre la *reflexión*. La metafísica consiste en pensar sobre el pensamiento y, al declarar el señor Valera su inutilidad, hace retroceder al hombre hasta la categoría de mono sabio, que aunque hace cosas de *entendimiento*, no sabe hacer cosas de entendimiento *entendido*. Y gracias á Dios que, por fin, se ha convencido el señor Valera de que la metafísica, no sólo no es *inútil*, sino que es de *necesidad absoluta*. Si la metafísica la constituyen el conjunto de las leyes del *entendimiento*, ¿qué más da que esté escrita ó que esté sólo pensada? Escrita es una guía exterior, y pensada es un gobernalle interno. Pero, escritas ó pensadas, las leyes del pensamiento son metafísica pura, y esta duda del señor Valera me recuerda la confusión del gallego que decía: «Á mí todos han dado en llamarme *Pepe*, y yo me llamo *José*.»

Se pregunta el señor Valera á sí mismo: «¿Tengo yo, ó sé yo filosofía?» Y si la tengo, ¿de qué me sirve? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía?» Sí, señor; además de que el señor Valera sabe todas las filosofías que se practican, aunque no se hayan escrito, como sucede, según él dice, «en

Rusia, en Polonia, en Hungría, en Turquía, en Portugal y en España», tiene en el cuerpo la metafísica *inexplicada*, que no necesita explicación, el instinto enseñado por la experiencia y agrandado por el hábito. Guiado por esta metafísica, que el señor Valera llama *natural*, se ha lanzado al mundo desde pequeñito, y ha sido embajador, consejero, comensal de muchos príncipes de la tierra y ha gastado en comer, beber y vestir más millones que los que ha amontonado el legendario Creso. Ya ve el señor Valera cómo con su filosofía, unas veces escrita y otras sólo pensada, *ha cuidado bien de su hacienda, ha adelantado en su carrera y ha ganado muchísimo dinero*. Y después de todo esto, ¿todavía ¡el ingrato! llama á la metafísica una ciencia *inútil*?

La metafísica instintiva, aplicada con lealtad á los hechos, da lo que se llama el *sentido común humano*, y si se injerta en el egoísmo, da el sentido común inglés, que era el del sensato é ilustre Macaulay.

Es verdad, es verdad; hay una metafísica natural que obra por instinto, y otra escrita, que suele ser artificial, porque está mal traducida del pensamiento.

De todo lo cual se deduce que la metafísica de los ignorantes puede ser más acertada que la metafísica de los sabios.

Richelieu y Cisneros han solido obrar por medio de una metafísica instintiva con tanto acierto como el asno que, viendo un portillo abierto, se mete á pacer en el cercado ajeno.

Yo sé de un general que decía: «No quiero cabos que sepan escribir.» Este militar creía, sin duda, como Rousseau, «que el hombre poco instruído es un animal depravado.»

Recordándole á un alcalde del Maestrazgo que cuidase mucho de la instrucción primaria, contestó: «¡Pero, señor jefe, si en el pueblo no hay más hombres de bien que los que nunca han ido á la escuela!» Aquel alcalde presentía también que la instrucción incompleta, en vez de aclarar el entendimiento, lo perturba.

¿Quién duda de que el raciocinio, aceptando premisas falsas, suele equivocarse, y que el instinto se equivoca pocas veces?

Y dejando el asunto de la inutilidad de la metafísica, vamos á la cuestión de la inutilidad de la poesía, si es que puedo hallar medio de apoderarme de los argumentos del señor Valera, pues en su alfarería literaria no hay por dónde coger los objetos que fabrica, porque todos los hace lisos, redondos y sin asa.

II

La poesía

«¿Por qué lloras?» le preguntaban á un niño afligido y el niño contestó: «Porque cuando cierro los ojos, no veo nada.»

Lo mismo le pasa al señor Valera en esta polémica; se enfada conmigo porque cierra los ojos y no ve nada.

Pero sigamos:

Algunos socios del Ateneo, presididos por el señor Valera, han dado muerte verbalmente á la poesía, como la gui-

llotina puso fin materialmente á los pensamientos de Andrés Chénier.

Comprendo la guerra á los metafísicos y á los poetas por los que no tienen ni sentimientos ni ideas. Hacen bien en pedir que desaparezca la forma poética todos los que (con perdón sea dicho) no pueden ser admitidos en la sociedad de las musas, ni siquiera en clase de lacayos distinguidos. Pero el señor Valera, que es poeta siempre, y buen metafísico á ratos perdidos, es demasiado generoso al cubrir á sus apadrinados con su manto real de escritor incomparable, diciendo: «No se revuelva usted contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima muerte de la poesía, por lo menos *en metro*. Yo he proclamado sólo en són de elogio su *inutilidad* sublime, así como la mayor inutilidad *de la metafísica*.»

¡Qué falta de franqueza, mi querido Valera! Declárese usted vencido, y decídase á confesar que la metafísica es el alma de las obras literarias y la forma poética su traje de los días de fiesta.

El que escribe bien en prosa no hace más que lo que debe, pero escribir bien en verso es realizar una maravilla.

El verso es un arte, y la prosa un oficio.

Los versos se agarran á la memoria de las gentes como los recuerdos de las personas queridas y, sean aquéllos tristes ó alegres, son siempre inolvidables, como los sonidos de las campanas de nuestra aldea.

Horacio, que era un poeta más genial que grande, con su infinita gracia ha colgado las chucherías escépticas de sus pensamientos de las orejas de la humanidad, y siempre que escucho á algún prosista recitar sus sentencias rimadas, me

parece que oigo decir al poeta latino: «Este es un prosista que por vanidad poética se pone aretes como los salvajes del desierto.»

Dice el señor Valera «que tiene más aficionados la prosa que el verso.» Naturalmente; como que para apreciar lo segundo es menester entendimiento, y para lo primero basta con tener entendederas. La prosa se habla con la facilidad con que se hace uso del aire que se respira.

Pero pregunto al señor Valera: ¿Qué hay, no diré de común, pero ni siquiera de semejante, entre el arte de escribir versos y la función fisiológica de hablar en prosa?

En el artículo anterior habíamos quedado: primero, en que la prosa no es arte, pues es una operación material como el canto del mirlo; segundo, en que el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto.

En verso se suele escribir con perfección absoluta. En prosa sólo se puede escribir bien relativamente, sobre todo en un idioma como el español, en el cual la libertad de sintaxis raya en la anarquía. Decía Enrique Heine «que la poesía, traducida en prosa, es como un rayo de luz envuelto en paja.»

La prosa es inmejorable cuando llega á ser, por lo menos, soportable. En la prosa nadie sabe del todo bien lo que dice, y á veces ni lo que se supone que se quiere decir. En los mejores prosistas la colocación de las palabras se hace por capricho, más bien que ajustándolas al orden lógico de los conceptos.

La prosa, que, además de carecer de conexión lógica, no tiene, como es muy común, ni ideas ni imágenes, queda reducida á un simple ruido con honores de gruñido.

La prosa es la cuesta abajo del arte; hoy los que pretenden hacer desaparecer la forma poética han condenado el ritmo; mañana suprimirán del todo la retórica; otro día la gramática, y acabarán por convertir la prosa en el léxico de la burra de Balaan.

Y llevando hasta el insulto el desprecio de la poesía, añade el señor Valera:

—«Pero, ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando deja las uvas que no están maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un sér lastimoso, que no vale para *sastre,* ni para *cavador*, ni para *peón de albañil*, ni para otro oficio, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.»

Dudo mucho que Virgilio, Horacio, Shakespeare y Calderón hayan sido poetas por no tener aptitud para ser unos destripaterrones. Pero, en último resultado, que se consuelen sus admiradores sabiendo, como yo sé, que los peores versos valen más que la mejor de las prosas, y que algún prosista acérrimo suele ser un poeta avergonzado de no haber podido servir ni para echar un par de herraduras al caballo Pegaso.

Habiendo asegurado yo que desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo no se ha escrito un solo verso de poeta, replica el señor Valera:—«Presumo que este aserto es chiste, paradoja ó humorada sin rima, y no me canso, ni canso á los lectores, citando, en contraposición á los versos que usted cita, versos tan buenos ó mejores de Qaintana, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y de bastantes otros que han florecido después de Quevedo.»

¿Conque no me cita versos de poeta por no cansarme y no cansar á los lectores? Veo que no se puede luchar con el señor Valera, porque, á falta de armas con que herir, apela á la estratagema *de la fuga* y nunca puede ser herido. Vaya en paz en su retirada, y casi me alegro de que haya renunciado á hacer la prueba, por ser muy peligrosa para nosotros dos, pues podría resultar que, él ó yo, como les sucede á la mayor parte de los críticos, no sabemos lo que es un buen verso. Ya indicó Horacio que es frecuente que califique versos quien no acertaría á decir en qué se diferencian los buenos de los malos, ni tal vez el verso de la prosa. Conque dejemos la cuestión sin resolver, por miedo á que el señor Valera y yo, y todos esos críticos que no saben ver la prosa en la poesía ni la poesía en la prosa, nos veamos precisados á repetir aquel diálogo tan conocido: «Usted y yo somos condiscípulos.—Pues ¿en qué universidad ha estudiado usted? ¿Yo? En ninguna.»

El señor Valera, empujado por su ángel bueno, que es un ángel casi más complaciente que el mío, corre á escape por esa senda de flores que siguen todos los que empiezan por jóvenes de lenguas, y en su vertiginosa carrera no se ha detenido un solo instante á asomarse á esos abismos de dolores de la literatura moderna y cree que todas las obras poéticas deben ser églogas de Dafnis y Cloe.

Juzgando al duque de Rivas, dice el señor Valera: «*La vuelta deseada* y *El sombrero* se parecen á ciertas leyendas extranjeras, como *Evangelina*, de Longfellow, y *Herman y Dorotea,* de Goethe, y á esto que ahora llaman *Pequeños poemas*, si los pequeños poemas tuviesen *más acción y menos tiquis-miquis filosóficos y archisentimentales.*»

Este ataque personal que me dirige el señor Valera lo entrego, en justa venganza, al juicio del público, para que éste vea que el señor Valera no se ha enterado todavía de lo que son *pequeños poemas*, pues los confunde lastimosamente con los *poemas pequeños*.

Todo pequeño poema ha de responder afirmativamente á estas tres preguntas: ¿Tiene naturalidad? ¿Tiene argumento? ¿Tiene objeto? Los poemas pequeños que cita el señor Valera, ¿tienen naturalidad? Supongo que sí. ¿Tienen argumento? Sí. ¿Tienen objeto? Creo que no.

Desengáñese el señor Valera: por más que se burle de mis pretensiones, de llevar la filosofía á la poesía, ya Lessing demostró que la obra del arte consiste *en elevar lo individual á la categoría de lo general*.

No son las formas momentáneas, sino las formas absolutas, las que aseguran la inmortalidad de las obras literarias.

En el arte se debe manifestar lo infinito por medio de lo finito, lo absoluto por medio de lo relativo, lo espíritual por medio de lo material, la forma-arquetipo ó inteligible por medio de la forma exterior y sensible; y no insisto en citar al señor Valera más opiniones de otros autores célebres en defensa del agravio que me ha inferido, porque no crea que yo me puedo ofender con él; pues ademas de quererle y admirarle mucho, ya le he dicho en otra ocasión que yo no presumo de poeta y que me contento con ser un humilde cosechero de esparto.

Por lo mismo que el género trascendental es difícil de comprender, hace mal el señor Valera en declararse partidario de Fernando VII, que condenaba á todos los que tenían «la fatal manía de pensar.»

Considero que el género trascendental es el enemigo natural de los tontos, pues éstos, satisfechos con la expresión material y exterior del lenguaje, no llegan á comprender nada del sentido íntimo y figurado. Estos benditos de Dios no tienen bastante malicia para presentir que lo que se calla suele ser más importante que lo que se dice. La buena fe de estos miopes literarios no se hace cargo de las frases subrayadas por el pensamiento, ni de los rodeos estratégicos que el autor hace para decir lo indecible, ni de los cambios de postura que inventa para llamar su atención. Los partidarios de la lelez literaria, ni saben leer entre líneas, ni entienden nada de lo sobrentendido, ni conocen jamás cuándo la procesión va por dentro.

Y después de probar la utilidad incontestable de la metafísica y de la poesía, en el artículo venidero llegaremos á saber, ó mejor dicho á ignorar, lo que es la ciencia moderna, que pretende *reemplazar* á la metafísica con una *ciencia más clara* y á la poesía con un *lenguaje más llano*, contando, como cuenta, para esto, con muchos de los grandes sabiondos de la banca de la literatura y de la política, que según dice el señor Valera, pueden servir para *sastres*, *cavadores*, *albañiles*, y otros oficios, y que motejan á los poetas de *copleros*, pareciéndose en este calificativo á los niños de aldea, necios y mal educados, que llaman al señor Obispo «el tío que confirma.»

III

La ciencia moderna

¡Vaya un ejemplo de lo que es la buena prosa! Desafío al más agudo de mis lectores á que me ponga en claro lo que quiere decir el señor Valera en el siguiente párrafo:

«Convengo en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencia, pero los científicos andan buscando la *ciencia*, esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en el trono como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica ó no es nada».

No lo entiendo.

Supongo que esto querrá decir que los empíricos, *renegando* de la metafísica, andan buscando la *ciencia*, para colocarla en el trono como reina. Esta ciencia que se busca será la *positiva,* la *natural*, la *moderna*, la que parte de los hechos.

Pero es inútil empeño, porque los hechos, hasta como punto de partida de la filosofía, se parecen á las aguas del Jarama, de las cuales se dice «que embrutecen y hacen pobres».

El sistema aristotélico de Santo Tomás de sacar lo inteligible de lo sensible, es á la vez materialista y panteísta. Si lo sensible es igual á lo inteligible, el espíritu es materia; y si lo inteligible es igual á lo sensible, todo es uno y lo

mismo. En esta parte son iguales en materialismo Aristóteles, Santo Tomás, Locke, Kant, Valera y sus partidarios del Ateneo, que dan por inútiles la metafísica y el arte.

Hace pocos días que el señor Salmerón vió á nuestro amigo el señor Verdes Montenegro jugar por la mañana al billar. Al día siguiente volvió á verle jugar por la tarde, y le dijo:—«¿Es que se pasa usted la vida jugando al billar?» El ilustre filósofo quiso sacar de dos hechos singulares una regla general, y se equivocó, por no haber tenido presente aquel principio, tan repetido en esta polémica, de que *los particulares no hacen ciencia.*

Se puede jngar dos días seguidos y á diferentes horas, sin que sea racional suponer que se está jugando toda la vida.

La metafísica es filosofar en abstracto. Querer suplantar la metafísica con el conocimiento de los hechos, es querer sustituir el resplandor del sol con la luz de los candiles.

Ni los hechos mismos se pueden ver con los ojos de la cara, si al mismo tiempo no se tienen puestos en las ideas los ojos del alma.

Y entremos en materia.

¿Qué es la ciencia positiva moderna? Lo mismo que la antigua, una pesadilla de sueños groseros. Lo que será en el porvenir al disolverse este globo terráqueo, donde tantos disparates se escriben cuando se quiere hacer ciencia sin metafísica ó se pretende apreciar las cosas sólo por las aprehensiones gratuítas de los sentidos corporales.

La grande invención de la ciencia moderna es una reproducción de la antigua *alma material* del mundo que anima á todos los seres de la creación, y que hoy, más avisada

que ayer, tomando esto y repugnando aquello, va escogiendo lo mejor, matando á los padres viejos en honor de los hijos venideros, y en millones de millones de años—que sólo las matemáticas de los profesores del Ateneo, Calderón, Vilanova y Pérez Arcas pueden calcular—llega de grado en grado y de selección en selección, á crear, según la doctrina darwiniana, unos seres humanos que por boca del señor Valera aseguran que sólo la ciencia positiva es útil, racional y conveniente, y que la metafísica y la poesía, la idea madre y la hija creadora, son dos cosas completamente *inútiles*.

La escuela darwiniana ha tomado sin duda de la Academia Española el lema «limpia, fija y da esplendor», pues *limpia*, por selección *inconsciente*, *fija*, por la herencia de lo más selecto, y da *esplendor* á los seres pasándolos de cloaca en cloaca, hasta cumplir la ley de la perfectibilidad.

Y al hablar del lema de la Academia Española, aplicado á esa ley que, ensartando cosa con cosa, va haciendo un rosario de cuentas atadas caprichosamente, me acuerdo de don Antonio de Valbuena, que ha emprendido una campaña de desconsideración contra los académicos, porque dice que hacemos definiciones malas.

¿A que él no es capaz de hacer una sola buena? Y con esto no trato de ofenderle, pues ya decía nuestro amigo, el señor Escosura, que si los hombres hiciésemos una buena definición, no le quedaba nada que hacer al que todo lo sabe.

¿Por qué no sigue fustigando el señor Valbuena á esos prehistóricos impíos que en odio á la tradición mosaica, hozan en la costra de la tierra para buscar fosilificaciones antiadámicas?

¿O cree más provechoso para sus creencias religiosas de-

fender á la gramática de nuestras irregularidades, siendo así que nadie nos defiende á nosotros de las irregularidades de la gramática?

El señor Valbuena debía insistir en dar su opinión sobre esa ciencia moderna que niega la *inmortalidad del alma*, la *vida futura*, la *libertad del hombre* y la *personalidad divina;* y algunos de esos adjetivos que usa contra nosotros, y que ya son risibles de puro vulgares, aplicárselos á algunos clérigos que no se espantan del darwinismo, y que hacen gestos de desagrado cuando leen alguna dolora en que se pide para las mujeres la supresión de las penas eternas, como si yo no fuese dueño de creer que ni las mujeres deben ir al infierno, ni los tontos al cielo.

Esas *historias de la creación*, calcadas sobre la del llamado *divino* Hæckel, de quien sólo por ironía se puede decir que es un hombre divino, son los objetivos adonde debían dirigir sus ataques los críticos religiosos como el señor Valbuena, y dejarse de satirizar á una corporación, compuesta, á excepción de Zorrilla y yo, què somos los dos más grandes holgazanes de la tierra, de ilustres hombres de Estado, de sabios, de eruditos y poetas, que con su laboriosidad y su inteligencia sostienen la antigua dignidad de este idioma español, que, como decía el gran Carlos V, es la lengua más propia para hablar con Dios.

Y volviendo á la ciencia de temporada, más bien que contemporánea, sigo diciendo que, después de desterrar del Ateneo la lira de los poetas, quedando en él como única bandera el mandil de los naturalistas, abundarán allí las discusiones sobre los organismos informes que por una fuerza evolutiva, propia de la creación, hacen que de grado en

grado lleguen las cosas desde la monera hasta el hombre. ¿Y qué es la monera? me preguntará el lector. Monera es una especie de ostra que parece mascada y escupida después por su mal sabor, y formada, según Hæckel, por simples *compuestos* inorgánicos como son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el ázoe. ¿Y qué son estos *compuestos* simples? me volverá á preguntar el lector. Yo lo ignoro completamente, pero ya nos lo dirá en las discusiones del Ateneo mi ilustrado amigo el señor don Laureano Calderón, porque, si cuando estudiábamos juntos química aplicada á las ciencias médicas, bajo la dirección de nuestro inolvidable maestro el señor don Manuel Rioz, no lo sabía, hoy, iluminado por las presciencias naturalistas, que le han enseñado á hacer ese inmenso embutido científico que comprende *desde el principio hasta el fin de la vida*, lo sabrá seguramente, aunque lo dudo mucho.

Pero al llegar aquí se me ocurre preguntar: ¿no es verdad que parece que los evolucionistas dicen en broma las cosas que yo voy refiriendo con toda formalidad?

La ciencia actual sigue los derroteros que le ha trazado la antigua canalización de la tontería humana. Ya Demócrito resucitó la vieja teoría de que los átomos corporales son el principio único de cuanto existe, sin más causa eficiente que el movimiento de que están dotados.

Los emanatistas y los panteístas afirman que Dios hizo nacer de sí mismo la materia y la forma del mundo.

En todos estos sistemas sobresale lo ontológico ó metafísico, considerando al sér en abstracto como una cosa ideal. Pero en la nueva ciencia lo ontológico se convierte en fisiológico, y el ente metafísico es un *sér físico* que, por una

fuerza espontánea y material que le es propia, en la *Historia general humana*, con los pies manchados de toda clase de pringues, va subiendo de peldaño en peldaño toda la escala zoológica, desde la monera, que es una creación menos ideal y menos limpia que los átomos dotados de fuerza cósmica de Epicuro y de Demócrito, y siguiendo por las *anchoas* y la *babosa* ó *caracol sin concha*, hasta llegar al *tiburón*, que creo que es el undécimo abuelo del hombre, mete, por último, en este embutido carne de *sapo*, de *cucaracha*, de *rata* y de *abejorro*, y hace así esa inmensa longaniza, que empieza en una destilación membranosa y acaba en el orangutan, padre del hombre. Según cuentan los periódicos, esas hipótesis, que dan asco, las aplauden á rabiar todos los que se frotan las manos de gusto al oir decir que la forma poética *está llamada á desaparecer*.

Y por supuesto que los hombres de la ciencia positiva hasta fabricar esa larga salchicha de la genealogía del hombre, imitan los procedimientos de la metafísica, inventando paralelamente á la *ley de la evolución* unas leyes auxiliares tan arbitrarias como estas: ley del *medio ambiente,* ley de la *selección sexual*, ley de la *herencia*, ley de la *correlación* del crecimiento, etc.

¿Y qué es la ley del *medio ambiente?* Pues debe ser una ley por la cual el que respira un elemento que le es propio, vive, y el que no, se muere. Es decir, que hasta ahora nadie sabía que el ave no puede vivir en el agua, ni el pez en el aire.

La ley de la *selección* es una especie de tonto discreto, alma ciega de la naturaleza, que así como nosotros los agricultores, á fuerza de exagerar el cultivo, convertimos una

clavellina del campo en un clavel reventón valenciano, esa alma *inconsciente* sigue por las entrañas de la tierra separando *conscientemente* lo imperfecto para asimilarse sólo lo perfecto, hasta llegar á los animales, á los cuales se les cae la cola por obra de la selección.

Esta ley es completamente falsa, porque con la selección, á todos los objetos perfeccionados les sucede lo que á las rosas demasiado grandes y bellas, que, con el esmero en el cultivo, los órganos sexuales abortan y se convierten en pétalos, muy hermosos, eso sí, pero infecundos. Y la prueba de la ineficacia de la *selección* sexual está en los pueblos en que se autoriza la poligamia y donde se escoge para los harenes las mujeres más hermosas del mundo. Allí, ¿qué sucede? Que los mahometanos resultan más enclenques y más feos que nosotros, y lo mismo en la paz que en la guerra, viven sometidos á los hijos legítimos de los matrimonios cristianos, que, según la frase de Shakspeare, «son engendrados en el lecho conyugal entre un bostezo y un sueño.»

La ley de la *herencia* dicen que es una facultad que tienen los seres de transmitir sus cualidades y *perfecciones*. ¡Mentira parece!

Los hijos de los ingleses dejan de ser rubios cuando nacen en la India, y los melones de Foyos, trasplantados á Galicia, se convierten en calabazas á la segunda generación.

Los verdaderos factores que constituyen la ley de la herencia, son estos tres progenitores, el padre, la madre y el clima.

La ley de la *correlación de las formas* ya es más complicada, y si no fuera porque al gran Cuvier se le escurrieron por los subterráneos del globo ciertas formas interme-

diarias, no ofrecería duda alguna el proceso natural de esta ley de las cosas, desde el salivazo albuminoideo, llamado *protoplasma*, siguiendo por ciertos bichos informes que ya tienen *ano* y *boca*, y concluyendo por esos animales, padres del hombre, cuyos corvejones se van convirtiendo poco á poco en rótulas ó choquezuelas. Y es lástima que se le hayan perdido á Cuvier las pruebas intermediarias de esta ley, pues por ella podríamos saber por qué Alejandro Magno fué algo jorobado y lord Byron un poquito cojo.

La ley de la *evolución*, escogida como base de la filosofía de Spencer, es la más filosófica de todas, pues así como la larva se convierte en gusano, y el gusano en mariposa, los naturalistas se han lanzado al campo de la especulación, imitando á los metafísicos, y de un fenómeno restrictivo y vulgar han querido deducir, ó mejor dicho, inducir una ley universal. ¡Pretensiones metafísicas de físicos ilusos! Una síntesis suprema, como la pretendida ley de la evolución, no puede hacerse con hechos, porque los hechos no son ideas, sino cabos de ideas.

En el orden de los fenómenos, cada cosa lleva en sí su finalidad especial, y es inutil querer enchufar unos objetos con otros para obligarlos á tener una finalidad sintética común.

Pero al leer esto dirá el lector: si se habían de traer á discusión en el Ateneo, para suplantar á la metafísica y al arte, estos *sueños de la materia* de Hæckel, estas intuiciones de ateneístas partidarios de Cuvier, estos *presentimientos* de muchos darwinianos, estas *fantasías*, en fin, escritas y habladas en tan mala prosa, ¿por qué motivo se ha expulsado del Ateneo á los pobres poetas? Sueños por sueños, ¿no son

preferibles los raptos líricos de los hijos de Apolo á las invenciones de los Hæckel, divinizadas por ciertos manipulantes extranjeros, y de los cuales ya decía el marqués de Valdegamas «que tienen muy buenas manos para hacer chanfaina».

Y hecha la prueba positiva de lo arbitrario de esta ciencia, vamos á hacer la prueba negativa, si es que estas cosas no les levantan el estómago á mis pacientes lectores. Después de desdoblado el árbol genealógico del hombre por medio de la evolución, en sus veintidós grados, desde la monera, pasando por la lombriz y llegando hasta el divino Hæckel, volvámoslo á doblar por un procedimiento inverso de desevolución, y así se verá el origen *deshonrible* de esta especie simia llamada hombre, que Dios sacó de la nada hace tres ó cuatro días, según Moisés, y hace millones de años, según los naturalistas del Ateneo.

Con motivo de la discución de que la forma poética está llamada á *desaparecer*, cierto ateneísta de inspiración naturalista ha llegado á pensar que, suprimidas la metafísica y la poesía, ó sea el ritmo y las ideas, se podría efectuar ese fenómeno de atavismo que el vulgo llama *salto atrás*, y empezaría una contra-ley, ó *retroceso sociológico;* y que así como antes esa fuerza autogénica de cada cosa que, según la expresión del panteísta Schelling, *duerme* en el mineral, *sueña* en el vegetal, *siente* en el animal, *piensa* en el hombre; este hombre, retrocediendo, comenzaría á hablar en una prosa sin música y sin arte, que sería igual al graznido, é involuntariamente se inclinaría hasta ponerse en cuatro piés para igualarse á sus congéneres, y después, avergonzado de pensar y de sentir, y con la savia que recibiera de la hu-

medad del suelo, se convertiría en un mono, con rabo ó sin rabo, como el padre del hombre darwiniano; éste se arrastraría y volvería á ser *lagartija,* que parece que es el décimo abuelo de los que piensan que la poesía debe desaparecer, y, después de obstruídos de nuevo la *boca* y el *ano,* seres informes engendrando á seres más informes todavía, macerados de pantano en pantano, volverían á formar el primitivo *protoplasma*, ese escupitajo, digno del garguero de un demonio burlón que ni piensa, ni siente, ni padece.

Casi estoy por confesar que este retroceso orgánico sería menos ignominioso, y me parecería más limpio que la ascensión de la *cucaracha* á miembro de literatura del Ateneo, donde, bajo la dirección del señor Valera, como el chocolate sin cacao, se pretende hacer literatura sin poesía y ciencia sin metafísica.

Y antes de concluir, debo confesar que no sé si habré sido completamente exacto al diseñar los rasgos de la fisonomía de la ciencia moderna, marcando bien sus saltos de trampolín, porque yo, como todos los ignorantes, no suelo tomar nota de las cosas que leo, pero me consuela la idea de que en el curso de esta polémica ya me rectificarán, por conducto del señor Valera, los sapientísimos señores Calderón, Vilanova y Pérez Arcas, amigos míos más viejos de lo que ellos y yo quisiéramos, y, en último resultado, como decía el insigne Lorenzana: «¿Para qué sirve un amigo si no sirve para que se le pueda calumniar?»

Tengo que hacer, además, otra confesión, y es que al condenar esta síntesis, que cree suprema la ciencia moderna, no es que yo me niegue á reconocer los adelantos científicos de los buenos, de los Edisons actuales, que á fuerza de

tanteos sobre los hechos dan golpes de fortuna y adquieren éxitos colosales é inesperados. Lo que creo es que cierta clase de inventores, que suelen morir sin calzones, si alguna vez soplan en la flauta que suena por casualidad, son tan sabios como los albañiles que, al derribar los tabiques de las casas, encuentran tesoros que han dejado allí escondidos los compañeros del rico avaro del soneto de Argensola.

Y ¡adiós, divina metafísica y santa poesía, delicia de mi juventud y consuelo de mi vejez! Estáis *llamadas á desaparecer* de entre los vivos por las cacatúas de la prosa y por los descendientes del mono de Darwin. ¡Dormid en paz, arrulladas por el *gori-gorí* del sacerdote Valera, y si os dignáis esperar unas cuantas horas más, yo también moriré fielmente á vuestro lado, y os acompañaré al sepulcro, donde podré ocultar la vergüenza que me está causando el haber sido hombre!

CAMPOAMOR.

EL IDEÍSMO

PLAN DE ESTE RESUMEN

INTRODUCCIÓN

I

¡Cuánto va á sorprender á la sección de literatura del Ateneo la estupenda noticia de que *hasta el señor Cánovas del Castillo se puede equivocar!*

En el último discurso del ilustre Presidente del Ateneo, aunque á vueltas de salvedades que le honran como pensador, dice lo siguiente: «La verdadera filosofía parece como que al presente *duerme, rendido el cuerpo á la fatiga.* Mientras no aparezcan nuevas direcciones que den siquiera remota esperanza de llegar más lejos, ó de subir más arriba, conviene ahora *hacer alto* y esperar por algún tiempo, hasta que naturalmente recobre la metafísica su imperio y despierte el pensamiento filosófico con nuevo brío, dedicando nuestra actividad *en el ínterin* á *otros ramos del saber.*»

¿Pero es que el señor Cánovas del Castillo cree que puede existir ningún ramo del saber del cual no constituya la parte más principal la metafísica? ¿No sabe mejor que yo, que todo cuanto pasa en la historia del mundo es producido por la *presencia*, ó la *ausencia*, de corrientes de ideas filosóficas? ¿Puede permitir el señor Cánovas que sigamos llamando nuestros *principios* á nuestras *opiniones* par-

ticulares, sin fijarnos en que sólo es un principio aquello de que se puede deducir una filosofía, una moral y un arte?

El señor Cánovas, historiador infatigable, ¿podrá prescindir de la filosofía, que obra en la vida como la luna en el mar, produciendo con su ausencia ó su presencia el flujo y reflujo de las mareas sociales?

¿Le parece que á esta brillante juventud del Ateneo la debemos dejar que siga viviendo intelectualmente en compañía de esos sabios de temporada, llamados Comte, Moleschot, Bernard, Büchner, Spencer y otros, dignos todos de que los despoje de la dictadura intelectual que ejercen la majestad del estilo del señor Cánovas, que sería mucho más eficaz que las burlas de mis veras y las veras de mis burlas?

El señor Cánovas, de acuerdo con un fisiólogo, llama *trabajo especulativo contemporáneo* á unos enigmas que siempre lo serán, en que entran exclusivamente la *materia*, la *fuerza*, la *vida*, la *sensación*, etc.

Pero, supuesta la brutalidad del hecho, ¿de qué sirve esta suposición para la ciencia? De nada.

En vano llamará el señor Cánovas *ramos del saber* al *Positivismo* y á sus hermanos gemelos el *Materialismo* y el *Ateísmo*, tres escuelas que se diferencian solamente en que el Positivismo es el principio, el Materialismo el medio y el Ateísmo el fin.

No se puede llamar saber á las inspecciones de Claudio Bernard, que, como nos dijo con mucha oportunídad el señor Zahonero, recomendaba á sus discípulos que, al entrar en su cátedra, «dejasen el *alma* á la puerta», quedándose de este modo aquellos cuerpos vivos tan muertos para el saber como los cadáveres que disecasen.

¿Se puede esperar algún resultado científico de la doctrina de Moleschot, que decía que «la *materia* gobierna al hombre» ó de la de Büchner que, estropeando la sencilla frase de Cabanís de que «el pensamiento es una *secreción* del cerebro», dice que «la actividad del alma es una *función* de la substancia cerebral?»

¡Substancia cerebral! ¡materia bruta!

¡Qué cantidad tan enorme de masa hercúlea! ¿No es verdad que estos Anteos de la ciencia, con tanta *fuerza* y tanta *materia* parece que quieren dar á los aficionados españoles un curso sobre el modo de derribar reses?

II

Dos volúmenes de psicología, que en el fondo son una mala fisiología, emplea Spencer en hacer preludios tocando los nervios de personas y de cosas material y fisiológicamente, para hacer creer que está ejecutando arpegios anímicos, cuando aquel toqueteo mecánico sólo produce una música sin melodía y sin alma. Spencer, materialista franco, pero inconsecuente y renegado para los ortodoxos de su oficio, después de negar la metafísica rechaza en parte el materialismo, admitiendo un espíritu al que llama, según nos dijo el señor González Serrano, la tenebrosa región de lo *incognoscible*.

En esta contradicción de ser algo metafísico sin conocerlo, Spencer ha imitado al fundador del positivismo, Augusto Comte, que, creyéndose un gran filósofo también porque era un poco frenólogo, empieza por asegurar por cuenta

propia que la *teología* es una ficción, *porque no hay Dios;* y que la *metafísica* es un sueño, porque no hay *causa;* y que por consecuencia lo único que se puede ver es el *hecho* exterior; y rechaza todo lo absoluto y suprasensible, deteniéndose en lo *positivo*, en lo *real*, en lo *relativo*, en lo *útil*. Y al llegar aquí me interesa mucho preguntar al señor González Serrano si lo *útil* positivo es una satisfacción del cuerpo ó una alegría del alma; porque yo conozco algún aficionado á comprar navajas primorosas y jamás le ha servido ninguna para cortar ni un bramante.

Y mientras el señor González Serrano, positivista de gran mérito, por caso fortuito, nos ilustra sobre lo que entiende Comte por *utilidad*, le confesaré que, gracias á las ciencias positivas, estamos en posesión de la utilidad de más aire, de más luz, de más agua, de la tierra, pero todo esto, como decia Heine, «hace más larga la cadena de nuestra esclavitud». No son esas las utilidades dignas del hombre.

La esperanza no tiene más que utilidades *en proyecto*, y es la única virtud que nos hace felices.

III

No quiero dejar de hablar de Augusto Comte sin hacer resaltar antes algunas de sus contradicciones más candorosas.

Después de fundar una religión sin Dios y sin inmortalidad, llamada la religión de la *humanidad*, que consiste en sustitüir el culto de los santos por *la adoración de los grandes hombres*, habla, antes que Spencer, de lo *desconocido*, que es la *metafísica* que no comprende, aunque la reconoce.

Esto prueba que si las ciencias positivas las componen los hombres en los libros; la metafísica la ha escrito Dios en las almas.

Por eso no extraño que, ahogado Comte con el incienso que se tributa á sí mismo como santo de la humanidad, su alma, que era buena, caiga en la inconsecuencia de elevarse, para adorar sin conocerle, á un principio ontológico superior, en nombre del cual, después que ha proclamado el imperio del *hecho* y de lo *relativo*, celebra el noble deseo de *vivir para otro* y habla de *virtud* y de sacrificios por la *humanidad*, lo cual en su sistema es lo mismo que si dedujese la *castidad* de la conducta de Venus y la *dignidad* del hombre de las tolerancias de Vulcano con su mujer.

IV

Y continuando la serie de adorables inconsecuencias del jefe de todos los positivistas, añadiré que, así como el catolicismo, después de excluir del servicio del templo á las mujeres, por miedo sin duda al prestigio del sexo, las protege y defiende calurosamente en el orden social como las depositarias más sinceras de los principios de la ontología, de esa ciencia de las *intuiciones*, que Kant llamaba *visiones puras*, los pesimistas actuales, parientes de Augusto Comte, desde las impotencias acaso no sólo intelectuales de Schopenhauer y Leopardi, han emprendido contra las mujeres una estúpida campaña.

Pero Comte no ha sido el iniciador de esta sistemática falta de galantería. Al contrario: después que nos quiere ha-

cer pasar como cosa divina á una docena de grandes granujas que yo he conocido en mis cortos viajes por el mundo de la historia, concluye diciendo: «Y es muy natural que la religión de la humanidad comprenda también la *adoración de la mujer* y que se la tribute *un culto á la vez público y privado.*» Esto ya es hablar como un sacerdote de la humanidad, según le apellidan sus discípulos. Donde hay una mujer, existe una familia probable y una intuición ontológica de Dios segura, dos instituciones que serán siempre la salvaguardia de toda sociedad bien organizada.

Cuando los sabios comienzan á inducir algo, las mujeres, con su ciencia innata de las *evidencias*, ya lo han deducido todo.

Comparando los argumentos baladíes y especiosos que hacen los pesimistas contra el talento de las mujeres, con las inspiraciones racionales que ellas tienen, y á las cuales llaman *corazonadas*, se vé que los filósofos parecen unos zotes y las mujeres unas Sibilas clarivídentes.

Como se dice vulgarmente, cuando los hombres van, las mujeres ya han vuelto.

El genio femenino es tan perspicaz y tan insinuante que si esa nueva secta de pedagogos, que sólo debiera estar compuesta de jóvenes derretidos y viejos verdes, insiste en llevar adelante la educación *científica* de la mujer, acabará por convertir al mundo entero en una verdadera isla de San Balandrán.

He visto muchas esposas de sabios, de esas á las cuales Schopenhauer aplica el epigrama griego de «cabellos largos é ideas cortas,» despreciar á sus esposos por ignorantes.

Y esto tiene su explicación.

Las colecciones de pedruscos, de bichos y de yerbajos les parecen á muchas mujeres discretas ocupaciones de maridos simples.

Frecuentemente los análisis masculinos se ven rectificados por síntesis femeninas.

Sin necesidad de análisis, un cerebro de mujer suele ser un joyero de verdades de evidencia metafísica.

Todas las pruebas cosmológico-psicológicas que ha acumulado Kant contra la existencia de Dios valen menos y son menos científicas que la rápida intuición teológica del Dios providente de una niña de diez años.

Cuando Eduardo de Hartmann, infiel á su maestro, que quería suprimir la *generación por la castidad,* se casó, me figuro que su mujer, al verle dormir como un cachorro después de *las delicias del amor*, habrá dicho alguna vez con desprecio de su marido: «¿Conque es preferible al bienestar del hombre el del buey y el del puerco? ¡Infeliz¡ ¡Cuánto más racionales son los insomnios de tus sueños que los sueños de tus desvelos!»

Esto habrá dicho la mujer de Hartmann, que, como todas las mujeres, tendría en su tocador alfileres honestos para sujetar sus velos, con el objeto de que el aire no comprometiese sus pudores y broches sacramentales para unir con ellos el cielo con la tierra.

El señor Castelar ha creído chistoso el hacer pública una aserción mía, dicha en una conversación particular, de que me son profundamente antipáticos las mujeres, los curas, los militares y los príncipes librepensadores.

Y lo que dije lo repito. No hay verdaderas instituciones religiosas, políticas ni sociales, cuando lo humano no se ata

á lo divino con el lazo de la unción. Los matrimonios *bendecidos*, los sacerdotes *ordenados*, los reyes *ungidos* y los héroes *jurando por Dios* sobre su espada ser fieles á las leyes del honor, siempre serán instituciones santas de las cuales no se podrá prescindir mientras Dios no deje de su mano los organismos sociales, políticos y religiosos.

V

Pero lleguemos al objeto principal de este resumen.

A mí, que tengo á menos el ser ambicioso, los señores socios del Ateneo me dispensaron el honor de nombrarme presidente de la sección de literatura. Y yo, que deseaba hacer creer que mi nombramiento no era del todo injustificado é inútil, venciendo mi natural indiferencia hacia casi todas las cosas de este mundo, al tomar posesión de la presidencia propuse, de acuerdo con mis ilustrados secretarios los señores don Adelardo Ortiz de Pinedo y don José Acevedo, el siguiente tema de discusión: «De las ideas representadas por los grandes hombres en la filosofía, en la historia y en el arte.»

Muchos, al principio, creyeron que el tema era vago, incomprensible y extraño. Y aunque después variaron de opinión, yo estoy en la obligación de probar en este resumen, después de haberlo hecho en las discusiones, que el tema propuesto por mí es concreto, perceptible y casi vulgar. Y aunque todos ven que un librito como este resumen lo puede escribir cualquiera, acaso por su estructura sirva en lo porvenir de estímulo para que otro pensador más profundo, más

aplicado, y ¡ay de mí! con más fe y más esperanza que yo, pueda escribir una matemática de las ideas, siguiendo la marcha del desarrollo de la epopeya del pensamiento humano, realizada por los héroes de la ciencia.

Las ideas son caballeros andantes á los cuales los grandes hombres que las representan les ponen en el historial de sus servicios las notas de sus triunfos ó de sus derrotas.

Pasan los filósofos por el mundo vertiendo ideas, ignorados como las violetas que embalsaman los campos. Las ideas van y vienen, hasta que encuentran grandes caracteres á quienes se arriman como la parietaria al muro para crecer y desarrollarse.

Toda la historia se reduce á lo siguiente, á filósofos que inventan ideas, y á héroes que las ejecutan; á entendimientos que piensan y á personalidades que les dan carácter.

¡Injusticia de la historia! Los que piensan las ideas suelen ser los olvidados; y los que las realizan, los glorificados. Siempre la materia que pesa, aplastando al espíritu que piensa.

El caos no está en el mundo de las ideas, sino en el mundo de los hechos.

Los hechos, cuando no se les mira desde las alturas de la metafísica, suelen ser de origen dudoso ó totalmente desconocido, pero no hay ideas expósitas, plebeyas ni infecundas; todas tienen padres conocidos y padres de ilustre prosapia y tendrán eternamente una descendencia que no empañará jamás el honor de su estirpe.

Las ideas son como las aguas, que por su propia gravitación siguen su curso por cauces naturales, que determinan las cumbres en donde tienen su origen. Las ideas dete-

nidas se desbordan también como los ríos, y, encauzadas ó desbordadas, una vez señalada su fuente en un mapa ideográfico, se puede trazar con exactitud matemática su marcha, su dirección, su extensión, su principio y su fin. En el curso de los hechos hay siempre misterios inexplicables. Las ideas son unos viajeros leales que dicen de dónde vienen y anuncian adónde van.

VI

Los hombres de superior inteligencia que me escuchan no se pueden figurar lo que un espíritu endeble como el mío sufre al ver la lamentable confusión que hacen muchos de los que escriben, ó hablan, de lo físico con lo metafísico. La mayor parte de los escritores no se toman el trabajo de discernir la diferencia que hay entre lo intuitivo y lo visible y entre lo sensitivo y lo perceptivo.

La ciencia está obligada á respetar la moralidad de la lógica no intrusando un sistema en otro sistema.

Sólo el arte, después que convierte las ideas en imágenes, es señor de horca y cuchillo en todas las esferas de la inteligencia. Á pesar de una crítica incompleta, Camoens está en su derecho cuando hace empujar con *pechos de sirenas* las naves de Vasco de Gama, tripuladas por partidarios de la Virgen Santísima. Fray Luis de León, en su oda á Felipe Ruiz, puede convertir á Dios en un gran auriga, diciendo:

Entre las nubes mueve
su carro, Dios, ligero y reluciente.

El arte es el Proteo por excepción y, con tal que sean bellas, todas las formas que tome serán buenas.

Rey de reyes y de pueblos, el arte reina por aclamación en todas las monarquías y en todas las repúblicas.

El arte, al circunscribir las ideas, nunca es ni ilógico ni contradictorio. Al contrario. Lo ilógico en él suele ser gracioso, y lo contradictorio bello. Hay inconsecuencia en que un filósofo providencialista maldiga la vida, pero es encantador en el arte cuando alguno de los dichosos de este mundo dice en un momento de desaliento: ¡Cuánto deseo morir!

VII

Desde el mismo día en que se efectuó la primera de nuestras discusiones, ya pude dar una buena noticia al señor Cánovas del Castillo, y es que, mientras que él arriaba por algún tiempo la bandera de la metafísica, los socios de la sección de literatura, hasta los de color rojo más subido, la desplegaban al aire gloriosamente: el señor don Adelardo Ortiz de Pinedo, en nombre del ideal del derecho, en la excelente Memoria con que se ha dado principio á nuestras discusiones; el señor don Juan Martos Jiménez, increpando valientemente á sus amigos para que sus ideas democráticas las relacionasen con una base metafísica; el señor don José Zahonero, cuando al fijar los ojos del cuerpo en las realidades de aquí abajo, se le escapaban miradas de los ojos del alma hacia un idealismo que reconocía como un hecho *incontrovertible;* los señores don José Rodríguez Carracido, don Julio Burell, don Fernando Soldevilla, don Vicente Colorado,

don José Acevedo y don Lorenzo Benito, que, si dudan de algunas divinidades, todos, todos adoran con entusiasmo la divinidad del arte; el señor don Urbano González Serrano, que, defendiendo al positivismo, confesaba con la ingenuidad y la inteligencia de un platónico fervoroso que dentro de sus doctrinas palpita un no sé qué de metafísico, que unas veces se llama *el quid divinum*, otras lo *incognoscible*, otras lo *inconsciente*, y casi le llamó el *Dios desconocido* de los antiguos, por no llamarle el *Dios Padre* de los señores don Ignacio Pintado, don Conrado Solsona y el Padre don Miguel Sánchez.

Y al llegar á este punto, mis elocuentes compañeros de discusión me perdonarán con su natural generosidad que haga una mención especial del Padre Sánchez, el único individuo del clero á quien no han encerrado en su casa las risas de los volterianos. Este apóstol militante hace más en beneficio de las buenas ideas que todas esas comunidades establecidas para convertir infieles, pues él sabe que los paganos no están hoy en los desiertos, sino en las encrucijadas de las ciudades cultas. El estado mayor de la milicia de Cristo haría bien en imitar la conducta del Padre Sánchez en vez de pretender que se respete á la divinidad en sus personas, siendo así que sus cómodas personas dejan á la divinidad que se haga respetar como pueda.

VIII

Gracias al concurso de todos estos caballeros, de ideales más ó menos definidos, se ha dejado sentado en la sección

de literatura del Ateneo, que desde hoy en adelante no se debe admitir á tomar parte en sus discusiones á los Fígaros científicos embrollones de las ideas.

Aquí ya sólo se admitirá á discutir á tres clases de pensadores: á los metafísicos que traigan como base de sus ideas lo *universal de la razón;* ó á los experimentalistas que partan de lo *particular de la naturaleza;* ó á los psicólogos que nos dén por principio sus *percepciones* generales.

Pero lo que ya desde hoy no se tolerará aquí será que se venga á confundir lo *superior* con lo *exterior*, y éste y aquél con lo *interior*. Es menester impedir que se quiera explicar la razón por el hecho, lo inductivo por lo deductivo, lo sintético por lo analítico. Les es muy cómodo, por ejemplo, á los aficionados á los tanteos de la experimentación, apoderarse furtivamente de todas las *intuiciones* de la razón, y después de convertirlas en lazarillos de sus análisis, hablar de los triunfos de la experiencia.

Algunos analíticos, por confusión de ideas, convierten sus operaciones sensibles en juicios generales intuitivos.

Es verdad que no pueden proceder de otro modo, porque estos ciegos de nacimiento, que, como Dandolo, suelen tener *hermosos ojos que no ven gota,* ni siquiera conocen que, no dejándose guiar por lo deducido, la inducción no puede dar un solo paso.

Cuando veo á los analíticos valerse de la intuición para hacer sus inducciones, me recuerdan á los campesinos de la huerta de Valencia, que cuando van á la capital tienen que ir acompañados de sus mujeres para que no los engañen.

Pero la ingratitud es un sentimiento más extendido de lo que se cree. Cierta clase de pobres se pasan la vida calum-

niando á las grandes señoras de la beneficencia que no viven más que para proporcionarles socorros.

Lo mismo le sucede á la pobretería de ciertos analíticos. Escriben diatribas contra la metafísica, que es la gran señora benéfica á la que deben el único sustento de su vida.

IX

De las tres ideas que constituyen las tres fuentes de corrientes metafísicas, lo lógico es que no haya más que una, con sus correspondientes accesorias, en el cerebro del hombre. La primera es la *razón* innata, órgano de la generalización, fuente de todas las intuiciones teológicas y científicas, con sus deducciones sintéticas y sus *à priorismos* metafísicos, que descubre todas las leyes sin excepción, que sabe que todo fenómeno procede de una causa, todo relativo de un absoluto, y toda virtud de una perfección ideal.

La segunda idea es la que inventa el *sentido íntimo*, que habla sola como los locos que empiezan; que sueña que crea lo que piensa; que es sujeto y objeto de sí misma, y que concluye por extasiarse en su propia adoración.

La tercera idea es la que parte de la *sensación*, que, con el criterio del apóstol sin fé, sólo cree en lo que ve, y lo que ve siempre es circunscrito, negando causa á los fenómenos, no teniendo más método discursivo que la observación, ni más fin que el conocimiento del hecho.

Concretando: la *intuición* da las ideas *enteras;* el *discurso*, las ideas *incompletas*, y los *hechos* no dan más que *cabos* de ideas.

Estos tres modos de pensar se llaman en filosefía la *razón* la *reflexión* y la *sensación:* en lógica, el *juicio*, el *discurso* y el *instinto*: en fisiología, lo que *entiende*, lo que *sabe* y lo que *siente*: en arte, el *arquitecto*, el *maestro* y el *obrero* y en ciencias, lo *universal*, lo *general* y lo *particular*.

La falta de clasificación de las tres ideas madres produce tal confusión en la esfera intelectual, que de cien libros famosos hay que arrojar al fuego noventa y nueve y medio, porque su confección se parece á aquel unto que fabrican las brujas del Macbet, y que ellas mismas llaman «una cosa sin nombre». Casi todos los escritores confunden las intuiciones de la *razón* con las sensaciones de los *sentidos externos* y las percepciones del *sentido intimo;* que es como si mezclasen ideas blancas con otras negras, y otras azules con las blancas, resultando de esta confusión colores indefinibles, borrosos, sucios y fantásticos.

Una buena clasificación de los principios metafísicos podría producir el inapreciable bien de difundir la más social de las virtudes, que es la tolerancia. Según el principio metafísico de que se parta, todo el mundo puede tener razón. Para el que parte de una base metafísica *ontológica*, el más sabio es el que tiene más fe; el mayor filósofo, Santo Tomás, y el mejor poeta, Calderón. Para el que toma la substancia *cósmica* como principio de las cosas, el más sabio es el más materialista; el más filósofo, Espinosa, y el más sublime artista, Anacreonte. Para los psicólogos que creen que el *yo* es la medida de todo, Protágoras es el más sabio; Fichte, el más gran filósofo y Leopardi, el mayor artista.

X

Con arreglo á lo que acabo de indicar, para resumir el espíritu de todas las discusiones y esclarecer el tema propuesto, he comenzado por determinar el principio de las ideas; he seguido su desarrollo en el orden ontológico, cosmológico y antropológico; las he acompañado en su marcha en las ciencias, en el arte y en la historia; y, por último, he pronosticado su fin en el porvenir. ¡Y á todo este conjunto de ideas, sencillo, y á mi parecer metódico, le he llamado el *Ideísmo*, y no el *Idealismo*, porque esta palabra pertenece ya más á la estética que á la filosofía.

El plan se me dirá que es demasiado amplio para un resumen, y que he tenido la pretensión de trazar el bosquejo de un índice general de materias para que algún otro escritor que tenga más fe y más inteligencia que yo escriba en un libro una biblioteca entera. Juro por las catorce vulgaridades de los siete sabios de Grecia, que esta ha sido mi intención.

He perdido tanto tiempo en leer cosas inútiles que, para aprovechar el que me queda, quisiera convencer á los que escriban en adelante de que no deben olvidar que todo libro de filosofía, aunque no tenga más que veinte páginas, ó es una enciclopedia ó no es nada.

Todas las verdades caben en un puño, y haría un gran servicio el que, sintetizando los principios generales del saber humano, los escribiese en un papel de cigarro. La filosofía enseña á mirar desde muy arriba y, como afirma Montesquieu, «el que todo lo ve, todo lo abrevia».

XI

Me recomiendo á la benevolencia de todos los sectarios de algo, para que me perdonen el que yo no sea sectario exclusivo de nada. Y adelanto esta súplica, porque sé que en lo que digo en este resumen hay muchas cosas que fuera de aquí no son populares y no están en moda. Pero á mí las imposiciones del vulgo no me obligarían jamás á caer en lo vulgar. Odio la popularidad como todo escándalo y me río de las modas que consisten en llevar la cabeza torcida, como se cuenta que lo hacían los aduladores de Alejandro.

En fin, al terminar con la lectura de este resumen nuestras cordiales discusiones, no les digo á mis queridos compañeros ni «adiós», ni «salud», ni «buenas noches», sino que me despido de ellos con el saludo de los Griegos, que comprendía todas estas cosas y otra porción de buenos deseos más: «Que ustedes estén *alegres*».

CAMPOAMOR.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL PRINCIPIO DE LAS IDEAS

I

La ciencia primera, príncipe y suprema, es la Metafísica general, la Ontología, ciencia del *ente* ó del *ser*. Después sigue en importancia la Filosofía, que es la ciencia de la *mente* ó del *saber*.

Todo principio de saber se reduce al estudio del movimiento de la idea de *algo*, á la postura de la *noción de sér*. Y como las ideas toman por necesidad lógica el carácter del medio en que se propagan, dadme el sitio en que ponen la noción de sér, un individuo, una institución ó un pueblo, y sin necesidad de leer su historia, yo os diré cuál es su filosofía, su arte y su moral.

Todas las llamadas ciencias no son más que diferentes aspectos de una misma y sola idea. Un pensamiento en busca de su origen es *ideología;* desde que tiene la noción de sér, *ontología*; convertido en tipo de moral, *teología*; hecho imagen, *estética*, y aplicado á resumir un orden general de conocimientos, *ciencia*.

Así es que la ideología, la ontología, la teología, la estética y la ciencia en general, todas están fundadas en una

base metafísica, porque todas irradian de una misma idea primitiva y absoluta que se transforma en existencia, en sentimiento, en imagen ó en hecho.

Y ¿qué es idea?

Las ideas son medios de conocer.

Pero ¿cuál es la esencialidad de las ideas?

La inteligencia es una cosa que *piensa*, y la materia otra que *pesa*. La substancia *esencial* del *espíritu*, buscada por los filósofos, y la de la *materia*, perseguida por los sabios, son dos nociones que Dios se ha reservado, acaso para siempre. Nosotros no caeremos en la benemérita simpleza de querer comprender lo incomprensible. En este particular, antes de cometer la deslealtad de escondernos en lo obscuro para mentir á mansalva, nos atendremos á aquella aserción tan antigua como sencilla que dice no se *demuestra* lo que se *muestra*.

Las ideas para los ontólogos son *realidades independientes;* para los cosmólogos, *inspiraciones divinas* y para los psicólogos, *abstracciones*.

Y siendo una ilusión, ó una certeza, que está en el fondo de la naturaleza humana la creencia de que el saber y el bien supremos deben hallarse en alguna parte, la idea primordial y única, ó se la concibe ontológicamente como sér independiente de todo lo creado, ó se la vé formando parte integrante del mundo, ó se la juzga dentro de nosotros, creando lo que piensa; de cuyas tres posiciones de la noción de *sér* nacen el Dios *creador,* el Dios *Pan* y el Dios *Yo*.

Dios, la Naturaleza y el Hombre son los tres focos supremos donde germina la idea de *algo*, la noción de *sér;* y, al partir la idea madre de esos tres puntos radicales, nacen

esas tres corrientes de ideas que fecundan el inacotable é inacotado campo de la inteligencia humana y entonces el Ontologismo, el Panteísmo y el Psicologismo son la derecha, el centro y la izquierda de la idea inicial de *algo*, de la primera de las nociones, del pensamiento *sér*.

Concebido Dios como persona exterior, independiente de todo lo creado, ó como parte integrante del mundo, ó como espíritu inherente á la conciencia humana, se establecen irremisiblemente esas tres grandes ideas ambientes que rodean y y sirven de atmósfera á todas las demás ideas secundarias que en el curso de los siglos, por medio de una compenetración del mundo ideal en el mundo real, van fecundando las inteligencias de los grandes hombres en todas las esferas de la filosofía, del arte y de la historia.

II

¿Cómo llaman los grandes pensadores al Dios objetivo, independiente de todo lo creado?

Pitágoras.....	**El número.**
Platon........	**La idea.**
Aristóteles ...	**La causa.**
Cristo........	**El Padre.**
La Iglesia....	**Dios.**

Este principio, considerado ontológicamente, es el sistema trascendental por excelencia. Con esta filosofía no se puede fundar teorías ni sobre el *mal*, ni sobre la *nada*. Ese absoluto divino, que está fuera y encima de nosotros, es la pauta inmortal de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones

más santas. Allí van á fortificarse y á renacer las esperanzas frustradas, á buscar el bálsamo de la paciencia los males físicos y á demandar consuelo todas las miserias morales. Por amor á ese Creador que dice á las criaturas: «sé bueno como tu Padre,» se hacen los sacrificios desinteresados, se ejercen las virtudes desligadas de todo egoísmo terrenal; y por esta Autoridad, siempre de origen divino, así en la tierra como en el cielo, se esperan las privaciones y hasta son buscados los tormentos, porque ante el premio que de ella se espera, la vida es una prueba, el dolor una purificación y la muerte una cita en el cielo.

III

En el calor de una disputa, Calvino, dando con el pie en el suelo, le preguntó á Servet: «¿Y esto también es Dios?»

Y contestó Servet: «¿Y quién lo duda?»

Veamos cuál es la corriente de ideas que fecundan las creencias de los adoradores de este Dios pateado por Calvino, y del cual no dudaba el panteísta Servet.

Según los cosmólogos, ¿cuál es el principio de todas las cosas?

Thales..........	El agua.
Anaximandro...	El caos.
Xenófanes......	El todo.
Parménides. ...	El mundo divino.
Empédocles.....	El fuego.
Plotino.........	El sujeto objeto.
Malebranche....	El todo en Dios.
Espinosa	La substancia ó el Dios es todo.

Schelling.......	La identidad del sujeto y del objeto
Hegel..........	La idea cósmica.
Krause....... ..	Los seres en el sér.

Los partidarios de esta filosofía, traspuestos eternamente en una especie de somnolencia sensual y recostados en el seno de la madre naturaleza, con la frente sepultada en un inmenso gorro de algodón *panteo*, se abisman en los misterios de la substancia del fétido Dios cosmos, que como filosofía es la creencia de todos los pueblos cobardes y degradados, y que como religión es un embobamiento que acaba por ser la misticidad del materalismo.

Rumiando la hipótesis, tan vieja como el mundo, de que «la materia es eterna» y sometiéndose á la incontrastable omnipotencia de sus trasmutaciones, los cosmólogos se resignan á gozar de esa felicidad que consiste en la *apatía*, en la *perfecta inacción* del alma, dicha que se goza cuando, según Schelling, el alma se entrega á una *divina pereza*, buscando la inalterable *quietud de la planta*, porque el hombre es tanto más *divino* cuanto más se parece á los vegetales, y acaso, acaso, á los *minerales*.

¡Larvas que jamás llegaréis á ser mariposas! El tiempo para vosotras sigue inmóvil y sereno. ¡Dormid en paz!

IV

Después de ocuparnos en describir los ontólogos que creen en un Dios objetivo, independiente y personal, y de los panteístas ó cosmólogos que creen que todo lo creado es una extensión de la naturaleza misma del Creador, pasaremos á

dar una idea de los psicólogos, que son los que quieren vivir sin Dios y sin Rey, en compañía de su conciencia y apoyados sólo en la caña hueca de su razón.

Y muchas veces cuando digo razón, no hablo de la razón *intuitiva*, sino de la razón *discursiva;* no me refiero á la razón pura, sino al razonamiento. La razón pura es la que, inspirada por las intuiciones, abarca los infinitos como la luz del sol recorre los espacios. El razonamiento es una subrazón forzada á discurrir sobre los hechos ó la conciencia, y parecida á un águila caudal, obligada á volar metida en una jaula de hierro.

¿Dónde colocan los psicólogos la primera idea de sér?

Sócrates.	Conócete á ti mismo.
Roscelin.	Todo es nominal.
Abelardo.	Todo es concepto.
Descartes.	Pienso, luego soy.
Locke	Soy cuando siento.
Hume	Sueño que siento y pienso.
Condillac..	Soy cuando toco.
Kant.	Todo está en el yo.
Fichte.	Todo lo crea el yo.

El psicologismo, que empezó en Sócrates con un examen de conciencia, ha acabado en los filósofos modernos por ser un caso de patología. El «conócete á ti mismo» es un consejo de auscultación moral que, tomado con humildad, puede arrojar mucha luz sobre los problemas del alma humana y de la verdad absoluta divina, pero en el curso de los siglos, gracias á una investigación intemperante, el hecho antropológico de Sócrates ha entrado en el dominio de la clínica y casi, casi ha llegado á ser un acto digno de una camisa de fuerza, el día aquel en que Fichte, convirtiendo su cátedra

en la antesala de un manicomio, concluyó una de sus lecciones diciendo: «Mañana crearemos á Dios.»

He aquí la razón humana en su mayor grado de delirio.

Con perdón de los Luteros de segunda mano, diré que los ideales están arriba ó no están en ninguna parte. Budha, sentado en el vacío en su postura de empollar huevos, es un tipo más formal y más digno que el egoísta Dios-Yo, declarándose centro del universo y haciendo girar al mundo en torno suyo en su exclusivo provecho.

Después que el *yo* humano, ídolo y adorador de sí propio, convirtió su orgullo en una filosofía y su egoísmo en un egoteísmo, encerrado en su nicho para incensarse como á un Dios, á falta de otras virtudes, tuvo la probidad lógica de acabar por estrellarse la frente de desesperación contra las paredes de su encierro.

Todo *yo* en acción, sin el freno y la guía de lo absoluto, es un caballo de Mazzepa, cuyo ímpetu salvaje le arrastra á caer en todos los despeñaderos de la vida. El Dios sólo un poco malévolo en Descartes, ha concluído en el pesimismo en el Dios *Mal*, y el desdichado Leopardi, después de proclamar

il commun danno
e l'infinita vanita del Tutto,

el mal de todos y la infinita vanidad de todo, acabó por arrojar al encierro de los psicológicos el cordel con que se pueden ahorcar, diciéndoles que en la vida no hay nada digno de ser envidiado más que los *muertos*. Job, en medio de su muladar, es bastante más venturoso, creyendo y esperando en la vida futura, que esos pesimistas que acaban por asegu-

rar, de acuerdo con Fichte, «que este mundo es el peor de los mundos posibles».

V

La ideología cristiana, convertida en teología por la Iglesia, el viejo cosmologismo, hecho panteísmo por el genio de Espinosa y el psicologismo cartesiano, llevado hasta la egolatría por los filósofos modernos, han producido estos tres credos, que son las síntesis de los tres sistemas radicales de las ideas:

Ontología cristiana, convertida en teología por la Iglesia:

«Creo en Dios Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, en el perdón de los pecados y en la vida perdurable.»

Ideología cosmológica, convertida en panteísmo por Espinosa:

«No hay más que una substancia que se desarrolla infinitamente, por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados.»

Psicología yoísta, convertida por Fichte en egoteísmo:

«El mundo exterior existe, que yo sepa, sólo por *el yo* y *en mí*.»

Deduciendo las consecuencias de los tres principios que dejamos consignados, Dios, la Naturaleza y la Conciencia, he aquí cómo estos sistemas metafísicos resuelven los grandes problemas de la vida:

Noción de Sér puesta en Dios.	*Noción de Sér puesta en la Naturaleza.*	*Noción de Sér puesta en la Conciencia.*
Moral.—Obra como tu Dios.	Obra según la Naturaleza.	Obra según tu opinión.
Libre albedrío.—Haz lo que debas.	Haz lo que puedas.	Haz lo que sepas.
Derecho.—El derecho hace la ley.	La ley es la fuerza.	La ley hace el derecho.
Autoridad.—La autoridad viene de Dios.	La autoridad nace del más fuerte.	La autoridad nace del mayor número.
Arte.—Imita al mundo superior.	Imita al mundo exterior.	Imita al mundo interior.
Vida futura.-La muerte es el principio de otra vida.	La muerte es una transformación.	La muerte es la nada.
Etc.	Etc.	Etc.

VI

Y aunque yo en este resumen no haré más que deducir imparcialmente las consecuencias de estos tres principios, sería impropio de la franqueza de mi carácter que de cuando en cuando, como he hecho al dirigir las discusiones, no manifestase mis simpatías por las doctrinas que, según mi opinión, honran, dignifican y consuelan más el espíritu del hombre.

De los tres sistemas, ontológico, cosmológico y psicológico, el único digno de la metafísica es el primero, porque parte de una *idea;* el segundo es un *hecho* y el tercero un *sentimiento*, y claro es que con los sentimientos y los hechos no se puede constituir ciencia. Para hacer metafísicos estos

últimos sistemas, ha sido necesario hacer de la substancia material una *idea*, y una conciencia *impersonal* y genérica de la conciencia del hombre.

El psicologismo ya ha dado de bruces contra la pared de enfrente. ¿Y dónde acabará? ¡Dios lo sabe! De la parte de acá de esa pared está la razón que discute, duda ó niega. De la parte de allá no se ve ni siquiera la duda, pues se halla solamente *la nada absoluta*.

Después que el mundo se convenza de que donde no hay un Dios remunerador, todo pensamiento bueno es una fantasía inútil y toda buena acción una cosa estéril, podremos esperar que, inspirándose algunos genios en la corriente ontológica de las ideas, vuelvan la fe á las almas perdidas para esperanza, y apoyados por las necesidades imperiosas de la vida y las santas aspiraciones de nuestra naturaleza moral, nos hagan volver á la restauración de un sér providente que, en la hora final y suprema, perdonando las flaquezas de los malos, ponga á los buenos á la diestra de Dios Padre.

VII

Los primeros iniciadores de una restauración ontológica tendrán que empezar por prescindir del error de algunos católicos que por una mala estrategia han solido admitir los ataques á sus doctrinas en el terreno de la teología, siendo así que sus batallas las debieron librar única y exclusivamente en el campo de la metafísica.

Juzgo peligrosa la táctica de poner á la vanguardia de un ejército y frente al enemigo el objeto precioso por quien

se va á la lucha á morir. Lo divino debe estar fuera del alcance de los tiros de las emboscadas hasta después que se agoten todos los recursos que nos pueda proporcionar el esfuerzo humano.

Las derrotas en la metafísica son contusiones recibidas en el amor propio que puede curar cualquier tópico anodino, pero toda herida teológica es mortal de necesidad.

Los díscolos tienen á mucho honor el que la Iglesia los excomulgue por impíos. Los ontólogos deben hacer una cosa más eficaz que la Iglesia, y es la de probar á esos díscolos, no que son unos impíos, sino que son unos necios.

CAPÍTULO II

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ONTOLÓGICO

I

La verdad ¿es independiente del hombre? La contestación afirmativa á esta pregunta es el problema del ontologismo.

Como la filosofía es la ciencia de las ideas puras, la religión la ciencia de las ideas puras reveladas ó entendidas, y además convertidas en *sentimientos*, y el arte la ciencia de las ideas transfiguradas en *imágenes*, he aquí que de la idea independiente, objetiva, ontológica de sér, nacen en filosofía tres órdenes inmortales de ideas que se convierten en religión en tres grandes órdenes de sentimientos, y en el arte en tres modos de fantasear imágenes.

El ontologismo es el verdadero cielo de las ideas. En los otros dos sistemas, el antropológico y el cosmológico, el pensamiento se congestiona por falta de aire y de luz.

Las mismas ideas que en la región de la ontología son completamente puras, se rebajan al contacto de la naturaleza exterior y, aprisionadas en lo interior al servicio de las pasiones del hombre, se mueren de sofocación.

La idea de la noción de sér es libre en el cielo, en el cerebro se encierra y en la naturaleza se entierra.

Y como todo sistema filosófico tiene su derecha, su centro y su izquierda, cuando por extravíos de la inteligencia ó por extravasaciones del corazón, comienza la marea baja del ontologismo, aparecen sus sistemas congéneres, el *Panteologismo*, el *Optimismo*, el *Misticismo*, con sus matices de *supernaturalistas* y *sentimentales*, y el *Deísmo*.

II

El *Panteologismo*... pero el lector me preguntará: y ¿qué es el panteologismo?

Los *panteólogos* son unos malos teólogos láicos que, no sabiendo filosofía, lo mismo que los panteístas, vierten la unidad de Dios sobre la tierra para desparramarla en la multiplicidad de las cosas y que, sin estar facultados por la Iglesia para consagrar ni á nadie ni á nada, con menos respeto que los monaguillos, se meten á Dios en el bolsillo y en caso de necesidad se lo llevan hasta á la cueva del padre del niño del cuento, siendo asi que el padre del niño del cuento no tenía cueva.

Los *panteólogos,* que suelen confundir en una misma expresión la santa simplicidad con la más refinada hipocresía, desde el beato que hace la señal de la cruz porque una mujer de buen gusto se pone un traje de moda, hasta el energúmeno que juzga que el que no piensa como él no es prójimo, todos, imitando al diablo que se pone detrás de la cruz, tomando el nombre de Dios en vano, hacen gala en sus controversias sandio-teológicas de exponer el éxito de lo divino, cuando para salir triunfantes les bastaría con dar á sus con-

trarios un puntapié filosófico-terreno. La filosofía es el mejor pedestal de las creencias, pues como decía San Pablo: «Procurad cautivar vuestro entendimiento en obsequio de la fe».

Los *panteólogos* ignoran que la teología acaba donde empieza la metafísica y, faltando inconscientemente á una de las más principales creencias católicas, que es la de hacer *distinción real y esencial entre el orden natural y el orden sobrenatural*, mezclan lo sobrenatural con lo natural, por medio de varios desgarros hechos en la bóveda celeste, y en particular por la rompiente de un providencialismo material que obra en las cosas, no por ley de carta otorgada, sino por acción de inmixtión continua, y descuelgan á Dios de lo sobrenatural teológico, para zambullirlo en el cieno de lo natural cosmológico, para que tengamos que seguir admirando el providencialismo histórico de Bossuet, que es tan panteísta, si bien menos lógico, que la idea dialéctica de Hegel.

Como Bossuet era uno de los que se creían más ortodoxos, y ortodoxo lleno de intolerancias, me parece justo que se les diga á sus admiradores que su providencialismo al menudeo lo juzgo tan contrario al libre albedrío como el fanatismo pagano y la predestinación protestante.

Y es inútil decir que estos fanáticos, á quienes les pesa el libre albedrío como si fuese la roca de Sísifo, cuando estudian alguna filosofía, se adhieren con furor á ese procaz positivismo escolástico que sostiene que Dios no se puede conocer por la razón *intuitiva*, sino por las argumentaciones, más ó menos *difíciles*, de la razón *discursiva, subiendo de las cosas visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, de las contingentes á las necesarias.*

Todo esto es querer subir al cielo con una escalera de mano.

Suponiendo, para ocultar no sé qué tapujos, que el *innatismo* es *emanación* y no *creación*, hasta execran al mismo Leibniz por su *ontologismo*, es decir, por lo que ellos juzgan su panteísmo *idealista*, sabiendo Leibniz mejor que ellos que las ideas son tan independientes de Dios como del mundo, y que si Dios y el mundo dejasen de existir, siempre sería verdad la cuenta de la vieja de que *tres y dos son cinco*. Estos materialistas de costado no tienen inconveniente en conceder que Dios pueda crear animales con *instinto*, pero les parece inconcebible que, dándoles los *medios de conocer*, pueda crear hombres con *ideas*.

Pero nosotros los dejaremos con sus repugnancias contra el supuesto panteísmo idealista de arriba, para que continúen disfrutando de su panteologismo material de aquí abajo; y mientras los ideístas seguimos pidiendo el pan nuestro de cada día en seco, ellos, nombrando al Dios del cielo su procurador en la tierra para que les desempeñe sus negocios particulares, seguirán, como el niño de un célebre escritor, pidiendo al Padre el pan nuestro de cada día *untado con manteca*.

Los *panteólogos* que, haciéndonos retroceder á los tiempos del paganismo, en los cuales se convertía el cielo en uno de los barrios bajos de la ciudad de la tierra, son los herederos de aquel teólogo, digo, de aquel panteólogo de cabeza redonda, que aseguraba que todas las grandes acciones de los infieles son *pecados* y todas las virtudes de los filósofos son *vicios*.

Así como en medicina existe la manía del *higienismo*,

que consiste en acolchar todas las cosas de este mundo para que nuestros miembros caigan en blando y no se deterioren; así en moral existe el *panteologismo*, que es la preocupación de convertir en teología hasta las artes suntuarias, para que el alma no tropiece en algo agradable, por demasiado afelpado y caiga en la tentación de algún pecado venial.

Los panteólogos hacen de toda creencia una superstición.

Pero que se entienda esto bien; no debe haber más relación entre la metafísica y la teología que la necesidad de probar que todo lo que no es el Dios ontológico de la teodicea cristiana, es el diablo disfrazado de divinidad.

Estos panteístas por bondad de corazón, llenos de esas buenas intenciones de que está empedrado el infierno, son unos inquisidores verbales, que cuando todo lo ignoran aburren, pero que, cuando poseen algo de la jerga escolástica, espantan. Así es que dedicándose á estorbar en todas partes, haciendo falta en su casa, no permiten que nadie más que ellos tome en boca el nombre de la Iglesia y la han convertido en una de esas viejas vanidosas, tiesas y linajudas, que, si no se las requiebra, lo atribuyen á grosería, y si se las echa flores, dicen que es una falta de respeto.

Profesando un tomismo burdo, involucran la metafísica con la teología y con la moral. No saben que la filosofía es una pura ideología; que la metafísica da la *idea*, la teología transfigura la idea en *sentimiento* y la moral convierte el sentimiento en *hecho*; que lo que se pone en la teoría se impone en la práctica; que debemos aceptar incondicionalmente el Dios ontológico que hasta la filosofía crítica moderna nos concede, porque después de colocado en la inteligencia el

Dios Padre, el corazón, por deducción inevitable, nos contará la historia real del Dios Hijo. No alejéis con vuestras excomuniones de amas de cura á esos filósofos que empiezan por afirmar al Dios en *idea*, porque después, por necesidad lógica, ya vendrá la teología á transfigurar la idea y á darnos el mediador entre Dios y el hombre, la realidad objetiva de Dios como sér personal, trascendente y perfecto; y, por último, vendrá la ética, que es el silogismo que saca las consecuencias de las premisas divinas y nos dará el fundamento real de la justicia, la inmortalidad del alma y la responsabilidad moral.

El cura del Pilar de la Oradada, que ya me está oyendo desde el cielo, siempre que yo me volvía á Madrid me encargaba una clase de libros cuyo sólo recuerdo me da dolor de cabeza. En una de las remesas que le hice me tomé la libertad de escribirle lo siguiente: «Predique usted á nuestros convecinos cosas tan sencillas como estas, que hay un alma inmortal y un Dios que premia y que castiga y después de puesto Dios en el cielo y la justicia en el alma, no se enfade usted con el sacristán si algún día, dando gusto á nuestros más adorables místicos, amontona hacía el fogón con la escoba de barrer esos libros de moral casuística y dudosa, y muchos de esos mamotretos de teología escolástica de una pesadez y de una inutilidad indudables. Eso en los ejércitos divinos y humanos es lo que se llama la *impedimenta*, que sólo sirve para perder batallas. No vaya usted pareciéndose á ciertos *panteólogos*, de los cuales decía el abate Faydic: «que todo lo veían en Dios menos que estaban locos.»

III

¿Por qué Dios ha formado el mundo de este modo y no de aquel otro que don Alfonso el Sabio creía que hubiera sido muchísimo mejor?

A esta pregunta tan natural, Malebranche y Leibniz, con mucha piedad y no falta de ingenio, contestaron con el célebre sistema filosófico llamado el *Optimismo*, sacando por consecuencia que este mundo es *el mejor de los mundos posibles.*

Esto hace mucho honor á sus sentimientos, y acaso alguno á su lógica, pero, francamente, decir esto antes de la invención de los ferrocarriles, de la fabricación de las sillas con muelles y de la expendición de los libros baratos, más bien que una justicia, algunos creerán que semejante optimismo es una lisonja dirigida con miras interesadas al Creador.

El Califa de Córdoba Abd-el-Ramán III, que tenía esclavas como Zahara y Generalifes, ó jardines de recreo superiores á los descritos en los cuentos árabes, dice que en cincuenta años de un glorioso reinado sólo gozó de *catorce días felices*. Catorce días felices en cincuenta años me parece demasiada felicidad, pero, aceptando, en honor de Malebranche y Leibniz, que esto sea posible, el *optimismo* suele ser tan antipático al instinto de los que sufren, que por reacción produce cierto pesimismo parcial hasta en inteligencias tan ultracristianas como la de Tomás de Kempis.

IV

Del ontologismo se deriva también el *Misticismo*, ese optimismo seráfico que, por sus ardores de corazón y de cabeza, se parece mucho á un panteísmo de sentimiento. Los místicos, que viven enterrados en sí mismos en vida, creen que no hay nada verdadero más que lo universal, lo absoluto, lo divino.

Los místicos de cabeza los forman algunos crédulos, herederos, sin saberlo, de los ergotistas de los universales, que en los tiempos modernos han fundado ese tradicionalismo escéptico que se conoce con el nombre de escuela de De-Maistre, en la cual figuran un poco Chateaubriand, y mucho más el Marqués de Valdegamas, y que, después de declarar á la razón humana incapaz de sacramentos, como se suele decir para nombrar á los idiotas, considera al hombre como un *animal con fe* ó, más exactamente, con la fe de que es un animal.

El Misticismo de corazón, fundado principalmente por la antipatía de San Bernardo á las argucias del escolasticismo, es la filosofía de esos sonámbulos inofensivos de la cristianidad, que pasan la vida embriagándose con el opio de la fe y que, detestando la dialéctica como un discreteo indigno de la sinceridad del amor divino, todas sus ideas son corazones con alas que los llevan de un vuelo y por intuición superior, sin que intervenga la reflexión, hasta el seno mismo de lo absoluto.

Entre estos nobles visionarios, que siendo ciegos de los

ojos de la cara ven lo esencial con los ojos del alma, las mujeres son superiores por el sentimiento al talento siempre algo discursivo de los hombres; y Santa Teresa llama al infierno «un lugar donde no se ama», y Santa Brígida quisiera ser útil á sus semejantes «cerrando con su cuerpo la puerta del infierno». Frases tan ardientes y tan sublimes, que hacen que parezcan yertos los rasgos más elocuentes de Shakespeare y Calderón.

V

Hay otra especie de *Teístas* fríos que, sólo porque ven físicamente la creación, suponen que debe haber un creador, y que, sin duda, sintiendo que Dios no tiene dentro de ellos alma humana que juzgar, profesan un *Deísmo* que es una religión evaporada que coloca á Dios á la oriental, en el aire, ocioso y sin atributos. Este Dios cómodo é impalpable del deísmo vive en el vacio de un cielo que ha creado para sí solo, y sin que él haga caso de nadie, ni nadie haga caso de él, sigue haciendo en las alturas de Dios archiconstitucional, que, sin ministros ni súbditos, reina siempre y no gobierna jamás.

VI

Los psicólogos y los naturalistas critican al Dios de la ontologia porque dicen que ni siquiera se sabe dónde está. Muy conveniente sería que á estos señores les dijese el Cate-

cismo algo más preciso que asegurar «que está en todo lugar,» marcándonos un sitio determinado en singular, porque de este modo todos los días y á todas las horas iríamos á esta gran Meca cristiana para rogarle que nos variase de destino. Si supiéramos fijamente dónde está el cielo, la vida en la tierra sería imposible, porque todos nos moriríamos de nostalgia celestial.

Concededme, como Renan, que efectivamente hay un *Dios-idea*, é instantáneamente pensando en sus atributos, yo os lo convertiré en *Dios-realidad.*

Las ideas existen realmente aun en estado de imposible aplicación. De lo contrario, sería lo mismo que sostener que las ideas matemáticas no tienen realidad cuando se aplican á la extensión y al espacio infinitos, que no existen.

El mundo de las ideas es lo real eterno, y el de los hechos es lo real transitorio.

Me río de los que dicen que las ideas son *abstracciones* que no tienen realidad más que cuando están comprobadas por los hechos.

Esta es la eterna manía de los positivistas.

Él pensamiento es una realidad completa, la expresión, ya sea palabra, línea, color ó sonido, es una fotografía pálida de la idea, casi siempre sin vida y sin alma.

En el cerebro de un artista, una pieza de música tiene más realidad que ejecutada en un instrumento, porque aquélla posee una realidad perfecta, y transmitida por el hecho, sólo viene á tener una imperfecta realidad.

Ni el cielo ni el infierno, añaden los psicólogos, son espacios determinados, pues sólo son dos estados interiores, dos ideas. Pues precisamente de eso se trata. ¡Qué! ¿querían que

se les determinase, como el poeta florentino, el punto concreto en que están el cielo y el infierno? Y ya que son tan aficionados á la topografía teológica, ¿podrían decirnos dónde tienen ellos el alma? ¿Estará en la glándula pineal, como decía Descartes? ¡Cuánto aldeano literario de los campos incultos acude á generalizar el mal gusto á la ciudad de las letras!

Lo supernatural es tan natural que, no teniendo providencia, hasta los mismos paganos han tenido que ir inventando: Sócrates, un genio familiar; Numa, la ninfa Egeria; Alejandro, un Oráculo; otros, unas gitanas llamadas Sibilas, etc., etc.

Siento dar una mala noticia á los que dicen que el ontologismo, aludiendo al catolicismo, «es negocio concluído». Efectivamente, es negocio concluído, porque es perfecto.

¡Oh! ¡El viejo catolicismo! Además de muchos hombres de sano corazón y entendimiento reflexivo, están demasiadas mujeres interesadas en su triunfo para que jamás pueda peligrar. El Dios de las intuiciones femeninas, personificado por el misterio de la Encarnación, y representado todo esto por una Iglesia que las bautiza, las casa, las absuelve, las ayuda á bien morir, y que, por último, se las lleva al cielo, es un conjunto maravilloso de sublimidades y de misterios consoladores, al cual tienen ellas adheridos sus corazones con todas sus raíces.

Aunque el ontologismo no estuviese basado más que sobre una ilusión trascendente, siempre sería más simpático que el sensualismo de los naturalistas y el orgullo de los racionalistas.

Desde que la ideología cristiana ha enseñado á las gentes

á mirar hacia arriba, casi produce náuseas el mirar hacia dentro, donde se desespera por su impotencia esa alma humana, tan orgullosa como miserable; ni se puede tender la vista hacia abajo, donde el sér *cosmos* nos convida á que nos honremos con la fraternidad de los topos y de los escarabajos.

Si los pensamientos se pudiesen dividir en clases sociales, creemos que al ontologismo se le debiera llamar la familia real de las ideas.

¡Son tan buenos y tan ingenuamente felices los que creen!

Lo repito: desde que la ideología cristiana ha purificado el reino de los espíritus con su soplo divino, el ontologismo ya no morirá jamás. Y es inútil esperar que ningún otro Mesías venga á traer al mundo otra fórmula más sencilla, más sublime ni más consoladora que ésta:

«Dios es un sér infinitamente bueno, sabio, justo y poderoso.» ¡Qué gran modelo, digno de ser imitado en la tierra, para recibir después la recompensa en el cielo! Los que entráis en la existencia llenos de nobles esperanzas, y los que salís de ella sumidos en el desencanto y la miseria, no os fiéis de los que vamos derramando dudas y sarcasmos por el camino de la vida y echáos confiados en brazos de ese Supremo Sér. La fé es el áncora de los débiles y los desesperados. Cuando uno es huérfano, viejo ó desgraciado, es cuando se recuerda involuntariamente el dicho de Voltaire: «Si no hubiera Dios, sería menester inventarlo.»

CAPÍTULO III

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN COSMOLÓGICO

I

El Dios es todo y todo es Dios, panteísmo y politeísmo, anverso y reverso de una misma medalla, es la filosofía idiosincrásica de todos los pueblos afeminados, en los cuales la naturaleza vale más que el hombre. El *Panteísmo*, más bien que transmigración es una transformación incesante de un solo y mismo sér, que, no teniendo memoria de sus estados anteriores, de huevo pasa á gusano, de éste á crisálida, de crisálida á mariposa y así sucesivamente y mientras que por todos los siglos de los siglos quede un aliento de vida á esta madre naturaleza, que, según los cosmólogos, es el único Dios, del cual son pedazos los dioses del politeísmo.

El más geométricó de los pensadores formuló el sistema panteísta del modo siguiente: «No hay más que una substancia infinita que se desarrolla infinitamente por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados» ó, lo que es lo mismo, Dios es todas las cosas y todas las cosas son Dios.

Dios y la más ruin de las cosas son desiguales en cantidad, pero iguales en calidad.

Tan divino y tan eterno es lo creado como el creador.

La armonía del mundo se sostiene porque todas las co-

sas en la naturaleza son corchetes, machos ó hembras, que se abrochan por atracción y se desabrochan por repulsión; sólo que en todo este concierto divino falta la divinidad, y entre las ruedas de este engranaje de cosas sin libertad queda triturada también la libertad humana.

No hay acontecimientos casuales, todo sucede porque debe suceder.

Las cosas todas forman el gran todo, y éste se halla formado por todas ellas.

Como todas las cosas son necesarias, son por lo mismo buenas, y por idéntica razón todo lo que existe es perfecto, moral y santo.

Sobre el vicio y la virtud está la santidad de la cosa sucedida, y así es que en moral no hay bueno ni malo, en derecho no hay razón ni sinrazón, la fuerza es la autoridad y toda necesidad es virtud y todo vicio es de necesidad.

II

Prescindiendo del viejo panteísmo lleno de escapatorias y rendijas ideales, detallaremos ligeramente el génesis de este panteísmo moderno, más cerrado, más hondo, y más desprovisto de luz que el pozo de la verdad de Demócrito.

Kant, iniciando esa moderna filosofía alemana que, según el señor Zahonero, «es una teología civil,» tomando como punto de partida la descomposición de la facultad de conocer y prescindiendo de que Platon había planteado con claridad el problema de las ideas *innatas*, descubrió lo que ya estaba descubierto, que el entendimiento, para poder co-

nocer, tiene que valerse de ideas *innatas*, que él llama *necesarias*, como son el *tiempo* y el *espacio*, y que estas ideas las pone el entendimiento y no la cosa entendida, de lo cual dedujo que la idea *no garantiza nada más que á sí misma.*

Fichte, al oir esto, miró por el agujero de la llave de la cárcel celular de su cerebro y, soñando que creaba lo poco que veía, añadió que *la idea da el sér.*

Schelling entonces se asomó alegre al balcón pintoresco de la naturaleza exterior y dijo que *el sér reproduce la idea.*

Y el épico Hegel, á quien Schopenhauer, en un lenguaje impropio de la buena filosofía, llama *fanfarrón* y *charlatán*, embrolla más el problema, inventando su idea *cósmica*, mezcla de barro y sueño y dice que *la idea es el sér.*

Y Krause, por último, que, según decía Schelling, no tenía más que *tres cuartas partes de cabeza*, llamó á la idea *el sér de los seres* por el anverso, y por el reverso los *seres en el sér*, y, en vez del *Dios es todo* del panteísmo, inventó la fórmula de «*Todo es en, bajo, mediante Dios,*» creando un sistema de filosofía que él llamaba Panenteísmo. Este pensador de un bajo imperio intelectual parece que, á la manera de Cervantes con la Edad Media, se propuso hacer una obra bufa destinada á matar por el ridículo la filosofía. De lo contrario, no se comprende la falta de probidad lógica de un sistema que, por lo mismo que por su eclecticismo lo quiere ser todo, no consigue ser nada, pues se le ha llamado á un tiempo *racionalista* puro, *panteísta, monoteísta, espiritualista, orgánico, armónico* y... ¡qué sé yo! Lo que prueba el prestigio que tienen todos los abismos es que esta especie de rompecabezas chino ha formado escuela y hay quien asegura que hasta ha tenido discípulos.

Después de examinar los sistemas filosóficos totalmente panteístas, pasemos á estudiar los que son más ó menos cosmológicos, en la inteligencia que todos estos sistemas son como Anteo que reciben su fuerza de la tierra.

III

De este sistema es hijo primogénito el *Dualismo*, que contempla á un tiempo y separadamente el espíritu y la materia, un hombre y una mujer inmortales, una especie de matrimonio mal avenido, cuya unión necesaria, pero cuya desavenencia natural producen el mal sin término y el dolor sin término y medida.

IV

Viene luego el *Materialismo* simplificando el problema del Dualismo y, descartando el término espiritual, deja como único factor la materia, que, englobada ó desenglobada en cuerpos, no es más que el desarrollo espontáneo de una naturaleza ciega que á lo que más se eleva es á considerar el universo como una multitud de átomos movidos al azar y que en algunas ocasiones obedecen en sus movimientos á las leyes de la mecánica. El *Materialismo* es una completa castración espiritual. Los filósofos, ó más bien los fisiólogos de este sistema, discurriendo á lo patán, creen, como Cabanís, que el pensamiento es un producto de la digestión del cerebro, y no reconociendo más origen de ideas que el tacto de

Condillac, quieren, como Broussais, que se haga desaparecer ese muro de bronce que los metafísicos han levantado entre los hombres y los animales.

V

El *Positivismo* moderno es para el materialismo lo que el criticismo para la psicología, un procedimiento, más bien que un sistema sustantivo. El *Positivismo* no es una ciencia, sino un método de exploración; es el ciego que procura tender el palo con tiento para no descrismar bruscamente á sus semejantes. Este renacimiento de la *filosofía experimental* de Bacon es el camino real para llegar á casa de Epicuro y visitar como amigos á comensales en cuya piara formaban volúntariamente personas tan distinguidas como el elegante Horacio.

Don Quijote á caballo de Clavileño me parece menos ridículo que los filósofos positivistas que pretenden galopar hacia lo ideal montados muy gravemente sobre el hecho ó, lo que es igual, sobre el pollino de Sancho.

VI

¿No es verdad que paraliza el corazón y asfixia el cerebro este aire encalmado que apenas puede sostener los miasmas de la tierra por donde ha pasado?

Pero abandonemos la región de los pantanos, porque este vapor séptico tan malsano descompone la sangre y da un profundo sueño y en ciertos días, á ciertas horas y bajo la sombra de ciertos árboles, ¡dormirse es morir!

CAPÍTULO IV

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ANTROPOLÓGICO

I

Vamos ahora á explicar los sistemas en que no se reconoce más Dios que la *propia conciencia.*

Si el dios *naturaleza* es despreciable, el del sentido *íntimo* es temible.

Cuando Dios no es un gran Justicia en el cielo, es un sér ajusticiable en la tierra.

En estos sistemas en que la conciencia propia es el juez árbitro de todas las acciones de la vida, Maria Magdalena no tendría nada de qué arrepentirse.

Y es porque la mayor parte de los psicólogos, que creen que están en paz con su conciencia, no conocen que lo que hacen es estar en amores con su propio egoísmo.

Como preliminar del examen del psicologismo, diré que en este sistema en que todo se sacrifica al alma, el alma abandonada á sí misma es imposible que pueda resolver por sí sola el problema de la felicidad.

II

Yo, aunque me reconozco bueno, soy poco sufrido, literariamente hablando, y me permito á menudo dudar de al-

gunas omnisciencias colectivas, y por lo mismo no quiero dejar de indicar que la responsabilidad del desarrollo del cartesianismo debe recaer principalmente sobre casi todos los teólogos, cegados por el odio al panteísmo, odio heredado de los primeros y de los últimos controversistas, que siempre tuvieron rencor á los dioses del politeísmo.

Es forzoso defender á la Iglesia de la torpeza de algunos eclesiásticos.

Es verdad que hace poco tiempo se ha caído en la cuenta de que se debían condenar desde muy arriba todos los sistemas filosófico-políticos actuales y se encargó á un doctor, cuyo nombre no recuerdo, que formase un índice crítico condenando los que él juzgase errores modernos, aunque entre ellos los había tan antiguos como el mundo.

Como la obra del doctor privado no obliga y puede ser revisada y discutida por lo mismo que ni es declaración dogmática ni constitución pontificia, diré que eso de apuntar, con una instrucción filosófica prendida con alfileres y expresada en un lenguaje anacrónico y mal entendido, á las frentes de muchos liberales, sinceramente católicos, para dar por tabla en algunas cabezas italianas cubiertas con el gorro garibaldino, llevando á la teología cuestiones que hoy son del dominio de la Teodicea, mezclando lo dogmático con lo disciplinario y lo temporal con lo eterno, dando por no resuelta todavía la cuestión de la Iglesia y del Imperio, considerando á los partidarios del *concepto de nacionalidad* del señor Cánovas del Castillo como unos desertores á quienes se llama por pregón para formarles un consejo de guerra autocrático, me hace pensar que la expresión del doctor al leer su trabajo sería igual á la cara de extrañeza que debía poner

Epiménides al romper á hablar después de un sueño de ochenta años.

III

Pero debemos disculpar en parte al doctor que, al resumir los errores modernos, se atuvo para juzgarlos al mismo patrón que obligó al presbítero don Jaime Balmes á no pasar de ser un pensador muy mediocre. La gran *Summa* es la filosofía de los *cuasis,* pues *cuasi* es sensualista como Locke, *cuasi* idealista como Berkeley, *cuasi* subjetivista como Kant, *cuasi* panteísta como Malebranche, y en ética gubernamental *cuasi* es tan conservadora y también *cuasi* tan liberal como cualquiera *cuasi* filósofo como yo.

Voy á hacer una confesión para que se me perdone el pecado. Creo que parte de la antipatía que me produce la filosofía de Santo Tomás nace de un recuerdo para mí muy desagradable. En cierta ocasión el señor don Federico de Madrazo, el pintor ideal que, sin detrimento del parecido, hace encantadores hasta los objetos feos, nos retrataba en su estudio al célebre don Jaime Balmes y á mi insignificante persona. Con un espíritu tan vivaz como el de éste y una naturaleza entonces tan inquieta como la mía, se suscitaba entre ambos cuestiones que luego llevamos á la prensa. Yo tenía una indigestión escolástica, que algunos años antes me había proporcionado en Santiago de Galicia un clérigo que se había propuesto enseñarme la filosofía de Santo Tomás. Debí yo hacer alguna apreciación acaso poco exacta y demasiado pintoresca de la filosofía tomista, porque el señor

Balmes, tal vez con razón, se quedó ofendido de esta maldita costumbre mía de decir todo lo que siento.

Si fuera hoy, que ya *cuasi* sé tanta filosofía como el cura que me enseñaba en Santiago, le probaría al señor Balmes que, á pesar de los esparadrapos con que ha procurado juntar varias partes desligadas, de las pajuelas que ha quemado para alumbrar algunas obscuridades y de los serruchos con que ha podado muchas excrescencias; todavía la filosofía tomista, nacida en la mala época en que la metafísica la constituían tres cuartas partes de teología, aun expuesta por el señor Balmes, es un conjunto multicoloro y contradictorio, del cual pudo sacar Locke «su conocimiento humano que se verifica procediendo de lo *sensible* á lo inteligible», Kant su concepción del espacio «que es una mera *ilusión* y que no tiene más realidad que la de una representación *imaginaria,*» la escuela idealista, si no sus ideas innatas, al menos «sus verdades innatas ó *cuasi* innatas,» los panteístas algunas afirmaciones, tales como la de que «la inteligencia humana es una *participación* de la luz increada que contiene las razones eternas de las cosas,» los políticos conservadores la teoría de que «la mejor forma de gobierno es la mixta, en que entran á la vez la potestad real, la aristocracia y la democracia» y los ediles municipales la máxima de cajón de que «los gobiernos deben procurar la paz y la abundancia de las cosas necesarias para la vida.»

Siento mucho tener que repetirlo después que ha muerto el señor Balmes, pero la grandeza de la filosofía tomista, aun después de modificada y modernizada por él, de estar expuesta con una sobriedad atractiva por el Padre Ceferino y de ser poetizada por un orador á quien no le cabe el talento

en la cabeza, como el señor don Alejandro Pidal y Mon, todavía me hace el mismo efecto que la magnificencia del palacio de Tito, que todos la encontraban *llena de tristeza.*

IV

Pero continuemos discutiendo quién es el verdadero autor que fecundó el primer huevo dentro del cual se desarrolló esta generación de víboras.

Desde que se vió la primera chispa del incendio en el «pienso, luego soy,» ¿no hubo tiempo, hasta ahora, de echar las campanas de las parroquias á vuelo para avisar el peligro?

Hasta el mismo P. Ceferino González, y no digo nuestro Arzobispo de Sevilla, porque, como yo soy algo artista, prefiero designarle con el nombre que le hará inmortal, aunque la dignidad de seguro le hará santo, en su *Historia de la filosofía* me echa un sermoncito sobre mi ortodoxia, que él juzga sin duda un poco laxa porque creyó hallar en mis escritos alguna expresión de sabor panteístico. ¡Pobre dios Pan, tan inofensivo como un cocinero y tan dormilón como un borracho alcoholizado!

Y ahora que se me presenta la ocasión de contestar á los sermones del P. Ceferino, me creo en el deber de decir claramente que esa admirable colección de sabios que forman la Iglesia católica, con su manía, algo hiperbólica, contra el panteísmo, y creyendo que el cartesianismo, al partir del espíritu, era una filosofía *espiritual*, fué la principal promovedora de eso que se entiende hoy por *espíritu moderno*, y

la que por medio de sus Sorbonas católicas ha consentido, en odio al panteísmo, que el espíritu humano llegase á ese estado patológico que es el *delirium tremens* de todo orgullo y de toda rebelión. ¿Qué mal puede resultar de que algunos Padres de la Iglesia se hayan embobado un poco en la visión en Dios como el P. Malebranche y que algunas santas nerviosas se coman á Jesús á besos en los deliquios de un sueño? Hay un panteísmo de sentimiento, que no tiene nada que ver con el panteísmo de la raza de las ideas, y esta gravitación simpática hacia las entrañas de la madre que nos ha dado el sér es mucho menos perniciosa que esa actividad febril del yo pensante, que, gracias al error de los que han debido ser guardianes de toda sabiduría, ha permitido que con el embozo de la duda metódica acabase por ser el baile de San Vito de la razón humana. Yo prefiero á la demencia del psicologismo el poema hegeliano, que, si hiela el corazón, entretiene la inteligencia con la simetría y la grandeza de su desarrollo. Fundar una epopeya metafísica en una base tan ridícula como la idea del «Sér-nada ó la Nada-sér,» que anula el principio de contradicción «de que una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo,» es empezar por burlarse del sentido común del género humano, es una irrisión tan enorme como todas las comedias de magia, cuyos efectos maravillosos no tienen más que un desencanto y es el de que están fundados sobre una mentira. ¡Sí, sí, P. Ceferino!, persigamos sin tregua esa duda metódica, que acaba por ser una negación sin-método, y veamos con pesar, aunque sin enfadarnos mucho, los aires de matón intelectual con que Hegel pasea, desde la nada al sér y desde la naturaleza al espíritu, su idea *cósmica*, ese dios Pan con quien todos los días nos ponemos en con-

tacto con el tacón de las botas, que se muda de gregüescos en medio del escenario con el candor del personaje de una comedia de Juan de la Encina y tengamos presente que no sienta del todo mal al orgullo del hombre el que se crea espiritualmente enfermo de fiebre tifoidea cosmológica para que recuerde de cuando en cuando que su cuerpo procede del limo de la tierra!

V

Y al entrar en el examen de la escuela *Yoísta,* que en tiempo de Sócrates era antropológica y que después de Descartes es psicológica, debiéramos comenzar por borrar el *Nosce te ipsum* del frontispicio del famoso templo de la antigüedad y grabar en él esta inscripción, mucho más exacta que aquella: «¡Panteón de la nada!»

Esta escuela, que excluye toda clase de supernaturalismo en la vida, empezando en el Racionalismo, ha concluído en lo irracional.

VI

La más digna manifestación del racionalismo es esa rama *Estoica* en la cual han figurado hombres del temple y de la inteligencia de Zenon, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, etcétera, y que consiste en asegurar que la razón, que en ellos no es la razón intuitiva sino la razón discursiva, es el principio universal y que lo demás es nada. El dolor y el placer

no son más que ilusiones. El único estado digno del hombre es la *apatía*, una indiferencia absoluta por todo cuanto viene de fuera, inclusos los goces y las privaciones, fundándose en la razón de que no existe nada bueno sino lo que es honesto, ni nada malo más que lo deshonesto.

La dificultad de todo esto estriba en que el *Estoicismo*, no teniendo tipos ontológicos á que referir lo que es bueno y lo que es malo, sus fines honestos ó deshonestos son subjetivos y caprichosos como su razón y sus acciones virtuosas son ilusiones tan vagas como las nociones que tiene sobre todos los demás seres. Los estoicos son unos fachendas que desafían al dolor para tener el orgullo de luchar con él frente á frente. El buen cristiano es más humilde y no menos arrogante; no llama al dolor, pero lo espera á pie firme.

VII

El *Cinismo* es el hijo pródigo impenitente y desarrapado del Estoicismo. Cuando Alejandro Magno lo halló metido en el tonel, debió taparse las narices y huír de él como de un estoicismo en putrefacción.

VIII

Después de examinar la razón *apática*, hablemos del *Eclecticismo*, que es donde empieza la inquietud de la razón.

Casi no hay ningún filósofo que en alguna de sus afirmaciones no sea, contra su voluntad, traidor á su sistema, y

tenga algo de ecléctico. Platon era gentil y por sus ideas parece alguna vez más cristiano que muchos Padres de la Iglesia. Varios santos que copiaron las reglas de su conducta de los atributos de Dios, no hubieran desdeñado la moral severa del estoico Zenon. Condillac era buen católico y acabó por comulgar con ruedas de molino con los materialistas. Malebranche, que además de buen católico era un filósofo agudo, se echó de cabeza en el panteísmo, arrastrado por su amor á Dios.

Ya desde antes de Cicerón, y después que este mismo echó las bases de sus componendas filosóficas diciendo que *hay muchas cosas probables,* el Eclecticismo es la olla podrida donde cada alma toma la clase de alimento que más le agrada y si en teoría es ilógico, embrollón y amañado como un expediente, en la práctica, Enrique IV, como buen ecléctico, dice que «París bien vale una misa», sin perjuicio de no oir después la misa que aseguraba que valía París.

IX

Y entregando al desdén que se merece al Eclecticismo, como un casamentero oficioso de la verdad con el error, veamos cómo la duda metódica de Descartes se ha convertido en lo negación sistemática de Kant.

En su criticismo implacable, Kant mata á Dios en su *razón teórica.* Pero viendo que su criado se afligía por este deicidio, lo volvió á resucitar con la varita mágica de su razón *práctica.* En este asunto Kant tuvo menos probidad lógica que Descartes, quien mostró gran firmeza en no con-

ceder alma á los animales, á pesar de que su sobrina, que debía ser algo espiritista, necesitaba una para metérsela en el cuerpo á la parlanchina de su cotorra.

X

Y siguiendo las estaciones del calvario de esta escuela, examinemos el carácter más decidido de las tres Euménides de la filosofía, el *Escepticismo,* el *Pesimismo* y el *Nihilismo.*

Después del *Escepticismo,* comprendido entre Demócrito, que decía que la verdad está oculta en un pozo profundo, y Pirron que lo negaba todo, vino el *Pesimismo* moderno, que, empezando por asegurar con Fichte que este mundo es *el peor de los mundos posibles*, concluye en Hartmann por enchufar en la idea pasiva de Hegel la voluntad activa de Schopenhauer, y amasando con las dos un compuesto llamado el Todo-Uno, fatuo y loco á la vez, *inconscientemente* se arrastra á un suicidio completo, á la supresión total del universo mundo, á un Pirronismo perfeccionado, á un Nihilismo absoluto, que lo niega todo, absolutamente todo, menos la utilidad de la nada.

Y he aquí cómo se suceden uno tras otro esta colección de dramas lúgubres de la filosofía moderna, que, después de convenir idealmente con Calderón en que *la vida es sueño*, acaban por maldecirla prácticamente con una horrible pesadilla, y por decir, como el gran poeta inglés, «que la felicidad consiste *en no haber nacido*».

XI

Pero ¿queda todavía en esta dinastía de desesperados de la razón algún individuo digno de mención? ¡Sí! Todavía queda sin nombrar un monstruo incomprensible, el *Ateísmo*, que, después de decapitar á Dios, no cree, ni goza siquiera con la voluptuosidad de la nada. Del *Ateísmo* ya decía Platon que, en vez de ser un error de la inteligencia, es una enfermedad del alma. Pero ¿hay algún hombre completamente ateo? Yo lo dudo, porque es más difícil de lo que parece que un animal bípedo, como el hombre, se ponga á andar en cuatro pies.

XII

Pero no desconfiemos del todo del buen sentido del género humano venidero. Estos sistemas del Yo, más ó menos absolutos, son procesiones de fantasmas siniestros que acabarán por desvanecerse al contacto de las realidades de la vida. ¿Será posible que sean viables por mucho tiempo unos sistemas en los que se halla la sociedad sin autoridad, la autoridad sin fuerza, lo de arriba sin Dios, lo de abajo sin nada que aliente, la moral sin tipo, la virtud sin objeto, el malo sin temor, el bueno sin esperanza, el rico sin freno, el pobre sin amparo, el derecho sin sentido, la ley sin sanción, y como fin de todo la muerte y como fin de la muerte la nada?

Es imposible. Y si á la lógica de las ideas siguiese siempre la lógica de los hechos, al llegar á este desierto moral, el término de la egolatría, del *yo* absoluto, debía ser, y ¿quién duda que ya lo es frecuentemente?, la anulación del *yo* relativo, pegándose cada filósofo, digno de serlo por su carácter, un pistoletazo en la sien.

CAPÍTULO V

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LAS CIENCIAS

I

En la antigüedad había ciencia, pero no existían ciencias.

En los tiempos modernos, que hay ciencias, se procura en vano emanciparlas de la metafísica, que es la ciencia *única*.

Un cierto naturalista moderno niega que haya una ciencia madre llamada metafísica y sostiene que lo que hay de científico en las ciencias no es tomado de la metafísica general, sino que es la metafísica propia de cada ciencia.

Ni esta escapatoria es admisible.

Sólo es científico lo que es universal y sólo es universal lo que comprende á todas y á cada una de las ciencias.

Después de más de tres mil años que no hemos podido ponernos de acuerdo en nada, las ideas flotan por el cielo, desprendidas y sin ordenar, que es lo mismo que si de resultas de un terremoto echasen á volar espantados todos los pájaros del mundo y luego los quisiéramos clasificar á vuelo perdido por el aire.

La pretensión de este *Ideísmo* es la de inaugurar un método que tienda á reducir, si es posible, nuestras ideas gene-

rales á una sola idea universal, siguiendo el pensamiento de Santo Tomás, cuando decía: «que el hombre piensa más, cuantas menos ideas más generales tiene, hasta llegar á Dios, que todo lo ve con una sola idea».

II

La filosofía, la religión, el arte y la ciencia son una misma idea transformada, y sólo es ciencia, religión y arte *fuera* lo que es metafísica *dentro*.

Y antes de pasar adelante establezcamos la línea divisoria que separa la ciencia primordial de arriba con las ciencias secundarias de abajo.

La razón *intuitiva* es el balcón del lado de allá de las ideas por donde Newton se asomaba á ver el *inexplorado mar de lo infinito;* y la razón *reflexiva* es la ventana del lado de acá de las mismas ideas por donde sólo entreveía los hechos diminutos que Locke le había hecho creer que daban conocimientos.

Se ha notado que los que estudian demasiado estos conocimientos que da la experiencia, *saben* más, pero acaban por *entender* menos.

Ciertos hombres de estudios inferiores, un poco autorizados por Santo Tomás, que quiso dar á todas las cuestiones teológicas por base la razón *discursiva*, han venido confundiendo lamentablemente las ideas de la metafísica con los sentimientos de la religión. Las mujeres, que son más inspiradas que raciocinadoras, nunca dicen «mis *ideas*», sino «mis *sentimientos* religiosos». Y esto es pensar con acierto.

La metafísica, la teología y el arte tienen por base: la primera, la *razón;* la segunda, la *fe*, y la tercera, la *sensibilidad*. Lo que es *idea* en *metafísica* es *sentimiento* en *religión* é *imagen* en *arte*. En filosofía se *acepta* lo que se *prueba;* en religión se *cree* lo que se *siente* y en arte se *admira* lo que se *ve*.

Pero existen hoy, vuelvo á decir, unos presumidos críticos que pretenden arruinar la teología tratando de ponerla en contradicción con las ciencias físicas y juzgando sentimientos ultraideales con razonamientos de porteros de escuelas de artes y oficios.

Estos réprobos de lo trascendente, que atacan lo teológico con lo pedagógico, me hacen el mismo efecto que si á una joven desposada, para quien su anillo nupcial fuese el símbolo y la representación de todas sus dichas pasadas, presentes y futuras, le quisiesen probar que su alhaja predilecta era un hervidero de sueños sin utilidad y que no contenía nada tierno, nada verdadero, nada bello, nada santo y nada, en fin, que pudiese tener interés práctico en su vida.

¿No es verdad que la mujer á quien se la hiciese esta clase de argumentos diría que el que la hablaba era un loco escapado de una jaula?

El profesor Draper ha escrito una obra titulada *Conflicto entre la ciencia y la religión*, que es el encanto de todos los positivistas que ignoran que cuando los problemas metafísicos entran en la región de la teología, dejan de ser *ideas* para convertirse en *sentimientos* y que éstos se creen ó no se creen, pero no se discuten.

La manía de confundir lo físico con lo moral recuerda á cierta señora que, encontrando demasiado grosero el que

las ostras se abriesen con un objeto de hierro, la atormentaba el problema de estudiar si sería posible abrirlas por medio de la *persuasión*.

Cuando veo á Draper tratando inútilmente de convencer á un paleto de que la rogativa que hace á Dios para que llueva es ineficaz por ser contraria á las leyes naturales de la meteorología, el paleto me parece un profesor y el profesor un paleto.

III

Después que la idea universal de sér se divide en estas tres clases de ideas, las clases se van subdividiendo en géneros, los géneros en especies y las especies en variedades, pero perteneciendo siempre cada una de estas ideas individuales á su especie, su género y su clase.

Los innumerables filósofos y artistas que, muchas veces sin saberlo y casi siempre sin quererlo, con desviaciones más ó menos notables, son la encarnación viva de alguno de estos tres ideísmos, contribuyen á dar dirección y á aumentar el caudal de esas tres corrientes de ideas que alternativamente forman la opinión de grandes regiones del mundo intelectual, ya la ontológica, ya la cosmológica, ya la psicológica.

En lo científico existe lo individual, las fracciones de ideas, que forman el *conocimiento*, lo general, con ideas todavía finitas, que constituyen las *ciencias* y lo universal, con ideas totalmente infinitas, que son la *filosofía*.

Así, se dice que el conocimiento es un saber no *unifica-*

do, la ciencia un saber *parcialmente unificado* y la filosofía el saber *completamente unificado*.

La verdad de las cosas no es más que la verdad del entendimiento. Las cosas existen, pero sólo por las ideas se puede conocer su existencia. Todos los objetos, sin la inteligencia que los hace comprender, serían unos fantasmas visibles.

No se enfaden los hombres de ciencia que blasonan de analíticos y prácticos si les digo que, como no puede existir análisis sin que les preceda una síntésis implícita, resulta que la experiencia sólo puede andar agarrada de la mano de una idea. Y al decir esto, ¿se cree que es tener en poco la experiencia? Al contrario, se le concede todo el honor que merece. El sentido es un aldabón, y el hecho lo mueve para producir la sensación del aldabonazo. La experiencia toca con el sentido, se forma la sensación y, si la idea es llamada con acierto, responde inmediatamente, dando á conocer el hecho por su nombre.

Lo especulativo es la razón de lo práctico. Todo análisis es una síntesis vergonzante.

¿Quién ignora ya en el mundo que es un axioma evidente que toda verdad inferior forma parte de otra verdad superior?

Yo aspiro á que los naturalistas respeten, como es justo, á su madre la metafísica, y que los filósofos vivan en paz con sus hermanos menores, los hombres de ciencia. Y llamo hermanos mayores á los filósofos y menores á los naturalistas, porque un candil con aceite de ballena colgado de la nariz de un metafísico, siempre dará más luz al mundo que todos los inventos hechos sobre esa luz eléctrica que acabará por hacer de la noche día.

IV

Los que se llaman hombres de ciencia por antonomasia, así como sus satélites los pensadores que presumen de materialistas, no suelen ser más que unos cosmólogos ó, más bien, unos panteístas cortos de alcances. No hay día en que, después de fustigar á los artistas y á los filósofos con gracias de esas que sólo hacen reir á los labriegos, no se dirijan á sí mismos los más encomiásticos ditirambos, por ser los iniciadores del bienestar material, que yo no niego, y de un progreso que no quiero discutir. Hoy es cierto que vivimos más, pero ¿vivimos mejor?

Es una verdad incontestable que el progreso científico ha elevado el nivel de la sabiduría. Gracias á la mayor ilustración de los tiempos, sé yo la mitad más que Sócrates, pues, sabiendo *que no sé nada*, sé también que *tampoco saben nada* los demás.

Después que con las ideas de los filósofos algunos hombres de ciencia fabrican verdades más ó menos empíricas y cuya utilidad admiro, suelen lanzar sobre los mismos á quienes deben su existencia intelectual y moral, el estigma de enemigos de cierto bienestar positivo, que es en lo que ellos creen que consiste la felicidad humana.

¡Ah! ¡la felicidad! Esto, más bien que una cuestión de física, es un problema moral. ¿Qué importa que el hombre llamado de ciencia nos construya una almohada cómoda de pluma para dormir, si poco antes del sueño un filósofo nos llena la cabeza de dudas, de sombras y de espectros? El al-

deano que, después de haber trabajado honradamente, se acuesta sobre un poyo de argamasa y se duerme tranquilamente esperando que Dios premiará mañana el fruto de sus afanes, ¿no es más feliz que el gran Federico acostándose en su lecho de rey victorioso, después de una conversación con Voltaire?

V

Yo no rechazo los progresos que pueden aumentar nuestra comodidad y nuestra salud. Pero la salud y la comodidad no constituyen la felicidad entera. Con vuestros talleres y vuestras fábricas me encuentro bien vestido, es cierto, pero después de tener abrigado el cuerpo, necesito para el alma las telas tejidas con ideas. Es muy interesante que cada dia se descubra un cuerpo simple, que después resulta ser un cuerpo compuesto. ¿Pero la química se va á contentar con buenas salsas para la cocina y renunciar á perseguir algo semejante al antiguo ideal de la *piedra filosofal*? Es curioso saber por los astrónomos que tal día, á tal hora y en tal segundo empieza ó acaba un eclipse de sol ó de luna, pero para mí es mucho más interesante pensar, como Sócrates, que puede haber genios superiores que desde las estrellas presidan los destinos de los hombres. ¿Qué interés puede tener la astronomía para nuestra alma si renuncia completamente á todos los problemas fantásticos de la antigua astrología judiciaria? Y, sin embargo, estos sabios de la naturaleza material escriben libros para poner en contradicción las religiones y la ciencia, y lo extraño no es que ellos los

escriban, sino que haya quien los lea. ¿Qué le importa á la ley del espíritu la regla material de esos hechos, que para él son unas verdaderas mentiras? Un día en que Carlos V daba una batalla á los enemigos de su Dios, cuenta la tradición popular que se repitió el milagro tan controvertido de Josué y que se paró el sol, dando lugar á que se terminase la batalla. Preguntándole al Duque de Alba, que era un positivista tremendo, lo que había de cierto sobre este particular, contestó: «Yo estaba tan ocupado en las cosas de la tierra, que no tuve tiempo de mirar al cielo».

¡No hay nada tan verdadero como los espejismos de la fe!

Todos los fines utilitarios, que se proponen los modernos sistemas filosófico-científicos, no tienen el valor moral de una sola de las emociones que produce la creencia en los milagros del santo patrón de cada pueblo».

¡Dejadnos! Dejadnos en paz con vuestras retortas, buenas para hacer guisados, y vuestras recreaciones físicas, excelentes para que hagan juegos de manos los saltimbanquis en las plazas públicas. ¡Detractores de los poetas! ¡Calumniadores de los metafísicos! no os empeñéis en que demos importancia á vuestras pamplinas, los que, al revés del Duque de Alba, estamos siempre mirando al cielo y no nos ocupamos en ver lo que pasa por la tierra.

VI

Nada prueba tanto la estulticia general como la palabra ciencia aplicada á cualquiera operación del entendimiento.

Por ejemplo: ¿se trata de zaherir en teoría el libro *Del*

Príncipe, de Maquiavelo, sin embargo de poner después en práctica sus máximas?—Ciencias morales y políticas.

¿Se discute por dos oficinistas en qué clase de cabalgadura es más conveniente hacer un servicio público?—Ciencia administrativa.

¿Es ó no cierto que la causa de la conquista de Egipto por los romanos fué la muerte de un gato?—Ciencia histórica.

¿Se pretende examinar quién engaña á quién en un cambio mercantil, ó la manera más fácil de que el dinero del bolsillo de un contribuyente, que lo ha ganado, pase al bolsillo de un contribuído, que, sin haberlo ganado, se lo gastará?—Ciencia económica.

¿Inventa Napoleón el arte, más antiguo que el reñir, de batir á pocos con muchos, y cuándo se tiene pocos, buscar al enemigo en un punto dado donde éste tenga menos?—Ciencia militar.

¿Busca un pseudo-pensador cualquiera la manera de organizar asociaciones artificiales, inventando el modo de que nos estorbemos lo más posible los unos á los otros?—Ciencia sociológica.

¿Dificulta un teólogo el divorcio, poniéndose de parte de una mujer de un trato imposible, porque él no se ha de casar con ella?—Ciencia canónica.

¿Se disuelve un glóbulo homeopático de derecho sustantivo en un tonel de leyes adjetivas, sin honra de la justicia y con provecho de la curia?—Ciencia jurídica.

Es forzoso acabar con todas estas mistificaciones y estos embrollos y decir de una vez para siempre que no hay ni puede haber más ciencia que una, que es la metafísica.

Hay que escoger por precisión entre la cabeza de las ciencias ó las ciencias de la cola.

Las ciencias sólo pueden ser, á lo más, una colección de pensamientos, pero la filosofía es la ciencia del pensamiento mismo.

Para las llamadas ciencias, el pensamiento es un medio y para la filosofía un fin.

La ciencia significa *fijación de sér*, que es lo absoluto, y no se puede constituir ciencia con las contingencias de lo relativo.

Ya en Grecia se decía: «no es el ojo, no es el oído, es el espíritu el que ve y oye.»

VII

No me cansaré de repetirlo, detractores del arte y calumniadores de la filosofía, la metafísica y la literatura, la ciencia del *fondo* y la ciencia de la *forma*, despreciadas ambas por políticos, eruditos, científicos é historiadores, son los dos únicos estudios dignos del verdadero sabio. Y cuando digo sabio, no hablo del sabio que *sabe*, sino del sabio que *entiende*.

Todo escritor sin metafísica es un indocto y si no tiene literatura un desmañado.

La forma es el vestido de luz del fondo de las cosas y hasta de las cosas también que no tienen fondo.

Saber *pensar* y saber *expresar*, he aquí el objeto de la metafísica y del arte.

Supongamos, y no es mucho suponer, que yo soy este

año presidente de la sección de literatura y artes del Ateneo y que me propongo probar que es de evidencia inmediata la siguiente tesis: «Que las dos cosas más dignas de estudio son: 1.°, la metafísica, ciencia de *las concepciones*, y 2.°, el arte, *ciencia de las imágenes.*»

Para conseguir este objeto, se prepara una discusión extraordinaria, y al inaugurarse la sesión, se presentan tres naturalistas con los cuales el presidente entabla el diálogo siguiente:

—¿Quién sois vos?

—Yo soy un representante de aquel Newton que ha formulado la ley de la gravitación.

—¿Un sabio que fué un poco metafísico? Adelante.—¿Y vos?

—Yo soy un discípulo de Linneo, que ha presentido la ley de la clasificación natural de las plantas.

—Muy bien; pase usted. Un botánico poeta.—¿Y vos?

—Yo represento á Cuvier, que ha descubierto la ley de la correlación de las formas.

—¡Magnífico! Ya tenemos entre nosotros otro generalizador de talento.

El presidente, que sabe que el señor don José Rodríguez Carracido es un ideísta por temperamento y un positivista por oficio, le ruega que nos describa... ¿qué diré yo?... un *melocotón*. Extrañeza general.

El señor Carracido, dando envidia á Linneo, dice: «El melocotón es un fruto que pertenece al *reino vegetal*, del *tipo* de las *vasculares*, de la *clase* de las *dicotiledóneas*, del *orden* de las *calicifloras*, de la *familia* de las *rosáceas*, de la *tribu* de las *amigdáleas*, del *género pérsica*, etc., etc., etc.

—Muy bien,—replica el presidente, aplaudiendo al señor Carracido—pero esa definición es metafísica pura, porque en ella, lo mismo que pasa en las matemáticas, se hace responder á la materia á las leyes de pensamiento. Por consiguiente, espero que el señor Carracido nos hable de la parte *positiva*, diciéndonos en qué consisten el olor y el sabor del melocotón.

El señor Carracido, con la modestia que le es propia, responde que el olor y el sabor consisten en las diferentes proporciones del oxígeno, hidrógeno y carbono, pero que la esencia de estos tres factores no se ha sabido, no se sabe ni se sabrá jamás en qué consiste.

Al oír esto, murmura Linneo dirigiéndose á Newton: «Es decir que nosotros no conocemos los cuerpos sino por sus cualidades, por sus virtudes, por sus fuerzas y por sus efectos, pero su naturaleza nos es y nos será siempre desconocida.»

Primer triunfo de las ideas sobre los hechos.

Después, el señor don Urbano González Serrano, espiritualista de oración completa, aunque positivista entre paréntesis, se levanta á sostener «que las instituciones son incrustaciones.» ¿Incrustaciones? ¿Como los carbonatos de cal, por ejemplo? ¿Quiere esto decir que las instituciones divinas son *estalactitas* y las instituciones humanas *estalacmitas*? Esto, que juzgo una metáfora, necesita una explicación del señor González Serrano, y al hacerla, le ruego que no concluya como Spencer, sus investigaciones en lo *incognoscible*, porque esto que se llama lo *incognoscible* es precisamente lo único que al hombre le interesa conocer.

Pero el señor don Ignacio Pintado, que siente la intui-

ción ontológica hasta en la médula de sus huesos, le replica que sólo es verdaderamente positivista lo que es ideísta, y que para el orden de las ideas, según dice Hegel, «el número de estrellas fijas no tiene más importancia que el número de pústulas que ofrece una erupción de la piel.»

«Es decir, exclama Newton, acercándose al oído de Cuvier, que yo he sido un niño (son sus palabras textuales) que he jugado á recoger conchas en la playa, mientras que se presentaba ante mis ojos el *inexplorado mar de lo infinito.»*
—¿Qué queréis? le replica Cuvier; los hechos individuales no son más que cabos sueltos de ideas. Las grandes concepciones de la eternidad y de la inmensidad no pueden derivarse de la experiencia.»

VIII

Al llegar á esta parte de la sesión se pone fuera de discusión la metafísica, por haber quedado triunfante con la confesión de los tres mayores sabios modernos de que sólo los *seres de razón* pueden explicar los *seres de naturaleza.*

Y después, el presidente, deseoso de volver también por los fueros del arte, le da la palabra al señor don Miguel Sánchez, el cual, más que por convicción por mortificar un poco al presidente, sostiene que el arte en general y la música en particular *no sirven para nada.*

Al escuchar esta desafinación, el señor don Julio Burell, que, aunque presume también de positivista, es un idealista que sueña en alta voz, le contesta «que sólo es inmortal lo que el arte inmortaliza.»

Y, por último, para excitar prácticamente el cerebro del P. Sánchez, el señor don Conrado Solsona, poeta y orador que posee el arte difícil de ser tan ingenioso como ingenuo, se levanta con un papel en la mano, y dice: «Para probar la excelencia del arte no vais á escuchar nada de *La vida es sueño* de Calderón, ni del *Quijote* de Cervantes, porque si llegasen á oír algunos trozos de estas obras inmortales los señores Newton, Linneo y Cuvier, que, además de *saber*, *entienden*, creerían que yo los leía, más que para probar mi aserto, por un exceso de amor propio nacional. Para hacer la apología del arte, me basta sólo con que os dignéis escuchar este madrigalito tan modesto como superficial:

«Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis á quien os mira,
¿por qué á mí solo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.»

Al concluir el señor Solsona, hasta el mismo P. Sánchez, que es la ingenuidad andando, aplaude el madrigal de Gutierre de Cetina. Y «¡eso lo siento yo así!» dicen los jóvenes, y «¡eso lo he sentido yo así!» dicen los viejos.

Y ¡oh triunfo eterno del arte! al despedirse los representantes de los señores Newton, Linneo y Cuvier del presidente del Ateneo, le dice Linneo: «Ese precioso madrigal ya hacía la delicia de vuestras abuelas.» Y el señor Cánovas del Castillo, que pocas veces se suele equivocar, le contesta: «Y seguirá siendo también el encanto de nuestras nietas.»

IX

Y ya que he contestado con razones á los desprecios de los que ignoran que la metafísica es la única ciencia que enseña á *pensar* y la literatura el único arte que enseña á *expresar*, ruego á mis amigos de la sección que no piensan como yo, que se dignen perdonar, ya mis juicios equivocados, ya mis frases joco-serias, teniendo en consideración que yo sólo soy un poeta de afición y un filósofo de oído.

Y, al menos por esta vez, que me sirva de disculpa la frívola seriedad de algunos entes que, en vez de tratar alegremente, como yo, las cosas graves, tratan con la mayor gravedad las cosas superficiales y que, para rebajarme como filósofo, dicen: «¡es un poeta!» y para desautorizarme como poeta, exclaman: «¡es un filósofo!»

CAPÍTULO VI

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN EL ARTE

I

Ya lo he dicho y lo repito: partiendo de la noción de *sér*, no hay más que tres dioses concebibles, el *Dios Padre*, el *dios Pan* y el *dios Yo*.

De estas tres ramas de un tronco único, nacen tres órdenes de ideas; y de estos tres órdenes de ideas deduce el arte esas tres clases inmortales de imágenes que se refieren á Dios, á la naturaleza y al hombre.

Como consecuencia de este principio se deduce que, no habiendo más idea sustantiva verdadera que la noción de sér, de esta idea primitiva se derivan las tres corrientes de ideas cualitativas que imprimen carácter á las cosas consideradas teológica, cosmológica ó antropológicamente.

Todas las ideas proceden de un tronco común y sólo se diferencian por la forma de expresión.

La belleza es la verdad bajo una forma sensible.

Recordemos que sólo es arte fuera lo que es ciencia dentro y, por consecuencia, todo arte es una ciencia transfigurada.

Si la metafísica se ha podido llamar *ciencia de las con-*

cepciones, el arte, que las exterioriza, es la *ciencia de las imágenes*.

El arte, como *ciencia de las imágenes*, es el primer medio de expresión de que se valen la ternura, el candor y la inocencia. Una mujer, para dar lecciones á un niño, no le dice «eso es falso ó verdadero, bueno ó malo,» sino que le dice «eso es hermoso,» ó «eso es feo.»

David, Dante, Fray Luis y Calderón son los caudillos de la derecha del arte que representan el mundo *superior*. Homero, Virgilio y la mayoría de los clásicos pintan el mundo *exterior*. Leopardi, Byron y Goethe describen el mundo *interior*.

De estas tres clases de artistas, que representan las tres escuelas únicas posibles en la esfera del arte, los primeros forman sus imágenes teniendo por base la *intuición ontológica;* los segundos, la *sensación externa* y los terceros, el *sentido interior*.

El arte, libre por naturaleza, rechaza la absolutividad ideísta de los sistemas filosóficos y forma un eclecticismo artístico universal en que entran en proporciones varias todos los elementos de las tres maneras de pensar.

II

Dante sabía toda la ontología de su tiempo y, como era tan supremo artista, sus ideas abstractas las convirtió en imágenes concretas y escribió el mejor de los infiernos, llenándolo de todas las clases de esos menesteres que hacen recor-

dar las calderas que dicen que se usan en las cocinas de Pedro Botero.

¡Y cuánto más alto y más elocuentemente hablan las imágenes que las ideas!

¿No es verdad que todas esas disertaciones teológicas de Lutero y de Enrique VIII contra alguna de las cabezas visibles de la Iglesia no causan el efecto que aquel olor á carne de Papa frito que hace irrespirable el aire de las mansiones de la ciudad de Dante?

El ontologismo artístico, ó lo que se llama el arte cristiano, si es grande en literatura y en arquitectura, es mediano en pintura, nulo en música y más nulo todavía en escultura.

Y ¿quién tiene la culpa de que el cristianismo romano haya abdicado el cetro omnipotente de todas las artes, con el cual hubiera imperado, no sólo en el reino abstracto de las ideas, sino también en el mundo encantado de las imágenes?

El famoso Pontífice Gregorio VII, santo para las iglesias que han querido reconocerle como tal, en uno de esos raptos de intolerancia que tan caros pagó después la Iglesia, desterró de los monasterios el cultivo de las artes. Como consecuencia de esto, el número de monjes artistas se fué reduciendo, y aumentándose el de los artistas seglares; y el arte, desterrado del templo, se fué haciendo, primero mundano, después protestante y por fin completamente pagano.

III

La pintura, con gloriosas excepciones, dejó de figurar en los templos para pasar á los museos, y las que se hacían por encargo de los cabildos ó prelados se reducían á la fastidiosa reproducción de aquellos martirios de santos, sobre cuyo repugnante naturalismo Byron dice que sentía tentaciones de escupir.

IV

La escultura, que sólo existe cuando se obliga al mármol á palpitar como si fuese carne, fué sustituída con armazones de palitroques cubiertos con telas de un lujo dominguero. La expresión vulgar de «está hecho un Nazareno» se aplica á un hombre mal fachado, vestido de arlequín y con un cabello largo que hace dudar si jamás ha habido peines en el mundo. Las santas, abrochadas hasta la barba, con trajes de etiqueta, recuerdan la asfixia en un país tan caluroso como el nuestro; y si es verdad que con esta exageración gana mucho la castidad, en cambio pierde bastante la gracia, y yo no sé por qué esta virtud ha de ser considerada siempre como un poquito pagana.

Y hay que prescindir de hipocresías. La escultura ha nacido pagana y pagana morirá. La forma humana es más hermosa á medida que el alma se transparenta más en ella. El mármol, ó no es estatuaria, ó ha de palpitar como la

carne, ésta ha de trascender á vida, la vida á alma y el alma á pensamiento.

V

¿Y la música? Los órganos de iglesia, condenados por orden superior á repetir, como si fuesen grillos enormes, los acordes monótonos y persistentes del ontológico canto llano, recuerdan su eterna confraternidad con el legendario órgano de Móstoles. El canto, gangueado por religiosas sin pasiones, es parecido á las canciones callejeras de los ciegos constipados y, excluídas del templo las voces femeninas con alma, están sustituídas por unos tipos gordinflones, de sexo dudoso, que cantan en falsete, entre la fisga de las mujeres y la grima de los hombres.

¿Será posible que la Iglesia haya podido atribuir jamás á la música malas intenciones? No lo creo. Cierto médico dice que la música es tan salutífera para el cuerpo que ha triunfado mil veces de la gota, la jaqueca, la epilepsia, la peste, las convulsiones, la fiebre nerviosa, el tifus y hasta del idiotismo ó la tontería.

Yo no lo he visto, pero lo deseo creer.

¿Y qué podré decir de la música con relación al espíritu? Que si no ha ganado muchas almas para el cielo, sólo ha perdido á las que se han querido perder.

Todo el mundo sabe que Alejandro el Grande se ponía furioso cuando Timoteo tocaba la flauta *en modo frigio* y que se calmaba al punto si la música pasaba al *modo lidio.*

Más todavía; se dice también que el *modo lidio* bastaba

para asegurar *la fidelidad de la mujer cuyo marido estaba ausente*. Y pregunto yo ahora: ¿no se podría reforzar el precepto del sexto mandamiento haciendo que en los templos se tocase de cuando en cuando música *al modo lidio?*

VI

La *arquitectura* es la verdadera gloria excepcional del arte cristiano y al mismo tiempo lo está siendo del arte civil. Inútilmente esos tontólatras franceses, que parece que se dedican hoy á la canalización de todo lo culterano, han hecho célebre la frase de «esto matará á aquello». Precisamente *ésto,* que es el libro, gracias á las exageraciones de esos tontólatras, ha empezado desde entonces á decrecer, ahogado bajo el churriguerismo de la hiperbolización; y *aquéllo,* que es la arquitectura, se ha generalizado tanto que parece que, ofendidas todas las canteras del mundo, se han puesto en pie para regalar los tesoros de sus materiales hasta á los tenderos para que puedan hacer viviendas más suntuosas que los antiguos palacios de los reyes.

Nada hay más ideal ni más apropiado al ontologismo cristiano que esa arquitectura de las catedrales góticas con agujas que traspasan las nubes y señalan al cielo, como diciendo: «¡Allí está!»

Miguel Angel, que al llegar á viejo se hizo un gruñón, llamaba «bárbaro» al arte gótico. Y es que este genio de la escultura, de la pintura y de la arquitectura era un verdadero godo que no comprendía la filosofía del arte, que es *su*

aplicación á su natural objeto. Cuando satisfecho de su Moisés, que es un hércules que da miedo, le dijo: *¡Parla!*, la estatua debió romper á hablar para rogarle que le modificase aquellos cuernecitos, que sólo una enorme buena voluntad puede suponer que son rayos de luz y que le dan la apariencia de un Satanás de comedia y que además le arreglase un poco aquellas barbas mayores que las del río Betis de Herrera. En su pintura de la creación del hombre, parece que Dios, arrepentido de su hechura, le señala, delatándolo á la policía de sus angelitos, para que le lleven á la cárcel. Miguel Angel fué el promovedor del renacimiento del arte arquitectónico y por consiguiente la causa del renacimiento del arte griego en sustitución del arte cristiano.

Afortunadamente el catolicismo es una religión que, así como por su complexión universal y divina habla todos los idiomas y se aclimata en todos los países, ha concluído por adoptar todas las arquitecturas. Pero, con permiso de Miguel Angel, yo no concibo los espíritus del otro mundo vagando por las naves de los templos greco-romanos. En mi residencia en Londres no comprendía por qué San Pablo no estaba en el Parlamento y el Parlamento en San Pablo. El Escorial—y me fijo en este templo español por no citar á sus congéneres los extranjeros,—más que al Dios grande, debía estar dedicado al gran marido de Juno. El Escorial, comido por las sierras del Guadarrama, es, entre estas, una colina más, y supongo que habrá sido un capricho de Felipe II, impuesto á Juan de Herrera, lo de adornar el templo exteriormente con aquellas torrecitas laterales que dicen que imitan en su conjunto el asador en que fué martirizado San Lorenzo y que, como el utensilio está al revés, ni siquiera

le ha podido inspirar al diablo el modelo para hacer unas parrillas que le sirviesen en el infierno para tostar herejes.

VII

Prescindo de la dramática porque los grandes teatros griego, español é inglés han muerto para no volver á resucitar literariamente, ni al tercer día, ni al tercer siglo. Hoy la poesía de Shakspeare, de Lope y Calderón admira leída, pero fastidia representada. La antigua poesía dramática, á pesar de estar personificada hoy en toda su grandeza, y con mucho mejor gusto, por Tamayo y por Echegaray, se ha convertido generalmente en un arte teatral, ó llamémosle más bien en una esceno-plastia, que es un conjunto abigarrado de todas las artes, en el cual, como en una receta de botica, con ligeras variantes impuestas por la moda, de *cien* partes la componen: *una* la poesía ó la prosa, *cuarenta y nueve* la mímica, y las *cincuenta* restantes se divíden entre el baile, la música, la indumentaria, la pintura y la arquitectura menor ó sea la mobiliaria.

VIII

Los teístas llevan al arte la *intuición*, los naturalistas la *sensación* y los psicólogos la *reflexión*. Los primeros viven en un *cielo*, los segundos en un *limbo* y los terceros en un *infierno*.

Hoy no se escribe para cantar conquistas de naciones,

sino para lamentar derrotas del alma. La epopeya, que era la expresión más grandiosa del más grande sentimiento impersonal de los pueblos, es hoy menos interesante que la historia de un caballero que hace cosas propias de un bandido y que la coalición de todo un diablo con todo un doctor para perder á una niña candorosa.

Dado el supuesto de que la conciencia propia sea el principio del arte y de la ciencia, la misma razón tiene para obrar un cuerdo que un loco.

Por eso el arte subjetivo moderno, en el que abundan las situaciones artificiosas y los efectos rebuscados, es un compuesto de rasgos de locura y de audacias racionales tan extravagantes y tan hondas que, para huir de este vértigo en que todos tenemos los nervios tirantes, es de creer que muy pronto se echará de menos aquellas islas del mar de Grecia que huelen á treinta leguas de distancia, como la isla de Ceilán á canela, al olor enervante, pero tranquilo, de flores del monte Parnaso ya marchitas y corrompidas, volviendo á un renacimiento clásico, en cuyas historias no hay más que mentiras inocentes, y cuya literatura, comparada con la nuestra, es un paraíso de sueños sin insomnios.

IX

Lo digo sinceramente: presiento que á causa de nuestros dolores artísticos y nuestras desesperaciones de relumbrón, pronto las gentes sensatas volverán la cabeza hacia el Oriente, prefiriendo al mal olor del puñal ensangrentado, el tufo del

lodo removido de los prados que pisaron los Teócritos, los Tibulos, los Virgilios y los Garcilasos.

Y confieso que sentiría mucho ser testigo de esa reacción clásica que preveo, porque el remolino de las ideas panteistas, impregnadas del polvo de la tierra, me hace cerrar los ojos, y además me narcotizan las confecciones artísticas del elemento cósmico que trascienden á moho y que por más que quieren idealizarse jamás logran emanciparse de su inseparable compañera la materia bruta.

¿Y cómo no ha de hacer dormir un arte en el cual el efecto de la primera de las pasiones se reduce á la transformación en animal de algún diosecillo que por entre las ramas de un árbol se atreve á contemplar en paños menores á la salida del baño á alguna castísima Diana?

¿Qué interés pueden inspirar unos héroes arrastrados por esa *fataliuad* que Lucrecio llama la *fuerza de las cosas*, si la suerte de lo que carece de libre albedrío produce la misma indiferencia que la piedra que al caer se hace pedazos?

¡No quiera el cielo, no, que vuelvan á renacer en los días que me puedan quedar de vida los pastorcitos del caramillo que, gozando de una salud de hierro, jamás se sentían impedidos por un ataque de reuma, por más que siempre se estaban revolcando á pares sobre la húmeda hierba, que vivían vejetando en lo que se entiende por *divina pereza*, que sólo sabían comer migas, amar en falso y dormir á pierna suelta, acostándose después para siempre en el seno de su madre la naturaleza, gozando antes de la muerte, en la muerte y después de la muerte, del perpetuo sueño de Brahama!

X

No creo que el arte contemporáneo tenga toda la rectitud de miras que debiera, pero en medio de sus tormentas, más ó menos artificiales y sistemáticas, tiene delicadeza hasta en la exageración de sus vicios.

La prueba más grande de la falta de todo sentido moral de los pueblos politeístas es su primero y más glorioso monumento literario. La base de la *Iliada* es la venganza tomada por una confederación de pueblos, á consecuencia del rapto de una mujer andariega. Si hoy se dejase robar una princesa, aunque fuese más hermosa que Venus, por un amante, aunque fuese más ilustre que Paris, ¿qué sucedería? Que el asco y el desprecio públicos, en vez de apelar á la venganza, como hicieron los griegos, repetirían la escena de aquel inglés casado, que, escribiéndole un hermano suyo: «Tu primo se ha llevado á tu mujer», le contestó el marido: «Pues buena plepa se lleva.»

XI

Todos los antiguos poetas clásicos, sin excluir á Horacio y á Virgilio, han escrito bajo la instintiva creencia de que la materia es eterna, que todas las ideas son corporales y que el pensamiento no es más que un movimiento particular del cerebro.

En estas estatuas formadas de arcilla viva, todo lo que

sucede debe suceder, y limitando sus afectos á los hijos de campo, que son los que por oficio están más en contacto con la naturaleza, presentan en sus poemas pastoras resignadas y pastores consentidos á quienes jamás se les ocurre la idea de echar á sus rivales de cabeza al río.

Los griegos, los romanos y sus fríos imitadores los clásicos modernos, no pudiendo tener ideas ontológicas que no conocían, ni pensamientos psicológicos que no habían aparecido en el mundo todavía para convertir sus nociones cosmológico-panteístas en imágenes artísticas, han hecho una mezcolanza zoológica de las ideas religiosas y de las pasiones humanas tan inverosímil y tan irracional que en ella los animales piensan como las personas y las personas obran como los animales.

Las pasiones de los mismos dioses del paganismo se reducen á cuadros naturalistas de bomberos y de mujeres perdidas.

Esta poesía campestre tan monótona, tan repetida y tan insubstancial, da cierta apariencia de verdad á la frase de Lucrecio, de que «ya la tierra, como vieja, ha dejado de parir.»

CAPÍTULO VII

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LA HISTORIA

I

Así como la música la componen los ruidos y los silencios, la historia la constituyen la presencia y la ausencia de las ideas. Éstas, como algunos fermentos, obran no sólo por *contacto* y por *presencia*, sino también por *ausencia*. Influyen por contacto y por presencia cuando, acumulada la electricidad en la región del rayo de las ideas, esos buzos inversos, que, en vez de buscar las perlas en el fondo de los mares, las buscan en el abismo de los cielos, hacen que se compenetre el mundo ideal en el mundo real, tomando carne lo impersonal en el cerebro y en el corazón de las grandes personalidades. Y las ideas obran por ausencia en esas épocas en que parece que pasan por más allá de las nubes, y los hechos entonces, sin el hada que los electrice, sin la vida del pensamiento, caen sin nombre y sin objeto con más pesadez y más inmovilidad que el plomo.

II

No hay, ni puede haber, más ley histórica que la *presencia* ó la *ausencia* de las ideas.

Con acontecimientos particulares no es posible hacer una ley universal.

Lo que no gobiernan lógicamente las ideas, lo gobiernan sin lógica los intereses.

Dar unidad á la historia, enlazando los hechos con hilos de oro, es rejuvenecer la boca de una vieja poniéndola dientes postizos.

La historia es como la fe de erratas de los descuidos que se cometieron al imprimir el libro del pasado.

Vico reduce la vida de los pueblos á tres edades, de crecimiento, virilidad y decrepitud, haciéndoles girar dentro de ellas perpetua y fatalmente.

En Bossuet preside Dios á todos los actos humanos, concretando su sistema en la fórmula de «el hombre se mueve y Dios le guía.» Nuevo fatalismo, no menos ineludible que el destino pagano, ni menos inquebrantable que el círculo de hierro de Vico.

Montesquieu busca la razón de los hechos históricos en la influencia del clima. Otra tiranía fisiológica.

Para Hegel, que copia á Platon, la razón es la que rige los destinos humanos. Pero su fórmula de que «todo lo racional es real,» en él es una expresión sin sentido, porque en el eterno *llegar á ser* de su idea *cósmica* no hay ninguna diferencia entre lo real y lo racional; son una cosa misma en diferentes tiempos. Otro fatalismo mayor que los anteriores.

Con respecto á teorías históricas, recientemente ha ocurrido una grande novedad con motivo de la recepción en la Academia de la Historia de mi sabio compañero el señor don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien ha sostenido, ante un

concurso de glosadores empedernidos de los hechos, «que no hay dos mundos distintos, uno el de la poesia y otro el de la historia, porque los dos son *lo mismo;*» «que la historia es grande, bella é interesante, no porque el historiador sea *imparcial*, sino al revés, por su *parcialidad* manifiesta... no porque sea la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un *puñal* y una *tea* vengadora;» «que Tácito es el más grande de los artífices *creadores* de hombres, después de Shakspeare;» lo cual no recomienda mucho la veracidad de los Tácitos. En resumen, que para el señor Menéndez Pelayo los elementos esenciales de la historia son la *parcialidad*, ó sea el espíritu de *facción,* y la *poesía*, es decir, la *ficción.*

¡Quién había de pensar que la musa de la historia es más subjetiva, más voluntariosa y más embaucadora que la de la poesía lírica! El señor Menéndez Pelayo, que ya no sólo es un *heterodoxo*, sino un *heresiarca* de la verdad, pues destierra de la historia la *moralidad de la referencia*, ha entrado en la Academia poniendo á sus compañeros de patitas en la calle. ¿Es posible que haya académicos que quieran continuar sus tareas con el criterio de un *escepticismo tan absoluto?*

Si el *espíritu de facción* y la *poesía* son el alma de la historia, ésta no se funda en la duda, sino en la negación de toda realidad. Los acontecimientos en este caso no obedecen á un orden lógico de ideas, sino á un remolino de imágenes.

Si el autor de la *Historia de los Heterodoxos Españoles,* de la cual hasta los conservadores hemos salido con nuestro correspondiente rasguño, no fuera tan admirado y tan querido por mí, en cambio del cardenal que en aquel libro me

hizo con un pellizco en el antebrazo, le diría ahora que, con su base histórica, la Academia se convertirá oficialmente en un taller de fabricar mentiras, y que, apoyados los incrédulos en su incredulidad, le objetarán que la relación mosaica tiene el mismo valor histórico que una oda de Herrera y el Evangelio la misma probabilidad que una bonita leyenda.

Pero ¿puede haber una ley de la historia? No. Ni la rueda de Vico, más vertiginosa que la de un molino, ni la Providencia, obrando á gusto de Bossuet en un rinconcito de la tierra, ni los canjilones de noria de la idea hegeliana, ni el gas poético con que el señor Menéndez y Pelayo infla los hechos, son sistemas ideológicos que puedan abarcar la universalidad de la vida y constituir lo que se llama *ciencia.*

Además, aunque se descubriese una ley histórica que abarcase los fenómenos psíquicos, no podría ser tan universal que comprendiese á un tiempo el espíritu y el cuerpo, aquél en lucha eterna con éste, y éste sometido á todas las leyes fisiológicas y físicas que rigen los destinos de la materia.

III

Pero se me preguntará, los acontecimientos en la vida ¿caen llovidos del cielo? No, á pesar de que los hechos no son nada y las ideas lo son todo, la falta de ideales generales deja obrar á los sentimientos y á las ideas particulares.

En la historia no puede haber constantemente ciencia, porque los hechos se desarrollan, no sólo al poder de las ideas, sino al calor de las pasiones, de los intereses y de las leyes generales de la materia.

¿Cuántos son, pues, los factores que, además de las ideas, entran en la composición de los problemas históricos? Las *pasiones*, los *intereses*, el *malestar* y el *histerismo femenino*.

Las *pasiones*, que, cuando no obedecen á un ideal, son los pecados capitales puestos en acción y que se disfrazan con los nombres de ambición, de sacrificio por la patria y de amor á la gloria.

El *malestar*, ó la lucha por la existencia, que por regla general ha sido y es el único móvil de las modernas teorías comunistas y de las antiguas invasiones y piraterías. Después que se han establecido los ejércitos permanentes, las invasiones en masa y por sorpresa son imposibles; y en las emigraciones actuales se vé á los herederos de los antiguos Escitas y Germanos que, en vez de asaltar la Europa con la espada de Atila ó de Alarico, la invaden con el blanco mandil de mozos de comedor y, si no se imponen como reyes bárbaros, se hacen estimar como hombres de bien y serviciales.

Por causa de ese *malestar* inherente á nuestra naturaleza, que sacrifica el reposo á la esperanza de buscar la felicidad, la opinión pública es arrastrada invenciblemente desde el despotismo á la monarquía representativa, de ésta á una república unitaria, de la república unitaria á la federación, de la federación á la anarquía, de ésta á la dictadura, para volver á comenzar por el absolutismo, y así incesantemente, hasta dar una sombra de razón á la quisicosa de la rueda de Vico, que, en momentos dados y en puntos reducidos, parece que efectivamente los acontecimientos políticos obedecen á una ley histórica fatal.

El *histerismo femenino*, exaltación nerviosa que, unida

á lo fascinador del sexo, suele convertir á muchas mujeres en unas verdaderas ninfas Egerias. Elena en Grecia, Lucrecia y Virginia en Roma, las mártires visionarias entre los primeros cristianos, la Cava en España, Juana de Arco en Francia, Madame Roland dando vida á la revolución y la Cabarrús decapitándola, son pruebas, entre otras innumerables, de la gran influencia histórica de estas santas milagreras, locas seráficas ó dementes siniestras.

IV

A causa de sus pasiones, ó intereses, los hombres prácticos, esa raza de tontos presumidos que llaman buen sentido, no á las intuiciones de la razón, sino al instinto animal, se pasan la vida admirando sus propias obras de albañilería gubernamental y hablan con desprecio de los filósofos, sin saber que hasta sus desaciertos son ideología, es decir, una mala ideología y que, excepto lo que depende de las ideas, todo lo demás puede depender de un aire colado.

Estos niños mimados de la fortuna, cuando no han ganado su posición en juicio público contradictorio, toman el ruido de los contemporáneos por los ecos de la inmortalidad, ignorando que la gloria siempre es gloriosa, mientras que la fama puede ser infame.

Siempre ha habido y habrá tres clases de gobiernos, de *uno*, de *algunos* y de *muchos*, y los tres generalmente fundados sobre la *teocracia*, la *fuerza militar* ó el poder *moral* de las leyes. Estas formas exteriores, que nada influyen en lo esencial del gobierno, son las tres maneras con que los

hombres de Estado, lacayos de honor de las ideas de los filósofos, sirven á sus amos, poniendo sus máximas en ejecución por regla general bastante infelizmente.

A la mayor parte de los grandes políticos el instinto les guía y el discurso les pierde.

Napoleón, el enemigo de los ideólogos, que, más que de gran capitán, presumía de hombre de Estado, después de todas sus ruidosas futilidades, en el descanso de Santa Elena, enfrente de la posteridad y de la nada de las grandezas humanas, todavía hablaba de sus grandes propósitos, que, después de bien examinados, resulta que no eran más que unos grandes despropósitos.

Si se pudiera saber los móviles personales y secretos á que ha obedecido la política, unas veces lógica y otras contradictoria, de los Antonio Pérez, Richelieu, Mazarino, Pombal, etc., etc., se vería que, en vez de obedecer á ideales fijos, se han dejado arrastrar por pasioncillas miserables.

Yo no negaré que algunos de estos grandes políticos, sólo con poseer el sexto sentido del oído de la opinión, han sido unas buenas amas de gobierno, pero la mayor parte han tenido unas cabezas sin lastre, que se han movido con la irregularidad de unos molinos de viento.

No quiero hacer una lista muy larga de estos políticos, por temor de que el lector, impaciente de ver la empachosa exhibición de tantos presumidos, les agarre de una oreja y les diga: «¡Ah, vanidosos! volved, volved á la nada, de donde nunca debierais haber salido.»

V

Al comenzar á recorrer de pasada los cuatro ó cinco períodos históricos más importantes, el griego pagano, el romano idólatra, el árabe monoteísta, el español ontólogo y el francés materialista, ruego á mis oyentes que se hagan cargo de que yo aquí no escribo la historia de los hechos, sino la *marcha de las ideas en la historia*

VI

El primer período de la filosofía griega fué esencialmente cosmológico. Sus escuelas no buscaban el primer principio más que en el *aire*, en el *fuego* y en el *agua*. En ellos la intuición ontológica fué nula, pues la unidad de Pitágoras no era más que una unidad estéril, y su doctrina de los números no era otra cosa más que una imagen imperfecta de las ideas que el talento exclusivamente artístico de los griegos ni entendía ni quería entender.

Si el *nosce te ipsum* de Sócrates, iniciación del antiguo antropologismo, no lo hubieran ahogado los griegos al principio en una infusión de cicuta, con más funesta previsión que la que tuvieron los católicos al fomentar el psicologismo cartesiano, tal vez hubiera acabado con la civilización helena con más prontitud y más radicalmente que los ejércitos romanos. Además, Sócrates, que se duda si sabía escribir, era más bien un carácter que una inteligencia. Y en cuanto á

Platon, que ya afirmó que lo universal era antes que lo particular y que la idea debe preceder necesariamente al objeto en que está realizada (como el plan del artista precede á la obra de su arte) y que admite las ideas como tipos inmutables de las cosas pasajeras, logró de aquel pueblo sensual que *su ideísmo filosófico* pasara por un *idealismo artístico.*

VII

No quiero machacar el tímpano de mis oyentes haciéndoles escuchar la relación de los hechos más ó menos brutales ó gloriosos de la historia griega, porque, aunque fuesen ciertos, desde el punto de vista de la ideología son lo mismo que si no hubieran sucedido, pues como no explican nada, á nadie pueden interesar. Los hechos que no son expresión de ideas son para un escritor lo mismo que si no existieran. Dice no sé qué autor que los principales motivos que promovieron las guerras entre Atenas y Esparta fueron pillajes, traiciones, latrocinios y atrocidades.

Jamás estos artistas inmortales, esclavos de la sensación, se han dejado arrebatar por una idea moral. Todas sus disensiones y batallas están motivadas por rivalidades mezquinas, parecidas á las palizas que se dan los campesinos en Asturias á los gritos de viva Pravia y muera Piloña.

Y tampoco debían ser las ideas la causa de las guerras de los griegos con los asiáticos, sino esa especie de *odio á bordo* que producen las rencillas de vecindad. Unos y otros tenían las mismas ideas en filosofía, y en cuanto al fondo de las religiones era el mismo, pues si los asiáticos profesaban

el panteísmo oriental, «de que Dios era todas las cosas», los griegos practicaban el panteísmo occidental, «de que todas las cosas son Dios.»

La gloria de estos pueblos casi nunca fué producida por estímulos intelectuales ni morales. El poema práctico de Alejandro el Grande, hombre más bien escita que heleno, realizado por él al frente de un puñado de macedonios, que eran considerados como bárbaros por los griegos, todavía no han podido explicar los somnámbulos de la historia el objeto con que se llevó á cabo. Probablemente sería igual ó parecido al que tuvo para arrasar á Tiro, donde dijo que iba á vengar agravios que los esclavos habían hecho á sus dueños más de dos siglos antes. Este glorioso matasiete ha sido después el tipo ideal de todos los que, como César, no han tenido en sus conquistas más objeto que satisfacer su ambición, que es la vanidad de ganar una partida en una jugada de ajedrez en grande, con reyes verdaderos y peones de carne y hueso, que, en último resultado, si se rompen la cabeza, ahí están las madres de familia que los podrán reponer.

VIII

Y ahora que he dado mi opinión sobre la Grecia pagana, paso á decir casi lo mismo de la Roma idólatra, dejando, por supuesto, en libertad á los anticuarios que, para comerciar con sus catálogos, repintan los trastos viejos que sacan del desván de la historia y continúan refiriendo las falsas grandezas legendarias de estos dos pueblos, y rogándoles que, así como yo respeto sus opiniones, me dejen á mí en paz con

la mía, pues siendo yo un ignorante se me debe perdonar que sea tan ciego que no pueda ver las cosas más que á la luz de las ideas.

IX

A la Roma antigua se la admira, pero no se la ama. Yo ni la admiro ni la amo. El romano es el hombre del hecho. Esta fiera humana no se crió jamás con pan del alma.

En los siglos que duró el imperio romano, ¿qué influencia pudo ejercer la filòsofía en su civilización? Ninguna. El eclecticismo de Cicerón, en el cual brillan algunos destellos de idealismo, no bastó para impedir que la dominación romana fuese una grandiosa barbarie. El pastucho ciceroniano, en el que ya se mezclan con el cosmologismo antiguo algunas ideas antropológicas de Sócrates y muchas de la ideología platónica, no influyó lo más mínimo para que en el derecho, en la religión, en el arte y en la política romanos se dejasen ver relucir siempre los colmillos de la loba que crió á Rómulo.

Como la ambición siempre es el pretexto para satisfacer alguno de los siete pecados capitales, la avaricia en Roma era el pretexto de la ambición, y los hombres sólo buscaban preturas y provincias para tener el derecho de saqueo. El Catón de virtud severa opinó, como condición republicana, que convenía no dar la libertad á Chipre para poder guardar á favor de Roma su dinero.

Tolomeo Auletes, padre de Cleopatra, bastardo de Sátiro, rey de Egipto, procurando que en la república romana le

reconociesen por rey, regaló una gran suma á Julio César, que entonces era cónsul y estaba muy empeñado, y dió otra cantidad á Pompeyo para hacer pasar la decisión en el Senado. Por veintiséis millones consiguió el título de *aliado* del pueblo romano.

Y ¿cuál era este honor, que á un solo individuo le salía más caro que todos los impuestos juntos que se han establecido después sobre los títulos nobiliarios?

Pues este era un fuero que concedían los romanos á los que lo pagaban bien, en virtud del título, que habían conquistado con la espada, de «protectores de los reyes». Y con esto, y con su maldita invención de las municipalidades *libres*, *aliadas* de Roma, perpetuaron en el mundo, acaso para siempre, el desgobierno. Este sistema federal de los romanos era el modo de esclavizar con independencia.

La ausencia de toda ideología de la sociedad romana hizo que fuese su Dios el dinero, su derecho la fuerza, su moral la dominación, su administración la rapiña, su política el gobierno de los patricios contra los plebeyos y el fin de todo la esclavitud dentro y la sumisión fuera.

Los antiguos romanos, como los actuales ingleses, en lo exterior no tenían más religión que la que les era útil, y en lo interior no hay diferencia, ni siquiera de forma, entre los idolillos de los negros de Angola y los dioses lares de los salteadores del antiguo mundo histórico.

En cuanto á sus virtudes, ya decía un escritor que no se encontraba un romano que tuviese corazón, pues todos eran unas máquinas ingeniosas de huesos y de carne.

Para hallar un hombre de bien en la historia romana, es menester leerla entera y el honor de Régulo y la modestia

de Cincinato tendrán algo de verdad, pero no sé por qué me parecen inverosímiles.

Y no es que el imperio haya relajado las costumbres de los republicanos á pesar de los espejismos pretéritos de Tácito, no. Los emperadores, sin excluir á Nerón, son caracteres más aceptables que algunos de los que pasan por los más puros republicanos. No quiero referir casos de costumbres públicas y privadas de austeros Catones y de castas matronas, porque los idiomas modernos ni siquiera tienen palabras para pintar aquellas costumbres pútridas.

En un invierno crudo, un naturalista amigo de comparaciones podría ver que se encontraba menos ferocidad en una manada de lobeznos que la que se empleó constantemente en todos los siglos que duró la dominación romana.

Se dice que Roma, la antigua capital del mundo, encerraba en su recinto 80 estátuas de oro ó doradas, 62 de marfil, 22 ecuestres y 3.785 de bronce, de emperadores y de caudillos militares.

¡No puedo concebir cómo en un día de justicia no se le habrá ocurrido al mundo ahorcar en efigie, en esas estatuas mismas, á los héroes que representaban tantas glorias vandálicas!

X

Los doscientos cincuenta años de dominación romana fueron seguidos de otros doscientos cincuenta de invasiones bárbaras, y poco después del día en que Genserico, desde las ruinas de Cartago, fué á Roma á llevar expresiones de

parte de los descendientes de Aníbal á los hijos degenerados del rencoroso Catón, en el siglo VI, según la tradición oral de los árabes, el angel Gabriel sobre la yegua Al-borak hizo un viaje al través de los siete cielos, hasta llegar al mismo trono de Dios, en cuya derecha halló escrito: «No hay más Dios que Dios.»

Y para que se vea la fuerza de expansión de los monoteísmos, los árabes, grabando este sencillo principio en su estandarte, en menos tiempo que los romanos, fundaron un imperio más grande que ellos, y después de trece siglos aun existe y existirá comodísimamente, haciendo, como los españoles, de la vida una colección de siestas, pues Mahoma, que sin duda creía que Eva es la única obra de Dios con aprobación del diablo, después de convertir á las mujeres en hembras y de encerrarlas en los establos de sus harenes, echó la llave á la caja de Pandora, haciendo desaparecer la causa principal de casi todas las inquietudes de la tierra.

El islamismo halló afortunadamente límite en las montañas de Asturias, porque en el Norte no se podía implantar una religión esencialmente climatológica. ¿Cómo una inglesa, deseosa de huir de la humedad y tomando el sol con las piernas cruzadas como un sastre, podría comprender el paraíso de Mahoma, en el cuál sólo se ofrece á los creyentes, no bebidas alcohólicas calientes y carne de cerdo, sino *sombra de árboles y agua fresca?*

XI

Después que la Iglesia católica con una persistencia y un conocimiento íntimo de la naturaleza del alma humana fué

convirtiendo en símbolos los principales fundamentos de la ideología cristiana, los Estados europeos se fueron organizando á la sombra y bajo la protección del Papado, y hasta en los tiempos medios se organizaron unas cruzadas contra el islamismo hechas con tanto conocimiento de la táctica militar y de la geografía, que muchos de sus caudillos creían, como el gran Calderón, que Jerusalén era un puerto de mar.

XII

Pero, andando el tiempo, como, lo mismo en religión que en filosofía, de todo sistema radical se forman sistemas laterales, izquierdas y derechas, plantas parásitas que, con formas externas diferentes, viven de la savia del tronco principal, los reformadores empezaron á minar el poder espiritual de los Papas, apoyados por la envidia de algunos príncipes que ansiaban incautarse por completo del poder temporal y religioso.

Los cándidos de los Sansimonianos han sido muy sensatos al sostener que «gracias á Descartes todos somos protestantes en filosofía, así como gracias á Lutero todos somos filósofos en religión».

Cuando la Reforma empezó á inaugurar esto que algunos llaman *progreso* y otros *espíritu moderno*, hasta los Papas perdieron la cabeza, al ver que Toledo se iba convirtiendo en la Roma efectiva de la cristiandad, y se aliaron con los protestantes para combatir á aquel rey á quien Santa Teresa llamaba «el santo rey don Felipe», á pesar de ser apellidado «el demonio del Mediodía» por los mismos que, más ade-

lante, habían de ser conocidos entre los indios por «los demonios *rubios*».

No hay ejemplo en la historia de una trinidad más gloriosa de reyes que aquella de Isabel la Católica, que se despojó de sus alhajas para que Colón pudiese descubrir nuevos mundos que hiciesen más numerosa la comunión de los fieles, del inmortal Carlos V, que, luchando con pueblos y con príncipes, se expuso á divorciarse de la buena fortuna, según él decía, *como mujer poco amiga de los viejos,* por defender la fe heredada de su ilustre abuela, y de Felipe II, que, teniendo un entendimiento más vasto que su reino universal, á pesar de sus lógicas intolerancias, fué más ideal y sufrió más por la señora de sus pensamientos que el más perfecto de los caballeros legendarios, batiéndose por ella por mar y por tierra, en España en Italia, en Francia, en Inglaterra, en África, en América y en la Oceanía.

El imperio español, la más desinteresada, la más noble, la más grande y la más ideal de las dominaciones de la tierra, tuvo entonces héroes como Gonzalo de Córdoba, Pizarro y Cortés, y aquel Vasco Núñez de Balboa que tomó posesión del mar Pacífico metiéndose en el agua hasta la cintura con un Cristo en la mano y en la otra la espada. Ante estas maravillas de abnegación y de osadía, Alejandro parece un buscarruidos, César un faccioso y Napoleón un revolucionario aprovechado.

Ved á los ingleses, con almas romanas y cuerpos de cartagineses, conquistando la India en nombre de una sociedad de comerciantes y echando con astucia la zancadilla á todas las islas estratégicas del globo para poder contrabandear, y notaréis la diferencia que hay entre estos valientes pagados

y aquellos héroes que dejan atrás en idealismo y desinterés á todos los tipos de la andante caballería.

Felipe II tal vez hubiera conseguido sofocar en muchos puntos la reforma si, en vez de quemar, como dicen algunos, los cuerpos de los herejes en las hogueras, los señores teólogos, siempre monótonos y fanáticos, le hubieran ayudado un poco con sus escritos quemándoles al mismo tiempo la sangre por medio del ridículo.

Dicen que todo lo vence el amor. Pero el ridículo lo vence todo, el amor inclusive.

Es común entre los historiadores empíricos echar la culpa á este rey excepcional de que él fué el primer causante de la ruína del inmenso imperio español. ¡Bah! Es cierto que aquel gran político no podía tener herederos que continuasen su obra sin que la naturaleza se hubiese excedido á sí misma, pero el imperio español no podía menos de derrumbarse desde que se establecieron los ejércitos permanentes y desde que no pudimos batirnos tantos á tantos, sino que las demás naciones se hicieron superiores á nosotros por el mayor número de soldados.

En cuestiones de fuerza bruta, la fuerza bruta es lo primero.

Confieso que no me es simpático un rey que, según se dice, *jamás se ha reído*, pero creo que ha sido para él un motivo de que la historia le haya calumniado el haber sido el representante de un catolicismo que, en aquella época, era más amigo de usar del terror que de la misericordia, haciendo de la vida humana una serie de sacrificios que sólo pueden soportar los que están formados de la madera de los mártires.

Por estas y otras muchas razones, conozco que algo habrá de justo en las implacables flagelaciones con que le castiga la historia. Pero es menester no olvidar que Felipe II representaba un gran principio moral, que era entonces la opinión del vulgo, y ya se sabe que cuando apasiona una creencia á las muchedumbres, éstas, ciegas de cólera, gritan en todas las épocas:

Si son romanos, «¡cristianos á las fieras!»
Si católicos, «¡herejes á la hoguera!»
Si protestantes, «¡teólogos á las llamas!»
Si revolucionarios, «¡nobles á la guillotina!»

XIII

La humanidad venía encarrilada entre dos corrientes de ideas, la panteística, cuyo principio, según los indios, empezó con la naturaleza y la teológica, que, según la tradición rabínica, tiene origen en el mismo Dios. Pero en los siglos XVI y XVII fué tomando cuerpo el Racionalismo, que fundó en el libre examen el principio y razón de todas las cosas humanas y divinas.

Hay unos reyes invisibles del pensamiento que tiranizan á los tiranos de hecho y es inútil pretender emanciparse de la tiranía de las ideas.

Los pueblos siempre serán lo que los filósofos quieran que sean.

El Luteranismo y el Cartesianismo rompieron los antiguos moldes del pensamiento, suprimiendo las leyes que en-

cauzaban las pasiones en el cuerpo y que reglamentaban la moral en el alma.

Hablando de la reforma religiosa, dice un escritor que no ha tenido más objeto que transformar en pretendientes de novios y de novias á los frailes y á las monjas.

Esta opinión responde sin duda á la tradición de que el Anticristo había de nacer de una monja y un fraile.

Y cuando una filosofía como la cartesiana introduce la duda, aunque no sea más que la duda metódica ó condicional, en los espíritus conturbados, ó es menester que aparezca un genio metafísico que fortifique las conciencias vacilantes, ó de lo contrario, á falta de ideas, los intereses y las pasiones lanzan al mundo por derroteros de perdición.

XIV

El siglo XVIII no tuvo una sola hipótesis filosófica, y nada prueba tanto la influencia de la metafísica por *ausencia* como cuando se vé caer en el mapa de la historia la gran mancha de aceite de la revolución francesa.

Todas las concupiscencias literarias de épocas anteriores y todas las incertidumbres de Descartes han sido representadas por Voltaire, que tenía tanta gracia como poco fondo, y que era un filósofo á lo Sancho Panza lleno de picardigüelas, ayudado además por Rousseau, el más elocuente de los escritores y el más incoherente y más ilógico de los filosofastros. Las ideas de barniz de Voltaire y las confusas teorías de Rousseau no encontraron impugnadores dignos de su chiste y de sus vehemencias y en pos de estos revoluciona-

narios en teoría vinieron necesariamente los transformadores prácticos.

Si alguno de esos frailes que con tanta abundancia de comidas suculentas mantenía la cristiandad, se hubiese dedicado á estudiar lo que se entiende por humanidades y hubiera aprendido á escribir con gracia,—pues según Voltaire, que en esto era maestro consumado, «la gracia en el decir vale más que lo que se dice,»—tal vez hubiera impedido la propagación del psicologismo religioso y filosófico, probando que Voltaire no era más que un ignorante agudo y Rousseau un filósofo sin profundidad y sin principios fijos y que, según sus confesiones, despreciaba al hombre en general, sin duda porque empezaba á despreciarse á sí mismo en particular.

Es tan incontrastable la fuerza de las ideas que si Chateaubriand hubiera nacido algunos años antes y no imitase la costumbre de todos los escritores católicos, que cuando hablan de filosofía se ponen por tradición muy serios, algo tristes y casi siempre enfadados, y despojando al humorismo, de que no carecía, de los honores de la funebridad, tal vez hubiera evitado la revolución francesa, haciendo levantar el bloqueo que contra la ciudad de su Dios pusieron Voltaire y Rousseau principalmente, con solo dirigir contra ellos las diatribas y los sarcasmos que desde el otro mundo lanzó contra el inofensivo Napoleón, y digo inofensivo, porque una espada, aunque sea tan larga y tan bien templada como la suya, cuando no está al servicio de una idea, siempre es un mal espadín.

XV

Los escritores que no ven la ausencia ó la presencia de las ideas en la historia suelen decir que no hubiera tenido principio la revolución sin la toma sainetesca de aquella prisión feudal llamada la Bastilla, la más ilustre fortaleza de la tiranía que han ocupado holgadamente ratones y cucarachas.

¡Inepcias sobre inepcias! Condensada la electricidad en las regiones donde se forjan los rayos, lo mismo que la toma de la Bastilla, hubiera bastado para iniciar el motín la indiscreción de un agente de la autoridad que hubiese arrojado un guisante á la nariz de cualquiera Lucrecia de los mercados. La revolución no hubiera empezado si el día en que se presentó al Parlamento el hombre más bueno de Francia, después de la frase de mal gusto de Mirabeau, de que «el silencio de los pueblos es la lección de los reyes,» como contestación á esta descortesía se hubiese oido el chirrido de las espuelas de Napoleón ó el chasquido del látigo de Luis XIV.

XVI

Cuando se lee esas historias apologéticas de la revolución, en las cuales se considera á ciertos desalmados, ya como filósofos sentimentales, ya como santos mártires capaces de concebir y sentir idealismos nostálgicos, de seguro que habrá lectores que, como yo, sólo por no faltar á la virtud de

la limpieza, no irán escupiendo en cada una de esas páginas de panzurdismo histórico.

Ante algunos tipos revolucionarios, Torquemada podría pasar, por su buena intención, como un cordero inmaculado.

Ciertos caudillos plebeyos son Nerones inversos.

Todos los revolucionarios estudian á la antigua para poder disparatar á la moderna.

Los principios de la república romana han llenado de aire muchas cabezas. Los romanos tomaron de los griegos sus frases y dicharachos, los franceses de los romanos, y los italianos, portugueses y españoles de ambos hemisferios, de los franceses.

Raya en lo bufo la exaltada vanidad con que estos sacamuelas con dolor hablan de su poder y de sus méritos á la admiración de la posteridad. Mirabeau, con una presunción de colegial, dice al morir á su criado: «Sostén esta cabeza, que es la más fuerte de Francia.» Danton, á quien el presidente del tribunal revolucionario le preguntó su nombre, contestó: «Mi nombre lo hallarás inscrito en el panteón de la historia.» ¡Habrá fatuo! Y su fatuidad es más inconcebible todavía cuando, al ir á ser decapitado, dice al verdugo: «Enseña mi cabeza al pueblo, pues vale la pena de ello.»

No me quiero ensañar contra estas puerilidades, porque parecen sublimes y hacen felices á muchos amigos míos.

XVII

Como la envidia de las democracias siempre tiene una ley de ostracismo para deshacerse de los hombres superiores

que las humillan, la revolución francesa inventó la guillotina, que es la misma antigua ley del ostracismo, aunque terriblemente simplificada.

XVIII

Pero ¿dónde están, me preguntarán mis oyentes, los grandes principios de la gran revolución francesa?

En las cabezas de los babiecas que no saben lo que son principios.

La idea de aquella clase de libertad, ya venía proclamada por Rousseau, cuando dijo que era menester «*forzar al hombre á ser libre.*» Y la de la igualdad la definió Saint-Just, diciendo que «*la opulencia es una infamia.*»

Entonces había una libertad negativa personal tan amplia que se decretaba la leva en masa bajo *pena de muerte*, para que la mayoría de la nación que acababa de ser *carne de guillotina* ascendiera más adelante á ser *carne de cañón* durante el imperio.

Allí había libertad de cultos, menos para los cristianos, y las madres estaban obligadas á mandar á sus hijas á las sociedades patrióticas, sin duda para que aprendiesen el oficio de vírgenes calceteras y oficiasen, mientras subía y bajaba la báscula de la guillotina, entonando, en vez de responsos, coros de blasfemias.

En todo el curso y en todos los órdenes de la historia de la revolución se ve á la metafísica influir por su ausencia.

En aquella época había la libertad comercial de que el Estado podía moralmente decretar la *bancarrota* y condenar

á muerte al agricultor que no llevase sus productos al mercado, donde existía la *tasa*, y al comerciante que cerrase la tienda, aunque en ella se arruinase.

La libertad del arte estaba representada por el barón de Faublas y por la tragedia puesta en escena á lo vivo en el pescuezo del inspirado Chenier.

La religión fué abolida como una idolatría y no se permitía más objeto de culto que el corazón de Marat metido en aguardiente.

Sería inapreciable un Tácito que nos retratase de cuerpo entero á ciertos Césares plebeyos, de esos que predicaban á la multitud que todo rey es un pillo coronado.

XIX

Mezclando un naturalismo repugnante con un psicologismo lúgubre, se estableció como gobierno la teoría del *contrato social,* que es la anulación del individuo real, para constituir la comunidad del Estado, una especie de monstruo impersonal y fantástico que resumía el derecho de robar con el nombre de *desamortización* al clero, á la beneficencia, á los guillotinados, á los municipios, á los emigrados, á los deportados, á todo el mundo, y de matar, *por ser culpables de haber vivido*, á los príncipes, á los nobles, á los sabios y á los ricos.

En cuanto á la mayoría de las grandes reformas científicas hechas por la revolución francesa, ó son de un efectismo melodramático y terrorífico, ó son tan extravagantes como la reforma del calendario, donde se llama *ventoso* y

pluvioso á meses en que, en la mayor parte del mundo, ni hace viento ni llueve.

XX

¡Cuántas delicias juntas!

Después de hacer del matrimonio un contrato que no obligaba á nadie, declaraban disuelta la sociedad conyugal por voluntad de cualquiera de los cónyuges, *después de un mes.* Al fin las leyes de los moros son más restrictivas, pues el que repudia á una mujer tiene la obligación de darla media peseta y una gallina. Pero hasta en esto eran ilógicos. ¿No hubiera sido una expresión más genuina de política naturalista declarar el matrimonio disuelto después de la *primer noche* de novios? ¿Qué importaría esto, declarada ya la igualdad de los hijos legítimos y los ilegítimos, sin duda para honrar la descendencia de Teresa y de Rousseau que se casaron, en un día de buen sol, al aire libre?

Mas ¿quién busca ideas en los cerebros de gentes que, al mismo tiempo que cerraban las escuelas donde se presumía que se podía enseñar la moral cristiana, se dignaban restaurar la existencia del Sér Supremo y la inmortalidad del alma? Y á todo esto el presumido de Robespierre tenía el valor de seguir tomando en boca la palabra *filosofía*, y en su neologismo revolucionario hablaba de humanidad al suprimir á los hombres. Pero abreviaré este resumen, porque estoy de prisa y porque repito que, aunque estas cosas han tenido apologizadores tan entusiastas como los que nacen aficionados

á ver *ahorcar*, á mí, si algunas veces me hacen reir, otras me hacen avergonzarme de ser hombre.

Por regla general, en lo que menos se ocupan los llamados tiranos es en tiranizar, y si los revolucionarios tuviesen paciencia, la fruta verde que han machacado en los árboles á fuerza de palos, la hubieran visto caer á sus piés madura.

Los pueblos progresan, no á causa de las revoluciones, sido á pesar de las revoluciones.

XXI

Como ya he indicado, después de convertir la Francia en un aprisco de reses y la Convención en un matadero público, se les ocurrió á aquellos pretensos sabios, dignos de ser mandados á aprender á hacer palotes á la escuela, subir á los primeros principios, en honor de los cuales habían inmolado tantas víctimas, y después de decretar la existencia de Dios, al que habían destituído por viejo chocho, mientras que la Razón cometía toda clase de irracionalidades, elevaron, por benemérita á la patria, su categoría, declarándola Diosa y casándola por fin con el Sér Supremo.

Este acoplamiento híbrido hecho á última hora entre lo psicológico y lo ontológico por sacerdotes completamente paganos prueba una confusión de ideas, una ignorancia tan crasa que lo constituye en un caso patológico digno de ser curado en un tonticomio.

XXII

Pero ¿no ha habido en la revolución francesa, se me dirá, ni un solo rasgo de idealismo trascendente que purificase esa atmósfera en la cual no se respiraba más que átomos de cólera, de odio, de envidia, de desprecio y de venganza? Sí, los hubo, pero sólo entre las víctimas.

Cuando llevaban á María Antonieta al cadalso rodeada de ese coro de gente ordinaria cuya arma ofensiva siempre es un vómito de injurias, dice Lamartine: «Sus ojos buscaban entre estos signos de su caída otro signo de salvación. Se acercaba á la casa que le indicaron en el calabozo y buscaba la ventana de la que debía descender la absolución del sacerdote disfrazado. Cerró los ojos, bajó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecía; impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola y respetaron su arrobamiento. Desde este instante brillaron en su rostro una alegría *interior* y un consuelo *secreto*.»

No hay nada comparable en los actos de la revolución á este rasgo de fe y de esperanza, cuya delicadeza moral es de una grandeza y de un alcance infinitos.

Compárese esa alegría interior y ese *consuelo secreto* con la *alegría exterior* que manifestaban la víspera de su muerte, en una saturnal pagana, aquellos girondinos, ó ateos ó deístas, que el que más creía en un Dios ocioso, parecido á los reyes holgazanes, y se verá que estos revolucionarios,

sin principios metafísicos seguros, con sus sentimientos generosos y sus ideas informes y crepusculares, son menos respetables que la última de nuestras lavanderas, que, al mismo tiempo que cae en la tumba, abrumada por el dolor y la miseria, siente la dicha de creer que su alma se va incorporando al cielo.

Siempre creeré que es más digno de nuestra naturaleza moral que al morir un rey se le diga: «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» que no que se les pueda decir á los verdugos de este rey: «He aquí en lo que han concluído todos vuestros ideales, en que vais á servir de abono para estercolar algún bancal de patatas.»

XXIII

Pero salgamos pronto á respirar el aire libre, corriendo hacia los campos en donde Napoleón ganó alguna de sus primeras batallas, dejando este muladar de hediondeces morales, en el cual después de vivir los hombres como lobos, uno á uno, y muchas veces en masa, fueron todos muriendo como perros.

XXIV

El gran imperio no fué más lógico que la revolución, y Napoleón, á quien se le llamó con justicia «Un Robespierre á caballo», sansculoteando al mundo para que los pueblos no consintiesen más reyes que él, era tan revolucionario fuera

como tiránico en lo interior. Tomando de los jacobinos el centralismo desenfrenado de la Convención, constituyó un imperio á la manera de Luis XIV y de Carlo Magno con su fausto y su nobleza feudal y aristocrática, haciéndose después pintar con corona de laurel y manto real de comediante como si fuese un rey de salvajes. Pero este fundador de una dinastía, que se lamentaba de no ser nieto de sí mismo, se empeñó en ser un mal ideólogo y lo consiguió. Por confusión de ideas, mientras aspiraba á formar de su gloria una especie de derecho divino, no pudo ocultar su origen de advenedizo, haciendo prevalecer en sus códigos y en la fundación de su imperio los principales errores de la revolución, como son el criterio del número, que es la soberanía de la ignorancia, y la igualdad, ó sea la nivelación social, dos puertas abiertas al campo de la futura barbarie.

La libertad iguala en el cielo, pero la igualdad nivela en el cieno.

El despotismo militar fué un respiro que tuvo la Francia después de la degradante opresión con que la devastó la Comisión de salud pública.

Suelen brotar más chispas de ideas de los cascos de los caballos de algunos Atilas que de los cerebros enfermizos de muchos tribunos. En la cuadra de un cuartel, en algunas ocasiones palpitan más sentimientos de honor, de valor y de virtud, que en muchas aulas de filosofía moral. La revolución francesa, con pretexto de establecer la libertad en aquel país, ha traído un régimen civil, en el cual los ciudadanos viven en la opresión de una red de perfidias tejida por curiales incrédulos y codiciosos, en la cual casi se echa de menos aquella libertad que daba el antiguo poder militar

absoluto, que sólo se ocupaba de restablecer el orden á palos, pero sin exigir derechos.

XXV

Si no se efectúa pronto una restauración teológica, ¿cuál será el porvenir de la simpática Francia, de esa Friné de los pueblos, á la cual se absuelve de todo por su gracia y su hermosura? Sucederá que la malaria demagógica europea continuará removiendo por defunción las capas sociales, y así como después del tercer estado ha surgido el cuarto y ya nos amenaza el quinto, bajando en la escala zoológica, desde lós hervíboros burgueses hasta los dañinos nihilistas, el mundo verá suceder de erupción en erupción, al 93 de los industriales el 93 de los operarios, después vendrá el 93 de los mendigos luego el 93 de los presidiarios y por último acabará por llegar el 93 de las culebras de cascabel.

CAPÍTULO VIII

DEL FIN DE LAS IDEAS

I

El mundo ideal es la atmósfera de luz del mundo real. La sabiduría y el ingenio son las cumbres que están alumbradas con más vivo resplandor, y la tontería y la ignorancia representan las faldas de los montes y los valles, que son menos resplandecientes cuanto se hallan más bajos.

Miremos á esa luz y, á una mirada de orientación, veremos que en la actualidad el mundo real lleva, como ya hemos dicho, un derrotero de perdición. ¿Por qué? Porque la parte más movible y más movida y, digámoslo con franqueza, porque la parte más inteligente de los hombres de acción ha planteado mal el problema filosófico.

Estas tres preguntas que, aunque formuladas modernamente, se vienen haciendo desde el principio del mundo con vaguedad, y de una manera tenaz y concreta desde la aparición de Descartes, resumen todos los extremos del problema metafísico:

1.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en mí* las cosas?

2.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en sí?*

3.° ¿Son y se aparecen *en mí* las cosas como son y se manifiestan *en sí?*

A ninguna de estas preguntas se puede contestar de una manera positiva y clara, porque las cosas de que se compone el mundo son amasijos de lodo y sombra, que cuanto más se estudian, más ceguera producen en el entendimiento y más repugnancia en el corazón. Pongamos en lugar de *cosas* la palabra *ideas;* traslademos la escena del tenebroso problema del mundo real al mundo ideal é instantáneamente lo negro se aclarará y lo horrible se transfigurará.

1.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en mí* las ideas?

2.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en sí?*

3.° ¿Son y se aparecen *en mí* las ideas como son y se manifiestan *en sí?*

Las ideas, hijas del cielo y faros de la tierra, son y se aparecen *en mí* comó son y se aparecen *en sí.*

Pero ¿y las cosas? ¿son y se aparecen *en mí* como son y se manifiestan *en sí?* De ningún modo; las cosas sólo son cognoscibles, sólo son objeto de ciencia, cuando en ellas se hacen carne las ideas. Lo científico, lo universal, lo infinito, no se traslucen jamás en las cosas; sólo aparecen con completa claridad en la naturaleza de las ideas. Los seres espirituales son el *diseño* de la forma de los seres reales, el *modelo* de su virtud, el *ejemplar* de sus acciones, el *tipo* de su belleza.

La verdad es la conformidad de la idea con su objeto, y los seres ideales, sirviendo de ejemplares á las cosas, hacen que los entes reales reciban su verdad de la conformidad que existe entre las cosas y las ideas.

Es forzoso que no nos cansemos de repetirlo; la metafísica es la cantera de donde se sacan todas las ideas, sentimientos y principios generales; dadme una idea filosófica y yo os diré la religión, la ciencia, el arte, la historia, la po-

lítica y hasta el modo de ser del que la profesa. En la cadena de las ideas no hay eslabones rotos. Sólo cuando se sigue fielmente el curso de esta cadena, es cuando se discurre con lógica y se halla la verdad pura, que es la moralidad del evangelio del ideísmo.

Todo conocimiento es ultrafísico y, como se dice vulgarmente, la experiencia no ve más allá de sus narices.

La razón lo ve todo de una vez. La experiencia todo lo ve tarde, mal y nunca.

En ideología, ó se sabe todo ó no se sabe nada. Lo que no es dogmatizar es tartamudear.

Cuando se escribe filosofía hay que ser sistemático, y dentro de un sistema se puede errar, pero no dudar.

II

Ya que hemos examinado el principio y la marcha de las ideas, concluyamos pronosticando su fin.

En cierto modo se efectúa en la historia de la humanidad un fenómeno que en física se llama *endosmosis* y que consiste en la doble corriente que se establece entre dos líquidos de diferente densidad, separados por un tabique membranoso.

Así, por efecto de las emigraciones y de las conquistas, se compenetran las savias y las ideas de diferentes densidades, y como en el orden físico la sangre se transfusiona entre nación y nación, en el orden moral los teísmos se espesan al contacto de la realidad y los politeísmos y la filosofías positivas se purifican con la influencia de los soplos divinos que bajan de lo alto.

III

En el orden físico ¿quién duda que el perspicaz Montesquieu tiene razón en todo lo que se refiere á la parte material de nuestra naturaleza, asegurando que el clima influye en la savia cósmica de minerales, plantas y animales? ¿Qué será de la expresión de Shakespeare, que llamaba á Inglaterra la *isla de los cisnes*, cuando el Oriente empiece á carbonizar la piel de los ingleses y tueste la carne fría y blanca de langosta de las inglesas, derramando el sol oftalmías sobre los ojos azules de ellos y ellas, con el objeto de obscurecerlos para que no se atrevan á mirarle cara á cara, sino detrás de un velo negro? Entonces desaparecerá poco á poco en los pueblos orientales esa preciosa casta de rubias, pues aquella atmósfera, convirtiendo en cobrizas sus mejillas de blanca porcelana fina, hará que las inglesas se vuelvan chatas y bronceadas como sin duda alguna lo habrá sido Cleopatra.

IV

Siguiendo la metáfora de la *endosmosis*, añadiré que así como en filosofía no hay sistema que no esté cruzado por las ideas de otros sistemas, no hay religión que, al menos en la forma, no se vaya haciendo un poco ecléctica. Los libre pensadores en Europa han concluído por hacer aceptar á los ontólogos más empedernidos grandes tolerancias en las realidades de la vida. La Iglesia no vaciló un momento en perder

la obediencia de millones de fieles por defender los *derechos* de una esposa legítima, y, más adélante, queriendo algunos que se excomulgase á Juan V de Portugal, por su afición particular á ver las caras que ocultaban los velos de las monjas, un papa contestó: «¿Expondré yo á todo un reino á caer en un cisma por causa de unas... (aquí una palabra gráfica). No por cierto. Él se cansará.» ¡Qué fisiólogo tan profundo! ¡Él se cansará!

En el Oriente el teísmo mahometano se está desidealizando al contacto del brahamanismo y de los salvajes idólatras que condenan á los octogenarios á retirarse á los bosques para que hagan vida de ascetas, y donde los hijos se comen á sus padres ancianos aderezándoles con sal y vinagre, sin duda para que estén más sabrosos.

V

Y subiendo á las excelsas cumbres donde sólo se vive respirando ideas, para seguir augurando su fin próximo, remoto ó imperecedero, diré que en religión lo que hay de eterno son las ideas. Los símbolos que las representan pueden ser tan variables como la sensibilidad que las exterioriza.

Hay tantas religiones como sistemas filosóficos.

La ideología cristiana con su Sér Supremo adornado de atributos infinitos y perfectos, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos según la perfección con que hayan imitado en su labor terrena la pauta inmortal de las cualidades divinas, pueden creerlo toda clase de incrédulos, es una con-

cepción que será perdurable por todos los siglos de los siglos.

En vano los ortodoxos con su celo indiscreto convertirán en esencial lo litúrgico, y los heterodoxos, protestando contra la autoridad, pretenderán hacer secundario lo principal. ¡Inútil empeño! Aunque unos y otros consigan adaptar en parte al medio ambiente en que vivan los símbolos que representen las bases de esta concepción suprema, la ideología cristiana vivirá mientras exista el mundo y, después que éste perezca, traspasará las fronteras de los mundos venideros.

VI

Pero, como además de las razas superiores la tierra alimentará siempre mortales de sangre empobrecida, la ideología panteísta de que todo emana de *una substancia única* perpetuará en el mundo también la idolatría con sus formas infinitas y sus infinitos nombres de *mitología*, *gentilismo*, *naturalismo*, *fetichismo*, etc., etc.

Es indudable que, mientras haya perezosos, cretinos é ignorantes y no se reformen las condiciones enervantes y palúdicas de este globo terráqueo, siempre será la aserción de un imbécil aquella sibilítica palabra que dicen que no sé quién oía en la antigüedad: «¡El dios Pan ha muerto!»

VII

Pasando desde el Panteísmo, que da más hastío que terror, al Psicologismo, que produce más espanto que tedio,

ya hemos dicho que éste ha dado fin en el *uno-todo,* ese gran animal sin conciencia que marcha ciegamente á su absoluta extinción y en cuya filosofía, si el sér humano no se sustrae, como debe, por medio del suicidio, á la tiranía de lo *inconsciente*, la mujer se puede entregar al amor de sus pasiones y el hombre á todas las voluptuosidades de los sentidos.

El Psicologismo, acabando en el Egoteísmo, ha concluído por establecer la religión que santifica el orgullo humano. Los ególatras, eternos rebeldes de toda autoridad, inclusa la inevitable de las ideas, que no se imponen por ninguna convención humana, sino por obligación divina, por necesidad absoluta, seguirán viviendo en sí y para sí, con esa independencia que dan en religión el ateísmo, en ética el placer, en política la anarquía y en arte la extravagancia; y mientras no abjuren de sus errores, vivirán oyendo aquella frase cáustica que ha inventado el infierno para perder las almas, y que, durante todo el curso de la vida, la suele estar escuchando hasta la misma ambición honrada: «¡Seréis como dioses!»

VIII

¿Y los Teísmos? Los Teísmos no morirán jamás.

La intuición ontológica es, además de una idea, un sentimiento esencial en nuestros corazones.

Yo ví una vez á una madre que castigaba á un hijo suyo porque, según me dijo, «siempre estaba *sacando ideas* de su cabeza.» El niño se conoce que era un mal filósofo precoz

que, embrollando, como Kant, lo ontológico con lo psicológico, quería hacer concordar los hechos reales con las ideas que él se *sacaba de su cabeza*, y, confundiendo los términos del problema, de sus ontologías psicologizadas no le resultaban más que diabluras.

La inocentada de querer juzgar con criterios experimentales las cuestiones de fe, las creencias, es decir, las ideas imantadas de sentimiento, me recuerda también el candor de otro niño á quien en el acto en que un sacerdote levantaba el cáliz, le dijo su madre: «Arrodíllate, que alzan á Dios.» El niño se arrodilló, miró al altar y replicó: «Mamá, no es Dios, es una copa.» La ingenuidad de estos hombrecitos pequeños sólo es comparable con la ignorancia de algunos niños grandes.

Algo de esto les pasa á los impugnadores de toda revelación. Pretenden un imposible, y es que se les explique psicológicamente principios de un orden puramente teológico, y, confundiendo ideas que tienen orígenes diferentes, se hacen incrédulos por ignorancia, y, como el niño de la anécdota, y como Kant, al llevar sus ideas á la realidad sólo cometen verdaderos estropicios.

¿Qué les importará á ciertos marmotas que los milagros sean más ó menos subjetivos y las revelaciones más ó menos científicas, si el dios ontológico, aunque no fuese de origen divino, sería siempre cierto por *intuición* humana?

Con la *razón*, órgano de las intuiciones, se explican las observaciones de los *sentidos* y las apreciaciones de la *conciencia*. Pero lo *visto* y lo *pensado* no pueden explicar nunca lo *presentido*, porque lo finito no alcanza á abarcar lo infinito, ni lo relativo lo absoluto.

La *razón* es el continente de la ciencia divina, la *sensación* el de las ciencias terrenas y la *conciencia* de la ciencia humana.

Hay una ciencia universal innata, que es la *intuición*. La *inspección* de los sentidos y la *introspección* de la conciencia sólo dan conocimientos más ó menos particulares.

Con la intuición de la idea de cantidad, aplicada á las ideas de tiempo, espacio y movimiento, se construyen las ciencias matemáticas, que pesan, miden y cuentan con verdad relativa todos los fenómenos experimentales. Pero con la verdad relativa de los fenómenos experimentales no se puede explicar las verdades universales de las matemáticas.

Los analíticos se empeñan en confundir las verdades de primera, segunda y tercera mano, explicando lo inductivo por lo deductivo, y éste por lo deducido.

¿Ignoran que cada una de las ideas tiene su esfera propia y que la intuición de los juicios *universales* es diferente de la sensación que elabora los principios *particulares* y del sentido íntimo que forma las verdades *generales*?

«Ya sabemos que para observar bien, dicen Kant y Claudio Bernard, son indispensables las *categorías*, es necesaria la *razón*.» Pues si todo esto es cierto, y si lo físico sólo se puede explicar por lo intelectual, y no lo intelectual por lo físico, ¿por qué pretenden que las Iglesias les den las pruebas *materiales* del origen de sus Dioses, ellos que no pueden saber si el hombre es descendiente del mono, por más que estudian esta cuestión con una actividad propia del orgullo de unos macacos del Brasil?

IX

Y á propósito de macacos: los desertores del orden moral, con sus sueños de ideologías negativas, construyen unos sistemas infranaturalistas tan hipotéticos y tan extravagantes sobre lo infinito pequeño, que podrían dar envidia, por sus ergotismos y sus perspicacias subterráneas, á los escolásticos de lo infinitamente grande.

Dice Oscar Schmidt: «La teoría de la *descendencia* es el único recurso reservado al hombre á quien no satisface la creencia en *milagros* ni la hipótesis de la *revelación*.»

¡La creencia en *milagros!*

¿Y qué fantasmagoría más *milagrosa* puede haber que la de animalizar los átomos de Leucipo y las mónadas de Leibniz, impregnándolas de un hedor á amoniaco insoportable, y que con los nombres de *célula*, *protoplasma*, *cristalización orgánica*, *monera primordial*, masas todas más ó menos albuminosas, sirven de punto de partida para la formación de todas las especies, lo mismo en el reino vegetal que en el animal?

¡La hipótesis de la *revelación!*

¿Y qué mayoral de casa de remonta habrá revelado á Darwin la ley de la *selección*, y á sus discípulos ultrarradicales Hæckel y Büchner el desarrollo de la teoría de la *evolución*, en la cual nunca la hibridación esteriliza las razas para que no pueda haber solución de continuidad en el entronque genealógico del *mono sabio* humano con la ilustre familia del mono *ignorante* animal?

A este descubrimiento llaman Hæckel y sus cofrades el período de *alta cultura intelectual.*

¡Qué vergüenza! Y en nombre de estos principios hipotéticos de una metafísica bestial inversa, ¿se habla contra los *milagros*, la *revelación*, las creencias religiosas y morales de la humanidad, la libertad del hombre, la personalidad divina, la vida futura y la inmortalidad del alma?

Esto ya no es querer elevarnos á la seriedad del mono antropoide, sino rebajarnos, á pesar de su cola, hasta la ridiculez del imperceptible mico *tití.*

X

Además de repugnar todo lo suprasensible de los teísmos, los dengosos racionalistas y los francos materialistas, renegados de su propia casta, claman contra los símbolos de todas las Iglesias, como una idolatría indigna, cuando ellos mismos, haciendo que lo físico represente lo moral, cometen una metonimia diaria, regalando, como Robespierre, á las personas de su particular predilección, algún ramito de flores.

Es inútil que pretendamos separar del todo de los troncos ideales de los sistemas transcendentales esa planta parásita que unos llaman *alegorías*, otros *representaciones*, varios *aprensiones*, muchos *supersticiones,* y todos *idolatrías.*

Entre los teístas esparcidos por el mundo, hay 400 millones de católicos, protestantes y judíos, y 180 millones de mahometanos.

De los panteístas, á los 740 millones de budhistas y

brahamanistas, hay que añadir 116 millones que se llaman infieles porque son idólatras.

Pero esta lepra de la idolatría es el mal que padecen especialmente los panteístas y psicólogos. Si le preguntaseis á un brahama que por qué, dirigiendo su mirada al Mediodía en honor de los difuntos, repite los asperges sobre tres pasteles de arroz, de azafrán y de manteca clarificada, ofreciéndoselos solemnemente á *aquel que existe por sí mismo*, sin perjuicio de comérselos él después con mucho gusto suyo en compañía de sus parientes, os respondería, como buen panteísta, que los ídolos y símbolos no son más que manifestaciones del *Dios único*.

La idolatría es la poesia práctica de los pueblos. Las ideas, confusas para los hombres rudos, las realizan éstos con completa claridad convirtiéndolas en imágenes.

¡Representaciones, aprensiones, idolatrías, supersticiones! La debilidad común que encierran en su fondo estas cuatro palabras es el efecto de una triste idiosincrasia de nuestra flaca naturaleza, y hasta el católico Dante, al dirigirse á Dios, se equivoca y, transformando á nuestro Señor en Júpiter, dice:

«¡O sommo Giove, che fosti crocifisso per noi!» ¡Oh gran Júpiter, que fuiste crucificado por nosotros!

Por más que pese á esas creencias sublimes y delicadas que forman el orgullo y la admiración de la inteligencia humana, el cerebro del hombre siempre tendrá algún lóbulo pagano.

Se ama á Dios, pero se cree más cerca de nosotros á los dioses.

Mis amigos los señores Pidal, Castelar y Sánchez Mo-

guel conocen á una labradora muy devota de la Virgen del Pilar, que un día, delante de alguno de ellos, me sostenía que *el sol es la cara de Dios*. Perdonemos á la gentil aldeana tan poética ficción, porque en último resultado, ¿quién no es un poquito idólatra?

Y, después de bien pensado, un *saltatumbas* católico, un *derviche* musulmán, un *fakir* de la India, un arreglador de *gris-gris* negros de África, un *cuáquero-temblador* de la América, me parecen menos repugnantes que la idolatría egoteísta de un racionalista que cree que su opinión es la razón de las cosas y su exigua personalidad el centro del universo.

¡La idolatría de los símbolos! No hay ateo que, de vuelta de sus excursiones materialistas, no sienta correr por sus venas el frío del remordimiento al oir la campana de su aldea.

El matutero que ofrece una misa para que le salga bien un contrabando, no es más despreciable que Alejandro y César con sus pueriles supersticiones.

El ilustre demócrata don Nicolás María Rivero, presidente de un Congreso español, no consintió que la Constitución de 1869 se firmase por los diputados, no recuerdo si en un *martes* ó en un *viernes*.

A algunos de los racionalistas que llaman á estas aprensiones resabios de *superstición*, les he visto resistirse á hacer el número *trece* en muchos convites y alejarse pálidos de los festines cuando algún comensal inquieto había cometido la torpeza de volcar un *salero*.

Para Melanchthon, el más honrado de los primeros reformadores, el nacimiento de un becerro con dos cabezas fué

un pronóstico infalible de la ruina de Roma y del triunfo de la reforma.

Yo mismo, que paso por despreocupado, no daría por nada del mundo un objeto que cierta persona, en tiempo del cólera, me mandó, después de hacerlo tocar en el cuerpo auténtico de un San Roque que, si no me es infiel la memoria, tiene un perro que parece un gato. No diré que creo, pero quiero creer que el objeto ha sido para mí un preservativo eficaz, y siempre que lo veo se despiertan en mí tan tiernas idolatrías que vuelvo mi corazón hacia el pasado con los ojos arrasados en lágrimas.

Carlos V, supersticioso ó crédulo, que es lo mismo, tenía, entre sus muchos talismanes, piedras engarzadas en oro para contener la sangre, dos brazaletes y dos sortijas para evitar las hemorroides, una piedra azul para preservarse de la gota, nueve sortijas de Inglaterra para evitar los calambres; y este imperial supersticioso tenía al mismo tiempo tan gran idea del Dios grande que un dia en que, expuesto á morir de hambre en una playa africana por no poder reembarcarse, se paseaba entre varios caballeros españoles, dirigía estas palabras religiosas al Todopoderoso, dueño de los elementos que dispersaban sus cuatrocientas naves: «*¡Fiat voluntas tua!* ¡Hágase tu voluntad!»

XI

Hay muy buenos católicos que prefieren el templo á la doctrina, y más que del templo se enamoran de los trastos que lo llenan.

Pero todo esto ¿qué importa?

La Iglesia podrá modificar en parte sus símbolos y sus liturgias, pero siempre salvará la esencia del cristianismo proclamando eternamente al Dios personal y la inmortalidad del alma.

Nunca he podido contener una risa de desprecio al leer el error de aquel escritor que asegura que «el catolicismo es un lobo viejo que no muerde, porque ya no puede». Este viejo, á quien yo quiero y admiro tanto porque me dice hoy las mismas cosas que me decía mi abuela, será eterno.

Así como se ha dicho que el Brahamanismo no habla más que el sánskrito, el Budhismo el chino, el Mahometismo el árabe, el Luteranismo el alemán, el Anglicanismo el inglés, y cada idólatra su jerga particular, el Catolicismo es la religión universal que habla todos los idiomas y que en todos predica el monoteísmo y la redención por un mediador; y después de hacer hermanas la inocencia y el arrepentimiento, la Iglesia, en vez de ser menos fuerte, hecha ya impalpable por la pérdida de su poder temporal, será completamente invencible y podrá repetir á sus apóstoles las palabras que el gran San Ignacio les dijo al morir á sus discípulos: «¡Os lego el mundo!»

XII

Resumen de este resumen:

No hay más fuentes de ideas que la noción de *ser*, partiendo de *Dios*, de la *Naturaleza* ó del *hombre*. Estas tres

notas intelectuales son la gama del pensamiento humano, las ideas universales que abarcan lo pasado, lo presente y lo futuro. El hombre, obrando fuera de los límites generales de estas tres corrientes de ideas, es un loco que hay que atar porque apedrea.

Nosotros, fieles á nuestro sistema, hemos seguido en este resumen por el camino de la historia del mundo el curso de estos tres ríos que fecundan las inteligencias de los hombres superiores.

En todos los países, en ciertos períodos de su historia, hay sequía de ideas, como hay en sus campos esterilidad por falta de lluvias. Pero que no haya consternaciones ni desalientos por las anemias nacionales más ó menos continuas ní por los extravíos momentáneos de la razón. Fijemos bien las ideas, y haciendo buena metafísica, á la larga el mundo marchará por la buena senda.

Repito que, tarde ó temprano, los pueblos siempre serán lo que los filósofos quieran que sean.

Y en conclusión: después de hacer derivar la idea de *sér* de *Dios,* de la *Naturaleza* ó del *hombre*, á la manera de Sócrates que decía que la verdad es como un hilo, que saliendo por un extremo de las tinieblas, vuelve á perderse en ellas el otro extremo, dejemos nosotros los tres cabos de ideas de la noción de sér colgados de lo infinito.

Estas tres fajas de luz siempre serán las vía-lácteas que rodearán los cielos de todos los universos y de todas las creaciones imaginables. Esta matemática de las ideas es la única ciencia con que Dios pesa, cuenta y mide la moral y la física de todos los seres posibles.

Dios seguirá creando, pero, aunque ignoremos el cuándo

y el porqué, con la posesión de la ideología de Cristo siempre se sabrá el cómo y el para qué.

Armados con la espada de luz del *ideísmo*, continuaremos esa lucha eterna con la naturaleza externa y el orgullo interior, sosteniendo que sólo hay verdadero progreso cuando el mundo marcha hacia algún ideal. Y ¿puede llamarse progreso estó que buscan los psicólogos y los físicos modernos, aliviando tal vez con sus descubrimientos de algunas fatigas al cuerpo á costa de dejar el alma abandonada en un desierto de Sahara moral? ¿Puede reducirse la noción del progreso á una cómoda barbarie de la civilización moderna?

¡No, no! En el mar revuelto de la vida, los pueblos son buques á los cuales, para salvarlos de todo naufragio, una providencia invisible les tiene echado desde arriba un cable de teologismo.

Por eso nuestro siglo, conservando latente la esperanza de una vida transcendente, progresará y será grande á pesar del psicologismo y del naturalismo, que van traduciendo sus siniestras teorías en revoluciones trágicas.

Vendrán como siempre eclipses de horas de las buenas ideas, pero, como el Verbo que las ha encarnado, resucitarán al tercer día; y confiemos en que jamás se perderá la causa de Dios: éste es para la sociedad lo que el alma para el cuerpo; y como es inútil querer cerrar el paso á la justicia del cielo, tengo la confianza de que, el día menos pensado, el soplo del aliento de algún metafísico aventará las cenizas de muerte del psicologismo, que cubren el fuego sagrado de lo absoluto ontológico, y fumigará el mundo moral lanzando á la atmósfera, en forma de incienso, las palabras de «sé bueno y te sentarás á la diestra de Dios padre».

XIII

Señores de la sección de literatura y artes del Ateneo de Madrid, unos, idealistas por razón y sentimiento, como los señores Ortiz de Pinedo, P. Sánchez, Pintado, Martos Jiménez, Solsona, Carracido, Soldevilla y Benito; y otros, espiritualistas también por grandeza de inteligencia y nobleza de corazón, aunque con algunas intermitencias y un poco á regañadientes por fidelidad á una bandera política, como los señores González Serrano, Burell, Acevedo y Zahonero; al separarme de vuestra compañía, acaso para siempre, os juro que la memoria de vuestras corteses controversias será uno de los lenitivos de los dolores de los últimos dias de mi vida; y la muerte, que espero pronto, sería para mí la mayor de las alegrías si, al dirigir mi postrer plegaria al *Padre Nuestro*, á quien todos los días rezan vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hijas y vuestras hermanas, le pudiera yo ofrecer, en nombre vuestro, que contribuiréis á restaurar el reinado de las ideas ontológicas, oriundas del cielo, dando fin á esta verdadera *Danza Macabra* moderna, en la cual se baila con pies de huesos todavía con médula, pero ya con caras de risa de calaveras, al són del antiguo tema, reproducido por los pesimistas modernos, que dice: «¡Nada hay peor que la vida! ¡Nada hay mejor que la muerte!»

FIN DE *EL IDEÍSMO*

ÍNDICE

DE

EL IDEÍSMO

CAPÍTULO I

DEL PRINCIPIO DE LAS IDEAS

CAPÍTULO II

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ONTOLÓGICO

CAPÍTULO III

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN COSMOLÓGICO

CAPÍTULO IV

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ANTROPOLÓGICO

CAPÍTULO V

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LAS CIENCIAS

CAPÍTULO VI

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN EL ARTE

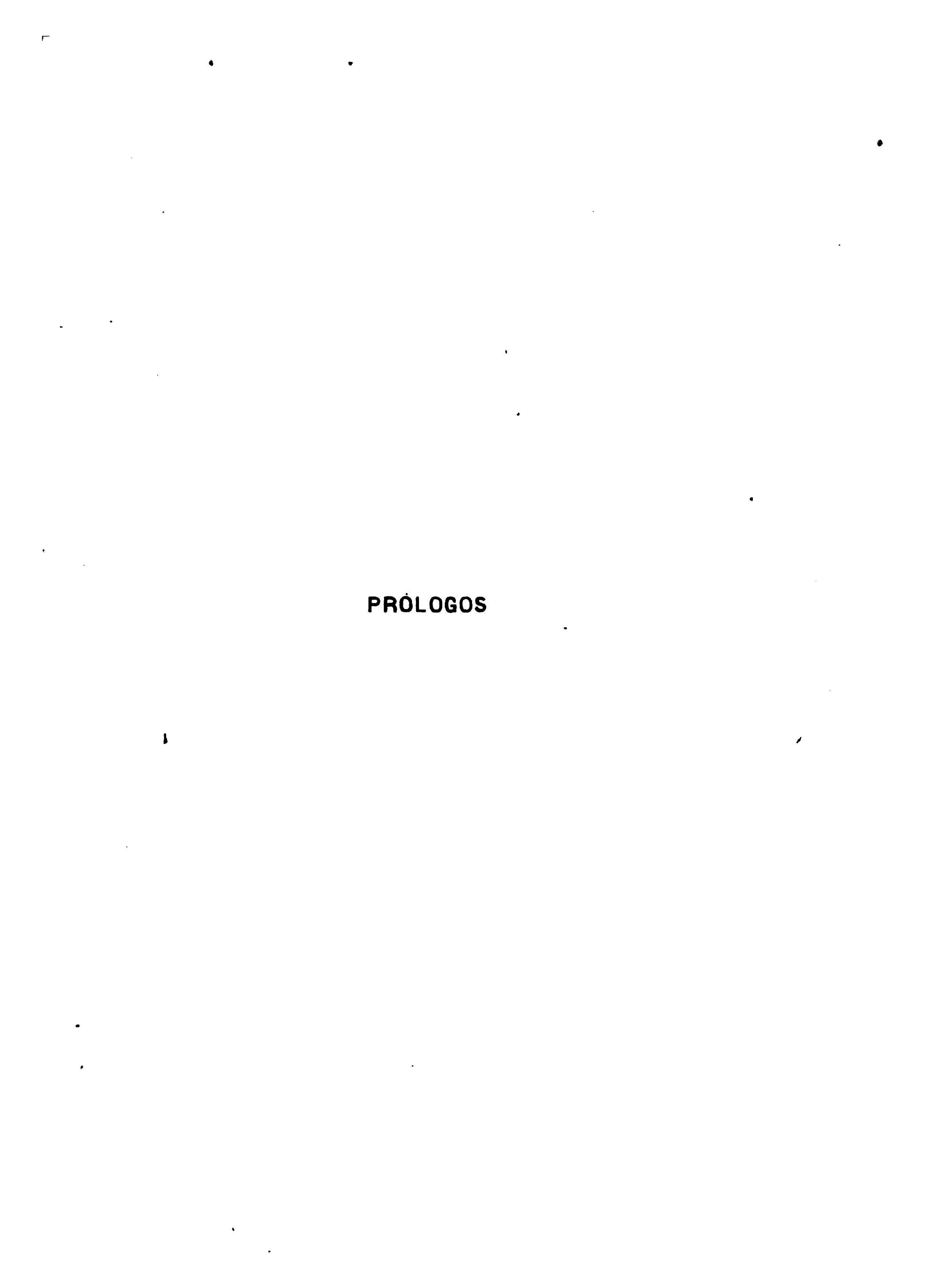
CAPÍTULO VII

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LA HISTORIA

Págs.

CAPÍTULO VIII

DEL FIN DE LAS IDEAS



PRÓLOGOS

PRÓLOGO

Á LA MUJER

APUNTES PARA UN LIBRO

POR D. SEVERO CATALINA

Este libro, ¿es una apología de la mujer ó un libelo contra el sexo femenino?

Las infelices mujeres, seducidas por la magia de estilo de este escritor, como Eva por la serpiente, leen este libro con una credulidad inmensa que hace mucho más honor á su corazón que á su cabeza. Lo que prueba que las mujeres siempre se siguen perdiendo, no diremos, como ellas mismas, por ser demasiado *tontas*, sino por ser demasiado *buenas*.

No leáis este libro, pobres hijas de Eva, si no queréis ser engañadas por la magia de su estilo como la buena de vuestra madre por la astucia de la serpiente; venid conmigo, y en compañía del autor, hábil piloto, que sabe bordear tan perfectamente las simas y bajíos del oceano del amor, daremos la vuelta juntos alrededor del mundo moral de las mujeres. Porque no sé si habrá llegado á vuestra noticia que, desde que Dios vino al mundo, las mujeres tienen también su mundo moral como nosotros.

Yo no sé si vosotras opinaréis de otro modo, pero á mi parecer, el autor de este libro es un amigo pérfido, que con-

tándonos la belleza de vuestros defectos, nos cuenta vuestros defectos bellos. Este anatómico implacable ocupa en vuestra disección todos sus cinco sentidos, y lo hace con tanta intensidad que parece como que siente no tener más sentidos para disecaros más. Así es que con la *vista* mide vuestra extensión con la exactitud de un agrimensor y, en honor de la verdad, forzoso es confesar que, por regla general, se conoce que os encuentra, ó por lo menos os retrata, bastante bien proporcionadas; con el *tacto*, diríamos que examina los grados de vuestra morbidez con una detención deliciosa; con el *oído*, estudia las inflexiones de vuestra voz, con el mismo deliquio que si fuese un músico viejo y verde; con el *olfato*, no diré que os huele, pero sí que ventea la esencia de las flores de vuestros tocados desde una distancia tan grande, que cualquiera juzgaría que su pensamiento está adornado de membrana pituitaria; con el *gusto*, en fin, no os aseguraré yo que os pruebe como un cocinero, pero frecuentemente cuando os describe dice el lector extasiado: «Esta debe saber á almíbar.»

Por estas y otras razones que me callo, yo soy de opinión que este libro delicioso es un libro digno de ser quemado. Venid, pues, todas las mujeres, en cuyas aras he rendido un culto más ó menos apasionado; venid, y haremos en honor vuestro un *auto de fe* con este libro, que yo juzgo un *heresiarca* del culto del amor. ¡Bien venidas, mis queridas A. B. C. D.! ¡Cuánto tiempo hace que no os había visto! Yo os llamaba creyendo que estabais todavía lindas como hace veinte años. Pe.o ¡ay! francamente, ¡á algunas os encuentro tan flacas! ¡á otras tan gordas! que yo creí que con vosotras hubiera formado una colección de Willis, y... ¡perdonad! pero me parecéis el coro de las brujas de *Macbeth*. Pero

aguardad, no os vayáis, para suprimir el tiempo, ese eterno enemigo de vuestra belleza, evocaré también las sombra de E. F. G. H., ¡esas pobres amadas que ya han muerto y que, como ya han muerto, siempre son en mi pensamiento las eternas hijas de las rosas y nietas de los jazmines! ¡Bien venidas seáis, lo mismo las viejas que habéis sido jóvenes, que las jóvenes á quienes la muerte no ha permitido que llegaseis á viejas!

Formad corro en torno mío, pues en holocausto al amor que os he profesado, ó que al menos he creído profesaros, voy á pegar fuego en esta hoguera al LIBRO DE LA MUJER, de don Severo Catalina, un catedrático de hebreo, tan precoz conocedor, crítica y filosóficamente, de todas las que sois hebreas y de las que no lo sois, que habiendo llegado apenas á los veintiséis años, en el primer libro que ha escrito, ya no sólo os pinta como sois, sino como suele decirse que sois. ¡Qué horror!...

¡Al fuego! ¡al fuego! Si esto escribe de vosotras á los veintiséis años, ¿qué no será capaz de escribir á los cincuenta?...

Empecemos nuestro viaje ó, lo que es lo mismo, comencemos nuestro calvario.

Después de decirnos en la INTRODUCCIÓN, como de paso, que la mujer no es nada, pasa en el capítulo de LA EDUCACIÓN á decirnos que puede serlo todo. «Tiene mucha razón un gran poeta filósofo de nuestros días (¡gracias, señor Catalina!), cuando dice que la educación es una verdadera transfiguración, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple, el organismo de la naturaleza.» Gracias, vuelvo á repetir, pero yo, que no quiero dejarme corromper

por vuestras lisonjas, debo decir, en defensa de las pobres mujeres, que concediéndolo todo á la educación, os exponéis á colocarlas en la misma condición en que están las monas que adiestran los piamonteses. Y además decía: «Que la niña aprende á disimular y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.» ¡Qué horribles verdades! ¿Pero es para eso para lo que preconizáis la educación? Y añadís: «Que la mujer es un sér indefinible, por que es un sér ineducado.» ¡Ah! ¡traidor! ¡Es un sér *ineducado*, ó lo creéis más bien un sér *ineducable*?

¡Al fuego, Leonor, al fuego! No vaciles en quemar un libro en que se llama grande á Shakespeare, á un autor inglés que dice: «Que la mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.» Lo que el libro del señor Catalina debiera decirnos para no ser quemable, es «cuando lo guisa el diablo,» pero no nos lo dice, sin duda porque cree, como el inglés, que no deja de guisarlo *nunca*, y así es que añade, de conformidad con otro autor: «Que el orgullo nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.» Quema, Leonor, quema sin piedad; porque eso sin duda lo dice por tí, ¿te acuerdas?...

Si no estuviera tan de prisa como ya he indicado al principio, me detendría un poco en el párrafo de la constancia. Pero ¿quién se detiene ni siquiera un poco con semejante bicoca? ¡La constancia! ¡la constancia! Nuestro autor, con una práctica digna de un consumado matemático, acepta la reducción de la constancia á un cálculo numérico, que daría envidia al economista Malthus: «La mujer que os ama, y de la cual os alejáis, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separación; si le escribís, comenzará pronto á

contarlo por días; un poco más tarde lo contará por semanas; luego por años, luego... no lo contará: terminará la cuenta por el *cero* del olvido.» ¿Es decir, que para asegurarse bien de la fidelidad de una mujer, es menester tenerla como una plaza enemiga, ocupada siempre militarmente? «A los tres meses de ausencia prescribe la fe jurada.» ¡Demasiado lo sabía yo! Esto es, ¡demasiado lo sabemos todos!

¡Leña al fuego, Mercedes, leña al fuego! Pues en el capítulo de EL AMOR, esa otra bicoca sublime, oid lo que el señor Catalina dice, si es que tenéis valor para escucharlo:

«Es fijo (y tan fijo), las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor se parecen á los niños, que, cuando andan solos y de noche, *cantan de miedo.*» ¡Á cuántas he oído yo cantar de miedo! Yo creo que no he dejado de oir cantar á ninguna. ¡Hasta recuerdo que yo también he cantado algunas veces un poquito!...

«Conviene, añade, que las mujeres amen mucho, pero honestamente, y escriban poco, pero de tarde en tarde.» Más claro, conviene que no améis ni escribáis. Nos conviene que seáis unas máquinas que por medio de una virtud magnética no os mováis más que á impulso de nuestro libre albedrío. Nos conviene. según las palabras citadas, que seáis unas pobres ánforas vacías de ese celeste licor llamado el espíritu.

¡Leña al fuego, Isabel, ¡ay! leña al fuego! Pues hablando de EL MATRIMONIO, de esa única ocupación de vuestra vida, copia de otro autor, con una sonrisa que da ganas de llorar:

«El matrimonio es de todas las cosas serias la más divertida.» ¡Ah bribón de autor! Como alguna de ellas te coja

en sus redes, ya te hará pagar cara la diversión. ¿No es verdad, Isabelita? Yo no quisiera calumniar los pensamientos del señor Catalina; pero, después de leído el capítulo de EL MATRIMONIO, se me ha ocurrido, no sé por qué, este problema histórico: «Si Tarquino hubiera sido un caballero particular, de esos que las mujeres llaman una buena figura, y en cuya discreción confían absolutamente, ¿hubiera Lucrecia sido tan fiel?...»

¡Soplad, soplad todas á esa hoguera! Pues ese libro es la historia de vuestros extravíos y de vuestras ridiculeces. Su autor os persigue á todas partes para hacer vuestra autopsia con una galantería muy pérfida y con un escalpelo muy fino. Desde el capítulo titulado LOS EXTRAVÍOS, donde si no lo adopta, tiene el valor de copiar el axioma de que «la *debilidad* (no es ésta la palabra) es un mal necesario,» pasa al de LOS ESPECTÁCULOS, donde á la luz de mil bujías se constituye en el Fígaro de los dramas interesantes «no anunciados en el cartel;» y después de revelarnos lo que decía una noche cierta dama, «voy á *desnudarme* para ir á un baile,» concluye dándonos, á nombre de otro, la agradable noticia de que el bastonero de los bailes es... ¿quién dirán ustedes? ¡Satanás!

Es ya manía vulgar de todos los escritores la de sacar á bailar al diablo cuando se habla de las mujeres. Yo no me acuerdo del diablo, pero después de leer los párrafos relativos al baile y los espectáculos, me hago, sin querer, la siguiente reflexión: «¿Por qué el mal (no digo el diablo) tomará tan frecuentemente la forma de mujer?...»

¡Quemad todas, seguid quemando! Porque después de echaros en cara en el capítulo de LA MODA, con un sarcasmo

que os hará extremecer las carnes, «que la virtud es la única moda que nunca ha de envejecer,» penetra en las *tertulias*, ese *bolsín del amcr*, donde el que no gana el amor por *sus puños* cotiza las pasiones en aquel establecimiento medio á obscuras, á cambio, no de moneda, sino de papel mojado. Este capítulo, lleno de color local subido, propio sólo de un país donde ha prevalecido en varias clases sociales cierta influencia monacal, tiene un no sé qué de positivo, de material, de casi pútrido, que, aunque admira el cuadro por la exactitud del dibujo, causa náuseas por la verdad del asunto. Y en el fondo también hay alguna exageración, pues así como no hay ninguna mujer que sea platónica toda su vida, no hay ninguna tampoco que deje de entregarse al platonismo á ratos perdidos.

Y luego... ¡quemad! ¡seguid quemando! Porque voy á hacer volar la mina. Y luego... no vuelve á hablar de Satanás, no; habla de otra cosa peor, ¡habla de vuestra *edad!*

¡Vuestra edad! Misterio más insondable que vuestro mismo corazón. «Apenas, dice, existen mujeres de *cuarenta* ni de *cincuenta* años.» Es cierto: la que más dice que tiene treinta.

¡Fuego! ¡Fuego! Pues de ese infernal capítulo de La Edad se puede decir lo siguiente: Preguntad á una mujer los años que tiene, añadid la pequeñez de mil años á los que ella os confiese, y esa es su edad infaliblemente.

Dejemos la cuestión de vuestra edad, esa cuadratura del círculo de vuestra vida, y pasando por alto el capítulo de La Curiosidad, que nuestro autor compendió de este modo: «La historia de la curiosidad es la historia de la mujer», dando á entender que no hay mujer posible que no sea una

posible Eva, continuemos con el de La Frivolidad, esa arma la más seria y la más temible de las mujeres, que resume en este párrafo: «Los hombres meditan muchas veces frívolamente y hablan con la mayor gravedad; las mujeres muchas veces meditan gravemente y hablan con la frivolidad más insigne.»

Y acabemos, por fin, porque ya me duele el alma de oir hablar mal de vosotras.

Llega el capítulo de El Estudio, en el cual el autor concede á la mujer (¡oid, que ya os concede alguna cosa!), nada menos que las tres potencias del alma, que parece que hasta os las había puesto en problema: la memoria, el entendimiento y la voluntad. ¡Gracias á Dios que os concede algo! Pero es tan poco que.....

¡Fuego! ¡Fuego!

¡Mas no! Yo, á pesar de mi cualidad de filósofo personalista, y por consiguiente, poco apasionado de las semipersonalidades, en lo cual estoy de acuerdo con la reina Cristina, que decía: «Me gustan los hombres, no tanto porque son hombres, cuanto porque no son mujeres», no puedo ver correr las llamas impasiblemente para devorar páginas que parecen escritas por Juana de Arco, por aquella heroína que pedía á Dios en sus oraciones «¡un gran corazón y nobles pensamientos!»

¡Alto el fuego, queridas quemadoras de mi corazón, si no queréis ver arder entre páginas que os calumnian, renglones que os divinizan! ¡Alto el fuego! Pues yo, por más que, como Sócrates, tema más al amor de una mujer que al odio de cien hombres, no puedo ver arder indiferentemente ese capítulo de La Pobreza, que tan bien describe así nuestro

siglo: «Al hablar de la mujer, preguntaban nuestros abuelos, ¿es honrada? Nuestros padres solían ya preguntar, ¿es hermosa? Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente, ¿es rica? ¿No es verdad que esta sátira del siglo es muy corta, pero muy buena?

Pues si entráis en los capítulos de LA PROFESIÓN RELIGIOSA y LA HERMANA DE LA CARIDAD, de seguro no salís sin rezar antes de agradecimiento dos Ave Marías y una Salve por el alma del bendito autor, que os llama dichosas «al penetrar en el alcázar de la castidad, de la pobreza y de la oración.» En esos lugares de abstinencia, de sacrificios y de abnegación, os pinta el señor Catalina como si fueseis unos Napoleones con faldas, pero, en su concepto, sois más valientes que Napoleón, pues éste sólo vivía en los países en que había gente que matar, y vosotras, según el autor, «vivís en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir.» Napoleón adquiría laureles á cargas; para las mujeres «no hay en la tierra premio para sus beneficios, ni corona para su heroísmo.» Jamás podréis pagar al señor Catalina el honor de haberos hecho más grandes que Napoleón, sin más trabajo material, á los ojos del vulgo, que confeccionar compotas, hacer puntillas y dar tazas de caldo á los enfermos.

Pero, sobre todo, ¡alto el fuego y fuera sombreros, ó, por mejor decir, fuera capotas! Voy á hablar del capítulo de LA MATERNIDAD, de esa gota de agua de un Jordán que bastaría para purificar todos los defectos de todos los libros del mundo. «El sér que vilipendiais, dice el autor, ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sabios.» Yo no he hablado nunca mal de las mujeres, pero si lo hubiera hecho

alguna vez, al leer esto no tendría inconveniente en ponerme de rodillas y exclamar con contrición verdadera: «¡Perdón!» Sigue el señor Catalina: «¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordad que habéis tenido madre ó que la tenéis todavía!» Repito que yo nunca he hablado mal de las mujeres y que, si lo hubiese hecho alguna vez, al leer esto otro me prosternaría de hinojos gritando: «¡Perdón! ¡Perdón!.....»

«Los que al nombre y á la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!» Sí, sí, que se aparten, que se alejen; y además de apartarse y alejarse, ¡malditos sean por todos los siglos de los siglos!

Cuerpos de A. B. C. D., que aun estáis vivas, y vosotras, sombras de E. F. G. H., que ya estáis muertas, me arrepiento de haberos propuesto el auto de fe de un libro que contiene un capítulo como el de La Maternidad, y, en consecuencia, os conjuro á que, como el antiguo romano, tendáis la mano al brasero y, sin miedo de quemaros, salvéis de la destrucción un libro cuya pérdida lloraría la posteridad.

Quiero que admire el porvenir un Scévola con guardapiés. La que se sienta fiel, que tienda la primera la mano. ¡Ánimo, antiguos pedazos de mi corazón! ¡No temáis, la fidelidad es incombustible! ¡Ánimo, pues! ¿No hay ninguna de vosotras que tenga la confianza de su incombustibilidad? ¿Teméis acaso todas quemaros los dedos? ¡Cobardes! Conozco la razón de tanto miedo, mas lo callo en obsequio vuestro.

Pero, ahora que caigo en ello, nuestra obra de destrucción es completamente inútil, porque... ¡mirad, mirad! Por entre los claros que deja el humo que levanta la combustión

de su obra, se percibe la cara del autor con una sonrisa sarcástica burlándose del impotente despecho que nos ha convertido en los inquisidores de su espíritu.

¡Por vida de nuestro amor y cómo ciega!

Hasta que he visto la risa incisiva del autor, no había caído en que es inútil que quememos el libro del señor Catalina, pues no es más que una copia sacada al daguerreotipo del precioso original que, ó no ha de haber hombres en el mundo, ó vivirá eternamente. Que ¿cuál es el original del libro del señor Catalina? ¡El original, almas mías, sois *vosotras mismas!...*

¿Queréis que quememos el original para que, no pudiendo sacar más copias, no se pueda escribir más libros contra vosotras?...

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Madrid 1.° de Enero de 1858.

PRÓLOGO

Á LAS FÁBULAS DE D. ANTONIO CAMPOS Y CARRERAS

(Madrid, 1864).

Tengo el honor de presentar al público, llevado por mi mano, á un autor de veinte años, sencillo y bueno como deben ser los escritores á su edad.

Y no es poca satisfacción para mí acompañar en el primer paso que da en la escabrosa senda del Parnaso á un literato que es bien intencionado y que no es vanidoso, que no pertenecerá nunca á la casta de esos escritores que ven las malas intenciones de los hombres, antes que los hombres tengan intenciones ni malas ni buenas, y que, cuando sueltan en público su nombre propio, parece como que extrañan que uno no se tape los oídos como si hubiese escuchado la explosión de la santabárbara del navío *Trinidad*.

¿Cuáles son las reglas principales de una buena fábula? Según dicen los que lo entienden, las reglas principales de una buena fábula son: que la acción excite interés, que los actores intervengan obrando conforme á sus cualidades y carácter naturales, que el argumento sea sencillo, que el lenguaje sea claro y, finalmente, que del conjunto resulte una enseñanza moral.

¿Ha cumplido nuestro joven autor con estas prescripciones del arte? En todas sus fábulas, no; pero muchas están desempeñadas con la *difícil facilidad* que recomendaba uno de nuestros críticos, de una manera perfecta.

Aunque si la fábula tiene por objeto enseñar deleitando, temo que me digan los Aristarcos conocidos por su ferocidad que algunas de estas fábulas deleitan poco y no enseñan mucho. Verdaderamente que nosotros, los que ya hemos doblado el cabo de las tempestades de la vida, no nos podremos deleitar gran cosa con unos poemitas donde falta el vértigo de los deseos insaciables, la voluptuosidad de la duda y la sed de las grandes emociones; ni nos podrá enseñar verdades desconocidas un autor que entra en la vida con una fe suficiente para crear con ella por lo menos veinte apóstoles, á nosotros que todos, cuál más, cuál menos, estamos tocados de la peste del escepticismo literario y que, por desgracia, cuando escribimos algo, no se nos olvida recordar que lo vamos haciendo en el ya bien corto camino de la muerte.

Y si este autor es variado en sus argumentos, claro en su lenguaje y bueno en la tendencia de sus apólogos, ¿qué le falta? Le falta lo que no puede tener todavía: la experiencia. Le falta la sabiduría de las segundas intenciones, esa ciencia cuyos principios se adquieren á costa de vigilias, de esperanzas, de dichas y, sobre todo, de tiempo; le falta lo que es imposible tener hasta que llegamos á los treinta y tres años, somos vendidos por algún beso pérfido, se nos hace pasar por la calle de la amargura, subimos al monte de las expiaciones y recibimos la lanzada en el costado.

En este primer acto de la vida poética del autor, me contento con recomendar al público sus buenas cualidades,

la sencillez, la precisión y la naturalidad; los defectos, por ahora, se los abandono á los cernícalos literarios que andan olfateando dónde hay una alondra descuidada para cebarse en ella.

Este libro es más bien una esperanza que una realidad, aunque es un libro que revela á un autor sencillo en los asuntos, natural en los pensamientos, sobrio en la forma, modesto hasta la timidez y moral hasta rayar en lo escrupuloso.

Á los que quisieran en nuestro fabulista un poco más de romanticismo en la concepción de los asuntos y una moral un poco más traviesa, aunque fuese un poco menos moral, les aplazo para dentro de pocos años, el autor habrá escrito la segunda parte de estas fábulas y yo haré la segunda parte de este prólogo.

Entre tanto, recomiendo estos apólogos, apreciables desde el punto de vista literario é inapreciables desde el punto de vista moral, á todos aquellos lectores de recto corazón y de sana inteligencia, partidarios del buen Dios de Bossuet que recompensa con más largueza un vaso de agua que el resultado de cien sangrientas victorias.

Campoamor.

Madrid, 19 de Diciembre de 1864.

PRÓLOGO

Á COSAS DEL MUNDO

POEMAS

POR DON ÁLVARO ROMEA

Señor don Alvaro Romea:

Gracias, mi querido Álvaro, por los elogios no merecidos que me tributa en su carta, y vamos al asunto.

Mi nombre, que no tiene de esclarecido más que los muchos años, no añadiría, puesto al frente de su libro, ni un ápice más á su mérito intrínseco. El público no hará ningún caso de lo que yo diga que reconozco y espero de su talento. La autoridad de mis años no basta para que el público crea bajo mi palabra que tiene usted en su cabeza la *cierta idea* de que Rafael sacaba sus creaciones.

Resultado: que los prólogos son inútiles y que no hay más remedio que apelar franca y resueltamente al fallo de la opinión pública, que no necesita de intérpretes y que, á la larga, no es, como algunos creen, el vaho compuesto de los alientos de los tontos y de los envidiosos.

Verdaderamente que es una alegría para mí el ver que usted y otros jóvenes de mérito vienen á continuar, con más talento y más diligencia que yo, una empresa que con mi

habitual pereza se quedaría sólo en un buen propósito, pues mi cabeza es como el infierno, que dicen que está empedrado de buenas intenciones que no se han podido ó no se han querido realizar.

Y mi propósito era bueno: sustituir á la novelería en prosa, que, una vez leída, se arrincona para siempre, el cuento en verso, que por el atractivo del ritmo se suele volver á escuchar con gusto, lo mismo que sucede con las obras musicales. Yo quería hacer reir llorando, atar los cascabeles de la locura al cetro de la filosofía y, entremezclando los asuntos, los géneros y los tonos, desviejar un poco la poesía, ó, como decía Goethe, expresar ideas nuevas con palabras viejas, pero palabras viejas que sean de uso moderno, que carezcan de eso que se llama lenguaje poético. que es distinto de la prosa, que se distingue en sus redicheces por un lujo provinciano que tiene algo de dominguero, y que da á la elocución poética un no sé qué de almidonado y convencional que se parece á la tiesura inglesa, que más que respeto suele causarnos risa.

Adelante, adelante, amigos míos. No les arredre á ustedes el ver que, por regla general, es más popular la poesía de forma que la de fondo, los versos de invernadero que no tienen más jugo que el agua pura, que aquellos substanciosos, que, para entenderlos bien, es menester tener algo de instrucción y leerlos un poquito despacio.

Al público le suelen ser más simpáticos los escritores que se ocupan en describir los trajes nuevos que gasta, que los que le pintan el alma *al desnudo*, por lo mismo que la sociedad quiere más á los hijos que lisonjean su vanidad que á los que le dicen las verdades.

Sí, Álvaro querido; creo mi empresa, ó por mejor decir, creo que la empresa de ustedes es bastante difícil. Y si no fuera por no desanimarles, les diría que me parece imposible sustituir con los poemas grandes ni pequeños la novelería en prosa. Aunque no sea más que para gozar del ritmo del verso, es menester pensar en él, y las gentes se han acostumbrado á leer sólo para gozar con lo imprevisto, bajo cualquier forma, por antiartística que sea, y esto acontece generalmente á las mujeres; y á las mujeres que aman á un estúpido, los hombres de talento les inspiran horror. Esta es la verdad. Las gentes, por regla general, están habituadas por no sé qué tendencia de espíritu á no ver en los poetas más que sus defectos, así como en los novelistas sólo admiran las buenas cualidades.

Perdone usted; ya iba á concluir sin hacerme cargo de la *excomunión* que quiere usted que lance sobre lo que no halle bueno en sus poemitas. Pierda usted cuidado, que su experiencia propia se encargará de hacerlo por mí. ¿Hay tal vez en algunos de sus versos demasiadas palabras? Pues ya procurará usted ir descartando todas las innecesarias en los versos sucesivos. ¿Acaso ha escrito usted demasiados versos para explicar una misma idea? Y eso, ¿qué importa? Con el tiempo ya irá usted concretando sus pensamientos para expresarlos en los menos versos posibles. Al pensamiento, al pensamiento, y dejémonos de palabras. Los buenos cazadores de águilas, como usted, deben hacer poco caso de los gorriones.

Creo en mí un deber de conciencia animar en su empresa literaria á un joven de veinticuatro años, tan entusiasta y al mismo tiempo tan juicioso como usted, de quien se puede asegurar *que nació viejo por dentro*. Y si no creyese sincera-

mente en la exuberancia de sus facultades poéticas, no le animaría á continuar la senda emprendida, pues en materia de artes, opino como mi abuela, que solia decir: *ó César ó cesar*.

Es tanta la emulación con que veo la facilidad de ustedes en hacer versos, tan sincera la admiración que profeso á su talento y tan apasionadas las esperanzas que tengo de que será usted uno de los poetas que dejarán una estela muy ancha y muy brillante en su tránsito por la tierra, que, para que estas esperanzas se realicen, acumulo sobre su cabeza y hago más plegarias al cielo que votos se hacen en alta mar durante el curso de doscientas tempestades.

Concluyo, pues, diciendo, para que lo entienda el público, que cuando leo á un escritor tan joven y de tan excelentes disposiciones como usted, lleno de envidia se me ocurre decir lo que un artista viejo le decía á otro de su edad: «Es glorioso para nuestro país, pero es triste para nosotros ver que estos jóvenes empiezan por donde nosotros acabamos.»

R. de Campoamor.

Ha existido Sócrates? Yo creo que sí: Ha existido un hombre que se llamaba Sócrates, pero que no era filósofo, ni mucho menos un tipo de virtud. Xenofonte y Platón, sus discípulos, amigos, han escrito su vida contradiciéndose el uno al otro, y en mi concepto faltando ambos á la verdad. Xenofonte habla de Sócrates con una simplicidad afectuosa, que es la mentira del hombre de bien; y Platón con una exageración épica, que es la mentira del hombre de talento.

Sócrates es hijo de sus discípulos, el amable Xenofonte y el entusiasta Platón, como D. Quijote es hijo de Cervantes. Tan cierto es el Sócrates ideal en Atenas, como D. Quijote en la Mancha. Los filósofos con á Sócrates, lo que los romanceros al Cid: de dos personajes ciertos, han hecho dos tipos de idealidad. Lo mismo Sócrates que el Cid son dos gloriosas mistificaciones.

Autógrafo del trabajo inédito SÓCRATES, inserto en el presente volumen.

SÓCRATES (a)

(a) El estudio biográfico-humorístico de *Sócrates* se ha encontrado, ya impresos los dos primeros tomos de estas obras completas de Campoamor, entre los papeles del poeta, y nos apresuramos á incluir aquí este genial escrito, que leerán con gusto nuestros suscriptores.

SÓCRATES

(FRAGMENTO)

¿Ha existido Sócrates? Yo creo que sí. Ha existido un hombre que se llamaba Sócrates, pero que ni era filósofo ni mucho menos un tipo de virtud. Jenofonte y Platon, sus discípulos y amigos, han escrito su vida contradiciéndose el uno al otro, y en mi concepto faltando ambos á la verdad. Jenofonte habla de Sócrates con una simplicidad afectuosa, que es la mentira del hombre de bien, y Platon con una exageración épica, que es la mentira del hombre de talento.

Sócrates es hijo de sus discípulos, el amable Jenofonte y el entusiasta Platon, como Don Quijote es hijo de Cervantes. Tan cierto es el Sócrates ideal en Atenas como Don Quijote en la Mancha. Los filósofos son á Sócrates lo que los romanceros al Cid: de dos personajes ciertos han hecho dos tipos de idealidad. Lo mismo Sócrates que el Cid son dos gloriosas mistificaciones.

Sócrates nació en Atenas el año 469 antes de Cristo.

Fué hijo de Sofronisco, un cantero, y de Phenareta, una

partera. La posteridad, siempre linajuda con los grandes hombres, ha convertido al cantero en un escultor y á la partera en una sabia en obstetricia. Sin embargo, si Jenofonte no se equivoca, como es de creer de su excesiva bondad, el padre de Sócrates debió de ser escultor y no cantero, pero escultor tan hábil en la enseñanza que, según dice Jenofonte, se mostraba un grupo de las tres gracias esculpido con tanta felicidad por el joven Sócrates que este grupo podía soportar sin mucha inferioridad la vecindad de las más divinas estatuas de Fidias. No diré que no lo creo, pero sí que lo dudo.

Se cuenta que, observando su padre en él algunas particularidades que le hicieron creer que no sería como el común de los hombres, fué á consultar el oráculo sobre la educación que le daría, y el oráculo le respondió: «Déjale hacer». Cito este dicho, no porque crea en su autenticidad, sino porque es una excelente lección de pedagogía.

Criton, hombre rico y filósofo, aficionado á su talento y compadecido de su candor y miseria, se hizo su amigo, le suministró lo necesario para vivir, le dió maestros y después le encargó la educación de sus hijos. Cito este hecho de Criton, este Mecenas antiguo, porque es una buena acción.

Según dice Aristóteles, Sócrates tuvo dos mujeres propias, la una Mirta, hija de Arístides el justo, y la otra Jantipa, hija de un ciudadano obscuro, euménide de tan caprichoso humor que toda su vida dió motivos á su marido para ejercitar su filosofía más de lo que Sócrates hubiera deseado. Yo, después de todo, preferiría una mujer tan violenta como Jantipa á un marido tan inaceptable como Sócrates.

Alcibiades, ese tenorio ateniense, le decía una vez que no era tolerable la maledicencia de Jantipa, á lo que Sócrates respondió: «Yo estoy tan acostumbrado á ello como á oir cada momento el estridor de la polea; y tú también toleras los graznidos de los ánsares»; «Pero, replicó el grosero Alcibiades, los ánsares me ponen huevos y educan otros ánsares»; y tornó á replicarle el todavía más grosero Sócrates: «También á mí me pare hijos Jantipa». Esta delicada conversación, habida entre dos de los más grandes hombres de la antiguedad, es digna de dos arrieros que se ocupasen de alguna Maritornes en un mesón de la Mancha.

Llamado por las leyes á combatir por el país, salvó en Potideo á ese ilustre presidiario conocido en la Historia por Alcibiades, y en Delio á su amable discípulo el inmortal Jenofonte.

Antes de pintar al hombre moral, diseñaremos al hombre físico.

Sócrates era un hombre de una vulgaridad grotesca, de pequeña estatura, de hombros altos, cuello ancho y corto, cabeza redonda, labios gruesos, boca fruncida, nariz informe y remangada, ojos vivaces, frente ruda y prominente. Al leer esta descripción, parece que injusta, pero involuntariamente, se ve uno tentado á aplicarle el epigrama de Moratín:

¿Véis esa repugnante criatura
chato, pelón, sin dientes y estevado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Pero no seamos tan inconsiderados como el lavateriano Zopiso, que sólo al verle le atribuyó las inclinaciones más

viciosas, si bien Sócrates protestó contra este rasgo de buenaventura fisionómica con la ingenua aseveración de que, en efecto, «había nacido con malas inclinaciones, pero las había vencido á fuerza de atención sobre sí mismo.»

Admito, deseo, quiero que sea una calumnia lo que se ha dicho de su bigamia y de su amor infame hacia el joven Alcibiades.

Supongo que es verdad lo que se cuenta que decía á propósito de su frugalidad: «que los otros hombres vivían para comer, pero que él comía para vivir», y que «quien come con apetito no necesita de viandas exquisitas; y el que bebe con gusto no busca bebidas que no tiene á mano.»

Creo que sería muy pobre, tomando aquí la pobreza como sinónimo de virtud, cuando dijo que «si él tuviera dinero se compraría una capa», lo mismo que diría cualquiera que, no teniendo dinero, sintiese frío.

Sin hacer siquiera la señal de la cruz, paso por lo del *demonio* ó genio familiar que le advertía lo que debía hacer en las circunstancias más críticas, como sucedió en la expedición naval de Potideo, donde se dice que pasó toda una noche en contemplación en una misma postura, y en la cual peleó valerosamente y consiguió la victoria que cedió voluntariamente á Alcibiades, *á quien amaba mucho*, como con cierta sorna dice Aristipo en el libro cuarto de *Las delicias antiguas*, y paso por todo esto sin llamar á Sócrates visionario ni otra porción de cosas que se me podrían ocurrir si yo quisiera pensar sobre ellas.

Es posible que fuese cierta su modestia cuando, al ver las muchas cosas buenas que se vendían en las calles de Atenas, decía, como la zorra de la fábula: «¡Cuánto hay que yo

no necesito!», ó como, cuando al ver que Antístenes llevaba siempre á la vista la parte más rasgada de su palio ó traje, exclamó: «Al través de tus andrajos veo tu vanidad.»

Sí, señor, era prudencia y no bajeza la que, habiéndole dicho uno que otro hablaba mal de él, le hacía responder: «Ese no ha aprendido á hablar bien», ó en el momento en que, habiéndole uno dado un puntapié, dijo á los que se admiraban de su sufrimiento: «¿Pues si un asno me hubiese dado una coz, había yo de citarlo ante la justicia?»

Miente, es decir, quiero suponer que miente Aristóxenes al asegurar que Sócrates era muy cuidadoso en juntar dinero (en buenas palabras, que era un avaro), que dándolo á interés lo recobraba con el aumento (esto es, que se ocupaba en la usura), y que renovando luego un préstamo daba otra vez el capital á ganancias. Mentira. Es decir, quiero suponer que todo esto es mentira.

Y, en una palabra, quiero suponer que es una verdad que Sócrates era casto, frugal, pobre, profeta, modesto y desinteresado. Pero aun suponiendo todo esto, que es mucho suponer, todavía no puedo ver sin que se resienta mi dignidad de hombre á ese pedantón á quien Alcibiades, su discípulo predilecto, llama «un descarado blasfemador comparable al sátiro Manyas», danzando frecuentemente, como nos dice Jenofonte en su *Convite*, dándose él mismo de coscorrones muchas veces y arrancándose los cabellos por sus excesos en la vehemencia del decir, pasando la vida de plaza en plaza como un vagabundo, filosofando al aire libre como lo podía hacer Sócrates, esto es, diciendo marrullerías, enganchando discípulos por la calle, como sucedió con Jenofonte, para enseñarles la virtud, así como ciertas fabricantas

de amor los cazan para lanzarlos en el vicio, yéndose frecuentemente á casa de uno de sus cronistas, Simón el curtidor, donde, como en todas partes, hablaba de los vicios, de las virtudes, de lo bueno, de lo bello, de lo decente y de lo honesto, todo lo cual oía, como no podía menos, con gran atención, Simón el curtidor.

Sócrates, ese Quevedo de la filosofía, debía ser lo que en nuestros días se entiende por «un mala lengua». Se dice que con sus críticas incomodaba en extremo á los falsos oradores, malos poetas, supuestos filósofos, ricos orgullosos, hombres injustos, y que, incapaz de autorizar ni aun con su silencio abuso alguno, reprendió igualmente los que veía introducidos tanto entre los sacerdotes como entre los artistas y magistrados. Es decir, que este fachenda de la virtud se conoce que estaba en guerra con todo el género humano.

Supongamos que el Sócrates histórico viviese en un pueblo de una de las provincias de España en el siglo XIX. Los curas dirían que era un orate, sus amigos un fatuo, los chicos un dómine, los hidalgos un grosero, las mozas un estrafalario, las viejas un socarrón, y, en general, sería conocido por el tío Sócrates. El hombre que sería esto en España y en el siglo XIX, en Atenas y en la Olimpiada 77 no habrá podido dejar de ser un valiente original.

No era difícil ser tan agudo como aquel Mago venido de Siria á Atenas, y que, según refiere Aristóteles, después de reprobar muchas cosas de Sócrates, le predijo que moriría de *muerte violenta*. En nuestras sociedades cultas y puntillosas, Sócrates, á mi parecer, con razón y con aplauso universal sería apaleado más de lo que á sus costillas conviniera.

Las Nubes, comedia de Aristófanes, es una sátira muy popular escrita contra el carácter y las ideas de Sócrates. Fué escrita veinticuatro años antes de que se formase su proceso. Esto prueba que Aristófanes, al hacerse eco de los odios y de las desconfianzas que Sócrates excitaba en la multitud, sólo tuvo ánimo de ridiculizar al que todo lo ponía en ridículo, pero de ningún modo el de designarle como víctima á los Tribunales. En los veinticuatro años que mediaron entre la representación de *Las Nubes* y su proceso, Sócrates era muy hombre para dar suficientes motivos á que se efectuase la profecía del Mago que le auguró una *muerte violenta*. En la comedia *Las Nubes* aparece Sócrates representado á los ojos de la multitud como un visionario, como un hombre que sueña despierto, suspendido entre el cielo y la tierra y pidiendo oráculos á las Nubes, divinidades flotantes é insensibles que le responden en medio de discursos embrollados y ampulosos.

..... *Método*. Sócrates no escribió su doctrina y sólo se conservan noticias de sus lecciones orales por las *Memorias* de Jenofonte y los *Diálogos* de Platon, dos autoridades que me son bastante sospechosas. Aunque él no valía como pensador lo que el último de los sofistas, se hizo célebre por haberlos combatido en aquel tiempo con el mismo método con que hoy repelen la filosofía alemana las viejas de nuestros días, acogiéndose al sentido común, ó más bien, al sentido vulgar, asiéndose á un hecho externo como criterio de certidumbre, discurriendo más por instinto que por razonamiento, no creyendo del hombre interno más que lo que se prueba por los sentidos, casi nada. Su escepticismo metafísico era tan patente que aseguraba que «la verdad es

como un hilo que, saliendo un extremo de las tinieblas, después de dar un rodeo, vuelve á perderse en ellas.»

Sin embargo de que Aristófanes le moteja de dialéctico de mala fé «porque hacía buenas las causas malas», es menester confesar que el modo de discurrir de Sócrates, algo parecido á lo que hoy entendemos por *gramática parda*, era la misma *duda metódica* de Descartes, el mismo método *inductivo* de Bacon; es la marcha tímida del modo de pensar vulgar que, caminando por sus pasos contados, no tiene más fórmula de examen que el dicho de Santo Tomás «ver y creer.»

El método de Sócrates es puramente negativo: sirve para rebatir errores, pero no para establecer verdades. Destruye, pero no edifica. Poseía una doctrina, pero no un sistema. Su carácter es la prudencia materialista y una modestia muy parecida al falso orgullo. No se anuncia, como los Jonios ó los Pitagóricos, por el filósofo que va á dar el secreto de todo; no se gloría como los sofistas de poseer la ciencia universal. Lo mismo aquéllos que éstos afirmaban la ciencia de la sabiduría; Sócrates, en contraposición, sólo enseña la ciencia de la ignorancia. La fórmula de aquéllos es «sé que lo sé todo»; la de Sócrates es «sólo sé que no sé nada.» Los sofistas todo lo probaban por medio de discursos largos y capciosos, hasta que desacreditaron la palabra *sofista*, que quiere decir *maestro de la sabiduría*, convirtiéndola en lo que después se llamó *ergotista*. Sócrates sólo usaba de conversaciones breves y familiares, saturándolas de una acritud que ha tenido la fortuna de ser nombrada *ironía socrática*. Los filósofos hacían subir su ciencia «de la tierra al cielo»; Sócrates hizo bajar la filosofía «del cielo á la tierra». Los materia-

listas, absortos en la observación de los fenómenos físicos, sin duda por efecto de un mareo llegaron á despreciar la misma realidad; los idealistas, después de sacrificar la verdad sensible á la forma abstracta de las leyes que rigen á los fenómenos, se aislaron cada vez más del mundo de la sensación y concluyeron, sin duda por efecto de un vértigo, por reconcentrarse en la contemplación de lo absoluto; en fin, una plaga de sofistas, algunos menos escépticos que Sócrates y casi todos con más talento que él, hombres de doctrinas negativas y perniciosas, sin consideración y sin costumbres, sacrificaban la ciencia al lucro, la verdad á la vanagloria y la virtud al brillo; Sócrates fué el látigo de estas tres clases de locos: á unos y otros los combatió con la sencilla fórmula de Santo Tomás «ver y creer».

Siguiendo con los otros el consejo que el oráculo había dado con respecto á él «déjale hacer», en vez de modelar á sus jóvenes discípulos la cabeza por dentro, con el mismo mecanismo que lo hacen las parteras por fuera, les *dejaba hacer*, es decir, no les atestaba el cerebro con sistemas preconcebidos y modelados en el interior de otros cráneos, sino que tenía un sistema de fecundación intelectual promovida por la conversación, la disputa, el arte dialéctico y la ironía, con un ardor y una sinceridad dignos del que profesaba esta máxima: «la sabiduría es la salud del alma», y que decía que «le admiraba ver que los escultores procurasen que la piedra saliese muy semejante al hombre y que los hombres se descuidasen en procurar no parecerse á las piedras». A este método de educación que consiste en *dejar obrar* á las ideas innatas, á la personalidad, le llamaba Sócrates la *mayéutica*, ó arte de dar á luz los espíritus, arte

que comparaba al de Phenareta su madre que, parteando, sacaba á luz el fruto que las madres tenían encerrado en sus entrañas. Si Platon, como yo presumo, no suponía en su maestro sus mismos pensamientos, el verdadero autor de la célebre teoría de las *ideas innatas* es Sócrates, pues su método *mayéutico* lo fundaba en que «pensar es recordar».

La base de su filosofía era la *experiencia* y no la *conciencia*. No sé por qué varios autores aseguran que la famosa inscripción del templo de Delfos *nosce te ipsum* fué su dogma y como la fórmula general de su teoría. Este es otro milagro que Sócrates no hizo y que la posteridad le cuelga. Calumniado en vida y en muerte, ni merecía que sus contemporáneos le tratasen tan mal, ni que sus sucesores le tratasen tan excesivamente bien. Aquéllos de un hombre vulgar han hecho un malvado y éstos á una medianía la han convertido en un mito. La gloria de escojer el fecundo terreno de la conciencia para plantar el árbol de la filosofía pertenece casi exclusivamente á Descartes que dos mil años más tarde enseñó la doctrina de la conciencia, fundada en el *Cogito, ergo sum.*

Pero Sócrates no era sólo un filósofo como lo entiende el populacho, una especie de Adán siempre llamado de adentro, interrogador de estrellas, eterno persecutor de un no sé qué ontológico, sino que, á vueltas de esta existencia ultrafísica, hay en él un positivismo sensual, espeso, profundamente pagano, que es contradictorio de la moral, que hace sufrir á la virtud, que espanta á las gracias, un materialismo, en fin, hijo legítimo y heredero en línea recta de varón en varón del fisiquismo de la escuela jónica, que convierte nuestra naturaleza humana en un recipiente de sangre

bastante bien elaborado, pero que no contiene esa abstracción que se llama alma; que lo más tenue que encierra son los líquidos ó el elemento del aire, y cuya única espiritualidad se reduce á sentir necesidades y á saborear la ilusión y la vivacidad de un sinnúmero de apetitos.

. . . .

. . . .

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE GENERAL DEL TOMO TERCERO

